

DE LA AUTORA DE LA «SAGA VANIR», «AMOS Y MAZMORRAS» Y «EL DIVÁN DE BECCA»

LENA VALENTI

EN

Los muertos no saben que lo son. Los imbéciles tampoco.

CUERPO

Dadme un respiro.

Y ALMAS

LA MEDIADORA

B

EN CUERPO Y ALMAS

LA MEDIADORA

LENA VALENTI

Primera edición: junio 2020

Título: La Mediadora. En cuerpo y almas

Diseño de la colección: LB

Corrección morfosintáctica y estilística: LB

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:

Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Lena Valenti, 2020

Del texto: ©Lena Valenti, 2020

De esta edición: © Lena Valenti, 2020

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[1. Para morir](#)

[2. Epitafio: «Menos flores y más birras, cabrones».](#)

[3. Los muertos no saben que están muertos. Lo mismo pasa con los imbéciles.](#)

[4. En la comida, como en el sexo, cualquiera puede morir del gusto.](#)

[5. Hay muertos con más vida que los vivos.](#)

[6. Epitafio: «Que conste que yo no quería».](#)

[7. Epitafio: «Un amigo y yo apostamos quién aguantaba más debajo del agua. Gané».](#)

[8. Epitafio: «¡Os dije que estaba enfermo!».](#)

[9. Ser visto es la ambición de los fantasmas; ser recordado la de la Muerte.](#)

[10. No creía en la vida más allá de la muerte, hasta que vi mi propio entierro.](#)

[11. Epitafio: «Descansa en paz hasta que volvamos a vernos» _____ Fdo. Tu suegra](#)

[12. Epitafio: «Aquí yace mi mujer. Fría como siempre».](#)

[13. Epitafio: «Aquí yace mi marido, al fin rígido».](#)

[14. Epitafio: «Murió por no reenviar ese mensaje a diez personas».](#)

[15. Epitafio: «Por fin soy un buen polvo».](#)

[16. Epitafio: «Estos días se me están haciendo eternos».](#)

[17. Epitafio: «Soy actor y en esta película me ha tocado hacer de muerto».](#)

[18. Epitafio: «Disculpa si no me levanto».](#)

[19. Epitafio: «Tanta paz encuentres, como tranquilidad me dejas».](#)

[20. Epitafio: «Fallecido por la voluntad de Dios y mediante la ayuda de un médico imbécil».](#)

[21. Epitafio: «¡Dejadme salir, cretinos!».](#)

[22. Epitafio: «He dejado un millón de euros escondidos en...pasa página».](#)

[23. Epitafio: «¡RIP! ¡RIP! ¡HURRA!».](#)

[24. Epitafio: «Deja de llorar que en nada nos vemos».](#)

[25. Epitafio: «Perdí una apuesta con la muerte y yo siempre pago»](#)

[26. Epitafio: «Que alguien vaya a por las bolas de Dragón».](#)

[27. Epitafio: «¿Quién ha sido el gracioso que ha apagado la luz?»](#)

[28. Epitafio: «Con amor de todos tus hijos, menos del pequeño que no aportó nada».](#)

[29. Epitafio: «Fui con un fósforo a ver si había gas. Y había».](#)

[30. Epitafio: «El que ríe el último, ríe mejor».](#)

[31. Epitafio: «Aquí yaces y yaces bien. Tú descansas y yo también».](#)

[32. Epitafio: «¿Game Over? Yo creo que no».](#)

Para mi madre Valentina, que me hizo entender que hay cosas que no necesitan ser vistas para que existan. Para Juan, que sé que me mira sonriente desde donde esté. Sí, tenías razón: te echo muchísimo de menos.

1. Para morirse

—Ahí, nena. Ahí, sí. Detrás de la paletilla. Ay... ¡qué dolor! Es que no puedo ni respirar — me dice mi paciente.

—Es por la contractura que tiene —respondo procediendo manualmente a suavizar el nódulo muscular que palpan mis dedos.

—Pues como te iba diciendo... La Gertru le ha pedido el divorcio a su marido. Ahora, a los setenta años. Qué poca vergüenza... Para lo que le queda en el convento que se cague dentro, ¿no? ¿Ahora lo vas a echar de tu casa cuando el hombre necesita un taca-taca para caminar? Pobre Darío...

Miro el cogote de la señora. Está boca abajo sobre la camilla hidráulica. Tiene el pelo rizado y ya canoso. Doy gracias por haber desarrollado un piloto automático que me permite ausentarme del ruido y centrarme solo en la terapia.

Tengo una consulta. Es un pequeño despacho alquilado donde me he montado mi propio salón de masajes. Y donde te hacen pedicura y manicura con la misma facilidad con la que te recolocan los chackras. Bueno, te lo hago yo todo, mejor dicho. Te reubico los huesos porque soy osteópata, te hago masajes energéticos porque tengo titulación en otras terapias alternativas, y un poco de Reiki si lo deseas. Lo de las uñas es un más a más, porque se me da muy bien. Soy una pluriempleada de mí misma. Y no me va mal.

Salí escarmentada de la última vez que intenté tener una socia. Hace dos meses de esto. Ana se llamaba. Svetlana, para ser más concretos. Sí, del Este. Yo no lo sabía, me vino con la historia de que era sueca. Pero no lo era, se lo hacía.

Ana solo tenía hombres en sus horas de trabajo y salían de su camilla como si no tuvieran ninguna otra preocupación más en la vida, excepto sonreír. Y yo tenía todo tipo de clientes, pero sobre todo yayas y yayos con jorobas, displasias y callos por pies, y no comprendía nada. Y niños con mucha escoliosis, pobrecitos míos. Mientras yo me quedaba a la población digamos de «riesgo», Svetlana se agenciaba a los demás que no entraban en ese rango. Los fichaba a todos. Hasta que solo pedían por ella.

Y entonces un día descubrí que hacía masajes con finales felices. Su final conmigo no fue nada feliz. Me tiró el cortauñas a la cara, y no me dio. Pero después me gritó «¡Sorra!» y me salpicó con cera caliente con tan mala suerte que un pegote se me quedó en la ceja derecha. Me juró por sus muertos que iba a acabar conmigo y me llamó *mosquita muela*. Nunca más la volví a ver, pero me acordé de ella todos los días durante un mes, que fue lo que tardó en crecer mi ceja. Por un tiempo parecía un mimo escéptico con una ceja más arriba que otra, y eso que me la intentaba pintar. Pero es muy difícil reproducir una ceja perfecta. Ahora hay técnicas como la micropigmentación y la nanopigmentación y no sé qué tratamientos más. Pero hace un par de años no había nada de eso. En fin, yo era un cuadro. De Picasso.

Tengo veintinueve años. Me llamo Ada. Sin hache. Hace mucho que me mudé a Besalú, un pueblo de Girona. Aquí es donde vivo desde hace cinco años. Es un pueblo medieval, uno de los más visitados y fotografiados de España. Me mudé porque heredé la casita de mi abuela Ifigenia.

Este lugar parece estar congelado en el tiempo, y pensé que dejaría atrás el ajetreo de la gran ciudad y, sobre todo, los recuerdos.

A los veinticuatro años perdí todo lo que me importaba en un accidente de tráfico. A mi hermana mayor, y a mis padres. Fui la única superviviente de la tragedia. Un conductor borracho que llevaba un camión tuvo un choque frontal con nosotros. Íbamos a ir a cenar juntos esa noche a un gallego del centro de Barcelona que mi padre recién había descubierto.

Recuerdo la sensación de que algo malo iba a pasar, el resplandor de los focos delanteros del camión, una luz... Una potente luz que me cegaba y que no me permitía abrir los ojos. Y la voz de mi hermana que me decía: «Ada, vete. Tú no tienes que venir. Vete».

Desperté en una habitación vacía de hospital, con los ramos de flores de mis familiares y de mis amigos. Había estado una semana en coma.

Seguramente sea muy duro leerlo así. Incluso frío. Pero no hay un solo día que no lllore por ellos y no recuerde que hubo una época de mi vida en la que, probablemente, era más feliz que ahora. Porque tenía un hogar.

Ahora solo me tengo a mí misma, y a un San Bernardo que la noche del accidente tenía dos meses y dejamos en casa durmiendo. Se llama Bicho. Y no puedo vivir sin él.

Así que me vine aquí a Besalú, en la Garrotxa, a empezar una nueva vida. Pero con el paso de los meses me di cuenta de que no era muy brillante venirse a vivir a un lugar tan turístico, a pesar de que aquí no somos más de 2500 habitantes. Ahora ya me he acostumbrado a los fotógrafos, a los guiris y a encontrarme con gente nueva casi cada día. Pero lo mío me ha costado.

Mi consulta no es muy grande. De hecho está nada más cruzar el puente Medieval de Besalú, por el que solo puedes acceder cruzándolo a pie. Es imponente. El pueblo en sí es magnífico y cualquiera con un poco de imaginación puede llegar a visualizar a los caballeros de antaño paseando a caballo por sus estrechas callejuelas de piedra, los trovadores cantando en sus plazas y recitando sus leyendas y los mercaderes vendiendo en sus travesías.

—El otro día el señor Darío... —continúa Antonia.

Es una pesada, dice su marido.

Es un hombre mayor de barba blanca que me recuerda al abuelito de Heidi. Siempre entra con ella en la consulta. Tiene un gesto serio en sus ojos negros, y cara de agotamiento. Lo miro de reojo y lo ignoro. No quiero escuchar a ninguno de los dos.

Está de parte de Darío porque siempre me engañó con él, dice él mirándola con tristeza.

Detengo el masaje y lo miro fugazmente con sorpresa. No quiero hacerlo fijamente porque si detecta que le presto atención entonces entre los dos me acribillarán.

—No pares, nena. Que me hace bien lo que me haces... ¿Y dónde crees que duerme ahora Darío? Pues, pobrecito, en la calle. Pero soy una buena samaritana y, si le veo, le pienso decir que en casa tiene una habitación. No creo que a Jesús le importe.

Su marido niega con la cabeza.

Siempre igual. Querida, Jesús sabe que todas las infieles sois pecadoras. Créeme, sí le importa.

Casi se me escapa una risita, pero detengo mi impulsividad a tiempo.

—Aunque bueno, Jesús no tiene nada que decir porque soy la dueña de la casa —ella se remueve en la camilla—. Y siempre estoy sola.

Como si nunca lo hubieras invitado a tu cama. Casarme contigo fue una tortura. Ojalá hubiera descubierto en vida que iba a ir al cementerio de animales por los cuernos que llevaba.

—Bueno —exclamo—. Ya está, Antonia. Quédese tumbada unos minutos y relájese.

—Pero...

—Relájese y no hable —cubro su espalda con una toalla caliente y poso mi mano entre sus omóplatos—. Solo quédese en silencio.

Jesús se queda al lado de ella, mirándola fijamente, estoico. La luz cálida de pie que coloco sobre la camilla lo alumbra levemente y la imagen en sí pone la piel de gallina. Las velas de alrededor con aroma a hierbabuena titilan cada vez que Jesús se mueve.

—Nena, hay corriente aquí —dice la señora Antonia.

Yo me alejo y salgo de la consulta. Cierro la puerta tras de mí con suavidad y dejo la música relajante puesta.

No. No hay corriente. El frío viene de su difunto marido, que la sigue a todos lados. Jesús siempre está a su lado. Y lo sabe todo de ella, de sus infidelidades y de lo que quiere hacer. Pero el hombre no sabe cerrar la etapa e irse. Porque ella no se lo permite. Lo tiene siempre en la lengua y lo hace esclavo de ella.

Os voy a hablar de lo mío.

No sé cuántos o cuántas creeréis en todas esas personas que tienen otro tipo de sensibilidad y percepción y ven cosas donde no las soléis ver vosotros. No hablo de los que pueden ser paranoicos o tengan algún tipo de antecedente patológico psicológico. No. Es decir, yo detecto a leguas a los que hace tiempo que perdieron el equilibrio. No me refiero a ese tipo de personas.

Me refiero a esas personas que sabes que cuando tienen una intuición pocas veces fallan. O que cuando te dicen que «hoy he soñado que...», te pones a rezar un Padre Nuestro aunque no te lo sepas.

Yo soy una de esas personas. No he sido así siempre. Era una persona normal. Hasta el accidente. Cuando desperté en el hospital solo había vacío a mi alrededor. Y frío.

Cuando me dieron el alta, dos semanas después de mi ingreso y volví a casa, algo había cambiado. Vivía en la Gran Vía, en un ático. No lo sabría explicar bien, pero era como si un velo se hubiera caído para mí y captara más cosas de las que allí habían en realidad. Pero no las podía ver. Oía voces y susurros que me dejaban tiritando debajo de la manta. Me ponía tan nerviosa que pasaba noches sin dormir.

Me hicieron todo tipo de pruebas buscando tumores o defectos neurológicos. Pero todo daba negativo. Los médicos y mi psicóloga me dijeron que era normal. Que los procesos traumáticos podían manifestarse de muchas maneras, con cuadros de ansiedades de picos muy altos que podían derivar en alucinaciones.

Pero yo sabía que no era nada de eso.

Había cambiado. Había regresado de la muerte. Y eso había abierto todas las puertas cerradas en mi cerebro y todas esas capacidades de naturaleza sobrenatural.

Veo muertos. Soy como el niño de El sexto sentido. Pero sin su cabezón y sin Bruce Willis. No podía estar en esa casa y tomé la decisión de ir a vivir a la casa de mi abuela Ifi. Y aquí entendí lo que me estaba pasando. Ella, que había tenido el don, después de muerta se quedó en esta casita cuidando de ella, esperando a que alguna de sus nietas fuera a vivir a la Masía alguna vez a hacerle compañía. Pero vine yo. Sola.

Se me presentó la primera noche. En la mesa, mientras yo cenaba. La casa de la abuela es una planta baja, de estilo rústica, como todas las casitas de por aquí. No es muy grande, pero tiene un pequeño jardín en el interior, con un banquito de madera súper cuco que recuerdo barnizar junto a mi abuelo cuando éramos pequeñas. Y tiene un balancín, una mecedora, un rosal precioso, una mesa con sillas de madera y una pérgola en una esquina. Es un rincón perfecto para descansar y tomar el aire.

Recuerdo que pedí algo de cena en el pueblo y cuando me senté en la mesita de la cocina, el silencio de esa casa no me molestó. Allí no había voces, no había miedo ni dolor. Solo paz y calma.

Bicho estaba a mi lado, sentado, deseoso de probar eso calentito que olía tan bien y que le hacía la boca agua.

—Ahora, Bicho. Ten paciencia —le decía.

Yo estaba a punto de retirar el papel de plata del bocadillo de tortilla de patata y pan de pagés que me había pedido, cuando escuché el movimiento de la mecedora. Fue curioso porque, me levanté sin terror ni sensación de frío, por eso cuando salí al porche donde da el jardincito y vi a mi abuela sentada en la mecedora, en vez de gritar o de quedarme sin aire, me senté en los escalones del porche, acongojada, con las rodillas bien sujetas contra mi pecho y apoyé mi mejilla en una de ellas para mirarla. Las lágrimas se me caían por la comisura de los ojos, pero no me atrevía a parpadear por miedo a dejarla de ver.

—Has tardado mucho en venir —me dijo mirando al frente con su rostro repleto de arruguitas de felicidad y su gesto bondadoso. Siempre llevaba su pelo blanco recogido en un moño bajo, pero los rizos se le salían por las patillas. Y era muy risueña y divertida—. Pensé que tú te mudarías aquí antes que ellos, por gusto, y no por necesidad —me miró con sus ojos compasivos.

—¿Abuela? ¿Eres real?

Ella continuó meciéndose y sonrió.

—¿Lo eres tú?

—Sí.

—Entonces, yo también.

Bicho salió a ver qué hacía y se quedó mirando la mecedora fijamente, hasta que mi abuela lo llamó, y este, obediente se fue hacia ella, para estirarse a sus pies.

Sí. Mi abuela era real. Mi perro la veía y yo también.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

—Porque quiero estar aquí. Esta es mi casa. Además, hay que cuidar muy bien el rosal. Las rosas solo me escuchan a mí —dejó ir una de sus risitas adorables—. Y el cementerio es muy aburrido. ¿A ti te importa que yo viva contigo? —me preguntó pidiéndome permiso. Como si tuviera miedo de que yo le dijese que no.

—Abuela, esta es tu casa. Siempre lo ha sido. Por supuesto que te puedes quedar.

Ella asintió satisfecha al oír eso.

—¿Por qué puedo verte? Me están pasando cosas muy raras y... —me rompí y me puse a llorar. Noté un tacto frío sobre mi cabeza y cuando alcé la mirada ella estaba ahí. Podía sentir su mano, no como una mano física real, pero sí como una caricia.

—Puedes verme porque tienes el don. Eres una mediadora. Como lo fui yo. Vemos espíritus, cariño.

—¿Una mediadora? Pero nunca había visto... Creo que no quiero el don. No sé qué hacer con él.

Ella se sentó a mi lado y Bicho corrió de nuevo a sus pies.

—No puedes dar la espalda al don. Tarde o temprano tendrás que hacerle frente.

—Es demasiado... He perdido a mis padres y a mi hermana, solo yo sigo viva de ese terrible accidente. Y no quiero ver muertos. Quiero vivir.

Mi abuela volvió a mirar al rosal y suspiró.

—Yo estoy muerta pero vivo a mi manera —me contó melancólica—. Tú estás viva, pero no

debes dejar que muera una parte de ti. Tienes que continuar adelante y aceptar lo que te está pasando. El don del mediador urge mucho en nuestra realidad.

—¿Y por qué no he podido ver a mis padres y a mi hermana? —le pregunté abatida. No había llorado así hasta aquel momento. Fue como si la conciencia y el peso de todo el dolor cayeran sobre mis hombros—. Ellos murieron pero no los oigo. No están aquí.

Mi abuela miró al cielo estrellado de Besalú.

—Tu abuelo vino a avisarme la noche que murió. Hace tiempo. Entró en la habitación, yo estaba dormida. Se acercó a mí, me dio un beso en la frente y me dijo: «Cuando te vayas, no vengas a buscarme aún. Tienes que quedarte, mi amor. Ada va a necesitar tu ayuda». Seis meses después fallecí —me explicaba con sus ojos azul claro fijos en las estrellas—. Nunca le expliqué a nadie el contenido del último mensaje de tu abuelo. Pero me quedé aquí. Porque sabía que ibas a venir. Lo que no sabía era cuándo ni por qué ibas a venir sola. Ahora ya lo sé —asume con pena—. Pero sé que ellos están reunidos con el abuelo. Si hay un cielo o un lugar donde vamos todos después de esta vida sin sentido, ellos estarán juntos. No sé cuándo me tocará regresar. Pero mientras tanto, voy a estar aquí, contigo. No te dejaré sola.

Vivo con el fantasma de mi abuela desde entonces. Ella me dijo que tenía el don de los mediadores. Porque ella lo había tenido. Que si no lo quería, debía ignorar a los espíritus a los que ella llamaba «caminantes» y nunca responder a sus palabras y evitar lo máximo posible el contacto visual directo con ellos. Que había unas normas a seguir.

Y así he hecho desde entonces. Los escucho, los veo, sé que están ahí. Algunos me dejan sensaciones desagradables y hacen que coja frío y se me ponga el vello de punta, y otros dejan un rastro de amor y de paz por donde van. Pero ninguno me deja del todo indiferente. Los espíritus son como las personas. Con claros y oscuros. Hay de todo.

En mi consulta hoy está el difunto marido de la señora Antonia, como ya os he dicho. Se llama Jesús. Y creo que sufrió mucho junto a ella, pero también se volvió adicto y dependiente de esa relación tóxica. Y sé a lo que está esperando. Está esperando a que la señora Antonia la palme, porque quiere que sea su rostro lo primero que vea al cruzar al otro lado. Hay algo vengativo y retorcido, algo que Jesús quiere cobrarse. Supongo que son sus infidelidades con Darío, pero mientras tanto, él sigue ahí. Velándola de alguna manera. Y cuidándola. Porque a pesar de saber la verdad, la sigue queriendo. Porque las almas no olvidan.

Después de cada masaje suelo dejar a mis clientes unos cinco minutos para que se tomen su tiempo y no se levanten bruscamente, o podrían marearse.

Cuando acaban los cinco minutos, vuelvo al interior.

La señora Antonia ya se ha vestido. En la pared, apoyado como si nada, está el señor Jesús, esperándola porque, al parecer, eso ha hecho toda la vida.

—Toma, nena. —Me da mis cuarenta euros.

Yo los tomo y los guardo en el cajón debajo de mi mesa escritorio donde hago las fichas de los pacientes con mi ordenador.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor. Mucho mejor cuando salgo de aquí. Entonces... ¿ves bien que invite a Darío a mi casa o crees que la gente del pueblo hablará de más?

La miro sorprendida y escucho a Jesús refunfuñar.

Dile que sí. Que un día se le podría caer una lámpara sobre la cabeza, dice Jesús amargamente.

Yo hago oídos sordos. No puedo inmiscuirme así en la vida de nadie.

—No soy nadie para dar consejos de ese tipo. Pero esto no es muy grande y aquí todos se conocen —fue lo único que le dije mientras miraba el calendario en el ordenador e ignoraba la mala leche de Jesús. Un fantasma enfadado provoca Poltergeist que después tengo que recoger yo. Y todo lo que hay en mi consulta tiene mucho valor—. Espero volver a verla en cuatro semanas, a ver cómo tiene las cervicales, ¿de acuerdo?

—Sí. De acuerdo. Gracias, nena.

Abro la puerta a pie de calle y espero a que se vayan. La consulta da justo a la vía empedrada de Navarra. Jesús sale siempre el primero, y se lo agradezco, porque me sabría mal cerrarle la puerta atravesándolo. Cuando se va la señora Antonia, abro las dos ventanas de madera de color azul y dejo que la consulta se oxigene. Los espíritus dejan su energía igual que las personas. Algunas son de las que te cargan la batería y otras te dejan sin pila. Las personas del perfil de la señora Antonia son del segundo grupo.

Cierro mi consulta a las ocho de la tarde. Suelo tener bastantes visitas y muchas de ellas vienen con «acompañantes», como Jesús. Porque la gente no lo sabe, pero arrastra su pasado y sus mierdas a todos lados, aunque no lo puedan percibir. Por eso mi ritual de limpieza es a diario.

La casa de mi abuela está en una de las callejuelas que da a la Plaza Mayor. Justo a cincuenta metros de ella. Voy hasta allí en bici. Es una Vía Veneto by Canellini. Venir en coche por Besalú y aparcar es una locura. Así que tengo el coche en el garaje y voy con mi bici verde menta a casi todas partes por el pueblo.

Entro en casa con ella y la dejo en el descansillo de la entrada. Bicho sale corriendo a saludarme y a ladrar feliz, dando vueltas sobre sí mismo. Lo primero que hago nada más llegar es sacarlo a pasear por el pueblo. Todos le conocen. Y a mí también. Tengo la gran suerte de que gozo de un muy buen boca oreja y no me falta clientela, y además, todos salen contentos de mi camilla. No con un final feliz, como les hacía Svetlana, pero sí satisfechos y cargados de energía positiva.

La panadería siempre me guarda el pan recién hecho para poder untarlo con tomate y añadirle fuet como me gusta hacer por la noche. Recojo el pan rústico, y compro algunas cosas que me hacen falta en la bodega y después Bicho y yo volvemos a casa.

Estamos a principio de junio y empieza a hacer calor. Los días tienen muchísima luz, y es maravilloso. Es la época del año en la que menos caminantes veo.

Cuando dejo a Bicho, subo a ducharme rápido, y después, ya con el pijama, me voy a la cocina, que es uno de los lugares más bonitos de la casa. Porque tiene un gran ventanal que va hasta el salón, de arriba abajo, y que da al porche y al jardín. Así que la casa está muy iluminada por toda la luz y el verde que entra a través de los cristales. Las paredes son de piedra de masía, no lisa. La cocina no es vieja, es bastante moderna y de colores blancos y grises. Pero no tiene vitro. Tiene fogones de esos gigantes. A mi abuela le encantaba cocinar y tenía un horno industrial para hacer pan que, de querer, podría meter a una persona ahí adentro.

Estoy preparando la cena, cortando el fuet a trocitos y aderezando una ensalada. El olor a pan caliente me encanta. Estoy pensando que después continuaré con mi libro. No es ni una novela ni nada de poesía... Es un libro de consejos para aquellos que son como yo y pueden ver a los caminantes. Escribirlo me ayuda mucho a seguir mis propias reglas y a entender el mundo en el que están y en el que estoy.

—Deberías hacer pan —dice mi abuela a mi espalda.

Yo sonrío mientras sigo cortando el fuet.

—Prefiero que me lo hagan, estoy muy cansada de trabajar para hacer pan a estas horas. Muchos de los clientes de hoy me han dejado sin energía.

—Tienes un libro con muchas recetas ahí arriba —me señala la leja de madera donde hay libros de recetas y su antigua libreta con todas sus indicaciones para hornear—. Puedes hacer cosas deliciosas con eso.

—Sí. Pero prefiero comérmelas en vez de hacerlas —le guiño un ojo—. Te prepararía un bocadillo, pero los fantasmas no coméis.

Ella se cruza de brazos y se echa a reír.

—¿Has tenido visita hoy?

Cuando mi abuela menciona la palabra «visita» sé que se refiere a vivos y muertos.

—Sí. Elvira.

—Y su difunto marido, supongo.

—Supones bien —me chupo el dedo manchado de aceite—. Él siempre va con ella a todas partes.

Me doy la vuelta con un plato en las manos que lleva mi bocadillo de fuet y una ensalada en la otra.

—¿Qué se contaba esta vez? —me pregunta muy interesada caminando detrás de mí.

—Ven, abuela. Acompáñame al salón para cenar y ver la tele, que te lo cuento todo.

2. Epitafio: «Menos flores y más birras, cabrones».

Mi abuela Ifi, cuando estaba viva, era de las que andaba dando pasos pausados y rítmicos. Como si tuviera toda la vida por delante y no tuviera prisa por nada.

Ahora se desliza por la casa como si fuera en patines.

Los fantasmas pueden deslizarse, pueden levitar y algunos, los que no son muy conscientes de que ya no están vivos, se arraigan mucho a la superficie y andan como si aún tuvieran cuerpo físico que ocupar.

Esos, de todos, son los que más sustos me han dado y más me han confundido. Me ha costado mucho seguir mis reglas y hacer como que no les veo, cuando en realidad sí veo cómo tiran cosas queriendo, o cómo insultan a sus parejas infieles, o como aún, los más pequeños, no se despegan de los pantalones de sus madres.

Al principio lloraba mucho al verlos. Porque quería ayudarlos. Ahora ya me he acostumbrado y he entendido que el día que ayude a uno, ese día, será el fin para mí, porque los mediadores son la herramienta a la que se agarran los caminantes para intercambiar mensajes con los vivos. Y no creo poder dedicar mi vida al espacio que hay entre la vida y la muerte, porque eso me dejaría a mí en un limbo existencial.

Estoy viva y quiero vivir lo que me queda de vida con naturalidad, sin divagar entre realidades y haciendo caso solo a los que puedo tocar.

Hoy he bajado a desayunar, y mi abuela estaba en la mecedora, en el porche, mirando sus rosales. Los cuida ella. Lo hace de verdad. Les canta y les habla todos los días, y las rosas crecen como si les diera alimento. Eso me hace pensar que las plantas, lo más esencial de las plantas, como seres vivos que son, también podrían percibir a los espíritus.

Ella me mira en cuanto me ve y me sonrío igual que cuando era niña.

—Estás muy bonita, Ada. Siempre lo estás. Tal vez hoy conozcas a tu futuro marido.

Me lo dice todos los días. Le encanta bromear con esto, porque su sueño sería ver a su única nieta viva casarse en una iglesia. A mí lo único que me emociona de las bodas es el alcohol.

—No hay hombre que pueda aguantarme, abuela.

—Mentira —en un santiamén la tengo al lado y Bicho con ella, por supuesto—. Tienes una cara tan bonita. Tus ojos color miel, tu pelo castaño oscuro con esos rizos, tus pestañas curvadas y tupidas, tus cejas con esa forma tan bella y armónica... Y esa boca como la mía. Rosa y en forma de beso. Incluso tus pecas que son imperceptibles... Eres un bombón. Tal vez estés muy escuálida. En mi época a lo mejor no tendrías galanes, porque antes las mujeres teníamos más curvas...

—Abuela, yo tengo curvas —digo dándome una palmada en mi trasero—. Mira mi culo.

—Eso no son curvas, muchacha. Por muchas cuclillas que hagas...

—Sentadillas —la corrijo.

—Eso. Curvas eran nuestras mollejas en la cinturita y unas buenas caderas donde podían agarrarse... Las chicas de ahora no coméis.

—No lo dirás por mí. Ya has visto los bocadillos de fuet que me meto entre pecho y espalda

—me pongo las gafas de sol y voy a por mi bicicleta.

—Tal vez deberías fijarte en otro tipo de fuet.

La señaló muerta de la risa.

—Abuela, te me estás desmelenando. Bicho —le digo al perro—, vigílala y que no vea cosas raras en la televisión.

Mi perro no me hace ni caso porque se está olisqueando el ano.

En fin, mi abuela deja ir una risa cantarina que me persigue hasta la calle. Antes de salir al portal, acaricio con la punta de los dedos la foto que hay en el mueble blanco de la entrada. Es una foto de mis padres y mi hermana conmigo. Les mando un beso y me lleno de amor.

Cuando cierro la puerta y salgo al exterior, huele a cruasán recién hecho, al río que cruza el puente de Besalú y a un pueblo que ya siento como mío.

Son las ocho y media de la mañana y a las nueve tengo visita.

Me voy a trabajar pensando en lo que va a deparar el día y en qué dirá la gente cuando me ve salir de casa, a veces, hablando sola.

Entre nosotros: ya sabéis que no hablo sola.

Cuando llego a la consulta, dejo la bici en el patio de luces del interior, y abro las ventanas para que vuelva a ventilarse. No me gusta que se estanquen las energías, prefiero que fluyan, que vengan y vayan.

Enciendo las velitas con olor a menta y a hierbabuena, cuanto más refrescante y limpio mejor. La vainilla me parece empalagosa, y las de madera demasiado fuertes... esta siempre da la sensación de estar en un bosque.

Cubro la camilla con una sábana de papel que tiro después de un uso. Al día tengo que hacer unos cinco o seis cambios en masajes. Preparo las luces y la mesa para la manicura. Porque a primera hora tengo una manicura. Y es de mi amiga Bea. A ver qué locura me pedirá hoy.

Así que por la mañana tengo la manicura de Bea y media hora después una sesión de osteopatía. Y otra de drenaje linfático.

Pongo la música porque sé que a Bea le gusta escucharla mientras le arreglo las uñas.

Bea es una de esas chicas Pin-up en físico y en actitud. Tiene las curvas de Beyoncé. Es morena, de ojos grandes y azules y labios gruesos y rojos. Se recoge siempre el pelo negro y se pone pañuelos granates en la cabeza. Le gusta ir mucho en tejanos y tacones. Y viene siempre desde Girona, solo para hacerse la manicura conmigo. Luego comeremos juntas.

Cuando timbran a la puerta y abro, ella me espera al otro lado con una sonrisa de oreja a oreja. Se quita las gafas de sol de gato, y se funde conmigo en un abrazo.

—Hola, lagarta.

—Hola, corazón —le digo.

Ella nunca me quita la energía. Siempre es de las que me la da.

Le quito la bolsa que tiene en las manos y miro en su interior.

—¿Qué has traído hoy?

—Donuts glaseados y de chocolate. Espero que hayas preparado el café.

Le señalo la Nespresso blanca que tengo en un mueble de la pared y las dos tazas listas para ser rellenadas.

—Por supuesto.

—Bien. Arréglame estas manos, por favor. Tengo que proponerte una cosa.

—¿Cuándo no? —le digo.

—Es lo que pasa cuando se tiene a una amiga muerma. Yo soy proactiva, tengo que arrastrarte o te me vas a secar como una flor triste en el medievo este.

—Deja las cosas en la percha y ven a sentarte con mami —le digo tomando asiento al otro lado de la mesita blanca donde he desplegado todo mi arsenal para uñas.

Al cabo de un minuto, tengo a Bea con las manos en remojo ante mí, hablando de una cita a cuatro.

—No —contesto—. Suelen ser un desastre. Al último hombre con el que fui a cenar para ir en parejita contigo y tu nuevo ligue se le saltó un empaste por morder la pata de una langosta. Fue horrible y muy humillante para él. Y el anterior hacía poco que se había ido a poner pelo a Turquía y su cabeza parecía un trozo de césped mal podado. Además, hablaba raro. Eso sin mencionar al argentino del síndrome de *touré*.

Bea se carcajea delante de mí.

—Eso fue un desastre. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Me dijo: «No me interrumpas, boluda del orto».

Bea se dobla de la risa, pero no puede retirar los dedos de los recipientes del agua.

—Es que el mercado está muy mal. Yo tampoco encuentro a nadie para mí.

—Tú no quieres a nadie para ti. Eres muy feliz en la poligamia.

—Sí, eso es verdad. Pero también cansa. A mí también me gustaría ver Netflix en el sofá acurrucada con alguien.

La miro fijamente.

—Es que eso es mentira y lo sabes.

Ella se vuelve a reír y asiente.

—También es cierto. Bueno, y ese chico... ¿el panadero? Es muy guapo.

—Y también es gay.

Le acabo de sacar las cutículas y empiezo a hacerle la forma de las uñas como quiere.

—¿En forma de garra? No me gustan nada, que conste, parecemos ratillas con esas uñas.

—No, esta vez redondeadas —me pide ella—. El otro día arañé sin querer a mi chico de ese momento en los testículos.

—Claro... un problema —ironizo.

—¿Y el del gimnasio ese?

—¿Adrián?

—Sí, ese. Es empotrador personal, ¿no?

—Entrenador personal, sí —me echo a reír—. Lo veo pasar todos los días por aquí. Se obsesionó conmigo y decidí no atenderlo más. Pero me deja una rosa a diario en la ventana con frases de Coelho. Se asoma para ver a quién toco y esas cosas raras...

—Uf, puto loco. Cuanto más lejos, mejor.

—Sí.

—Ada, yo creo que no tienes pareja porque no quieres.

—Exacto —canturreo concentrada en secarle los dedos uno a uno y ponerle un regenerador sobre las uñas.

Ella se calla unos segundos. Noto cómo me mira fijamente. Sé que me quiere decir algo.

—Escupe, Guadalupe —le ordeno.

—¿Hasta cuándo?

Sé muy bien de qué me habla. Sé que se refiere a mi abstinencia general y prolongada en el sexo y con los hombres. Pero nunca he querido forzarme.

Antes del accidente yo era otro tipo de persona. Más alocada, menos consciente y tenía novio. Después del accidente, mi novio se alejó de mí en cuanto vio la carga emocional que acarrearía de por vida. Y me dejó. Me dejó incluso antes de yo poder decidir si iba a querer luchar por lo nuestro o no. Así que me lo puso fácil.

—Tienes que dejar de culparte. No todos los tíos son como el mierda de Dani. Él fue un cobarde y un cerdo egoísta. Debió apoyarte y en vez de eso, se fugó.

—Emocionalmente soy complicada, Bea. Y luego está mi problema.

—Tu problema, ya.

—Sí.

—Deja de excusarte en que ves fantasmas para no volver a relacionarte con nadie. Yo sé que los ves y sigo aquí.

—Tú eres mi mejor amiga.

—La más mejor —añade ella.

—Sí. Pero la gente no lo entendería nunca. Por favor, si te miran raro cuando dices que eres vegetariana, imagínate cuando dices que ves muertos. Es doblemente peor. Las personas no están preparadas para cargar con alguien con esas capacidades incómodas.

—Eso es una gilipollez. La persona que te quiera te querrá porque estás buenísima y porque haces masajes.

Dejo ir una carcajada.

—Claro, porque ¿a quién demonios le importa el interior? —digo siguiendo su tono.

—A mí no, desde luego. Yo solo miro el interior de los bolsos que me regalan, para ver si son verdaderos. El otro día le di puerta a uno que me regaló una cartera Christina Dior. O sea, ¿hola? Espejismos no, gracias.

Siempre me hace reír.

—Ahora en serio. Solo tienen que verte, Ada. Te querrán por lo que haces con las personas vivas, no por lo que dejes de hacer por las muertas. Lo que te pasa y lo que eres capaz de ver no tiene por qué ser una maldición. No puede ser que estés escondiéndote siempre. Así solo vivirás a medias, y dudo mucho que tus padres y tu hermana querrían que vivieras así.

—Lo sé. Sé que no lo quieren. Pero no es fácil.

—Lo entiendo. Pero mira, tampoco es fácil tener juanetes e ir siempre con estos tacones — con su pasmosa flexibilidad y agilidad levanta un pie y lo coloca sobre la mesa. Lleva un tacón de diez centímetros—. Y los llevo. Y me jodo, porque me encantan y porque si no los llevase parecería un botijo. Y tú tienes que empezar a salir de ese cascarón. Eres muy divertida, inteligente, joder... mira tu cara, y estás viviendo oculta aquí, donde todos te tiran la caña y tú solo les comes el cebo. ¿Cuándo te vas a dar tú una oportunidad? No vivas como si tu vida hubiese acabado en ese accidente —me sujeta la mano y me obliga a mirarla—. Sé que soy cruda. Pero tú estás aquí. Que se note. No hagas que llame a Oprah.

Se me escapa una sonrisa, aunque tengo los ojos húmedos.

—Vete a la mierda.

—No. Como llame a Oprah te cagas —insiste—. Ahora, por favor, hazme gatitos en las uñas. Quiero Maneki Nekos. Gracias.

—Es que mira que eres hortera.

—Eso es porque no sabes hacerlo.

—¿Que no? Trae.

Siempre lo consigue. Me pide lo más inverosímil, y lo más horrendo también, pero como me desafía y me pica, pues yo acabo cayendo en la trampa.

Al final. Acabo pintándole gatos chinos blancos en un fondo de uña rojo.
Y odio decirlo. Pero me han quedado de muerte.

Después de su manicura, tengo tiempo para desayunar con ella. Antes me había tomado solo un cortado en una cafetería, y ahora voy a por los donuts que ha traído.

Al final me ha intentado convencer de quedar mañana por la noche con ella y dos tíos más que ha encontrado por Tinder.

—Para follar es la mejor aplicación. Es una locura lo fácil que se consigue todo. Solo tienes que decir «hola», te contestan «hola», y entonces le sigue un «¿quedamos para follar?».

—Y luego te encuentras con los hijos y las mujeres.

—Tinder es como un nido de solteros infelices y casados infelices. Todos infelices y salidos. Y entonces tú vas ahí a dar amor.

—Yo, lo siento. Respeto lo que haces, pero no lo comparto. Paso de follar con desconocidos.

—Bueno, pues por eso quedamos con ellos. Para conocerlos.

Le echo una mirada inquisitiva.

—Tú sacabas sobresalientes en lógica, ¿verdad? —bromeo.

—Vas a parecer virgen otra vez cuando vuelva a entrar algo ahí abajo.

Niego con la cabeza.

—Tranquila. Deja en paz a mi virginidad. No te preocupes, cielo —digo mirándome entre las piernas—, nadie te va a hacer maldades.

—Eso tiene que ser ahora mismo una cueva de murciélagos.

—Y lo tuyo es el metro en hora punta.

El timbre de la calle suena dos veces. Miro mi reloj y frunzo el ceño. No tengo a mi siguiente cliente hasta dentro de tres cuartos de hora.

Me levanto, me limpio las manos con una servilleta y acabo de tragar lo que tengo en la boca. Abro la puerta y me encuentro a un hombre que como mínimo me saca dos cabezas. De espaldas a mí. Unas espaldas anchas como la puerta. Tiene las manos en su cintura y está mirando a la acera de enfrente.

—¿Hola? —le pregunto.

Cuando se da la vuelta, advierto que es moreno con el pelo rasurado al uno o al dos, no lo sabría decir. Lleva una gafas de aviador puestas, con el cristal amarillo espejo. Una camiseta blanca de manga corta, que no oculta el musculoso torso que tiene, ni tampoco sus bíceps. Sus piernas están enfundadas en unos tejanos Levi's azul claro y gastados, y lleva en los pies unas Vans negras. Y yo, como siempre, lo más sexi que llevo es un pegote de chocolate en el labio que parece un lunar.

Parpadeo un momento, porque aunque no soy de las que se desmaya, no puedo no apreciar que es lo más guapo que he visto en mis veintinueve años de vida.

Él me está mirando a través de sus gafas. Me ha oteado de arriba abajo. Qué bien. Este era el día perfecto para que me pusiera el pichi tejano que me hace las tetas planas, con una camiseta negra debajo. Y estoy segura que ahora mismo llevo los pelos a lo afro o casi.

Se quita las gafas y las sujeta con los dedos. Tiene el rostro más serio y atractivo que vi jamás. La mandíbula cuadrada, un surco impresionante que la divide, y unos ojos negros alucinantes con las pestañas largas y tupidas. Y esas cejas oscuras y espesas, con una forma arqueada en la punta... ¿Se las hace en algún sitio o son así?

—Buenos días, señorita.

Ahí ya no parpadeo. Es que no soy capaz. Esa voz grave y ronca ha resonado en cada una de mis células. En mi interior.

—Jesús, María y José... —oigo que dice Bea detrás de mí—. Buenos días, caballero. ¿En qué podemos ayudarle? —en un minuto la tengo pegada a la espalda.

—Hola —él la observa levemente y después vuelve a centrarse en mí—. Estoy buscando a Ada Sierra.

Tiene una de mis tarjetas en la mano. ¿Será que quiere que le haga un masaje?

—Ah, pues mira. Esta de aquí —Bea me levanta la mano—, que parece que le ha dado una apoplejía, es Ada.

Retiro la mano rápido y le dirijo una mirada perdonavidas a mi amiga cabrona.

—Hola, sí soy yo.

Bea me está poniendo nerviosa, mirándolo de arriba abajo y dibujando sonrisitas con sus labios rojos. Por Dios, qué vergüenza. Se va a pensar que somos unas salidas.

—¿Es usted?

—Sí —le digo cada vez más intrigada. No. Este no está aquí para un masaje. Lo sé por su actitud, su pose de agente del orden y el frío, que me acaba de poner la piel de gallina. Y sin querer, porque no me lo espero en ningún momento, detrás de él siento una presencia desdibujada. Sé que no tengo que hacerlo ni fijarme para ver con claridad. Pero me fijo, y ese hombre parece captar lo que hago y mira por encima de su hombro.

Soy torpe. Tendría que aprender a disimular y no lo sé hacer porque él me ha puesto nerviosa. Sea quien sea, lo que hay tras él, está bastante pegado a su persona.

—Soy el inspector Ezequiel. —Se lleva la mano al pantalón y saca su cartera negra para enseñarme su placa—. Me gustaría hacerle unas preguntas en relación a la posible desaparición de esta mujer. —Se coloca las gafas de aviador en el cuello de la camiseta y después saca una foto de la susodicha—. ¿La recuerda?

Miro bien la foto. ¡Cómo no la voy a recordar! ¡Es Svetlana!

—Sí, por supuesto que la recuerdo.

Bea se acerca a la foto y espeta:

—Pero si es la rusa comep...

—Bea —le pido con toda la educación de la que soy capaz—. ¿Puedes, por favor, esperarme afuera en la cafetería de la plaza? Cuando acabe, iré —le digo entre dientes.

Bea bizquea y resopla, pero al final me hace caso y abandona mi consulta, dándole, eso sí, un repaso tan escandaloso al inspector que me sorprende que no lo haya desgastado.

—Serán unas preguntas —me aclara él.

—Sí, por favor. Pase.

Espero a que él entre e ignoro la energía que lleva tras él. Cierro la puerta como si no la hubiese visto.

3. Los muertos no saben que están muertos. Lo mismo pasa con los imbéciles.

Tengo la sensación de que mi consulta es más pequeña de lo habitual con él por ahí pululando. Lo mira todo. Lo estudia todo.

Hay personas que intimidan mucho más que los fantasmas. Él es una de esas personas.

—¿Qué quiere preguntarme sobre Svetlana? —Voy poniendo en orden las pinturas de las uñas y recogiendo los donuts y los cafés.

—¿Cuánto hace que no la ve?

—Mucho. Casi dos meses hará desde que la despedí.

El Inspector rodea la camilla y mira hacia la puerta cerrada donde estaba la otra consulta de la rusa, pero ahora la he vuelto a reconvertir en una sala para reflexología y pedicuras.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Me deja ver qué hay en esa habitación?

—Entre usted mismo —le digo—. La puerta está abierta.

Él se mueve rápido, abre la puerta y entra.

—¿Por qué la despedió? —me pregunta con un tono burlesco, desde el interior de la otra salita—. ¿No trabajaba todo lo que usted quería?

—¿Perdón? —digo sorprendida. Mi mano se queda suspendida en el aire sujetando un botecito de laca negra y brillante—. ¿A qué se refiere?

—Sabe a lo que me refiero —él apaga la luz de la otra habitación y vuelve acercarse a mí—. ¿No tenía contentos a los clientes?

—Uy, sí. Demasiado —añado un tono punzante.

—¿Entonces? ¿Qué problemas tenía usted con Svetlana? ¿Tiene los papeles de su contratación? ¿Era legal?

Abro la boca impresionada por ese tono. ¿Por qué me habla así? Y ahí está de nuevo esa sombra borrosa detrás de él. No me gusta, estoy cogiendo frío y tengo el vello de punta.

—¿A qué viene este interrogatorio? ¿Me puede decir qué es lo que quiere? Si está registrando mi local creo que necesita un permiso para eso, ¿no?

Él detiene sus ojos negros en mí y hace como si se lo pensara un poco.

—La compañera de piso de Svetlana ha puesto una denuncia por su desaparición hace 48 horas. Estamos interrogando a todos aquellos que puedan estar involucrados con ella o que tengan información trascendente para proceder a su localización.

—Ya. ¿Y cree que yo puedo saber algo? ¿O que tengo alguna cuenta pendiente con ella?

—Usted la contrató. Después la echó. Y sé muy bien qué hacen aquí. También me consta que no acabaron bien.

—¿Qué ha querido decir con que sabe lo que «hacemos» aquí? Aquí solo trabajo yo —contesto cada vez más enfadada, porque aunque él no diga lo que piensa, me parece que lo que piensa no me va a gustar ni un pelo—. Esto es mío.

Él deja ir el aire por la boca y me mira con disgusto.

—Su local se llama Paréntesis. Debe de estar muy solicitada.

—Lo estoy. Hago muy bien mi trabajo, gracias.

—Y cobra mucho de lo suyo y de lo que ella le generaba.

—Obvio, tengo que pagar el alquiler —respondo cruzándome de brazos—. Es lo que sucede cuando decides trabajar con una socia.

—¿Ah? ¿Socia? ¿Ahora se llama así?

Mi cara es de: «What the fuck?».

—Creo que le voy a pedir que se vaya.

—¿Por qué acabaron mal? Svetlana se quejó de un despido improcedente sin ningún tipo de compensación por su parte.

—La despedí porque, si sabe lo que ella hacía, entenderá que estaba robándome toda la clientela y confundiendo al personal. Este es un pueblo muy pequeño —le explico— y todo el mundo habla y se conoce. No me puedo permitir ese tipo de reputación. Me tienen muy bien valorada.

La pose del inspector se modifica levemente. Envara la espalda y todo el peso de su juicio cae sobre mí como la espada de Heracles.

Creo que le doy asco y ni siquiera sé por qué.

—Vamos, que no querías competencia.

—No ese tipo de «competencia».

—Te voy a cerrar el chiringo —murmura— y espero que salga toda la mierda muy pronto.

—¿El chiringo? Usted no tiene ni idea.

—Sí la tengo. Sé muy bien lo que eres.

—No le he dado permiso para tutearme, Inspector. Puede irse. Ahí tiene la puerta —se la señalo y lo acompaño a él, a eso que va con él y que no sé qué es y a su mala leche.

—Nos volveremos a ver pronto.

—Pues hasta nunca —le digo yo perdiendo toda mi buena educación.

Cuando cierro la puerta, sacudo las manos y empiezo a rebuznar como los caballos.

—¡Fuera energía mala! ¡Fuera energía mala! —repito caminando de un lado al otro de la consulta, y eso que no es muy grande—. Pero qué... imbécil. Será po...

Me quedo callada al ver cómo los cristales de las ventanas están empañados. Como si hubiera mucha humedad en mi consulta.

No. Eso no me gusta. ¿Qué diantres traía el Inspector con él?

Corro a encender velas y a abrir las ventanas para que se vuelva a oxigenar mi lugar de trabajo.

Estoy muy enfadada. Antes de que empiece mi jornada laboral, necesito ir a hablar con Bea, explicarle lo que ha pasado y desahogarme.

Hacía mucho que nadie me ponía de tan mal humor.

Hay muchos muertos que no saben que están muertos. Y muchos imbéciles que no saben que son imbéciles.

El día no ha ido mal del todo, excepto por la aparición del Inspector Mamón. Pero por lo demás, no ha estado mal porque hoy no han venido caminantes, me he podido concentrar en mi labor como terapeuta y osteópata y eso me ha ayudado a que el tiempo me pasara volando. Bea

además me ha ayudado a relajarme y me ha dicho que en su vida había visto un tío tan tremendo como ese, pero que en la vida no se podía tener todo, porque ser guapo solía ser muy compatible con ser gilipollas. Y era una cruz. También me ha intentado convencer para que acepte esa cita a ciegas de mañana.

Pero durante todo el día he tenido una mosca detrás de la oreja. El encuentro con el Inspector me ha dejado un muy mal sabor de boca y peores sensaciones. Así que después de sacar a Bicho, he estado hurgando en casa en la minibiblioteca especializada que me he hecho sobre espíritus, fantasmas y otras apariciones... El libro que estoy escribiendo no sé cómo se llamará. Pero desde luego no tendrá la palabra fantasma o espíritu ni más allá. Son títulos poco comerciales.

Estoy ojeando uno que tengo en inglés Vida después de la vida, de Raymond Moody. Quiero encontrar algo, pero no sé el qué, exactamente.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta mi abuela.

—Abu... —cierro el libro y la miro fijamente. A ella la veo tan bien y tan nítida que me parece increíble que la entidad que arrastraba el Inspector fuera tan amorfa—. Las entidades del tipo ectoplasma, ¿sabes si ellas son conscientes de que están muertas?

Mi abuela se materializa a mi lado, sentada sobre el brazo del sillón.

—Puede que no lo sepan —contesta ella—, y puede que no sepan desvincularse de su cuerpo todavía. ¿Has visto alguna? —me pregunta con interés.

—Sí —contesto—. Y no me ha gustado la sensación. Ha sido un poco agónica.

—¿Sabes que como mediadora a veces puedes sentir emocionalmente a las entidades que se te acerquen?

—Sí.

—Y, ¿por qué te has encontrado mal con esa visita?

—Porque ha sido un tonto del culo desagradable.

—¿El fantasma?

—¿Eh? —Me doy cuenta de que estoy hablando del Inspector—. No, no... No te lo sabría explicar —contesto—. Lo que acompañaba a mi visita, digamos que no tenía esencia definida. Ha hecho que cogiera mucho frío. Un frío húmedo. Se han empañado hasta los cristales.

Ella asiente meditabunda.

—¿Te acuerdas de cubito de hielo? —me pregunta—. ¿El hombre ese que me dijiste que iba detrás de su hija, vestido de alpinista y totalmente congelado?

—Sí, cómo olvidarlo.

—Recuerdo que me dijiste que ella era tu clienta y que te contó que su padre estaba desaparecido en el Everest. No habían encontrado su cuerpo todavía. Y tú lo veías a él, helado. Con su nieve y su escarcha en el rostro. Fue en su tercera sesión contigo cuando el caminante ya no prestaba signos de congelación, porque ya habían hallado su cuerpo de la nieve.

—Sí. Me acuerdo —me levanto un tanto angustiada—. ¿Crees entonces que esa entidad puede ser alguien en un medio aún inestable?

—Las almas nos quedamos vinculadas a nuestro cuerpo unas setenta y dos horas hasta que nos atrevemos a salir de él definitivamente, siempre y cuando el medio nos lo permita. Y si el medio no lo permite, intentaremos comunicarnos a través de él como podamos.

—Ese hombre que me ha venido a ver hoy llevaba una presencia con él, y creo que sentía mucha angustia. Está intentando hablar con el inspector pero aún no puede. Bueno, no creo que pueda nunca, porque está claro que ese hombre tiene la sensibilidad en el trasero.

—¿Un inspector te ha venido a ver hoy? —mi abuela no sale de su asombro—. ¿Qué has hecho? —está emocionada. Creo que hasta le gustaría saber que he hecho algo.

—¡Yo nada! Pero al parecer Svetlana se ha metido en un lío y hace 48 horas que está desaparecida. Como ella y yo no acabamos bien, ha venido a hacerme todo tipo de preguntas incómodas.

—¿A ti?

—Sí, a mí.

—Pero si se ve a leguas que eres inofensiva e incapaz de matar a un mosca. Vaya truhán.

Me encanta cuando mi abuela se pone a insultar. Insulta tan bien que hasta suena bonito. Los insultos de antes eran cultos y versados. No como los de ahora.

—Pues por algún motivo que no estoy cerca de intuir, cree que sí.

—Ay, Ada... —me dice moviendo el dedo de su mano arriba y abajo—. No temas a los muertos. Cuídate antes de los vivos.

Antes de ir a dormir me doy una ducha. Hoy lo necesito.

Lo sucedido con ese hombre me ha dejado molesta para todo el día, y quiero intentar dormir bien. El cretino me ha amenazado con «cerrarme el chiringo». No sé qué se piensa que hago en mi consulta.

En la pequeña casita adosada que me legó mi abuela, hay dos plantas. La de arriba no es muy grande, solo tiene un baño, una habitación y una pequeña oficina. El balcón que tengo en la habitación da al jardín interior.

Estoy en la ducha ahora, el vaho invade todo el baño. Me gusta ponerme champú de eucalipto para que el perfume me despeje la nariz. Es como estar en un refrescante bosque.

Me relaja el sonido del agua salpicar el suelo empedrado y blanco de la ducha. Las gotitas de jabón parecen perlas en la superficie... Me estoy enjabonando el pelo en este momento, pensando en lo que habrá ido diciendo por ahí Svetlana de mí. Esa mujer está mal de la cabeza.

El agua empieza a perder temperatura. Le doy más fuerte a la salida del agua caliente. Pero lejos de volver a arder como a mí me gusta, el agua empieza a bajar grados y a quedarse fría. Helada.

—No me jodas... —digo. ¿Será el termo? Madre mía, como tenga que salir de la ducha con el pelo enjabonado puedo salir disparada de la escalera como un miembro del Circo del Sol—. ¿Abuela? ¡¿Puedes mirar, por favor, si al termo le ha pasado algo?! El agua está congelada.

—Ada.

Ella aparece bajo el marco de la puerta deslizante. De espaldas a mí. Mira hacia la escalera como si esperase a alguien.

Uy... no. Se me está poniendo la piel de gallina. Y empiezo a ver el vaho de mi boca salir como pequeñas nubes de humo blanco.

—¿Abuela?

—Ada —me repite ella desvaneciéndose—. No estás sola.

Ella desaparece de mi campo visual. No oigo ni a Bicho ladrar ni roncar. Se me acaba de meter una pompa de jabón en el ojo y me está picando a rabiar.

—No... no, espera —me abrazo en la ducha, helada por completo. Es como estar en el interior de un frigorífico. A través de la mampara empañada veo la figura de un hombre desdibujándose continuamente, como si lo sacudieran. Va vestido de negro y es moreno. No le veo la cara.

Me pego a la pared y empiezo a tomar fuertes bocanadas de aire. Hasta ahora no había tenido

ninguna visita en la ducha estando desnuda. Me ha cogido tan de sorpresa y está viniendo tan hacia mí que no puedo ignorarle. Él sabe que le estoy viendo, y eso me deja completamente vendida.

No le puedo ver bien. Oigo un pitido en el oído como si mi don intentase encontrar la frecuencia correcta para hablar con él. No. No es mi don. Es él el que me está buscando. Él lo está forzando.

—¿Quién... quién eres? —le pregunto.

Él no habla. Se encuentra a un palmo de la mampara, mirándome. Su rostro está tan borroso que es imposible identificar alguna facción.

—¿Qué quieres?

De repente, pega su mano al cristal. Cuando la retira, su silueta está perfectamente dibujada en la superficie y las gotas de agua se deslizan hacia abajo.

Trago saliva y contemplo su huella.

Pero dejo de verla al comprobar que está escribiendo un mensaje al otro lado del tabicado. El dedo con el que lo hace es casi perfecto. Primero dibuja una S. A continuación una O. Y luego otra S.

SOS.

Está pidiéndome ayuda.

—¿Qué...? —Estoy aterrada—. ¿Qué quieres? —me castañetean los dientes—. ¿Que te ayude? ¿Cómo?

Oigo un susurro ahogado, un eco. Apenas audible e incomprensible para mí.

—¿Por qué no me puedes hablar? —le pregunto.

Él se da media vuelta y se dirige al espejo del baño. Allí vuelve a dejar un mensaje en el cristal empañado. Pego mi frente a la mampara para, a través del claro que ha dejado la huella de su mano, intentar leer lo que está poniendo en el espejo. Pero no lo consigo.

Y después de eso, con lentitud, congelando el tiempo y la temperatura, sale del baño por la puerta y desaparece.

Bicho empieza a ladrar, como si acabase de percibir esa presencia.

Cinco segundos después, el agua de la alcachofa de la ducha empieza a arderme entre los dedos, y me quemo el muslo sin querer. No es nada. Solo ha sido la sorpresa.

Cierro el agua pero no puedo dejar de mirar la mano imprimada en la mampara. Se ha creado una escarcha muy fina en su silueta.

Salgo de la ducha tan rápido como puedo, me resbalo y estoy a punto de meter la cabeza en el inodoro. Me pongo la toalla blanca alrededor del cuerpo y corro a mirar qué mensaje ha dejado antes de que se desvanezca.

Solo hay un nombre: Eric.

Mi abuela aparece detrás mío y vuelve a darme un susto como hacía que no me los daba. Esa visita incómoda me ha dejado los nervios mal.

—¡Por Dios, abuela! —me llevo la mano al corazón y veo su reflejo a través del espejo—. Por poco me matas.

—No creo —contesta ella con el gesto muy serio leyendo el mismo nombre que yo.

—¿Has visto lo que ha pasado?

—Sí. Y no me gusta nada. ¿Por qué ha entrado un fantasma en esta casa? Aquí solo puedo estar yo por ahora —argumenta firmemente—. ¿Es que acaso descubrió que lo veías?

—No... no lo sé —digo sujetándome al mármol del mueble del baño—. Es posible. Esta mañana... —estoy confundida y aún tengo frío—. No lo sé, lo que seguía al Inspector, estaba

muy pegado a él y puede que, sin querer, le mirase de más...

—Lo que acaba de entrar en el baño no es un ectoplasma —me asegura mi abuela.

Tengo la misma sensación fea que esta mañana.

—Se llama Eric.

—¿Tú conoces a algún Eric?

—¡No! —exclamo.

—Ada, ¿sabes lo que va a pasar después de que entres en contacto con algo así? Si le abres la puerta a uno, entrarán todos.

—No —niego un poco agitada—. Hablo contigo y hasta ahora he podido dejar atrás a todos los demás.

—Porque estamos en casa. Y en casa no entran otras entidades que no han sido invitadas. Pero si lo miraste e interactuaste con él, aunque fuera un segundo, se lo habrá tomado como una invitación, y de ahora en adelante te costará mucho más mantenerte al margen.

—¿Y qué puedo hacer? —le pregunto.

Mi abuela se encoge de hombros y posa su mano sobre mi hombro. El contacto es suave.

—Responsabilizarte. Te están pidiendo ayuda. Si tienes capacidad para ayudar a recuperar físicamente la salud a los vivos. Tal vez sea el momento de empezar a ayudar a darles paz a los muertos.

—Yo no puedo hacer eso. Quiero vivir tranquila y sin sobresaltos.

Ella parece que me comprende pero no está de acuerdo.

—Solo encontrarás esa paz que buscas, cuando ayudes a darle calma a los que ya no están vivos. Es como una necesidad. No se puede vivir dándole la espalda a algo durante tanto tiempo.

—¿Y qué puedo hacer? Ha entrado aquí, me ha matado de miedo... mira —le muestro mi mano, trémula y pálida.

—Sabrás lo que tienes que hacer y cómo hacerlo. Porque yo lo hacía. Si por fin aceptas la gracia, Ada, tienes muchas cosas que aprender de los recetarios que dejé en la leja de la cocina.

—Si son recetas de cocina, abuela —la miro sin comprender—. ¿Y qué me vas a enseñar? ¿A lanzarles harina? ¿A mostrarles el camino de vuelta a casa con migas de pan?

—No —aduce ella—. No son recetas de cocina. Míralas —asiente—. Tal vez pueda ayudarte. ¿Qué es lo que sientes que tienes que hacer ahora? ¿Qué es lo que te ha dejado esta experiencia? ¿En qué piensas?

Resoplo y me miro al espejo.

—No lo sé.

—Sí lo sabes, Ada. ¿Qué sientes? Todas las entidades dejamos información tras nuestra visita. Una expresión, un objeto caído, un cambio de temperatura, una palabra, un susurro, un roce... ¿Qué es lo que has percibido de él?

—Creo... que ese espíritu está en un grado de progreso incómodo. Está muerto, pero es como si no pudiera salir de donde está. Y... —carraspeo y miro la mano de la mampara y las letras que ya desaparecen del espejo—... y creo que su cuerpo está preso en algún tipo de medio acuoso. Por eso ha podido canalizarse y desplazarse hasta aquí, aprovechando la humedad, el agua... Mira —señalo el suelo y sus baldosas de colores—. Hay huellas que se difuminan. Son sus pisadas.

Mi abuela refleja en su rostro todas las ilusiones que había depositado en mí en el pasado y que yo no quise aceptar de buen grado.

—Eres una mediadora. Como lo era yo —asiente satisfecha—. Tienes que poder ayudarlos o no tendría sentido que te dieran esta gracia. Tienes que atreverte a hacerlo ya. Investiga qué le ha

pasado a este tal Eric. Y descubre por qué está siguiendo a ese Inspector malhumorado como si fuera su sombra. —Ella me sonríe, con su gesto lleno de dulzura y apoyo—. Vas a hacerlo muy bien.

Dicho esto, mi abuela desaparece y me deja sola en el baño. Un baño con marcas todavía visibles de una visita paranormal, y con las paredes y el suelo aún heladas.

Me cubro la cara con otra toalla y exclamo:

—Mierda.

4. En la comida, como en el sexo, cualquiera puede morirse del gusto.

Mi preciosa abuela me dio ayer mucho en lo que pensar. Y mucho que ojear. Nunca, jamás, había tocado un solo libro de los que tenía en su estante en la cocina, porque no soy de las que le guste cocinar. A mí me gusta comer. Y soy de no romperme mucho la cabeza. Comidas más bien rápidas: si hay algo que me encanta, no me suelo cansar de eso. Soy cómoda en ese sentido.

Mi madre heredó las ganas de cocinar y su buena mano de mi abuela. Pero nunca imaginé que los libros de recetas de mi abuela no contuvieran ingredientes culinarios. Sus libros son recetas «Para morir con gusto», como ella titula en sus cuadernos. Tres de ellos son diarios de todas las entidades a las que ha ayudado. Uno de ellos, llamado «Ingredientes para morir bien», es una guía que consta de ejemplos claros de cómo tratar paso a paso con los espíritus. Ella nunca me habló de ellos antes porque siempre esperó a que yo tuviera la voluntad de leerlos, a que fuera el momento adecuado para mí. No obstante, como nunca quise abrazar el don, no los leí, y ella nunca me sugirió tomarlos.

Pero después de la visita de ese tal Eric, y de haberme puesto en contacto oficialmente con un espíritu, ahora ya no me queda otra que estar preparada. Porque como ella ha dicho: una vez abres la puerta a uno, pueden entrar todos.

Es curioso, porque el libro que estoy escribiendo en mis ratos libres habla de los espíritus y de las apariciones y de lo que yo sé de ellos, de sus cuentas pendientes y demás, pero sin nunca haber interactuado con uno. Ahora sé perfectamente que la primera necesidad que he sentido en la aterradora visita de ayer en el baño, es una: la ayuda.

Necesita ayuda. Y no sé cómo puedo ayudarlo, ni sé cómo debo hacerlo o cómo ponerme en contacto con él.

Así que, mientras desayuno, estoy leyendo su cuaderno. Hoy no tengo que ir a la consulta porque es sábado y me puedo tomar mi tiempo. En él dice claramente que debo esperar a que esa entidad aparezca de nuevo. Y sugiere que en casa de las mediadoras se coloque siempre en la entrada principal, un aviso a visitantes. Los vivos lo leerán como algo gracioso. Los muertos educados sabrán que tienen que obedecerlas. Y otros, los más rebeldes y salvajes, posiblemente, pasen de ello, por eso debo atenerme a las consecuencias o hacer que se atengan ellos colocando símbolos de protección en el suelo de la habitación y del baño. Son unos símbolos extraños de madera, que de algún modo, mantienen a los fantasmas en su sitio y prohíben que se acerquen más.

Es todo muy curioso, pero si a ella le funcionó, a mí también me tiene que funcionar. Antes de ir a pasear a Bicho, busco el panel que había preparado mi abuela y que colocaba cuando no tenía visitas familiares.

—Está en el trastero —me dice ella apareciendo por detrás mío—. En la oficina de arriba.

—Sí, creo que me pareció verlo —le digo levantándome para ir a buscarlo. Era un panel de madera con varias direcciones y advertencias.

Ahora que lo tengo entre las manos, le quito el polvo y leo lo que indica.

Aquí vive una mediadora y en esta casa se respetan mis reglas:

Si eres un fantasma, irás hacia el porche y tocarás la campanilla dorada que pende al lado de la puerta. Esperarás a que yo pueda atenderte.

No me gustan las colas, así que no os amontonéis.

Solo acepto una visita al día.

No debes andar por la casa sin mi permiso y ni mucho menos asustarme ni aparecerte en mi habitación o en el baño. Si lo haces, sé cómo sacarte. Y si te saco, no te ayudaré.

Cobro por cuentas saldadas.

Tú verás.

Queda terminantemente prohibida la entrada a entidades oscuras.

Ifigenia

—Joder... —digo en voz alta—, podría haber puesto esto antes. ¿De verdad cobrabas por cuentas saldadas? —grito por si no me oye.

—Sí. No deja de ser un trabajo. Los investigadores privados cobran por sus trabajos. Tú también debes hacerlo.

—¿Por qué no me has contado nada de esto antes?

—¿Podrías haberte interesado por tu don antes también? —replica deslizándose por el suelo hasta las escaleras. Parece feliz de que por fin vaya a asumir lo que soy.

Deberé tener cuidado porque no quiero estar advirtiendo fantasmas y parecer una loca. Puedo atenderlos, pero intentaré buscar siempre un lugar neutral en el que me sienta segura. Sé que eso no siempre lo podré conseguir. Pero no quiero que mi vida cambie demasiado a raíz de esto. Seguiré disimulando todo lo que pueda fuera de mi casa. Y en mi casa, si se presentan, tendrán que decirme qué quieren de mí y veré si puedo ayudarles.

Bajo las escaleras con el panel y lo coloco en la entrada de forma que se queda de pie, para que todo el mundo lo lea. Lo esconderé para los vivos, y lo pondré para los muertos.

Me he ido a dar una vuelta por el pueblo. Necesito oxígeno y reordenar mis ideas. Bicho está muy feliz, va con una pelota de goma dura en la boca. La única que no ha podido romper. Todas las demás me las he encontrado siempre hechas añicos por casa. La mandíbula de un San Bernardo es considerable.

Justo cuando voy a pedir número para la tienda de embutidos, me llaman al móvil. Es un número desconocido.

Lo descuelgo y respondo:

—¿Sí?

—¿Ada?

—Sí, soy yo. ¿Llama para pedir hora?

—Soy el Inspector Ezequiel. Te espero en tu negocio. Traigo una orden de registro para inspeccionar oficialmente tu local.

No sé muy bien cómo reaccionar a eso. Es tan imperativo y tan borde por teléfono como lo es en persona.

—Ven aquí, por favor, y ábrenos. O tendremos que forzar la puerta.

—Ni se le ocurra —contesto agarrando el teléfono con fuerza—. En diez minutos estoy ahí.
¿Lleva algún perro?

—¿Cómo dices?

—Que si lleva a algún sabueso con usted. Estoy con mi San Bernardo, si voy con él...

—Ada, deja de decir tonterías y ven aquí ahora mismo.

Me ha colgado. Me quedo mirando el teléfono y veo mi reflejo en el cristal de la pantalla. El cretino me ha colgado sin más.

Voy a ir con Bicho.

Cuando llego a la puerta de mi local, al Inspector Ezequiel le acompaña un oficial de pelo rizado castaño y cara muy amigable. Él no me da miedo. El Inspector sí. Porque el Inspector vuelve a estar acompañado. Lo puedo percibir perfectamente.

La silueta de su caminante tiembla y no se ve nítida. Ayer la veía mucho mejor.

Pero su presencia es poderosa e incómoda. Pesa como una losa. No está chupando la energía de Ezequiel, no es un espíritu sanguiuela. Pero sí está muy cerca de él.

El Inspector se quita las gafas y me mira de arriba abajo.

Cuando ve a Bicho la expresión se le suaviza. Al menos, al ogro le gustan los animales. Tan mala persona no puede ser.

—Abre —me ordena sin más.

—Buenos días a usted también —me llevo la mano al bolsillo trasero de mi pantalón. Es negro, de estilo capoeira, llevo unas Huarache blancas y una camiseta negra muy finita y de tirantes. Hoy hace calor—. Enséñemela.

—¿Aquí a la vista de todos? —me pregunta con tono despectivo—. Vas muy rápido.

—La orden de registro —exijo intentando retener a Bicho que quiere lanzarse encima del Inspector y llenarlo a besos. Es que mi perro es muy tonto y muy bueno—. No es nada apropiado que usted diga esas cosas, por cierto.

—Depende de con quién hable.

—Mentira. Enséñeme la orden de registro —vuelvo a exigir.

El Inspector mira a su compañero y este se da prisa en facilitarme el papel del juez. Me tomo mi tiempo para leerlo hasta que le oigo resoplar, que es justo lo que quiero. Le devuelvo la hoja y me hago sitio entre el cuerpo gigante del Inspector, que no colabora.

—¿Se aparta? —le pregunto mirándolo entre mis pestañas, con cara de pocos amigos. Detrás de él está la presencia. No le miro. No lo pienso hacer.

Al final abro la puerta y Bicho entra disparado al bebedero de agua del patio interior de la consulta.

—Bicho, sit ahí —le ordeno.

El perro pasa de mi cara, pero sigue bebiendo agua. Sé que se quedará en el lugar porque está fresquito. Y porque no le gusta el visitante que el Inspector lleva pegado. Él lo ve como yo.

—Abel, revisa todos los cajones —le ordena—. Yo quiero revisar tu ordenador. Porque, tienes un ordenador donde agendas todas tus visitas, ¿verdad?

—Espero que después me lo pongan todo en su lugar —le advierto—. Lo que están haciendo no tiene ningún sentido.

—¿Tienes un ordenador o no? —insiste con poca paciencia.

Me muevo por la consulta y llego a mi escritorio. Tomo asiento, retiro la leja blanca retráctil de madera de debajo de la mesa y saco mi MacBook Pro negro. Lo enciendo y abro la aplicación que uso para gestionar todas las visitas y todos los ingresos. Se lo dejo abierto y listo para que lo revise y me levanto de la silla.

—Todo suyo. Adelante.

El Inspector me mira con ganas de despellejarme. Se sienta y empieza a revisar la agenda de los cuatro últimos meses.

Me aparto y me quedo en el patio, con Bicho. Me siento en el suelo, a su lado y veo cómo la presencia se queda detrás de la puerta transparente, mirando hacia afuera, hacia nosotros. Posa una mano en el cristal y veo cómo la silueta se cubre de vaho. Su energía es muy pesada.

«Aquí no», repito mentalmente. Pero él sigue ahí.

Y continúa en esa posición durante la hora que el Inspector se queda revisando mi ordenador y mis cuentas. La verdad es que tengo ganas de llorar. No va a encontrar nada raro en mis cuentas, eso desde luego. Pero me siento violada en mi intimidad profesional. Nunca imaginé pasar por algo así.

Cuando al fin él se levanta, se queda bajo el marco de la puerta del patio, mirándome acusatoriamente.

—¿Por qué no hay ni un registro de los movimientos de clientes de Svetlana en tu ordenador?

—Ya se lo he dicho. No compartíamos nuestros clientes. Ella tenía los suyos y yo los míos.

—Pero eras la jefa, ¿no?

—No era su jefa. Simplemente me ayudaba a pagar el alquiler del local y nuestro material. Ella tenía sus beneficios y yo los míos —me levanto del suelo y Bicho se aparta de mi lado y se dirige hacia el Inspector, a olisquearle la mano. Animal tonto y traidor—. Cuando la eché, ella se llevó todas sus cosas. No he vuelto a saber nada más de ella.

La mirada del Inspector no es nada tranquilizante.

—¿Dónde guardas la caja B?

—¿Perdón?

—No te hagas la inocente. Ya sabes de lo que hablo.

—La única caja que guardo bajo llave y es donde escondo la droga —ironizo y, posiblemente no debería— está en ese armario, Inspector. Y no creo que encuentre nada que le interese.

—¿En cuál? —insiste.

—Ahí.

—Enséñamelo.

No soporto ni cómo me mira ni cómo me habla, pero sé perfectamente que lo que sea que busca no lo va a encontrar en mi consulta. La caja que guardo no se la enseño a nadie, pero tendré que mostrársela a este hombre insoportable para que me deje en paz. No me va a intimidar lo guapo y fuerte que es para darle una patada en el culo y echarlo después. A él, y a su misterioso caminante. Sé que tengo que ayudar a ese fantasma, pero no puedo hacerlo en público. ¿Cómo me voy a poner a hablar con un espíritu? Me tomarían por una esquizofrénica.

No obstante, tengo que esforzarme para no prestarle atención. Me dirijo al mueble blanco empotrado en la pared, abro la puerta con una llavecita metálica y la dejo abierta de par en par. Se la muestro con la palma de la mano hacia arriba.

—Está aquí. Y, por favor, trate la caja con cuidado. Le tengo cariño —no es verdad, pero lo digo solo por fastidiar un poco.

Él me perdona la vida con su mirada intensa y seca, como un bofetón.

Obviamente, agarra la caja con poca delicadeza, y la sacude para oír lo que hay.

—Menos mal que no tengo nada delicado.

Me ignora. Cuando la abre, la tapa metálica cae al suelo. Es una caja cutre de galletas de mantequilla. Pero me sirve para saber que este desgraciado no tiene ninguna consideración hacia

nada de lo que le diga. Es un desalmado. Ojalá pudiera decirle que tiene un alma pisándole los talones.

Cuando el Inspector mira en su interior ni siquiera parpadea. Apoya sus manazas en el pequeño mueble donde guardo todas las toallas, las sábanas y las cremas y noto cómo aprieta los puños hasta que se le marcan las venas del dorso.

—¿Te gusta bromear?

—No bromeo —contesto muy seria—. Ya le he dicho que es ahí donde guardo la droga. Como ve, no le he mentado.

—¿Donuts? —empuja la caja como si yo no supiera lo que hay dentro.

—No son unos Donuts cualquiera. Son Donuts de Oreo.

Él me quiere matar. Lo veo.

—Son Donuts de Oreo —le repito como si fuera tonto—. Son extravagantes y deliciosos. Y únicos.

—¿Esta es la droga que tenías guardada?

—Por supuesto. El azúcar es una droga en sí. Y estamos todos enganchados. Debería detener a los que hacen estas cosas. ¿Es que usted no come azúcar? —alzo la mano—. Olvídalo. Es una estupidez, no tiene nada de dulce.

Él apoya esta vez sus manos en sus caderas y me mira de arriba abajo sin ningún aprecio.

—Debería meterte en el trullo ya.

—¿Pero? ¿Le faltan pruebas? —lo lamento falsamente—. No las va a encontrar porque no hay nada que encontrar.

—Me voy a llevar tu agenda de contactos. La voy a imprimir y me la voy a llevar. Y voy a preguntarles uno a uno qué les hacías. Seguro que a alguno lo tenemos fichado por algún delito menor.

—Haga usted lo que le parezca, pero no tiene ni tendrá nada. Mis servicios no tienen grieta alguna ni son lo que usted imagina, desde luego —rebufo incrédula.

—Eric, aquí no hay nada —dice su compañero sacándose unos guantes blancos de goma—. Si lo ha habido desde luego lo han limpiado a conciencia.

Me cruzo de brazos, cada vez con menos paciencia. Voy a contestarle un repelente «se lo he dicho», pero mi conciencia despierta a tiempo para recordar el nombre que ha pronunciado el agente.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —le pregunto.

—¿Quién? ¿Yo? Abel.

—No, usted no. Él —señalo al Inspector.

—Se llama Eric.

«¿Cómo que Eric? ¡¿Cómo que Eric?! Pensaba que Eric era el fantasma. No el otro fantasma de carne y hueso», es lo primero que me viene a la mente.

—Para ti soy el Inspector Ezequiel.

A esas alturas, la presencia vuelve a temblar y a colocarse muy cerca del Inspector. Siento el frío y la humedad, y tengo que toser un poco por la vaga sensación de gelidez que recorre mi garganta. Me escribió un nombre en el espejo. «Eric». ¿Quiere decirme que tengo que pedirle ayuda a Eric? ¿Al Inspector? O, peor... ¿el Inspector sabe algo de dónde está su cuerpo? ¿Y si fue él quien le hizo pasar al limbo?

En ese momento, por el rabillo del ojo, veo cómo el ente se mueve hacia mi pequeña librería esquinera, donde tengo libros y enciclopedias sobre terapias alternativas y anatomía. Aunque también tengo otros tomos. Por ejemplo, algunas guías turísticas de Girona que compré cuando

vine a vivir aquí.

El espíritu acaba de tirar un libro.

El Inspector y el agente se dan la vuelta en dirección al ruido, y Bicho empieza a ladrar a un punto en la pared. Está claro que ladra al fantasma, con sus gñidos roncós y sonoros. Muy escandalosos.

—Bicho, ven aquí.

Él me mira, después vuelca la cabeza hacia ese punto transparente entre él y la librería, y cuando ve que no hay nada que hacer, se acerca a mí de nuevo, recoge su pelota de goma del suelo y me la trae, pero me hace un quiebro y se la lleva al Inspector.

—Deja al hombre malo, Bicho —le ordeno.

Ni puto caso me hace.

Eric se acerca al libro que se ha caído. Es sobre Olot, una guía que revisé mucho antes de empezar a hacer excursiones por la zona y visitar sus volcanes dormidos y extintos.

Él se agacha y coge el libro. Lo otea pasando sus páginas y me muestra unas planas marcadas con círculos y cruces. Frunzo el ceño, porque yo odio marcar los libros o garabatearlos. No lo soporto. Y saber que esa guía, mi guía para ser exactos, está marcada a bolígrafo rojo y a lápiz me pone de muy mal humor. Porque si no lo he hecho yo, ¿quién ha sido? Además, ¿por qué el fantasma lo ha tirado al suelo?

—¿Por qué se ha caído este libro? —Eric lo pone boca abajo—. ¿Hay algo aquí adentro que valga la pena?

—No —contesto rápidamente—. Y se ha caído porque la leja está torcida y ha cedido por el peso. Pasa a veces —no es cierto.

—¿Y todas estas marcas que tienen estas páginas en cuestión?

Resoplo y niego con la cabeza. Debería decirle que no tengo nada que ver, porque habría que ser ciega para no darse cuenta de que él cree que significan algo, que yo no tengo ni idea. Pero tengo que engañarle, es lo mejor para mí. Decirle que no sé quién ha hecho eso ni por qué, lo haría sospechar sobre cualquier cosa. Y este hombre está buscando cualquier excusa para enchironarme.

—¿Es que usted nunca ha ido de excursión? —me dirijo hacia él y le arrebato el libro de las manos—. Solo son rutas que he hecho con Bicho. Nada más. Olot es un lugar maravilloso para salir a hacer caminatas.

Mientras tengo el libro entre las manos, noto cómo la palma fría y húmeda y ectoplasmática del espíritu se posa sobre el libro y atraviesa mi carne. Y me entran los mil demonios.

—¡Ay, joder...! —exclamo dando un brinco. Se me congela la sonrisa en la cara y tengo ganas de gritar. Pero me controlo lo mejor que puedo.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha dado un aire? —Eric me mira como si fuera imbécil.

—No —contesto toda digna caminando y dejando el libro donde estaba. Ya le echaré un vistazo en profundidad después—. ¿Necesitará algo más o ya se pueden ir?

Eric achica sus ojos enormes y negros. Son tan oscuros que tienen un brillo sobrenatural y lleno de embrujo.

—Me llevo tus contactos. Y voy a interrogar a tus clientes. No pararé hasta saber qué has estado haciendo y qué tienes que ver con la desaparición de Svetlana.

—Nada, ya se lo digo yo.

—Alguno abrirá la boca. Seguro —se me acerca ligeramente—. Siempre lo hacen.

—¿Cree de verdad que yo tengo algo que ver con la desaparición de esa mujer? ¿Qué se ha creído que soy, un miembro de alguna Mara?

—Nunca se sabe. Piensa mal y acertarás. ¿Tienes alguna objeción a que haga mi trabajo?

—Ninguna —sonríe de oreja a oreja con hipocresía.

Eric sacude las fotocopias que ha hecho de mi calendario del ordenador donde pongo todas las citas y los números de teléfono de mis clientes.

—Buenos días. Vámonos, Abel.

—Sí —el agente me sonríe y se pone rojo como un tomate—. Adiós, señorita Ada.

Eric lo mira huraño mientras sale a la calle. Está claro que no cree que me merezca ni un gramo de amabilidad. Menudo capullo.

—Que le vayan bien las llamadas. —Me despido alzando la mano y moviendo los dedos tipo piano. Mi gesto es falso y en realidad dice: «váyase usted a tomar por culo».

Pero prefiero callarme. Ese hombre no tiene ni idea de lo que se va a encontrar cuando empiece a ponerse en contacto con mis pacientes. Le empezarán a contar sus vidas y sus miserias. Y no me lo veo como alguien dispuesto a escuchar ni con habilidades sociales. Sería divertido ver cómo llamada tras llamada, fracasa sin más y lo único que podrá sacar en claro es que, a partir de una edad, uno deja de ser tan hermoso como él y empieza a tener problemas en las articulaciones y, sobre todo, problemas con sus parejas.

Pobre de la mujer que esté con él. Tiene que ser muy infeliz.

Vuelvo a oír un ruido en el interior de mi consulta. Bicho ladra de nuevo, y a mira hacia la librería. El movimiento tembloroso del fantasma me pone la piel de gallina. Acaba de lanzar el mismo libro al suelo. Ahí está, abierto de par en par, y me jugaría todos mis ahorros a que está abierto por la misma página.

De acuerdo. Me acerco y lo vuelvo a coger. Cuando alzo la mirada y espero encontrarme al caminante, ahí ya no hay nadie. Se ha ido.

Pero yo tengo razón. Se ha quedado abierto por las mismas páginas marcadas.

Si no he sido yo quien ha pintado el libro, solo me queda una respuesta factible a esa incógnita: ¿se habría atrevido Svetlana a marcarlo? ¿Y con qué fin? ¿Y qué tiene que ver el fantasma con el libro y los lugares marcados que indica?

5. Hay muertos con más vida que los vivos.

Llego a casa sintiendo una profunda desazón hacia el Inspector, y con una creciente ansiedad por lo que tengo entre las manos.

Me he preparado, que conste. Quiero decir, después de comer y de tener un leve encuentro con mi abuela en el porche, ella me ha explicado algo que no sabía y me ha puesto en sobreaviso. El sol la alumbraba y su silueta se transparentaba levemente. Ella estaba sentada en la mecedora y yo en los peldaños del porche que bajan al jardín. Le he explicado todo lo que me estaba pasando y ella me ha contado algo increíble, algo que me ha demostrado que, en el fondo, no se conocen a las personas porque, al final, todos acabamos escondiendo algo.

Resultó que ella, muchos años atrás, ayudó a solucionar un caso de una desaparición. En la comisaría no daban crédito a la información que ella tenía y llegó a ser sospechosa, hasta que vieron que no había nada con lo que acusarla y que se trataba solo de una mujer con una «capacidad especial». Eso provocó que los agentes le tuvieran mucho respeto. Pero la voz se corrió y durante años su abuela Ifigenia tuvo que acarrear con el sobrenombre de «la bruja». Ella aceptó lo que le sucedía y se dedicó a llevar a cabo su función, pero lo ocultó a la familia porque no quería más habladurías de las que ya habían, ni tampoco pretendía que nadie lo pasase mal por su culpa. Porque como ella dice:

—Todos odian y rechazan lo diferente. Esa compulsión negativa nace del temor a aquello que no pueden ver y a aquello que no conocen. Así somos los humanos. Simplemente, lo que yo hacía silenciando mi secreto era proteger a mi familia de lo que nunca comprenderían. Porque no todo el mundo está preparado para creer.

—¿Y el abuelo? ¿Qué decía?

—El abuelo estaba bien con todo. Él sabía que yo ayudaba a los caminantes y respetaba mucho el mundo que podía ver. Pero aunque le temía, nunca me acusó de mentir. Al contrario, se convirtió en mi mejor compañero y mi mayor apoyo. Con el paso de los años, la policía me pidió ayuda para encontrar a más personas desaparecidas. Participé en diez casos. Y encontré los cuerpos de todos ellos. Pero hubo cambios en la Dirección, y con el cambio de comisarios y de personal de la comisaría, dejé de colaborar y de ayudarles. Además, ese trabajo me cargaba mucho emocionalmente y yo ya me sentía mayor. Quería retirarme a mi vida tranquila con mi marido.

—¿En serio me estás diciendo que ayudabas a la policía? —no daba crédito.

—Sí. Hay muchas personas con capacidades extrasensoriales que ayudan a los cuerpos de investigación. No es nada descabellado. Y es posible que te vaya a pasar a ti lo mismo, por lo que me has contado —mira a su rosál—. Es como si se repitiese un patrón.

—¿Y cómo? Quiero decir —las palabras se atropellaban en mi mente la una a la otra—. ¿Cómo los ayudabas?

Ella me ha sonreído con dulzura.

—Con la verdad. A la policía solo puedes ir con la verdad, Ada. El caminante que ha entrado en contacto contigo te acaba de dar una pista para que lo encuentres. Y al parecer, está relacionado con ese tal Eric, pero no sabemos de qué forma.

—Con lo taciturno que es ese hombre es posible que lo haya matado.

—Eso es lo que tienes que descubrir. ¿Qué le pasó y por qué no puede comunicarse contigo?

—Me he traído a casa el libro que me ha tirado al suelo dos veces. ¿Qué se supone que tengo que hacer con él?

—Quiere que sigas sus pasos. Eso hacen los caminantes: te piden que les ayudes a resolver sus asuntos inacabados y, para ello, pondrán pistas de todo tipo en tu camino. Si te ha dado una guía con unos mapas marcados, tal vez tengas que usar un péndulo. Porque creo que quiere marcarte un lugar.

—¿Un lugar de qué?

—Un lugar con respuestas sobre quién es. Sobre lo que quiere. Puede que haya más pistas allí o puede que halles una clave definitiva sobre su paradero. Quiere contarte algo y te necesita. Tendrás que echar mano de todo lo que yo usaba, cariño. Está todo guardado en el trastero. Ve a por el péndulo y lee mi manual de la mediadora. Ahí te explico cómo usarlo.

—Todo esto me da un miedo...

—No hay nada que temer. No haces nada malo.

Y he obedecido cada premisa de mi abuela. Ahora tengo una cajita de madera con un péndulo diminuto de cristal transparente, cuya cuerda es una cadenita muy fina dorada, antigua y cargada de emociones y recuerdos. Los puedo sentir con solo tocarla.

Tengo el libro frente a mí, abierto por la página por la que se quedaba abierto al tocar el suelo las dos veces. Ya sé que no es una casualidad, así que ya lo tengo todo listo.

Bicho roe un hueso gigante, estirado a mis pies, debajo de la mesita de madera de la cocina.

El teléfono empieza a sonar y me da un susto de muerte. Es Bea. Miro el reloj. Entre unas cosas y otras el día me ha pasado volando y ya son las seis de la tarde.

—Dime —contesto.

—No, dime, no. Espero que estés buscándote uno de esos modelitos tuyos de antigua metropolitana, porque esta noche tenemos una cita a ciegas.

Resoplo y me presiono el tabique con el índice y el pulgar.

—Bea, no estoy para cenas, en serio.

—Es que me da igual que no estés para cenas. Soy tu mejor amiga y tienes que hacerlo por mí. Esta vez es posible que el hombre en cuestión te guste.

—Me va a gustar lo que yo me sé.

—Tienes que ser más positiva.

—Claro, como a ti siempre te tocan los guapos. ¿Sabes que hoy el imbécil del Inspector me ha vuelto a molestar?

—¿En serio? ¿Y yo no estaba ahí para verlo?

—¿Me quieres escuchar, por favor? Que se ha llevado toda mi agenda y que va a molestar a mis clientes porque se piensa que yo hago lo que hacía Svetlana.

—Tú no te atreverías a hacer algo así en la vida.

—Voy a ignorar el tono que insuflas a esas palabras.

—A ver, Ada, que no te follas a un tío desde que cayó el muro de Berlín.

—Mi cuarentena se aproxima más al fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero bueno, que no. Que no me apetece salir, Bea.

—Pues te digo una cosa y que recaiga sobre tu conciencia: como me hagas quedar esta noche con dos tíos yo sola y mañana encuentres mis zapatos bien puestecitos y alineados en la cuneta de una carretera, te juro que te atormentaré como espíritu el resto de tu vida.

—¿Has vuelto a leer El Guardián Invisible?

—¡¿Leer?! He visto la película en Netflix y he tenido que dormir con la luz de la mesita de

noche encendida.

—Claro, no te vaya a dar alergia por coger un libro. Si por un casual, pudieras ponerte en mi pellejo y experimentar lo que yo experimento todos los días, se te iría el sueldo entero en el pago de la electricidad. Pero está bien —resoplo y me ofusco. No me gustan esas bromas, porque al final siempre pienso «¿Y si le pasa algo?». Jamás me lo perdonaría—. Está bien. Iré contigo.

—Coge la tartana que tienes y acércate a Banyoles. Iremos a cenar y luego al Replay a darnos unos bailoteos. Y ponte guapa.

No tengo ni pizca de ganas, pero no quiero que me pese la conciencia. Así que lo haré por ella.

—Está bien. ¿A qué hora es eso?

—A las diez en el restaurante de la Fonda. ¿Vale, bombón?

—De acuerdo. Te veo ahí.

—Es que te adoro, te quiero, eres la mejor...

—Sí, ya. Pelota.

Bea se ríe, me manda un beso y cuelga.

Dejo el móvil sobre la mesa y escucho lloriquear a Bicho.

—¿Qué te pasa, grandullón? —lo miro por debajo de la mesa. Un silencio espeso y pesado me arrulla, me envuelve. A fuera, en el jardín, no corre ni una brizna de aire, como si el tiempo se hubiera detenido. Mi perro tiene sus ojos marrones claros fijos en la entrada del salón y ya no le presta atención al hueso. Eso es raro. Muy raro.

No necesito más. Es muy evidente para mí. Noto la garganta fría y lo que me rodea húmedo.

Debo mantener la calma. Es la primera vez que, conscientemente, voy a contactar con un espíritu.

Me incorporo y miro hacia la puerta. Ahí, en el marco, moviéndose trémulamente, se encuentra el caminante. Vestido de negro, alto, con la silueta poco definida. La cara se le desdobra continuamente, como a un loco bipolar. Y me asusta.

Pero esta es mi casa. No voy a permitir que en mi casa me hagan temer. Él tiene que saber quién manda.

—¿No has leído el cartel de la entrada? —sigue ahí, de pie, estático—. Si eres un fantasma, que lo eres, tienes que tocar la campanilla del porche.

Dios, hace un frío que pela. Él ni se inmuta ni se mueve.

—Está bien —suspiro, pero me tiemblan los dientes—. He traído el libro que tan amablemente has sugerido en mi consulta. ¿Es esto lo que quieres? —levanto la guía de Olot.

En un abrir y cerrar de ojos el espectro está ante mí, tan cerca que parece que se me quiere sentar encima. No importa cuánto lo mire. No le puedo identificar ningún rasgo, solo sentir la humedad y ver las huellas de agua que deja sobre el parqué del salón. Y veo a través de él.

Por la Virgen de los Espíritus, esto es muy tétrico. De película de terror. Pero aquí estoy, con un vaso de agua y una guía de Olot entre mis manos. Observo que el agua vibra, como si captara a la entidad que tengo ante mí. Estudio sus ondas y su vibración y fluye del mismo modo que el espíritu. Un momento... ¿y si...?

Se me enciende la bombilla y comprendo, por fin, que el agua es un comunicador, un transmisor. Como ayer noche, que él pudo comunicarse conmigo por el vaho del baño.

—Vamos a hacer una cosa. Te haré preguntas y tú tendrás que provocar una onda en el agua del vaso si es afirmativo y dos si es negativo. ¿Te ha quedado claro?

Bum. Una onda firme y seca recorre la superficie del agua.

—De acuerdo —le digo manteniendo el tipo—. ¿Quieres que vaya a un sitio de los que hay

marcados?

Bum. Otra onda.

—Eso es un sí —mantengo el libro abierto por las páginas marcadas. Donde sale el trayecto del Río Fluviá y por el territorio que cruza. Hay unos cuantos puntos marcados en rojo.

—Entiendo que tienes que ver con el Inspector...

Bum.

Bueno. Al menos, me aclara las dudas.

—¿Dónde quieres que vaya? —sacudo la cabeza cuando entiendo que no me va a decir ningún nombre. Así que me dejo de peonzas y empiezo a señalar con el índice punto por punto. Recorriendo el Río Fluviá, desde el Sur. Llego a los Jardines Volcánicos de Olot, el Casal de los Volcanes, el Museo de los Volcanes... A todo dice que no, hasta que poso el dedo sobre el siguiente punto—. ¿Aquí? ¿Los Humedales de la Moixina?

Bum. Ha movido hasta la mesa y me he tenido que apartar para que el agua no me salpicase.

Me lo quedo mirando con esa vaga sensación que provoca la inseguridad.

—¿Es ahí? ¿Es ahí donde tiene que ir Eric? ¿Es ahí donde quieres que lo lleve?

Bum.

Después de esa última afirmación, el frío se desvanece igual que la sensación pegajosa de la humedad sobrenatural.

—¡Espera! No te vayas aún. Es que no sé... no sé cómo quieres que lo lleve. ¿Cómo? —mi mente empieza a enlazar elucubraciones de todo tipo—. ¿Cómo sabías que esos puntos están marcados? ¡Yo no los marqué! ¿Es Eric el que ha acabado con tu vida?

De nada sirve mi batería de preguntas, porque el espectro ha desaparecido por completo, como si ya hubiese cumplido su misión. Y la realidad es que me ha dejado todo el conflicto a mí para que le ayude a solucionarlo.

No tengo ni idea de lo que debo hacer.

Mi abuela me explicó que en su tiempo de colaboradora tenía que ser muy ocurrente al principio para llevar a la policía hasta donde ella quería llevarlos. Una vez entendieron su don, ya no tuvo que fingir más. Pero las primeras veces sí tenía que ser creativa.

Lo único que tengo claro es que ese espíritu tiene un vínculo con Eric y quiere que lo lleve a ese lugar. Y también entiendo que tuvo que ser Svetlana quien marcara la guía de Olot. ¿Por qué? ¿Y qué tiene que ver Svetlana con el fantasma? ¿Tienen algo que ver?

Moraleja: nunca contrates a una masajista rusa.

Y, por increíble y triste que parezca, ya es una realidad: la vida del fantasma es más inquietante y emocionante que la mía. No sería tan desesperante de no ser porque yo estoy viva.

¿Qué estoy haciendo con mi tiempo?

La Fonda Banyoles

Ir a cenar con tu amiga «la loca» después de haber sido visitada por un espíritu que te ha hecho de GPS, podría desequilibrar a cualquiera.

A mí también. No he dejado de pensar en él mientras conducía con mi tartana, como llama Bea a mi Suzuki Jimny de color blanco. Sí, es antiguo, pero se conserva muy bien. Y hace poco

me gasté un pastón en unas ruedas nuevas, porque me dejé aconsejar por el tipo de la tienda y, como no tengo mucha idea, pues le hice caso y le dije a todo que sí. Cogí las más caras, pero no puedo negar que lo embellecen.

Me he puesto un vestido negro y corto de verano, unas sandalias de esas de cuerdecitas tipo romanas con brillantitos entre los dedos y llevo una chaquetilla tejana muy fina de Replay, por si refresca. Me he maquillado un pelín, con un juego de sombras oscuras y mis labios están rojo brillante.

He tenido la gran suerte de encontrar un parquin justo al lado, lo que me hace pensar que, a lo mejor, esta noche no va a ser un despropósito y tal vez mi supuesta pareja va a ser una compañía grata e interesante.

Entro al restaurante: es un local bonito. El suelo de baldosas negras uniformes contrasta con las mesas de pino claro. Las bombillas desnudas penden del techo dándole un toque de art naïve especial. Alrededor se ve toda la calle por las amplias cristaleras que van de abajo arriba, del suelo al techo. Al parecer, Bea y sus víctimas están en una mesa circular, en una esquina que parece un reservado. Al lado de la mesa hay un mensaje muy adecuado en un marco de cristal gigante: «Hay más días que longanizas».

Mi despampanante amiga Bea me ve y con una sonrisa de oreja a oreja levanta la mano para saludarme. Su ligue es guapo, de pelo castaño oscuro, con barba, y parece fornido. Tiene pinta de policía. La mayoría de policías tienen ese aspecto ahora. Aunque también podría ser un bombero.

Mi supuesta cita me da la espalda.

No sé qué pensar. Creo que viste bien, tal vez demasiado clásico. Con unas náuticas, unos chinos de color crema y una camiseta negra de manga corta. Está fuerte, tiene buenos bíceps. Luce un reloj digital dorado en la muñeca derecha y habla con el de la barba. Sé que él le está describiendo cómo soy, porque se le escapa una sonrisa tonta.

Los dos se levantan de la mesa antes de que yo aparezca. Cuando mi cita se da la vuelta, juro que me quiero cargar a Bea.

Ella tiene una sonrisa congelada en los labios. Sé que no ha sido su intención, y que no podía saber cómo era, pero esta encerrona no se le hace ni a tu peor enemiga.

—Os presento a mi mejor amiga —dice hablando con la sonrisa impertérrita—. Es Ada. Y es una increíble terapeuta de Besalú.

Soy educada, así que sonrío y beso al de la barba, que obviamente es el tío con el que se va a acostar hoy. Y después miro al amigo. Es un Kevin Costner con el pelo teñido castaño natural. ¿Cuántos años tendrá? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Pero, ¿esto qué es? No he cumplido ni treinta. A ver si me lo ha traído para que lo atienda como terapeuta. Aunque, no creo, porque tenga la edad que tenga, es un hombre en muy buena forma.

—Él es Alfonso.

—Ada, encantado —me da dos besos, y retira mi silla como un caballero.

Los detalles me ganan. La primera vez que me retiran la silla en toda mi vida. Solo por eso, espero llevarme un buen amigo esta noche.

Con la mirada asesino una y otra vez a Bea, de mil maneras, como en el día de la marmota. Pero ella, que es muy lista, me evita y hace lo posible por no mirarme.

—Me gusta este sitio, Bea —le digo acariciando el cuchillo plateado dispuesto sobre la servilleta de tela.

—Lo ha elegido, Alfonso —contesta mirándolo a él y no a mí—. En cuanto les dije que tú eras de Besalú, sugirió este sitio.

—¿Ya lo conocías? —le pregunto a Alfonso.

—Sí. He venido aquí alguna vez con mis chicos.

—¿Tus hijos? —le pregunto sin ninguna maldad.

Él deja ir una carcajada.

—No, no. Yo no tengo hijos. Soy entrenador del equipo de remo de Banyoles. Ellos son «mis chicos». Disculpa que hable así, soy un tonto paternalista.

No me mira las piernas como un ser paternalista. Pero bueno, se lo perdono. No me gusta perder el tiempo ni que pierdan el tiempo conmigo, así que voy a hacer lo posible para que tengamos una cena agradable pero que no espere nada más. A mí no me gustan tan mayores. Tal vez me cierre al amor por pensar así, pero no me voy a engañar. Mi límite de diferencia de edad son diez años. Porque creo en una vida juntos, y si me lleva treinta, y si la ley de vida es como es, no querría estar mis últimas décadas sola. Porque los mayores, por naturaleza, suelen estirar la pata antes.

—Así que Bea te ha preparado una encerrona. Seguro que te esperabas a alguien más joven —me dice tomando la botella de vino tinto que ellos ya han pedido—... ¿Quieres?

—Solo un poco —pido, para no quedar mal. Me sorprende su franqueza—. Ya está bien, gracias. Sinceramente, aunque seas mucho mayor, ya ha mejorado todas las demás encerronas a las que me ha sometido.

Alfonso se echa a reír y su amigo, que creo que me ha dicho que se llama Óscar, también. Aunque él está centrado en mirarle las tetas a Bea.

—Me alegra oír eso —asegura—. Pero si yo con mis cincuenta y ocho años mejoro tus anteriores citas, entonces, te compadezco —me guiña un ojo.

Es encantador y me hace reír. Pero ni de coña, vamos.

—Pues puedes imaginarte los engendros que he conocido gracias a ella.

—Oye, no seas tan mala —protesta Bea.

—De esta te salvas —la señalo—, porque Alfonso, al menos, tiene modales y conversación, y seguro que podemos ser amigos.

—Seremos amigos —espeta él—. No quiero nada más —lo miro fingiendo asombro y él me explica solícito—: No porque no me gustes... Eres preciosa, salta a la vista. Pero a mí me gustan latinas. Morenitas. Son mi debilidad. Son hermosas y cariñosas y tienen espíritu de cuidadoras. Cuando Bea me dijo que eras terapeuta y te llamabas Ada pensé que conocería a alguna mujer así adorable con ganas de quedarse con un hombre mayor y protector como yo. Todas mis novias han sido jóvenes como tú. Pero nunca han sido españolas.

—Vaya —murmuro agradecida—. Valoro mucho tu franqueza.

—Joder, Alfonso, vaya manera de cortar el rollo, tío —musita Óscar.

—¿Por qué? Es la verdad. Así nos relajamos los dos —me explica con una complicidad que me maravilla—. En cuanto te he visto entrar, Ada, he visto que eras un bombón y que yo no era tu tipo ni tú el mío. No porque yo no quiera. Es que sé que las españolas no dais muchas oportunidades a los maduritos. ¿Me equivoco?

Tiene unos rasgos clásicos y los ojos muy azules, y una sonrisa en la que se puede confiar. Pero está claro que no quiero nada con él. Además, me recuerda a mi padre. No estoy preparada para relaciones así. Ni hablar.

—No te equivocas. Eres un hombre que, seguramente, vale mucho más la pena que los friquis de mi edad, pero como tú dices, es mejor dejar las cosas claras desde el principio. Así, al menos, podemos pensar en pasarlo bien y en hacer amigos sin esperar nada más.

Él alza la copa, yo alzo la mía.

—Brindo por ti, Ada.

—Y por ti —respondo.

Bea y Óscar se nos quedan mirando como si fuéramos de otro planeta.

Por eso me cae bien Alfonso. Porque desde el principio se ha quitado la máscara con una claridad pasmosa. No tiene caminantes alrededor y vive el momento.

Y me apetece vivir esta noche sin tensión. Que ya tengo mucha a mis espaldas.

6. Epitafio: «Que conste que yo no quería».

Hay sorpresas inesperadas. Generalmente, las cenas a ciegas que Bea siempre me ha preparado son un despropósito. Me aburro y bebo de más y, como no estoy acostumbrada, acabo con la cabeza hundida en el váter, en esa soledad húmeda del inodoro.

Pero esta vez no ha sido así.

La cena con Alfonso ha sido muy agradable y divertida, y he aprendido muchas cosas. Él se ha ofrecido a enseñarme a practicar remo alguna vez. No me he negado. Porque es de esos hombres que no presentan cargas emocionales, ni tienen adheridos caminantes a su compañía ni parecen difíciles y complicados de buenas a primeras... Te lo ponen todo fácil porque se muestran como son, sin más misterios. Posiblemente, su madurez le ha curtido y enseñado muchas cosas y ese grado de saber estar y no necesitar dárselas de más, se agradece. Es como si a su lado todo fuera liviano y saludable, y no sintiera nada. Me refiero, a nada malo. Él ya tiene claro que no somos el uno para el otro y que, tal vez, ni siquiera lo sería de haber nacido en el mismo año que él, porque no entro dentro del rango de sus gustos.

Tiene un fijación barra obsesión por las señoritas latinas. Mi piel no es morena, es más bien pálida, y tengo algunas pequitas que no son muy notorias pero ahí están. Mi pelo es castaño, largo y medio ondulado, y mis ojos tienen un color caramelo almendrado.

Sí. Evidentemente, estoy muy lejos de lo que le va. Y a él, al menos, le sobran veinte años.

Con esa claridad mental que atesoro ahora mismo, creo poder estar capacitada para decidir que sí puedo tenerlo como amigo.

Alfonso es un hombre acomodado y en una buena posición económica. Lo sé porque, al salir del restaurante, mientras Óscar y Bea no perdían el tiempo y se iban juntos en el coche de él, entre beso y beso, mi acompañante ha sacado su mano y acto seguido las luces de un Jaguar plateado han empezado a titilar.

—¿Te gustan los coches? —me pregunta.

—No sé mucho de coches, Alfonso, pero sé que el que tiene el gato es muy caro.

Él se echa a reír.

—Es un jaguar. Eres muy divertida, Ada.

—Gracias.

—Me lo he pasado muy bien. Y espero que de verdad me llames un día para enseñarte a hacer remo.

—El agua y yo últimamente no somos muy buenos amigos.

—No te preocupes, las rutas de Banyoles son preciosas y nada peligrosas —abre la puerta del coche y me mira una última vez—. ¿Seguro que no te quieres venir a bailar? Soy mayor pero bailo muy bien —me hace un guiño de ojo.

—No, de verdad. Prefiero irme a casa. Además, seguro que vas a ligar esta noche y no quiero estropearla la caza.

—En eso te equivocas. No somos los hombres los que cazamos. Son las mujeres las que nos cazan.

Mis labios se curvan y asienten.

—Por eso ligas tanto. Tienes un refranero preparado. Anda, ve y pásatelo bien.

Él deja ir una suave carcajada y me espero a que arranque el coche. El mío lo tengo justo al lado.

Yo no tengo mando, muy al contrario, la llave de mi coche podría ser perfectamente un arma letal. Es antiguo. Es un modelo SJ410 con el techo de lona negra. No tiene ningún rasguño, lo único que le pasa es que los cambios de marcha van un poco duros. Es el coche perfecto para llevar a Bicho a hacer rutas. Lo pongo detrás y él va en la gloria. Y con esas pedazo de ruedas nuevas, la verdad es que llama la atención. Pero no voy a negar lo que dijo Bea, es una tartana, un coche antiguo pero bien cuidado. Como Alfonso. Solo que Alfonso tiene las marchas, seguramente, más engrasadas.

Me doy la vuelta y me dirijo a mi vehículo, pero antes de meter la llave en la cerradura, oigo una voz que me dice:

—¿Haciendo negocios?

No es un espíritu. Y es la primera vez que deseo que lo sea, pero mi deseo cae en saco roto. Por el reflejo del cristal de la ventana identifico quién es.

El Inspector.

Cuando me giro me doy cuenta de un detalle. En el cristal solo le he visto la parte superior del torso. Está impresionante, como siempre que lo he visto, pero su gesto adusto y furioso no cuadra para nada con su estampa general.

Porque no está solo. No es su caminante quien lo acompaña. Es una niña de unos cuatro años, preciosa. Tiene unos ojos negros enormes, boquita de piñón, mofletes mulliditos y el pelo castaño y liso largo y con flequillo, que le cubre las cejas y le molesta un poco a los ojos. Sujeta la mano de Eric y me mira con mucha curiosidad. Lleva un vestido rosa con volantes y unas bambitas de tela del mismo color.

Algo tan dulce no debería estar acompañada del diablo, que con su estilo sigue siendo arrebatador. Me sorprende lo pasmada que siempre me deja y lo difícil que me lo pone para encontrar palabras para describirlo.

—¿Negocios? —repito.

—Ese es uno de tus clientes, supongo. Un poco mayor para ti. Aunque he comprobado que esos son los que te gustan.

Mi expresión de advertencia no le afecta.

—No debería hablarme en ese tono. Ni tampoco insinuar lo que insinúa. Soy toda una profesional, no elijo a mis clientes porque me gusten o no. Son ellos los que vienen a verme. Y, además, no salgo con mis pacientes.

—No lo parece —mira hacia la dirección que ha tomado el Jaguar de Adolfo.

No lo soporto. Este hombre no tiene ni idea de quién soy.

—A usted le gustan demasiado pequeñas —miro a la niña con dulzura.

—Hola —me dice ella medio escondiéndose detrás de la musculosa pierna del Inspector, embutida en un tejano hecho solo para él.

—Hola, preciosa —le respondo inclinándome hacia abajo y apoyando mis manos sobre mis rodillas. Mi sonrisa es natural, porque los niños y todo lo que no sean entes demoniacos como lo que tiene a su lado, provoca que mis labios se curven sinceramente—. ¿Qué haces con este

señor? —pregunto con la misma cara que tiene él para acusarme y mirarme como si fuera una delincuente.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —me dice él.

—Una para asegurarme de que no se la ha arrancado de mano de sus padres, como el hombre del saco.

—Es papi —contesta con su vocecita—. ¿Ese señor mayor era tu papi?

Me entran ganas de reír, porque ha visto a Alfonso y ha pensado lo más natural del mundo.

—Incluso bollito lo dice —señala él con malicia.

¿Bollito? ¿Así la llama? Me parece muy tierno. Totalmente inapropiado para alguien de corazón oscuro como él.

—La naturaleza qué caprichosa es, ¿verdad? —me incorporo—. Que no es nada selectiva a la hora de elegir a quién le da a los cabezones fecundadores —hablo con este lenguaje para no decir nada inapropiado delante de la niña.

Eric sonríe malvadamente, muy forzado.

—En algún momento saldrá algo con lo que pueda relacionarte con Svetlana y con tus negocios en el Paréntesis. No me creo nada tu papel de niña buena.

—¡Ja! —lo señalo acusadoramente—. Eso quiere decir que no tiene nada contra mí.

—No tienes escrúpulos. Vuestra mierda hace daño a mucha gente.

—Papi, mierda no se dice —lo regaña la criatura.

—Lo sé, bollito. Perdona.

—Diez. Tenes que poné diez en el cerdito. Y tendré muchos dineros —celebra feliz enseñándome las mellas de las paletas.

Me encanta cómo habla la pequeña, pero me preocupa mucho lo que ha insinuado el Inspector.

—¿A qué se refiere? —le pregunto seria—. A qué mierda se refiere.

—Uy, tú también tenes que poné diez.

—Perdón. ¿Diez qué?

—Diez euros —contesta el Inspector—. Un billete.

—No, séntimos —contesta la niña enfurruñada con él—. Papi, papel no. Me dijiste que el serdo engorda con papel.

—¿Además de acusarme injustamente me quiere sablear? ¿Es así como trabaja la policía? —abro el bolsito que llevo, tomo el monedero de las monedas y cojo una de diez céntimos. Me agacho y se la doy—. Toma, para tu cerdito.

—Gracias. —La pequeña es muy educada.

—Mire, se lo voy a decir claramente: Le ofrecí a Svetlana que compartiera el local conmigo. Se suponía que las dos éramos terapeutas tituladas, pero ¡yo qué sabía de lo que ponía en sus títulos! ¡Si estaba en ruso! Pero en la prueba hacía las cosas bien y conocía todas las manipulaciones, así que me creí que era masajista profesional. El tiempo en el que estuvo me fue robando a todos los clientes jóvenes, a todos, comprende. Poco a poco mi local empezó a tener clientela desconocida para mí, la verdad, pero no lo cuestioné, supuse que hacía muy bien su trabajo. Mientras tanto, yo me quedaba con todos los de la tercera edad y con los niños. Ella me pagaba religiosamente, era buena pagadora —aclaro cada vez más agitada—. Pero un día un cliente salió de su consulta, me miró con cara de sátiro y me dijo: «Te pago cien euros si me haces lo mismo».

—Sien son muchos dineros —dice la niña como una voz en off.

Pero yo estoy totalmente lanzada, por eso continúo con mi diatriba.

—Entonces, yo pensé: «¿Será que les hace un completo?». El completo es osteopatía general y masaje relajante —le explico—. Pero entendí que eso no podía ser, porque los clientes salían de la consulta cada media hora y un completo dura casi dos horas. Así que en su siguiente sesión, abrí su consulta, y me di cuenta de lo que pasaba. Los masajes los hacía hasta la campanilla ¿comprende lo que le estoy diciendo? —me acaricio la garganta—. Hasta el fondo. Yo soy una mujer decente y una profesional, y para mí ese tipo de comportamiento es absolutamente inaceptable. Svetlana se acostaba con los clientes, les hacía masajes con final feliz. Por eso tenía toda la clientela que tenía. Por eso la eché. Mi negocio es digno y terapéutico, ayudo a mucha gente, pero no tiene que ver con ese tipo de terapia. Yo no hago esas cosas. No soy una prostituta.

Estoy tan alterada que creo que las mejillas se me han sonrojado y el corazón golpea contra mi pecho con fuerza. Pero estoy enfadada. Y creo que ese hombre me confunde.

—Como Cenicienta —espeta la pequeña mirando la moneda como si fuera un tesoro.

—¿Cómo? ¿Cenicienta es una prostituta? —pregunto con los brazos en jarra, iracunda mirándolo a él pidiéndole explicaciones—. ¿Qué le enseña a su hija? —Para que la cría piense así alguien tiene que haberla educado.

—Cenicienta tiene un final feliz.

—Cariño, es tiene. «Tienes» —Eric da redundancia a su palabra— que empezar a decirlo bien.

—Sí, tengo que empezar a hablar bien —contesta muy implicada.

—Es tengo —la corrige de nuevo observándola con adoración.

Me impacta y me descoloca ver cómo se agacha para atarle el cordón de la zapatilla a la niña, porque es muy grande e intimidante, y también el tono azucarado que insufla a sus palabras. A eso se le añade el calor en sus ojos negros, y ya está, ya tenemos un plato para comer directamente sin meter en el microondas. Cómo odio ablandarme. Pero es que soy débil ante esas estampas tan bonitas.

—¿Me estás diciendo de verdad que no tenías ni idea de lo que hacía Svetlana en tu local? —vuelve a preguntarme arisco, levantándose de nuevo.

—Se lo juro —alzo la barbilla—. Desconocía por completo sus actividades.

Él no mueve ni un músculo de su cara, pero sus ojos me atraviesan, quieren ver a través de mí y no sé si lo consiguen.

—Míreme —insisto—. ¿Cree que tengo aspecto de... —observo a la niña de reojo— de ese tipo? Svetlana ganó mucho dinero con su clientela. Se compraba cosas a diario. Joyas, bolsos, ropa... Yo no llevo ningún lujo, la llave de mi coche parece una llave inglesa, y creo que el objeto de más valor que tengo aquí y ahora es un iPhone y aún lo estoy pagando.

Eric deja caer sus ojos desde la punta de mis pies hasta mi coronilla. Lo hace lentamente, como el barrido de un lector de infrarrojos. Y como hacen esos mismos rayos, por donde mira deja una estela, un hormigueo repleto de calor.

—¿Seguro que no intuías nada y que no formas parte de nada de eso?

—Repito: se lo juro.

—¿Por qué no me hablaste así de claro cuando entré en tu consulta?

—Se lo dije, Inspector —lo miro como si fuera tonto—. Le respondí con sinceridad a cada una de sus preguntas.

—Me parecían confirmaciones a cada una de mis sospechas. No negabas nada de lo que ahí se hacía —se defiende algo contrariado.

—¡Porque no creía que estuviera insinuando que yo era una fresca y que Paréntesis era un

prostíbulo, que es lo que parece que insinúa que es! ¡Yo estoy al margen de lo que hacía Svetlana! Que una mujer de ese tipo llegara a mi vida fue una terrible casualidad.

—Papi, la chica te grita —murmura pasándose la moneda de manera distraída de una manita a la otra.

Eric toma aire por la nariz y lo deja ir lentamente. Sigue prejuizgándose, pero algo en él se ha relajado. Ya no parece que tenga un palo metido por el culo. Al menos, no tanto.

—No deberías gritarme. Soy un representante de la Ley. —Acto seguido, cambia de actitud. Se pasa la mano por la nuca y finalmente asiente mostrándose menos agresivo y persistente en sus convicciones—. Aunque tu versión, por mucho que me contradiga, confirma lo que dicen todos tus clientes.

Me muero de la vergüenza.

—No sé qué tipo de preguntas les habré hecho, pero espero que no haya echado mi reputación por tierra. Besalú es un pequeño mundo aparte, de cotidianidad y de normalidad y de personas muy corrientes con sus propias historias.

—Cuando se hace una investigación, se debe exponer todas las causas abiertas. Y son las personas que tratas y conoces las que vierten luz sobre quién eres. Las preguntas son innegociables.

—Mi moralidad y mi buen nombre también. —Alzo la barbilla y doy un paso hacia él.

Él se toma unos segundos en responder. A la pequeña se le cae la moneda y vuelve a cogerla, sin soltar la mano de Eric.

—Por ahora no te molestaré más —reconoce sin titubear—. Pero creo que debes saber por qué insistimos tanto.

—Soy toda oídos —el retintín indica mi disconformidad.

—Svetlana podría formar parte de una red española de tráfico de mujeres rusas para su explotación sexual.

La información me impacta tanto que me deja congelada, tan paralizada que no puedo ni siquiera responder. Eric se da cuenta y prosigue.

—Creímos que estabas metida dentro de la red y que tú recaudabas lo que producía Svetlana por sus servicios.

—¿Yo? En calidad de... ¿de qué? ¿Como una Madame?

—Como su cobradora. Su controladora.

Me doy la vuelta, porque prefiero asimilar todo lo que me dice sin tener que verlo a él y las caricias que le da a la cría en el dorso de su mano con el pulgar moreno.

—Es surrealista.

—La realidad siempre supera la ficción. Tal vez tú no seas la cobradora de Svetlana.

—¡No lo soy! —me defiendo volviendo a mirarlo.

—Pero otras sí lo son. Es lo que tiene formar parte de una red.

—¿Cuánto... cuánto hace que me investigáis?

—En realidad hace muy poco. El anterior Inspector se tomó una excedencia y volvió a Asturias para solucionar un problema personal. Vine destinado aquí y me hice cargo de todos sus casos sin concluir, y lo único que estoy haciendo es seguir su línea de investigación. Svetlana era uno de los puntales a los que hacía seguimiento el anterior equipo. Cuando recibimos la denuncia de su desaparición, solo seguí la hoja de ruta para tener todas las localizaciones controladas. Paréntesis era uno de los locales que se investigaba como parte de la articulación de la Trata porque ella había estado trabajando ahí.

—Por Dios —oculto mi rostro detrás de mis manos—. No puede ser cierto. Mi negocio no

puede haberse visto envuelto en algo así.

—Sí lo es —sentencia—. Pero, si te quedas más tranquila, estás limpia. Tus cuentas lo están, no tienes movimientos extraños ni sospechosos, tu vida es muy transparente y toda tu lista de clientes se sale de los grupos de acción de Svetlana. No das el perfil.

—¿Mis cuentas? ¿Habéis revisado mis cuentas?

—Sí.

—Es ilegal.

—No. Si estás siendo investigada no lo es.

—¿Y te has dado cuenta ahora de que no doy el perfil? —le increpo.

—Necesitamos pruebas concluyentes para poder juzgar.

—Tú me has prejuzgado. Y seguramente me has quitado clientela. Ahora todos hablarán y se pensarán que hago... —Me ofusco y me pongo roja de la rabia—. Mamadas.

Eric sonrío de un modo que en realidad no sé si lo hace, pero agacha la cabeza para que no lo vea.

—Nadie va a pensar eso de ti. Todos hablan muy bien. Quédate tranquila.

—No lo estoy. Estoy esperando, Inspector —mi tono es exigente.

—¿A qué? —su rostro condescendiente me saca de quicio.

—A que te disculpes.

—¿Ya no me hablas de usted?

—Será porque no te tengo respeto.

—No voy a disculparme por hacer mi trabajo. Aunque lamento los inconvenientes que te haya podido causar.

Mis dientes chirrían tras mis labios. Eso le ha tenido que costar mucho, con lo orgulloso que parece que es.

—Papi... teno sueño —dice la niña frotándose el ojo derecho con su mano libre.

—Sí, bollito. Ya nos vamos —Eric vuelve a mirarme de ese modo que me pone de los nervios—. No volveré a molestarte. A no ser —sus ojos negros brillan con interés— que sepas algo que pueda ayudarme para continuar con la investigación. ¿Puedes ayudarme con algo más? Cualquier información que tengas puede abrir un nuevo camino de exploración. Y me vendría bien para continuar con las averiguaciones. Esto es información confidencial y no tendría por qué dártela, pero creemos que Svetlana puede estar muerta por un ajuste de cuentas. Tú la trataste durante un tiempo. ¿No hay nada que te llamase la atención ni nada que ella te dijera que pueda sernos de ayuda para seguir con su búsqueda?

Me paso la lengua por los labios y me cruzo de brazos, como si necesitara contención. De Svetlana no sé nada, excepto que marcó mi guía de Olot. Y el caminante quiere que Eric vaya allí. Si no tiene que ver con Svetlana, tendrá que ver con el espectro, que por cierto, no lo acompaña. Pero tengo que mentir. Y odio mentir, aunque creo que va a ser por un bien mayor, y las mentiras piadosas si no hacen daño, no son malas. ¿No dicen eso?

—Svetlana y yo no hablábamos, excepto el «hola» y «adiós» de rigor. Yo lo achacaba a su carácter altivo, porque considero que soy bastante fácil al trato —aclaro—. Pero he estado haciendo memoria, y creo haberla escuchado hablar por teléfono un par o tres de veces sobre un lugar.

Eso llama poderosamente la atención del Inspector.

—¿Un lugar? ¿Qué lugar?

—Los Humedales de la Moixina. No sé qué decía ni a quién, pero creo que iba allí para algo. Eric sacude la cabeza como si no supiera dónde está.

—Hace poco que vivo aquí... no más de dos semanas.

—Están en Olot —le informo—. He hecho Rutas con Bicho por ahí... Ya se lo dije.

En ese momento la pequeña le tira del tejano, y él sin mediar palabra la coge en brazos. Me entenece cómo con total confianza la cría posa su cabeza entre su hombro y su cuello, y se queda ahí, cerrando sus ojos, mirando la moneda como si la hipnotizaran.

—¿Conoces bien el terreno? —me pregunta mirándome con un interés renovado.

—Lo conozco bastante bien, sí. Y mi perro más. Hay un restaurante cerca, donde trabaja un conocido mío, y suele prepararle un tupper con butifarra blanca.

Él asiente. Parece concentrado y meditabundo.

—¿Queda muy lejos?

—No mucho. Hay que ir en coche, eso sí.

—¿Cómo de insensato sería, después de todo, pedirte que me hicieras de guía? Te pagaría.

—Por supuesto. Porque yo todo lo hago a cambio de dinero, ¿no? —contesto lanzándole una puyita inmisericorde.

Aún así valoro que se haya atrevido a pedirme ayuda, porque es justo lo que necesito para echar un cable al caminante. Eric, inconscientemente, ha dado el paso que yo no sabía cómo dar.

—Sería de manera extraoficial. Abel mañana libra, y a mí me costaría mucho pedir el permiso para la colaboración de los guías caninos, porque están en Barcelona. Mañana no los podría tener, y a Svetlana el tiempo es lo único que no le sobra.

—Pues estás de suerte. Tenía pensado hacer una ruta mañana domingo —pero qué mentirosa soy—. Pero la puedo cambiar si es para ayudar como ciudadana, aunque sea de modo no oficial. Adoro Besalú y no me gusta que pasen esas cosas aquí. Además, mi perro está adiestrado en búsqueda y rescate. No sería la primera vez que he ayudado en una batida de ese tipo. No con la policía, pero sí para rescatar animales y algún excursionista extraviado.

Eric inhala profundamente y alza una ceja negra de manera indagatoria.

—Esa información es muy valiosa ahora mismo. Me sería de gran ayuda. ¿Entonces? ¿Estás dispuesta?

—¿Cuánto me vas a pagar?

—Lo que pides por un servicio a tus pacientes.

—Genial. Te cobraré un completo.

—¿Cuánto es eso?

—Ciento veinte euros.

—¿No habías dicho cien?

—Ciento veinte para ti —añado inflexible.

—Joder. Eres cara.

—Lo valgo.

Eric achica su mirada oscura y entonces alarga su mano morena. Su antebrazo es musculoso y tiene una mano estilizada pero grande, de uñas muy limpias y bien cortadas. Soy fetichista de manos con los hombres, no lo puedo evitar.

—¿Tenemos un trato?

Yo asiento y estrecho su mano. Es cálida, suave y al mismo tiempo fuerte.

—Mañana a las siete de la mañana te espero en la puerta de Paréntesis.

Abro los ojos de par en par.

—¿A las siete? Eso es muy pronto. A las diez que es domingo.

El brillo acerado y peligroso de sus ojos provoca que mi piel se erice, pero no voy a ceder. Todavía estoy enfadada por su manera de tratarme.

—De acuerdo. A las diez. Y trae a Bicho.

—Muy bien.

Eric se da la vuelta y se dirige hacia su coche, supongo. Bollito está frita. Entonces, se detiene y me mira por encima del hombro para decirme.

—Muchas gracias.

Yo asiento, pero por dentro estoy alzando el puño victoriosa.

—No hay de qué.

7. Epitafio: «Un amigo y yo apostamos quién aguantaba más debajo del agua. Gané».

Las diez de la mañana. Estoy nerviosa. Bicho feliz porque sabe que se va a la montaña de ruta. Pero yo, que sé a lo que voy y con quién voy, siento una agitación interna que me recuerda bastante a una descomposición. Espero que no me dé ningún apretón porque no soportaría tenerlo delante de Eric.

Esta noche apenas he pegado ojo imaginándome el día de hoy. Aunque sé que todo va a ser distinto a los escenarios que mi mente ha ido creando alternativamente, sin cesar, desde que me metí en la cama, no puedo dejar de pensar que, en el peor de los casos, algo malo voy a encontrar, porque vamos allí por las instrucciones del caminante del Inspector. Porque él quiere que vayamos allí, y yo que estoy siguiendo las instrucciones a raja tabla del libro de mi abuela, he entendido que no puedo rechazar ayudar a un espíritu si en mis medios está el hacerlo. De ahí viene también la palabra «mediadora».

El cielo está despejado y los primeros días de junio el sol empieza a picar bastante. Menos mal que me he puesto crema, porque me pongo roja nuclear en cuanto me expongo demasiado. Y después paso al tostado de más.

Salgo de mi casa y me recibe la ancha plaza central llena de vida, Prat de Sant Pere, con sus terracitas al aire libre, y paso por delante de su iglesia, que es la iglesia del monasterio. ¿Os cuento una curiosidad? Mi abuela me dijo que su casa está considerada patrimonio civil arquitectónico románico de Besalú, como la famosa Casa Llaudes que también se encuentra en la plaza. Ambas casas se construyeron alrededor de un patio central, por el que se accede a través de vestíbulos cubiertos por cúpulas y sujetas por arcos torales. La verdad es que el hogar que tengo en Besalú está lleno de encanto pero el jardín es el elemento central que ilumina toda la casa por dentro. La Casa Llaudes es una de las más notables de Besalú, perteneciente a familias burguesas. Y la casa de mi abuela es una prima lejana suya, más pequeña, pero igual de valiosa aunque muchísimo más desconocida.

He pedido desayuno para llevar en el Forn Comtal, y mientras espero, me da por pensar en que no he pisado una iglesia desde que murieron mis padres. Para ser sincera, nunca me han gustado demasiado, pero me parece fascinante cómo la gente las visita con sus ojos llenos de promesas, anhelos y su fe intacta. Nunca entré en esta, y sé que es preciosa, y de las pocas que tiene un deambulatorio en su interior, algo muy excepcional para ser una construcción románica.

La vida en un pueblo así nada tiene que ver con la vida en la capital. Aquí la gente tiene otro biorritmo, y la calma, las vistas y la naturaleza son cómplices perfectos para limar la aspereza de carácter que puede llegar a producir el estrés en la ciudad.

—Ada, aquí tienes —me dice la panadera del Forn Comtal. Es un obrador de empresa artesana. Me he pedido una bandeja de repostería y me la han entregado bien envuelta.

—Gracias.

—Ten un buen día.

—Igualmente.

Bicho espera educadamente afuera. Ya sabe que no puede entrar a no ser que los dueños de los locales y los negocios lo permitan. Pero la panadera me ha dado un carquiñoli para él. Lo estaba esperando con ansias.

Después de eso salgo por el Camí de Can Surós y me muevo entre las calles adosadas, rodeada de casas bajas antiguas algunas pintadas con colores ocres y otras con su esencia románica incólume. En los balcones asoman flores de todo tipo, y el olor a pan recién hecho y a café invade cada esquina de la ruta interior. Besalú se recorre rápido, el callejero no es nada extenso, pero tiene tanto encanto que tardas más de la cuenta en recorrerlo porque te quedas embobada mirando cada detalle y cada recoveco secreto. Me recuerda un poco a Torla, en Huesca. Llego al principio de la calle del Puente Viejo, donde se encuentra Paréntesis, al lado de una tienda de antigüedades que recibe a todos los turistas en cuanto cruzan el puente románico.

Al fondo de la calle, veo el séptimo arco del puente que da la entrada al pueblo, o la salida de él, dependiendo de por dónde vengas. Es un portal de acceso fortificado, ubicado sobre el primer pilar del puente. Cuando lo miro, parece que se entre o se salga de un nuevo mundo, porque solo se ve cielo claro y azul y la piedra. Con un poco de imaginación podrías ver hadas revoloteando por sus bóvedas empedradas.

O a un hombre increíble, cruzar el arco de un lado al otro, como si estuviera intranquilo. Con gesto taciturno, sus gafas aviador con cristal reflectante plateado, un moreno que da gusto; sus piernas cubiertas por unos pantalones de chándal Degree de color gris, una camiseta negra de manga corta y lisa que sus bíceps llenan y rebasan a la perfección, una riñonera cruzada sobre el pecho, y unas zapatillas negras Zoom 2k de Nike.

Pero no me lo estoy imaginando. Es Eric. Y cuantas más veces lo veo, más me impacta. Porque ahora no me puedo quitar de la cabeza su imagen junto a su hija, ni lo dulce que parecía con ella. Nada que ver con la actitud que asume en cuanto me ve. Se pone las manos en los bolsillos y me observa fijamente. Tengo miedo hasta de tropezarme.

Cuando llego a su altura, él me mira de arriba abajo. Parece que nos hayamos puesto de acuerdo, porque voy igual. Con un pantalón de chándal ajustado a los tobillos, una camiseta blanca de manga corta, unas Air Max todas negras y mis gafas de sol de pasta modelo Wayfearer. Llevo el pelo recogido en una cola alta y no demasiado maquillaje, pero sí el suficiente como para sentirme a gusto ante un Adonis como él.

—Buenos días —me saluda.

—Buenos días. Eres puntual.

Él asiente sin más. Y después se agacha para acariciar a Bicho, que ya le está levantando la mano para que lo acaricie.

—Iremos en mi coche, si no te importa.

—Ah, pensaba que sería mejor llevar el mío, por Bicho —señalo al perro—. Puede destrozarte el tapizado.

—No me importa. Ariel me lo destroza más que el perro.

—¿Qué Ariel? —pregunto frunciendo el ceño.

—La niña que me acompañaba ayer —contesta levantándose de nuevo.

—¿En serio? ¿Bollito? ¿Tu hija? ¿Se llama Ariel?

Él parece conocer el chiste que podría venir a continuación.

—¿Y Flumber dónde está? —me pongo a reír y cuando paro añado—: Me parece un nombre precioso.

—Ese chiste es muy fácil.

—Lo sé —reconozco pidiendo disculpas por ello.

—Pero, tienes razón. Es un nombre precioso —Eric asiente y mira hacia el puente, mientras se mete la mano en el bolsillo del pantalón—. Solo para dejar las cuentas saldadas, toma —me entrega ciento veinte euros.

Lo miro sin mostrar mi incomodidad, como si fuera la transacción más normal del mundo. No pienso perdonárselos.

—Perfecto.

—Espero que seas buena guía.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—¿Vamos? He dejado el coche aparcado afuera del pueblo. Dentro es imposible hacerlo. ¿Cómo lo haces tú?

—Soy residente del centro histórico y tengo documentación que lo justifica y espacio privado para aparcar. Mi casa tiene un pequeño parquin donde puedo dejar el coche. Antes era manual, la típica persiana metálica que abrir con llave, ¿sabes? Y me dejaba los riñones. Hace un tiempo lo cambié por una automática. Pongo a mi coche a dormir ahí.

Cruzamos el puente y Bicho revolotea a mi lado y al suyo hasta casi hacernos tropezar.

—Es muy pesado. Si le haces mucho caso te pedirá mimos continuamente.

—No sabía que los San Bernardos eran buenos rastreadores. La policía no suele tener esta raza para desempeñar esas actividades.

—Pues es un excelente guía y de las mejores razas para búsqueda y rescate —explico admirando las vistas desde el puente—. Sobre todo para personas perdidas en la nieve.

—Dudo que Svetlana esté bajo nieve.

—Sí, ya. Me imagino que no lo estará. ¿Crees que... han podido hacerle algo?

—Solo sé que está desaparecida. Es lo único que sé. Este lugar es increíble —admite observando el agua del río correr.

—Lo es —confirmando feliz de vivir en un enclave tan idílico como este—. Me dijiste que viniste aquí hace dos semanas y que no conoces nada de Girona.

—No.

—¿Dónde vives? ¿De qué comisaría vienes?

—De la comisaría nacional de la calle Sant Pau. En el centro de la ciudad.

—Ah... Girona es una gran desconocida para muchos, pero tiene lugares increíbles que merecen mucho la pena ver.

—Supongo, pero yo he venido a trabajar. No a hacer turismo. En un año me gustaría regresar a mi casa. A Alicante.

—¿Eres de ahí?

—Sí.

—Es muy bonita La Terreta.

Me mira con curiosidad.

—Sí.

—Bueno, pues si te sirve de algo, y te interesa, te diré que este es un puente de forma angular de siete arcos desiguales. La torre fortificada —la señalo— es de marco hexagonal, y sus arcos están superpuestos por el lado de levante y por poniente con otro de aspilleras en la cima. La piedra heráldica data del 1680 que es cuando lo restauraron. Me he aprendido las descripciones casi de memoria.

—Muy interesante —contesta sin mirar nada de lo que le digo.

Me gustaría explicarle más cosas, pero parece que quiere ir directo al grano y que nuestras

conversaciones no sean nada trascendentes ni personales. Pero con lo que me ha pagado no tiene por qué ser amable. Y aun así, debería haberle cobrado muchísimo más, porque cuando llegamos a su coche, un Jeep Wrangler Rubicon todo negro, veo al caminante de Eric desdoblarse de un lado al otro. No me digas que va a venir con nosotros dentro. Por favor, no.

—Bicho puede ir detrás. Ya he puesto una cubierta impermeable por si vomita.

—Vaya, qué organizado eres. Pero quédate tranquilo, que Bicho nunca vomita —miro de reojo al espectro, que no deja de rondarnos. Tengo la sensación de que está nervioso. Y Eric, como la mayoría de personas del mundo, no capta nada.

El Inspector me mira a través de las gafas y no sé qué expresión pone, pero parece divertido.

—¿Por qué miras a todos lados? Lo haces mucho.

Es observador. Intento no mover mis ojos más de la cuenta, pero con este caminante he roto todas mis reglas.

—Se me secan los ojos, a veces.

—Ah —frunce el ceño. Abre el maletero y espera a que Bicho suba.

El perro me mira, y yo le doy la orden para que monte, y de un brinco se queda atrás, estirado.

—Pondré el aire para que no tenga calor —me explica Eric dirigiéndose a la puerta del copiloto. La abre para mí y espera a que entre—. Sube.

Yo rodeo el coche y me siento en mi asiento. Me pongo el cinturón y Eric cierra la puerta.

Una vez dentro, él hace lo mismo, enciende el GPS y mete la dirección de los Humedales.

—Espero que tengas algo que Bicho pueda rastrear.

—Lo tengo. La compañera de piso de Svetlana me dio una camiseta que se puso el día anterior antes de desaparecer. Está en la guantera. —La abre y me la enseña. Es blanca con rayas negras. Recuerdo habérsela visto puesta alguna vez. Y eso activa mi conciencia y me pone en sobreaviso. Yo lo llevo a los Humedales no solo porque su caminante quiere ir ahí, sino también porque creo que Svetlana marcó los puntos de mi guía de Olot. ¿Por qué? ¿Para qué?

No sé cuántas respuestas tendremos de esta visita. Lo único que sé es que el caminante se ha metido dentro del coche con nosotros y Bicho no deja de husmear en su dirección y de lloriquear.

—Ya vamos, chico —le dice Eric—. Pondré el aire, se están empañando los cristales.

No es por el calor humano.

Es por la extraña temperatura que provoca a su alrededor el espectro.

El caminante no está dentro del coche permanentemente. A veces aparece y otras desaparece. Bicho se pone a ladrar como un loco, y después, cuando se va, se calla. Es como si ese espíritu quisiera asegurarse de que vamos en la dirección correcta.

—¿Es que tu perro no se duerme en el coche? —me pregunta Eric.

—A veces sí y a veces no —le contesto. Estoy tanteando el terreno y quiero saber qué le puedo preguntar y qué no, porque no es demasiado accesible—. ¿Hace mucho que eres Inspector?

—Hace cinco años.

—¿Y por qué quisiste venir aquí? ¿O te destinaron?

—No me destinaron —contesta con la mirada fija en la carretera—. Quise venir yo.

Frunzo el ceño un tanto extrañada.

—¿Por algo en especial?

Eric hace repiquetear los dedos en el volante. Tiene el coche impoluto y huele muy bien. Se nota que es un hombre muy limpio, ordenado y meticulado.

—Asuntos pendientes.

—Mmm... —Él tiene una niña. ¿Por qué iba a querer moverla de su casa y de su entorno para pasar solo un año nada más y nada menos que en Girona? No lo entiendo. Hace que me pregunte muchas cosas, pero no quiero parecer osada—. Tú no eres mucho de hablar, ¿no?

Eric mira por el retrovisor central para asegurarse de que Bicho está bien. Me gusta que se preocupe por los animales.

—¿Te incomoda el silencio, Ada?

—No. Pero somos completos desconocidos y tú me has pagado para que te ayude. Hasta la fecha creías que era poco más que una fulana que hacía finales felices, que tenía explotada a Svetlana y que formaba parte de esa red de Trata que mencionaste. No está de más conversar un poco.

—¿Eres de esas masajistas que se ponen a hablar y a joderles el momento de relajación a sus clientes?

—No. Yo no hablo. Nunca lo hago. Pero ellos sí. Y les contesto por educación —excepto a los espíritus. A esos, hasta la fecha, nunca les hice caso. Pero eso ha cambiado por culpa de su caminante—. Y no solo doy masajes. Soy osteópata titulada y quiropráctica. Esa es mi formación principal. Eres Inspector hace cinco años. ¿Y hace mucho que eres policía?

—Entré en el cuerpo hace diez y poco a poco fui ascendiendo.

Quiero saber si tiene mujer. Bollito debe tener una mamá, ¿no? Pero me avergüenza hacer ese tipo de preguntas personales por si él no me las va a contestar. Y aun así, allá voy.

—¿Y tu mujer?

Eric frunce el ceño y desvía su mirada hacia mí. Le miro las manos. No tiene anillo. Tal vez está divorciado.

—¿Qué mujer? —contesta categóricamente.

—No sé... la madre de Bollito —respondo pareciendo muy obvia—. Tiene mamá, ¿no es así?

—La mamá de Ariel no era mi mujer. Y ella murió hace tres años.

Eso me deja cortada y confundida. Eric tiene una niña que lo llama papá, pero su madre no era su mujer y en la actualidad está muerta.

—Lo siento mucho —quiero morderme la lengua—. Pero ¿era tu pareja?

—No —por el modo en que sujeta el volante parece tenso, como si no tuviese superado ese tema. Muy normal. Porque acarreamos con la muerte de nuestros seres queridos durante demasiado tiempo.

Pasa un buen rato en completo silencio. Se podría cortar el aire entre nosotros, y de repente, él se reacomoda en el asiento. Quiere relajarse, veo su esfuerzo.

—Era mi mejor amiga —lo miro y no oso ni a mover un milímetro de mi cuerpo, porque quiero que continúe y que nada lo distraiga—. Se llamaba Marta. Y era subinspectora. Trabajábamos los dos en Alicante, en la Brigada de Extranjería. Era como una hermana para mí —explica suavizando su tono duro y arisco—. Entramos en la Academia juntos, nos sacamos la oposición juntos, y acabamos trabajando en la misma comisaría durante seis años, en la Comisaría Provincial de Alicante, hasta el día que murió. Marta siempre quiso ser mamá, y quería ser mamá soltera. Cuando me dijo que estaba embarazada me pidió que fuera el padrino de la cría. Yo era la única familia que ella tenía —observa el paisaje verde y montañoso de los alrededores y se frota el pulgar con el dedo corazón sin dejar de sujetar el volante—. Tenía

familia muy lejana, unos tíos que nunca veía y con quien no había desarrollado ningún tipo de contacto. Era huérfana desde muy pequeña. Yo la admiraba muchísimo porque todo lo que consiguió lo hizo sola. Era una superviviente y una luchadora. Recuerdo el día que llegué al hospital para conocer a Ariel. Le puso el nombre por mí, y cuando me la enseñó y la pude coger en brazos sentí una conexión irrompible con esa bebé y supe que nuestra historia iba a ser para toda la vida. Ella me dijo: «Ariel tiene que ser tu Sirenita, Eric. Tienes que cuidarla cuando yo no esté y me gustaría que fueras como un padre para ella». Ariel es lo más bonito que me ha pasado en la vida. Y es lo más importante para mí.

Tengo los ojos húmedos y dos lagrimones preparados para precipitarse desde mis pestañas. Me aclaro la garganta, acongojada y él me mira de soslayo.

—Eres sensible.

—Sí. Un poco —carraspeo—. ¿Puedo preguntarte qué le pasó a Marta?

—Murió en medio de un tiroteo entre familias gitanas y un clan rumano en Elda. Nos tomó por sorpresa. Íbamos sin chaleco, en el Zeta los dos, porque veníamos de los juzgados, y nos encontramos en medio de esa reyerta. La bala traspasó el cristal y le alcanzó el pulmón —aprieta la mandíbula. Sé que le duele hablar de ella—. Para cuando llegaron las ambulancias, ya fue demasiado tarde. Murió en mis brazos.

Por Dios. Tengo una bola en el pecho que me duele y no me deja respirar. Abrazaría a Eric ahora mismo si no supiera que le iban a salir pinchos como a un puercoespín. Porque tiene una coraza defensiva difícil de sortear.

—Lo siento muchísimo.

Su manera de afirmar con una caída de su cabeza es como si dijera «gracias».

—¿Y adoptaste a Ariel?

—Sí. La adopté como hija mía. No me costó demasiado porque era el único familiar de la niña y porque era su padrino. Además, tenía contactos que me agilizaron la burocracia exigida en la adopción.

Me rasco la cabeza y me muevo el cuero cabelludo un poco. Tal vez me he hecho la cola demasiado alta. Mi cabeza sigue pensando.

—Sé que me lo vas a volver a preguntar —añade él dándolo por hecho—. Quieres que te diga qué hago en Girona.

—¿Eres adivino?

Eric sigue sin sonreír del todo.

—Los padres y los abuelos de Marta eran de Girona. Ella nació aquí. Por circunstancias se tuvieron que ir a vivir a Alicante, pero Marta tenía muchas ganas de pasar un tiempo en tierras catalanas para enseñar a su hija cuáles eran las raíces de sus abuelos y sus bisabuelos. Ariel es pequeña todavía y moverla no suponía un gran trauma. Además, laboralmente, venir a esta comisaría donde tengo buenos amigos no suponía ningún esfuerzo, y puedo ganarme algún mérito si soluciono los casos abiertos y pendientes que ha dejado mi colega Joaquín, que está de excedencia por asuntos personales. Así que él se ha ido y en su lugar vengo yo.

—¿Y cuando él vuelva?

—Supongo que llevaré otro grupo o me encargaré de otras cosas. He venido en comisión porque tengo un año pactado con el Comisario Pradera, de Alicante. Él fue quien me avisó de esta oportunidad y me pidió personalmente que fuera yo a husmear la información de tratos que poseían en Girona, porque había muchas similitudes con otros casos en Alicante y en Madrid. Yo formo parte del grupo local operativo de Trata de Seres Humanos de mi comisaría. Y sospechamos que podía tratarse de la misma red. Así que, como venir aquí era algo que quería

hacer por Marta y por Ariel, pensé que esta era la mejor ocasión para hacerlo.

—Vaya... o sea, que estás aquí por algo personal y profesional. Y estás detrás de algo grande.

—Algo que da condecoraciones —recalca él—. Pero hay que llegar al fondo de la cuestión y me gustaría mucho sacarla adelante. Y eso es todo, esa es mi historia.

—Y qué haces en días como hoy con Ariel. ¿Dónde la has dejado?

—La vecina de al lado es muy amable, y tiene una niña más o menos de la edad de Ariel, un poco más mayor. Se han hecho amigas. Así que le he pedido a Anabel, como favor, que se haga cargo de la niña hasta que vuelva.

Sé que Eric quiere encontrar algo hoy en los Humedales. No sé cuánto tiempo nos va a llevar, pero de lo que estoy segura es de que vamos a encontrar algo más de lo que él espera.

—Gracias por contarme todo lo que me has contado —le agradezco.

Él me mira sorprendido y creo que considera que soy un poco rara, a lo mejor excéntrica o extravagante. Y posiblemente no va nada desencaminado.

—Solo quería demostrarte que sé mantener una conversación no acusatoria —me contesta.

Sonríó levemente y vuelvo a mirar por el retrovisor. Bicho se levanta de nuevo y vuelve a ladrar. Su sonido me acribilla el tímpano. El espectro vuelve a estar ahí. Lo observo levemente, aguanto el frío y el modo en que se me revuelve el estómago por moverme demasiado y busco a mi perro a través de su imagen incorpórea.

—Bicho, cariño, cálmate —lo reprendo—. Llegaremos muy pronto.

Cuando vuelvo a mirar al frente, Eric está mirando la temperatura del exterior en el monitor.

—Joder, pone que hace veintisiete grados afuera, y aquí dentro de vez en cuando hace frío, ¿no te parece?

—Sí, qué raro —contesto sonriendo entre dientes.

Desvía la mirada por mis brazos.

—Pero si tienes la piel de gallina. ¿Quieres que ponga la calefacción? Es absurdo porque estamos en junio, no tiene ningún sentido... —dice alargando la mano para tocar la consola.

El espectro desaparece y la temperatura vuelve a estabilizarse al tiempo que Bicho deja de ladrar. Poso la mano sobre la de Eric para detenerlo. Si pone la calefacción incubaré huevos. Y él, al contacto, la retira enseguida, como si le quemara. O igual he sido yo que la he retirado muy rápido.

—No, tranquilo. Estoy bien.

—¿Seguro? —pregunta tenso.

—Sí. De todas maneras —miro el GPS—, estaremos ahí en unos veinte minutos.

En el coche hace calor la mayor parte del tiempo. Por el San Bernardo y por la temperatura del cuerpo musculoso de Eric que irradia rayos de sol y perfección. Es un coche grande y yo ahí me siento muy pequeña.

Está siendo un viaje de lo más curioso y entretenido.

Eric es un hombre que insufla respeto con su actitud y que parece estar cubierto de hielo. Pero hoy creo haber visto cómo se le agrieta la superficie.

8. Epitafio: «¡Os dije que estaba enfermo!».

Humedales de la Moixina

Hemos dejado el coche aparcado en los alrededores de la Piscina Municipal. Dentro del parque natural de la zona volcánica de la Garrotxa se encuentran los pantanos de La Moixina. El pantano se origina por la continuidad del agua subterránea que aflora a la superficie y que proviene de la Fuente de La Deu. Bicho se conoce todos los caminitos y todo el paseo. Le he hecho cientos de fotos entre sus parajes y no me canso de verlas. Con el césped verde y espeso, el sonido de los pajarillos de todo tipo que parecen hablar de nido a nido como las vecinas chismosas que hacen lo mismo de balcón a balcón, uno se ve tentado de dejar atrás sus preocupaciones. Pero la realidad es que estoy más tensa que Frodo en una joyería. Sé a lo que hemos venido, y estoy esperando que en cualquier momento el caminante de Eric aparezca y señale hacia dónde hay que ir o qué tenemos que hacer.

El río que fluye desde la fuente cruza las amplias llanuras esmeraldas y refleja el cielo como un espejo, del mismo modo que un mundo al revés. Es un lugar para elfos y gnomos. No debería ser posible reposo para los muertos y los desaparecidos.

Siempre me ha gustado hacer rutas por aquí. Pero nunca hubiera imaginado que el objetivo de este paseo sería seguir el rastro de Svetlana. Ese es el de Eric, pero no es el mío.

Me arrodillo frente a Bicho y le doy a olisquear la camiseta de mi exsocio. Se la paso por el morro y se la dejo ahí unos segundos para que capte su esencia.

—Busca, busca, Bicho. Luego tendrás salchichas como premio —le recuerdo—. Venga, busca.

Esta es una ruta corta y circular, para despejarte, respirar aire puro y desconectar.

Cuando me levanto, le digo a Eric:

—Sigamos a Bicho hasta ver dónde nos lleva.

Mi hermoso San Bernardo no deja de dar tumbos y meterse entre los matorrales o acercarse demasiado a las orillas del riachuelo. Se va a poner las patas perdidas. Caminamos en silencio.

—Lo primero que hay aquí siguiendo este sendero recto es la Fuente de la Deu —señalo la dirección— y después están los humedales.

Eric observa todo a su paso. Cada rincón, cada hueco entre los árboles. Toma una piedra del suelo y la lanza al río.

—No es muy profundo.

—No. No lo es. Los humedales lo son un poco más —le digo.

No puedo evitar mirarlo de reojo de vez en cuando. Su historia me ha dejado muy impactada y lo ha hecho distinto a mi juicio. No soy de prejuizar, pero los primeros encuentros con Eric no me han gustado y tal vez haya pensado que era un gilipollas. Ahora no lo veo tan malo.

Pero quién iba a imaginar que detrás de ese aspecto estoqueador, iba a haber una historia tan emocional y que hable tan bien de él. Adoptó a la hija de su amiga fallecida. Y la niña siente adoración hacia él. Recordarlos juntos provoca que se me constriña el pecho y se me expanda.

No obstante, tengo muy claro que no voy a dejarme molificar por esos retratos en mi memoria. A cualquier mujer un tío así con una niña monísima que lo mira como si fuera su héroe nos pondría tontas. Y a mí me pone tonta. No soy la excepción.

Pero también soy crítica y tengo juicio. Eric es una bomba de relojería y tiene colgado un cartel con un mensaje alto y claro: «No te acerques mucho. Peligro».

—¿Has hecho lo de lanzar la piedra por algo? —le pregunto intimidada.

—Un cuerpo flotaría en un riachuelo así. Se haría muy evidente a ojos de todos.

—¿Y por qué crees que han matado a Svetlana? —le pregunto de sopetón—. Tal vez se ha fugado. Habrá escapado de esa mafia, era muy lista —le intento dar otra opción que no sea la muerte, no me gusta pensar tan negativamente.

Eric sigue andando con paso firme, persiguiendo la estela de Bicho. Sus pasos son largos y rotundos y yo tengo que ir dando saltitos casi, porque la extensión de sus piernas nada tienen que ver con las mías.

—¿Por qué Svetlana iba a querer escapar de algo que le daba tanto dinero? Tú misma lo has dicho. Se compraba cosas muy caras, y no escatimaba en gastos. Eres psicoterapeuta y supongo que sabes leer a las personas.

—Algunas no se dejan.

Eric me mira levemente y continúa con su explicación:

—¿Considerarías a Svetlana alguien infeliz y extorsionada por la mafia? ¿Tenía un perfil bajo, un carácter tímido y reservado?

—¿Ella? —digo con asombro—. ... No me hubiera parecido nunca una chica intimidada por ninguna situación. De hecho, tenía un aire un poco... ¿Cómo te diría? De jefa de pandilla. De las que acosan, no de las que son acosadas.

Eso llama la atención de Eric.

—En los informes de la investigación que tenía abierto el GOE aquí en Girona, no nos consta ese tipo de información. Hay datos escuetos y poco personales. Es bueno poder hablar con alguien que ha podido analizar su comportamiento.

—Svetlana hacía más de dos meses que ya no trabajaba en Paréntesis. ¿Dónde fue después?

—Esa es una pregunta que a mí también me gustaría responder —dice hablando para sí mismo—. Le perdieron el rastro de manera incomprensible. Lo que más me extraña es que en el GATI no les constaba la información sobre Paréntesis y Svetlana. Era algo que debieron compartir con Jefatura, y no fue así. Volvimos a saber de ella por la denuncia de su compañera de piso en la comisaría de Girona. Abel fue quien me mencionó que el mismo nombre constaba en los archivos del grupo. No hay muchas Svetlana en Girona —añade con coherencia—. Buscamos su nombre y su apellido y encontré una coincidencia con Besalú, tu negocio y tú en la carpeta dossier del grupo local. Pero cuando la despediste, se perdió el rastro de la rusa, porque no volvió a mencionarse en ningún otro lugar. Y esa es la historia de cómo llegamos a Paréntesis.

—Me pongo mala... —me froto la cara—. ¿Estoy fichada por la Policía?

Él sonríe.

—No lo estás. Solo se abrió una investigación.

—¿Y su compañera de piso también es víctima de Trata?

—No. De hecho es una española. Laia Estepa, se llama. Ella puso la denuncia porque quería que le pagara el último mes de alquiler. La tenía de inquilina.

—¿Cómo puede ser víctima de Trata y vivir en un piso de alquiler? Pensaba que las tenían a todas en un piso franco como en las películas.

—Eso ha cambiado. Lo importante ahora para estas organizaciones es no levantar suspicacias, pero sus mujeres siguen igual de coaccionadas, controladas y explotadas. Llegué a pensar que tú eras su controladora.

—Sí, ya. ¿Y qué no llegaste a pensar de mí?

—Normalmente, estas mujeres que trabajan para las personas que las tienen explotadas, tienen a sus controladores muy cerca. Ellas les informan de todo y les pagan religiosamente lo que les deben. Muchas vienen a trabajar aquí para pagar deudas desorbitadas e injustificadas adquiridas en sus países de origen por culpa de las mafias. Algunas vienen voluntariamente y otras vienen extorsionadas y amenazadas de muerte, por lo que todo lo que hacen es contra su voluntad.

—Pero es que hay algo que sigo sin comprender —digo finalmente. No dejo de darle vueltas y no lo comprendo.

—¿El qué?

—¿Cómo llegasteis a mi local? ¿Cómo llegasteis a Svetlana? ¿Por qué ibais a sospechar de la noche a la mañana que en un pequeño minicentro de terapias y osteopatía había una rusa y una española que se dedicaban a prostituirse? Alguien debió dar la voz.

Él me echa un leve vistazo. El cristal de sus gafas refulge. Tiene un perfil tan masculino y tan equilibrado que aunque no sé trabajar el barro, me gustaría mucho esculpirlo.

—Yo me dedico a la Trata de Seres Humanos. Los grupos operativos que trabajamos en ello nos encargamos de estudiar todos los centros de masajes sospechosos y nos cercioramos de que no hay nada ilegal en ellos. Pero en tu caso, al parecer, una vecina anónima llamó histérica para decir que en tu centro había putas rusas. Eso sí está en la carpeta de información del grupo. Es lo único que hay.

Abro la boca y los ojos de par en par.

—Es horrible —exclamo abatida.

—Con una denuncia así, no podían no ver qué estaba pasando. Por ejemplo, la mayoría de negocios de masajes y uñas de los chinos, son puticlubs y tenemos que controlarlos, porque es ahí donde trabajan las mafias. Y con la gente del Este sucede más o menos lo mismo. El grupo hizo un seguimiento de todos los locales de alrededor de la ciudad y simplemente, Paréntesis entró en la investigación. Pero levantaste mis sospechas directamente cuando la compañera de piso de Svetlana dijo que Svetlana le había contado que había tenido problemas contigo. Hasta entonces eras solo un dato más. Sin embargo... —suspira y se mira la punta de las zapatillas mientras camina—, faltan muchas piezas del puzle, y hay eslabones por ahí que se me escapan. Abel me dijo que había hecho un par de guardias con Joaquín y que los dos, hace meses, habían ido a masajearse allí para comprobar el servicio que dabais. A los dos los atendió Svetlana y en ningún momento les propuso ir más allá. Fue como si de ese modo pudieran desmentir la llamada del anónimo que te denunció. Pero un tiempo después, ella dejó de ir a tu local y no pudieron investigarla más, porque como te he dicho, se esfumó. Hasta que hemos descubierto dónde se suponía que había vivido en este tiempo por la denuncia de su compañera de piso. Pero tú me has ratificado lo que te pasó con ella y lo que ella hacía. Confirmas nuestras sospechas iniciales. Y ahora, con su desaparición todo se complica un poco más. Y yo quiero encontrar esas piezas que faltan. Svetlana ha desaparecido, y es irrefutable. Una mujer del Este, que solo cobra en negro... Parece una diana fácil. Si ha intentado huir de sus controladores, tal vez no se lo hayan permitido.

Sacudo la cabeza. Es todo muy turbio.

Siento el frío rozarme el brazo izquierdo, y cuando miro hacia esa dirección, que da al

interior del riachuelo, veo al caminante adelantarme. Su imagen desaparece, hasta vuelve a aparecer cerca de Bicho. Así, de manera intermitente, vuelve a desvanecerse, a cámara lenta, y cuando dejamos la recta y giramos a mano izquierda, lo veo en las inmediaciones de la Font de la Deu. Justo al lado está el restaurante La Deu, especializado en comida volcánica. Donde alimentan a Bicho con butifarras. Mi perro lo sabe y está feliz de estar aquí. Mueve el rabo de un lado al otro, pero no se olvida de lo que está buscando. Por eso regresa donde nosotros y vuelvo a darle la camiseta de Svetlana para que la huela.

Hay algo que sé perfectamente y que no puedo decírselo a Eric, entre otras muchas cosas.

Yo sé que la rusa no está muerta. Soy una mediadora y puedo percibir a los muertos mediante sus objetos personales. No me parece que Svetlana haya pasado al otro lado.

—Si dejamos atrás la carretera donde están los coches aparcados para ir al restaurante —señalo observando cómo Bicho sale disparado con su olfato actualizado—, y giramos a la izquierda, ahí está la Font de la Deu. Tiene un increíble descampado para que Bicho juguete.

—Bien. Me gustaría ir al Restaurante —sugiere sacando su móvil y su cartera—. No tienes que entrar conmigo si no quieres incomodarte.

—¿Por qué lo dices?

—Voy a enseñar la placa para poder hacer preguntas. Quiero saber si Svetlana estuvo por aquí.

—Ah... No me importa lo de la placa —contesto—. Además, si está mi amigo trabajando, igual puedes preguntarle a él mejor. Y de paso le dará salchichas a mi perro.

—No tienes que darle ningún premio a Bicho si no ha encontrado nada todavía —contesta con esa voz autoritaria.

—Bueno, se las guardaré para luego.

Mi respuesta parece divertirlo y seguimos caminando hasta el restaurante.

Mi amigo no estaba. Hoy libraba, y al final Eric ha tomado la iniciativa y le ha preguntado a los chicos que estaban preparando el salón para la hora de la comida. Ninguno de ellos habían visto a Svetlana por ahí. Cuando salimos, Bicho nos recibe con su característica alegría, y está esperando sus salchichas.

—Lo siento, pequeño —le digo acariciándole la cabeza—. Hoy no está tu amigo.

Él parece entenderme, vuelve a oler la camiseta y prosigue su camino. Sigue por la ruta, en vez de irse hacia la fuente donde él sabe que hay el campo verde y abierto para correr.

—Vamos. Sigámosle —digo a Eric.

Vamos los dos tras la estela del perro. Percibo que Bicho está ansioso, y empiezo a sospechar que igual si capta la esencia de Svetlana por ahí. Tal vez la rusa sí estuvo en este lugar.

No lo sé. Vamos en dirección a los Humedales. Es ahí donde localizo al caminante de nuevo. Con su ropa oscura, su piel pálida, sin un rostro definido ni un perfil claro. Una silueta fantasmal que se desvanece como partículas de polvo en cuanto llegamos a su altura.

Me estremezco y tuerzo la cabeza hacia el pantano.

Días atrás llovió mucho y eso ha embarrado más la zona que, sin ser muy grande, ofrece un paisaje misterioso, húmedo y espeso y de una calidad estética muy pronunciada. El agua de la ciénaga de agua dulce está estancada, como su energía, y sus plantas flotantes y las sumergidas dibujan islas ilusorias en el exterior y dotan la postal de un aire mosaico de colores y tonalidades siempre esmeralda. Yo no metería un pie ahí en la vida. Antes muerta. Es una expresión desafortunada, lo sé, pero las aguas estancadas me producen rechazo. Sé que es todo un

ecosistema, pero veo a los árboles de alrededor hundir sus raíces en el agua verdusca y de vez en cuando oigo a alguna ranita croar... y no me produce placer. La estampa me inquieta bastante porque, aunque es hermosa, me recuerda a secuencias de películas de terror donde puedes ser devorado por un cocodrilo o por un zombie, indistintamente.

Bicho está al lado del espectro. Ladra mirando a un punto en el agua, a tres metros de distancia de donde está él, que pisa tierra firme. El caminante vuelca su atención hacia ese lugar también.

Y me quedo fría. Tengo una sensación desagradable en la boca del estómago cuando, al acercarnos a ellos, Bicho no osa moverse de ahí y ladra obsesionado con algo que solo él ve en el agua.

Las aves del pantanal dejan de graznar y el lugar se suma en un silencio grávido y denso. Me cuesta oxigenarme, así que me detengo y apoyo mis manos un momento en mis rodillas para coger aire.

—¿Estás bien? —me pregunta Eric preocupado.

—Sí sí... Es solo un retortijón. —De todas las excusas que puedo dar, se me ocurre esa. Que me deja como una cagana literal y figurada a sus ojos. Pero no. Me voy a reponer y voy a seguir—. Vamos —le indico agitando la mano.

Nunca había percibido un vacío sin oxígeno. Allí ahora mismo no hay nadie, al menos no hasta el lugar donde se ha metido mi perro. Los excursionistas siguen el sendero y muy pocos se detienen. Me doy un bofetón en el cuello, y entiendo por qué somos los únicos locos que estamos profundizando en el humedal. La clorofila suspendida en el agua atrae a los insectos.

—Estamos en una nube de mosquitos —digo—. De aquí salimos con anemia.

—Quiero ver qué es lo que ve Bicho.

Mi perro tiene sus patas manchadas de barro, pero no deja de ladrar y mover la cola con nerviosismo. El caminante sigue ahí.

Sigo a Eric, retiro matorrales y plantas que se alimentan del agua. Eric no se da cuenta pero acaba de traspasar el cuerpo del fantasma y este desaparece por completo. Nos detenemos los dos junto a Bicho. El Inspector acaricia la cabeza de mi perro y le dice:

—¿Qué ves ahí, Bicho? ¿Cómo puedes ver algo ahí con el plancton que cubre el agua? —entrecierra los ojos oscuros. Busca el modo de llegar al fondo y de ver a través, pero no lo consigue.

Acaricio a Bicho por el otro lado y trago saliva.

—Buen chico —le digo rascándole la oreja. Quiero tocar su pelo porque siempre me relaja y me tranquiliza y ahora tengo el corazón a mil por hora. Estoy asustada porque me temo que ahí abajo sí hay algo. Mi perro lo sabe.

Eric mira a su alrededor.

—Necesito algo con lo que mover el agua —me explica sin necesidad de preguntarle. Va progresando adecuadamente. Arranca una rama de uno de los sauces que copan el pantano y lo ocultan casi de la luz del sol. Parece que ni ellos quieren descubrir sus secretos.

Eric estira el brazo y remueve la clorofila de un verde chillón que flota en el cenagal. Consigue abrir un claro más o menos límpido para mirar a través. Se quita las gafas de sol y me las da.

—Sosténmelas un momento.

Asiento, se las confisco un rato y abrazo a Bicho.

Eric vuelve a moverse para aproximarse un poco más y en un punto de su escrutinio ya no le importa meter un pie de lleno en el agua. En el siguiente paso que da, la pierna se le hunde hasta

la rodilla. Creo que ha visto algo. Su expresión es de incredulidad.

—Joder —susurra. Coge el móvil del bolsillo del pantalón y sale de ahí con rapidez y chorreando agua al tiempo que hace una llamada.

—¿Eric? ¿Qué haces?

—Voy a llamar al 091.

Me levanto lentamente sin despegarme de mi perro, que vuelve a ladrar al ver que Eric no saca lo que ha encontrado en el agua.

—¿Hay algo? —Sé lo que me va a responder.

Él nos mira a mí y a Bicho y contesta con voz seca:

—Hay un cuerpo.

—¿Svetlana?

—No. Es un hombre.

El caminante. Es él, y no hará falta que saquen su cadáver para certificarlo.

En este momento, con toda mi aprensión y mi miedo, puedo sentenciar que es la primera vez que ejerzo como mediadora.

¿Con qué motivo? ¿Y qué tiene que ver este cuerpo con Eric?

No tardaré mucho en descubrirlo.

9. Ser visto es la ambición de los fantasmas; ser recordado la de la Muerte.

Es difícil. Muy difícil enfrentarse a la muerte. Eric ha tomado distancia mientras las personas indicadas trabajan para sacar el cadáver. Agradezco que haya captado mi estado nervioso y se haya quedado a mi lado. Hay mucha gente yendo de un lado al otro. Bicho ladra de vez en cuando, pero se tumba cuando lo acaricio.

Hay coches de policía aparcados en el camino de acceso a los humedales, y algunos tienen las luces rojas y azules de servicio encendidas.

Me impresiona saber que en el interior del humedal, el silencio de la muerte es ajeno al escándalo y al ruido que provoca en el exterior lleno de vida. Como dos realidades distintas. La vida no afecta a la muerte, pero la muerte cambia todo en la vida de los demás.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Eric.

Estamos los dos apoyados en el tronco de un árbol, observando todo a una distancia prudencial para no molestar a los profesionales. Nuestros brazos se rozan casi a propósito. Yo asiento ligeramente, aunque no con la despreocupación que me gustaría. Porque a pesar de que veo fantasmas, nunca he visto cadáveres. Y me da miedo.

—¿Hay algo que pueda hacer para que te calmes? —pregunta estudiándome de soslayo.

—¿Tan nerviosa parezco?

—Sí —Eric cambia de pose, relaja los brazos y apoya la cabeza en la corteza del sauce—. Tienes las pupilas dilatadas, estás estresada.

Pues sí que me ha mirado bien, pienso. Suspiro y me deshago la cola. Me hace presión a la cabeza, así que me recojo el pelo en un moño alto y suave.

—No sé, explícame qué están haciendo y qué estoy viendo —digo sin quitarle la razón.

—De acuerdo —contesta sin perder un detalle de todo lo que acontece a nuestros ojos—. Los primeros que han venido son dos agentes de la dotación de seguridad ciudadana para acordonar la zona y asegurar el lugar. Después han llegado las unidades comisionadas especializadas de la policía científica y judicial para realizar la inspección ocular técnico policial... —Mientras me habla, con tanto vocabulario técnico de por medio y con la calma fría que le precede, me doy cuenta que el tono de su voz me calma y me seda. Es su cadencia... a pesar de poseer una voz dura y un tono dominante, hay algo en su manera de hablar que tiene una pulsación baladí muy protectora. Pienso que es porque es padre, y eso ha tenido que enternecer y limar los bordes más filosos de su carácter. Porque eso es lo que suele provocar el amor y la complicidad incondicional de un niño en la vida de un adulto: laxa las durezas—. Van a sacar el cadáver del agua ahora mismo y tienen que hacerlo con cuidado.

La policía científica procede a intentar sacar el cadáver del agua, pero parece que tardan más de la cuenta. Tienen algún problema.

Percibo la inquietud de Eric. Sé que se muere por estar cerca y ver qué pasa.

—No sé cuánto tiempo hace que ese cuerpo está ahí, pero los cadáveres se conservan mejor

en agua.

Yo sacudo la cabeza, todavía consternada. He ayudado a encontrar el cuerpo de un hombre. Y en nada sabré quién es y de qué se trata. Esto cambia mi vida y mi manera de vivirla. Ojalá no fuera así, pero me temo que, aunque no lo quiera, esto podría llevarme por otro camino. Para siempre.

—Tu perro es muy bueno —me felicita Eric—. Ha tenido que detectar un cambio de olor en el agua, algo que le molestaba...

—Bicho es muy intuitivo —Omito decir que tiene una sensibilidad especial para ver fantasmas. Los perros y los gatos la tienen.

—La pena es que esa de ahí no es Svetlana.

—¿Y si no es Svetlana no sirve? —Ha sido un comentario frívolo, pero no se me ha ocurrido otra cosa. Parecía que me estuviera reprendiendo.

—No he querido decirlo así. Sé que hemos llegado hasta aquí porque oíste hablar a Svetlana algo sobre este lugar. Ella está desaparecida, pero tu perro sigue el rastro de su camiseta y se detiene aquí, donde hay un cadáver, pero no el de la persona que buscamos. Es extraño...

—Sí. Lo es. Pero a mí también me parece extraño algo más. Que no te hayas identificado en el 091 y que no les hayas dicho a tus compañeros el motivo real por el que estás aquí. ¿Quieres llevar tu investigación en secreto? ¿Por qué? —quiero saber.

—Baja la voz —me ordena—. Ya te he dicho que cada grupo en la comisaría tiene su cometido, igual que cada brigada, y este es un caso en el que estoy por comisión directa con el comisario de Alicante. Primero quiero hacer el caso mío, investigarlo a mi modo y entender las piezas de información que faltan en los archivos o que se han omitido. Además, no hace falta que sepas nada más.

Asiento disconforme. Entiendo que no tenga que informarme de nada más, porque he sido sospechosa, pero mi curiosidad me puede. Y hay algo que él desconoce por completo. Que mis fuentes son, seguramente, mucho más fiables que las suyas.

—Están rodeando el cadáver para extraerlo. La zona tiene un metro de profundidad y aunque hay barros y algas, debe haber un buzo bajo el agua que ayudará a extraer bien el cuerpo para no producir nuevas lesiones. —A su alrededor la científica trabaja con botas impermeables. Pero entonces, el buzo levanta la mano y le indica a uno de ellos algo con la mano, haciendo el símbolo de las tijeras—. Tal vez estén tardando tanto porque se habrá enredado mucho con las ramas y el barro —sugiere Eric.

El buzo hace una nueva señal, y enreda algo alrededor del cuerpo. Parece una cuerda. Los demás agentes empiezan a tirar de la cuerda levemente hasta que el cuerpo sale a flote.

Y esta vez sí, consiguen extraer el cadáver de un hombre, moreno, de piel cerúlea, gelatinosa e hinchada. Lo retiran entre ocho manos y lo dejan sobre un plástico amplio en el suelo.

—Van a hacerle una primera inspección —narra Eric—. Pero el análisis completo lo hará el forense. Aunque con el primer contacto, dependiendo de cómo esté de descompuesto el cadáver, sabremos si ha habido violencia o no.

Es una secuencia tétrica, sin vida. De repente, algo que cambia sutilmente en el ambiente. Como si el conocimiento revelado les hiciera actuar de otro modo.

Uno de ellos se acerca a nosotros. Es un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y bigote, alto y espigado.

—Inspector.

Eric lo saluda con un gesto de su barbilla y espera a escuchar lo que tiene que decir.

—Debería ver esto.

Él me mira.

—Quédate aquí.

—No pensaba ir —aseguro.

El de la científica se lleva a Eric y yo me quedo muy tensa. La celeridad, la agilidad, el método con el que trabajan me deja hipnotizada, porque parece imposible que se les escape algo. Podrían distraerme, pero la realidad es que solo tengo ojos para el lenguaje corporal de Eric.

Y no presagia nada bueno. Se pone de cuclillas en el suelo, observa bien el cadáver y deja caer la cabeza hacia abajo, abatido.

La unidad especializada sigue trabajando a su alrededor, bajo su atenta mirada, durante al menos veinte minutos más. Uno de ellos lleva un maletín y va recopilando pruebas, otro hace fotografías, y un par más barre la zona dentro del agua, retirando material que pueda servirle para la investigación.

Estoy lejos para ver qué es lo que sacan.

Son piedras.

Mi cuerpo da un respingo y miro hacia mi lado derecho. Veo unos tejanos oscuros translúcidos, unos botines marrones untados de barro. Levanto más la cabeza y compruebo que es un hombre moreno de piel blanca y clara, barba de unos días, pelo negro rizado y ojos marrones claros.

Justo ahí, de pie, está el caminante de Eric. Es él. Pero ahora le veo bien la cara. Es un hombre atractivo.

Agacho la cabeza disimuladamente y le digo con los dientes apretados:

—Por favor, aquí no. No me hagas esto. No puedo hablar contigo y no quiero que se den cuenta.

Pero él sigue con sus explicaciones.

—Me dispararon por la espalda. Una bala me atravesó el cráneo por aquí —se señala el hueso del occipital—. Pero no me mató en el acto. No estaba clínicamente muerto todavía cuando me ataron y afianzaron mi cuerpo con piedras en el fondo del humedal.

Estoy temblando. No lo puedo mirar pero escucho con atención todo lo que me dice. Bicho ya lo ha percibido y está ladrándole. Desde fuera se verá como si ladrase a la nada. Pero ambos sabemos que ladra a algo.

—¿Por qué no has podido hablarme hasta ahora? —Muevo los labios sin que me vean. O eso intento. Y me cubro la boca de vez en cuando.

—Me metieron un trozo de tela en la boca y después la sellaron con esparadrapo. Nadie podía oír mis gritos.

Mi mente procesa ese dato y entiendo al momento lo que le ha pasado.

—Tu espíritu no podía hablar ni comunicarse porque estaba bajo el agua y tenías la boca sellada. Por eso siempre te veía mojado y con la silueta borrosa. Tu alma estaba atada y muda.

Él no confirma mi sospecha, aunque no hace falta. Sabemos que ese ha sido el motivo por el que no ha podido comunicarse antes. Los espíritus de cuerpos enterrados o hundidos en el agua tienen dificultades para ponerse en contacto y moverse a través de la realidad, porque su medio no se lo permite.

—Tienes que decírselo a Eric.

—¿El qué? —susurro.

—Se va a meter en la boca del lobo. En un laberinto muy oscuro.

—¿Cómo sabes tú...? ¿Quién eres? ¿Sabes quién te hizo eso? —Eric ya viene hacia mí y yo no tengo tiempo de continuar hablando con el caminante—. Vete. Vete —le urjo como una

ventrílocua.

—Dile que la llave del último cajón de su mesa está dentro de la lámpara. Que busque... Dentro del cajón hay un teléfono móvil. Dile que...

Su imagen se desmaterializa y Bicho deja de ladrar, para lloriquearle a Eric en cuanto está a su lado y chivarle que había un fantasma con mamá. Eric y su habilidad para domar a las bestias.

¿Cómo voy a decirle nada de eso a Eric? ¿De dónde se supone que he recibido esa información? ¿Cómo voy a contarle que hablo con un fantasma? No se lo va a creer y relacionará todo lo que sé con mi implicación directa. No me puedo arriesgar a eso.

Me levanto del suelo y limpio mi trasero de las briznas de hierba que había en la base del árbol. Nuestras miradas se cruzan, y palpo con nitidez su contrariedad y su estupefacción.

—¿Qué pasa, Eric?

—Han identificado el cadáver y ahora la comisión judicial lo levantará para que el forense haga la autopsia.

—¿Que lo va a poner de pie?

—¿Qué? Joder, no. Que se lo va a llevar —acaricia su barbilla cuadrada y bien marcada. Sus ojos negros están teñidos de pena.

—Ah... no conozco el argot policial. ¿Conocías a la víctima, Eric? —Yo sé que sí. Pero no sé quién es.

Él asiente secamente y finalmente me contesta:

—Es Joaquín. Mi colega. El Inspector al que he venido a sustituir y que se suponía que estaba de excedencia. Hablé con él hace casi tres semanas, antes de venir para preguntarle cómo se vivía en Girona y qué tal era el ambiente de la comisaría. Y ahora está muerto.

De vuelta en el coche, Eric corre mucho. Pero no ha intercambiado ni una palabra de más conmigo. Lo veo tenso y un poco trastornado. Es normal. Su cabeza tiene que ser un cóctel de ideas y pensamientos locos y desordenados. Además, acaba de coger el testigo de un Inspector que ha sido asesinado. Yo tengo datos que él no tiene, y me pone muy nerviosa porque no me gusta ocultar nada.

La música suena a bajo volumen en la radio. Only Humans, muy acorde al momento, desde luego. Y Bicho duerme plácidamente ajeno a la tensión y a todo lo que no se dice en el interior de la cabina del cochazo del Inspector.

—¿En qué estás pensando? —le pregunto. Es difícil tratar con él porque se arrincona y se protege como un boxeador.

—En lo raro que es todo. Que tenga que venir yo aquí porque me pongas tras el paso de la única prueba infundada que creías tener sobre Svetlana, y que tu San Bernardo nos lleve hasta el cuerpo de mi amigo Inspector que estaba llevando el caso hasta su excedencia... —sujeta el volante con fuerza—. Es todo un misterio.

A mí no me gusta lo que insinúa ni lo que leo entre líneas. Creo que después de todo y aunque no tiene nada contra mí, sigue desconfiando.

—Yo solo te dije lo que sabía. Y era lo único que tenía —le explico—. No tenía ni idea de...

—No, espero que no —musita sonriendo, pero no lo hace de verdad—. Tendrías que buscarte un buen abogado si supieras algo que no me estás contando.

—Soy una civil que te estoy ayudando voluntariamente —sonríe igual de falsa que él—. No hagas que me arrepienta.

—Me has costado ciento veinte euros.

Voy a abrir la boca, pero la cierro de golpe.

—Es verdad —digo.

Eric suspira, y tras esa leve exhalación parece relajarse. Juego con la tela del pantalón, rascándola sin necesidad hasta que me atrevo a interrogarle.

—¿Eras muy amigo de Joaquín?

—No tanto como para contarnos secretos, pero sí lo suficiente como para tener un trato más que cordial. Nos conocimos en Ávila, en la Academia de Formación. Compartíamos litera. El tiempo y la lejanía hace que uno pierda el contacto, pero cuando lo llamé para decirle que iba a ir yo en su lugar, se alegró mucho por mí y no dudó en ofrecirme la ayuda que necesitaba. Era un buen tío. Un buen profesional.

—¿Y tenía familia? ¿Estaba casado o algo?

—No. Estaba soltero.

—Al menos no ha dejado atrás a nadie que dependiera de él.

Capto sus ojos curiosos sobre mi coronilla, pero sea lo que sea no se anima a preguntármelo.

—¿Sabes? Yo nunca había visto un cadáver. Ni siquiera lo he querido mirar —un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Has hecho bien. El agua lo ha conservado pero no tenía buen aspecto.

—¿Te ha dicho la científica algo sobre lo que le ha podido pasar?

—Está claro que lo mataron —responde—. Un disparo en la cabeza. Por detrás. Había bolsitas de coca en plástico...

—¿Cocaína? —eso no me cuadra nada.

—Sí, es muy raro —asume él también—. Lo golpearon, lo amordazaron metiéndole una tela blanca con un mensaje en clave escrito en su interior: «Mercedes».

—¿Una mujer?

Eric dice que no y hace una mueca.

—No. Mercedes es argot de narco, palabras codificadas. Significa que la entrega o la transacción ha sido completada. La droga, el mensaje, el tiro en la cabeza... —No parece entender muy bien todas esas pruebas—. Es como muy evidente. Como si Joaquín estuviera metido en un lío de drogas con los traficantes del núcleo duro de Girona y han sido todo lo torpes que han podido para que se supiera y la poli fuera a por ellos. Es que... no tiene pies ni cabeza —se frota la cara con la mano—. Creo que me va a dar migraña. —Se coloca las gafas de nuevo y mueve el cuello hasta hacerlo crujir.

Odio que hagan eso. Crujirse los huesos no es bueno.

Me gusta que piense así y vea la evidencia. Es un hombre inteligente. No le van a tomar el pelo así como así. Sabe discernir, y sabe observar. Y sé, en mi fuero interno, que desconfía de mí, pero me quiere tener cerca.

—¿Sufres de migrañas? —le pregunto para cambiar de tema.

—No a menudo. Tal vez dos veces al año. Pero cuando me entran... —bufa cansado—, es agotador.

—Yo sé quitar las migrañas con puntos acupuntura de las manos. Son dolorosos pero muy efectivos. Si quieres, cuando lleguemos a Besalú te hago un pequeño tratamiento.

—¿Qué me va a costar?

—Nada —le sonrío y me coloco las gafas como él—. Los ciento veinte que me has pagado.

Al llegar, aparca el coche casi en el mismo lugar que esta mañana. Son las cuatro, y no hemos comido nada, excepto la bandeja de dulces que compré en la panadería. A mí se me había cerrado el estómago y seguramente a él también. Pero ahora empieza a maullarme.

—Supongo que tienes hambre —me dice leyéndome la mente.

—Eh... sí, pero no quiero comer nada.

—Vamos a comer algo —insiste—, te invito yo.

—Contigo una sola gana dinero, ¿eh? —bromeo—. No, de verdad. Además, creo que estás deseando ir a la comisaría y empezar a mover hilos. Y no quiero hacerte perder el tiempo.

Él sigue mirándome pero, sin ver sus ojos, no sé qué expresión pone ni qué piensa en realidad. Es inquietante. Como un animal frío y metódico al acecho constante. El más guapo y atractivo que he visto yo en muchísimo tiempo... vamos, en mi vida.

—Te duele mucho la cabeza, ¿verdad?

Eric se sorprende al ver que me he dado cuenta.

—No es para tanto.

—Sé lo que son las migrañas. Anda, trae, que te quito el dolor y me voy —le urjo poniendo mis manos boca arriba—. Dame tu mano derecha —muevo los dedos con gracia—. Venga, no seas tímido.

Eric se quita las gafas, y las deja sobre el salpicadero. Y después se desabrocha también el cinturón, como yo. Me da su mano, se acomoda y le pido que cierre los ojos.

—Los puntos acupuntura son un poco dolorosos en las manos, sobre todo cuando hay inflamación como la que tienes tú —le explico masajeando primero la palma y después moviendo sus dedos uno a uno. Eric se reacomoda en el asiento y carraspea—. Vamos a por la cabeza —puntualizo—. Entre el dedo índice y el pulgar, en la molleja —se la presiono levemente y noto una pelota tensa tras la piel, en el músculo— es donde se bloquea la energía. ¿Ves el bulto?

Eric resopla...

—Que conste, que no quiero parecer un perverso. Pero todo ese lenguaje que usas es muy porno. ¿Le hablas así a tus pacientes?

—¿Todavía crees que hago guarra en mi consulta, Inspector? Ya te dije que no soy de las que hablo cuando trabajo.

—Es una pena... Tienes una voz muy sexi.

Eso hace que lo mire entre mis pestañas y me detenga. Él abre un ojo para ver qué hago y esta vez sí, sonrío de verdad. Y, oh, Dios mío... elijo muerte.

—Tal vez es a tu mente porno a la que le gustaría que lo hiciera —presiono de más y provoco que él se queje.

—¡Ah! ¡Eso ha dolido! —me reprende asombrado.

—Relájate —musito divertida—. Tantos músculos y tan fuerte como pareces y una chica te va a hacer llorar con dos dedos.

—No digas tonterías.

Sigo masajeándolo y tocando los puntos presión durante diez minutos más.

—Estás muy tenso. Déjate llevar un poco. Suelta —le muevo la mano.

Él alza la comisura del labio de manera soberbia.

—Ada —niega con la cabeza—, dime la verdad, cuántos hombres han querido tener algo contigo después de una consulta. ¿Les hablas con esa voz a ellos?

—¿De qué voz hablas? Es mi voz. Siempre ha sido así.

—Es una tortura —gruñe.

—Eric, esto no funciona si no te callas. Así que cierra la boca, Inspector. Y deja a la profesional que proceda. Te irás de aquí sin dolor de cabeza.

—Madre mía... —se ríe—. Hablas como los guionistas de Brazzers.

Me detengo.

—¿De qué? —me echo a reír.

—De nada. Da igual —se vuelve a mover en el asiento—. Déjalo, Ada, es mejor que me vaya ya —retira la mano rápidamente.

No me gusta que me corten así, pero creo que Eric está más nervioso de lo habitual. Y juraría que está empalmado. No me lo puedo creer.

—Como quieras —canturreo abriendo la puerta.

—¿Te ayudo a bajar a Bicho? —me pregunta pasando el brazo por el respaldo del asiento de copiloto. Está serio y enfadado consigo mismo. No esperaba ponerse así.

—No. Ya puedo yo —¡Ja! No se puede mover. Tiene una erección. Eso es lo único bueno y curioso en este día oscuro que he tenido—. ¿Se te ha ido el dolor de cabeza ya?

Abro el maletero, le pongo la correa a Bicho y lo bajo. Rodeo el coche para ponerme al lado de su puerta. Él baja la ventana automática.

—Me duele menos —miente.

—Te dije que soy buena —arqueo las cejas.

Se ha vuelto a poner las gafas y no está muy convencido de darme la razón.

—Gracias por haberme ayudado hoy con Bicho. Ha sido todo una sorpresa terrible que tengo que asumir. Y lamento que hayas tenido que ver eso. Sé que no es agradable —mira al frente.

—Me alegra haber podido ayudarte —digo con sinceridad—. Y... no sé qué hay detrás de todo esto —insisto con interés—. Pero espero que tengáis mucho cuidado. Tú y tus compañeros. Que os cuidéis.

—Tienes que estar localizable, ¿vale, Ada?

—¿A qué te refieres? —me pongo a la defensiva—. ¿Crees que voy a huir?

—Por si necesito a Bicho otra vez —dice burlón.

Le gusta molestarme. Me relajo de nuevo.

—Bueno, ya sabes donde trabajo. Al menos espero que no hayas espantado a mis clientes y que sigan manteniendo las citas conmigo. Porque no tengo ni idea de lo que les has dicho y asumo que me has dejado fatal.

—Algo me dice que no creo que dejen de ir a tu consulta —se encoge de hombros. Él se despide de Bicho estirando el brazo y tocándole el morro y después me echa un último vistazo de arriba abajo—. Nos veremos pronto. Espero que duermas bien esta noche. Adiós —me sonríe y arranca el coche para dejar una nube de polvo detrás de sí.

Bicho y yo nos damos media vuelta y tomamos el caminito hasta alcanzar el esplendoroso puente, que concibo como un amigo muchas veces.

Curiosamente, estoy satisfecha de haber ayudado a Eric y a su caminante, aunque sé que esto acaba de empezar para mí.

10. No creía en la vida más allá de la muerte, hasta que vi mi propio entierro.

El resto del día lo he pasado tranquila en casa. Me hice un plato de pasta a la napolitana, con salsa de tomate, carne picada, pimienta negra y parmesano. Y después de eso me he echado una siesta en el sofá, con Bicho muy pegado a mí. Apenas cabemos los dos en él. Lo acostumbré a dormir así desde pequeño y ahora, que pesa casi ochenta kilos, el nene quiere seguir durmiendo igual, y no tengo corazón para decirle que no. Me mira con esa cara y hoy lo ha hecho tan bien, que he tenido que hacerle sitio.

Me despierta la presencia de mi abuela que hace que abra los ojos como un detector de movimiento. Cada vez es más sencillo percibir a los espíritus, pero mi abuela siempre me deja el mismo olor cuando viene y se va... huele como a rosa.

—Hoy has vuelto a abrir oficialmente esta casa a los caminantes —me explica con gesto complacido.

Me estiro como un felino en el sofá y después me reacomodo sobre el cojín de terciopelo violeta con estampaciones de gatos blancos.

—Hola, abuela. ¿Por qué dices que he abierto la casa a los caminantes?

—Porque hoy retomas el legado que dejé. Has ayudado a encontrar el cuerpo de un caminante que se puso en contacto contigo. A partir de hoy tu labor y tu ayuda serán determinantes para que muchos espíritus encuentren la paz. Aunque sacrifiques la tuya.

—Eso es lo que más me preocupa. Que no respeten mis horarios, que no pueda hacer mi vida normal. Y que no me paguen —bromeo.

—Te sorprendería saber que sí pueden pagarte, ya te lo dije. Pero ya te darás cuenta de ello. Tendrás un karma luminoso. Por eso los atraerás.

—¿Y cuál es el precio a pagar por todo esto?

—Que nada volverá a ser igual para ti. Y que un mundo que las personas no comprenden y temen, se abre para tu contemplación. Para que crezcas. Para que ayudes. Hablarás con los muertos, y la mayor parte del tiempo será para provocar cambios en el mundo de los vivos. Para que sea más justo y equilibrado, a veces, y no haya tantas cuentas personales a cobrar. Porque si ya somos muchísimos humanos pisando esta realidad, sería muy difícil vivir con el mismo número de caminantes. La energía sería excesivamente espesa, ¿no crees, Ada?

—Sí —asiento sonriéndole.

—Por eso, para que unos vengan —silba simulando un avión con la mano—, otros deben aprender a irse.

Me quedo sentada en el sofá. Bicho está en el porche, vigilante.

—Dios, abuela... —susurro admirando su perenne belleza que ni el tiempo ha podido borrar—. No sé qué haría sin ti. Estos años contigo son impagables y estoy aprendiendo tanto... No me faltes nunca, abuela. Quédate conmigo, ¿vale? Siempre.

Ella recibe esas palabras con tanto amor que le brillan los ojos y se le hacen arrugas

profundas al sonreír.

—Mi Ada... —murmura con aquella voz trémula de la vejez. Alarga el brazo y posa su mano sobre mi mejilla. Noto su energía y su campo electromagnético calentar mi piel—, no olvides que adiós no significa siempre el final, a veces, significa un nuevo comienzo. Y que la vida no es lugar para los muertos. Por eso existen los mediadores. Para enseñarles el camino de vuelta a casa. Mis rosales están hermosos, ¿no crees? —pregunta torciendo el rostro hacia las puertas de cristal que miran hacia el porche y el jardín.

¿Cómo no lo van a estar si ella les canta y les habla todos los días?

Miro hacia el jardín, y me levanto del sofá de golpe y sobresaltada. En la puerta de entrada a la casa, a punto de tocar la campana, hay un espíritu: Joaquín.

Miro mi reloj. Son las ocho, la hora a la que acepto las visitas espirituales.

Esta vez su silueta es igual de nítida que la de mi abuela. Lo veo perfectamente.

Me está mirando. Muy serio. Alza el brazo, sin dejar de hacerlo, y golpea la campana. Viste con la misma ropa que llevaba puesta cuando lo asesinaron, y ya no empaña los cristales ni deja rastro de agua tras de sí. Porque yo ayudé a sacarlo del interior del humedal.

Me siento en la mesa de la cocina. Mi primer cliente oficial. Qué nervios.

La mesa de madera envejecida tiene un cajoncito donde he dejado una libreta para ir apuntando los nombres de los entes a los que voy a ayudar y anotaré también todo lo que me cuenten.

No sé si estoy preparada para todo esto, pero al menos, para ahora, sí estoy lista.

—Puedes pasar —le digo.

Joaquín atraviesa la puerta y, sin apenas caminar, deslizándose como hace mi abuela, se coloca frente a mí, al otro lado, para que nos separen al menos el metro de anchura de la reliquia que hice restaurar y que combina perfectamente con la cocina abierta y el salón.

—Tengo poco tiempo y poca energía —dice—. Noto que algo está tirando de mí.

—Puede ser que vuelvas ya a casa. El alma, si no tiene nada que la reclame ni hay vínculos de vida fuertes entre vivos y muertos, debe cruzar el umbral —digo aún intimidada.

Él afirma con la cabeza. Parece comprenderlo, pero le veo triste y decepcionado.

—No tengo nada aquí para quedarme. Pero sí tengo algo que decirte y que necesito que transmitas a Eric.

—No puedo decirle nada de lo que tú me dices a Eric, ¿no lo entiendes?

—¿Por qué no?

—Porque estás muerto, Joaquín —respondo con la máxima delicadeza que conozco para decirle a alguien que ya no pisa el suelo cuando camina. Y no es porque el amor le haga flotar—. Dime qué necesitas que le transmita, y encontraré el modo de hacerlo.

—Han dejado droga alrededor de mi cuerpo y han hecho parecer que me golpearon y me maltrataron y que tenía algo que ver con el clan de narcos de los Verdes. Pero no tengo nada que ver, absolutamente nada. Soy el Inspector del grupo de Trata, no del de Drogas. Y a mí no me pegaron. Estaba esperando a alguien, y simplemente recibí un impacto de proyectil en la cabeza y ya no recuerdo nada más.

—Porque la bala se alojó en tu cerebro y te desconectó, pero no estabas clínicamente muerto todavía, hasta que te ataron, y te pusieron piedras alrededor sujetas a tu cuerpo para que tu cadáver no flotara.

—Sí.

—¿Y dices que la droga no era tuya y que esperabas a alguien y te dispararon por la espalda?

—abro la libreta y empiezo a apuntar.

—Sí. ¿Qué estás escribiendo?

—Soy novata en esto y me pongo muy nerviosa. Y los nervios hacen que se me olviden las cosas. Así lo tengo todo apuntado. No se me da bien hacer preguntas por ahora. —No voy a ir de investigadora privada, porque no sé muy bien qué preguntas hacer ni con qué relacionarlo. Tal vez haga un curso más adelante. Pero ahora soy mediadora y son los espíritus los que me dicen lo que necesitan de mí—. Todos creían que te habías ido a Asturias de excedencia —prosigo apuntando las cosas que ya sé para poner mi mente en orden.

—Me tomé la excedencia porque quería escaparme y dejar toda esta mierda atrás —Joaquín se queda mirando un punto fijo en el jardín durante unos segundos y después vuelve a observarme—. Me enamoré de una mujer involucrada en el tema que investigaba de Trata de Seres Humanos. Hice lo posible por liberarla de ahí, pero tenía que estar alejado del caso, y pedí la excedencia para irme con ella y apartarla de sus explotadores. Quedábamos a menudo en la zona de la Moixina para pasear y comer juntos.

—¿Y ya está?

—Y follar. Sé que la vigilaban siempre y ella tenía que traer dinero de sus encuentros para dárselo a sus controladores. Y yo le pagaba. El día que me mataron, había quedado con ella de madrugada y lo tenía todo listo en mi coche para irnos y cruzar la frontera de Francia. Ella... estaba esperando un hijo mío —declara aún emocionado—. Pero antes de que yo pudiera verla aparecer, recibí un balazo. Ni siquiera me pude despedir.

Mi cerebro está montando un puzzle de muchísimas piezas ahora mismo. Y todo cuadra. El lienzo se forma ante mí y entiendo todo.

—¿Era Svetlana la mujer con la que habías quedado en La Moixina?

—Sí —contesta satisfecho.

—¿Y quedabais ahí por alguna razón?

—Porque nos gustaba y podíamos hablar tranquilamente. Tienes que entender que estábamos enamorados. Yo me involucré sentimentalmente con ella por eso intenté protegerla y no mencionarla de más en los informes de la carpeta general del caso. Me volví loco y me equivoqué. Cuando la despediste, seguí en contacto con ella con un teléfono aparte del trabajo. Es un Mi negro. Svetlana vivía con otra víctima de Trata en un piso franco de Girona, pero nunca di parte de ello. Cuando me dijo que estaba embarazada, mi idea era cogerla e irme con ella, juntos. Su controlador pasa una vez a la semana a recaudar el dinero que ambas han ganado. Y ganan mucho, no solo porque las tienen explotadas sexualmente. Las usan de camellos.

—¿Cómo dices? ¿Droga? ¿Venden droga?

—Sí. Son las mismas mujeres que ofrecen sexo las que también las venden a sus clientes. A veces no tienen sexo y pasan la droga directamente. Mueven muchísimo dinero. Al mes pueden recaudar fácilmente unos veinte mil euros cada una.

No entiendo nada. Eric dijo que la compañera de piso de Svetlana era española y no tenía nada que ver con la Trata. Que la única relación que tenían era que ella era su casera y le alquilaba una habitación.

¿Quién está mintiendo? ¿Cómo le voy a decir a él que tengo otra información cuando está a punto de irse? ¿Y Eric sabe que Svetlana vendía droga?

—¿Ella sabía que tú eras Inspector?

—No. Y no debía saberlo. La engañé —se le remueve todo al decirlo—, y le dije que era abogado laboralista. Svetlana quería escapar de todo eso, pero es muy difícil huir de ahí. Yo lo dejé todo por amor y me salió mal. Ese ha sido mi único error. Enamorarme de una mujer

coaccionada y cercada por hijos de puta explotadores. Pero yo no tengo nada que ver con las drogas ni con narcos de nada... Eso es una maniobra de despiste. Sea quien sea quien orquestó eso, me quería fuera. Esa noche Svetlana iba a contarme toda la verdad. Iba a darme nombres y a dar el chivatazo final sobre su organización y lo que hacían y con quién lo hacían. Yo le expliqué que me había guardado las espaldas y que tenía toda la información oculta. Que si alguna vez me sucediera algo, que hablase con Abel para que registrara toda mi oficina, ahora de Eric, y encontrase lo que yo tenía para que continuase con la investigación. Porque sé que los controladores de Svetlana me habían fichado y ya no se fiaban de mí ni de ella. Al menos, si me mataban, quería ayudar a la investigación de los míos. Pero no pude decirle nada ni preparar los archivos para enviárselos. Me mataron antes. Sin embargo, aún me queda algo muy importante que tengo en mi poder.

—¿Hablas del Mi? ¿Del teléfono?

—Sí.

Asumo sus palabras. Alguien miente. O la información de Eric no es correcta, o la de Joaquín tiene lagunas. No soy policía, no pienso como un policía ni sé qué se debe hacer para llegar a la verdad. Pero lo que quiero es que Joaquín me diga lo que de verdad necesita de mí.

—De acuerdo. ¿Qué quieres exactamente?

—Que hagas que Eric encuentre el móvil. Solo él podrá llegar a la verdad —vuelve a mirar un punto fijo en el jardín, hacia el rosál—. Sabrá cómo hacerlo. Y que encuentres a Svetlana. Que la salves. No sé si sigue viva o muerta pero ellos la tienen. Espera un hijo mío... —murmura embriagado por lo que sea que está contemplando.

—¿Qué ves ahí afuera? —digo con curiosidad. Yo no veo nada.

La expresión de Joaquín se tiñe de nostalgia y también de paz. Un alumbra fuerte cubre su cuerpo, como si los rayos del sol le alcanzaran. Es mágico. Etéreo.

—Es hora de irme —afirma con ojos brillantes—. Tengo dinero en el banco y quiero pagarte por lo que vas a hacer. Ese dinero se lo quedará el Estado si nadie lo reclama y no tengo a nadie a quien ofrecérselo. No sé dónde está Svetlana. Si la salváis, si la encontráis, quiero que le des ese dinero a ella. Para nuestro bebé. Y si no, quédatelo tú, como pago por tus servicios. Apunta mi número de cuenta y mi clave para que te lo traspases todo.

—No voy a hacer eso.

—Hazlo, por favor, es mi última voluntad —me pide.

Vale. Mi abuela ya me ha hablado de esto... Pero es tan raro.

—Por favor, Ada. Quédate con el dinero.

No me puedo negar. Apunto los datos que me da en la libreta y la cierro de golpe.

Joaquín era un hombre con un punto atractivo. Nada que ver con Eric, obviamente, porque la verdad es que él es de los que pasan directamente a la élite. Pero Joaquín era un hombre interesante.

Él levita aún sin perder el contacto del todo con el suelo. Me levanto y voy tras él para ver qué va a hacer y hacia dónde va. Atraviesa la puerta de cristal que va al porche y al jardín y ahí, cerca de los rosales, su cuerpo se eleva unos dos metros como si lo abdujeran, con el pecho hacia adelante y las piernas y los brazos colgando, y en un punto luminoso, un foco brillante muy potente, acaba diluyéndose.

Me llevo las manos a mi boca abierta. Bicho está detrás mío, ladrando a esa manifestación lumínica que ya no está.

Me tengo que sentar porque las piernas me tiemblan. Voy al sofá y allí intento relajarme. Acabo de tener la primera cita concertada con un caminante al que he visto regresar a donde sea

que las almas regresan.

La información que tengo valdría oro para Eric. Pero mi mayor problema es que no sabría explicarle de dónde la he sacado y, si se lo digo, no se lo creería. Ese es mi mayor temor. Que él no me crea. Además, no me conoce tanto como para saber que nunca mentiría con cosas así. Porque no sabe nada de mi vida ni se ha interesado por ella.

Pensar eso me decepciona, porque yo sí le he preguntado muchas cosas sobre él. Pero bueno, eso ahora es lo de menos.

Tengo que encontrar la manera de darle esos datos de un modo que parezca casual. Joaquín me dijo que había una llave dentro de la lámpara de su despacho, que ahora ocupa Eric, y que esa llave abre un cajón metálico. Si Eric encuentra el móvil al que hacía mención el difunto, ahí él podría desbloquear la clave y continuar investigando para llegar al fondo de la cuestión.

Corro a coger la libreta y a poner todos los apuntes en orden. Y con más calma logro hacer una lluvia de preguntas y datos de la que me siento muy orgullosa:

A Joaquín lo mataron cuando quería fugarse con Svetlana.

La rusa está desaparecida.

Y ahora quieren inculparlo y meterlo en un tema de drogas con Los Verdes del que él ni pincha ni corta. ¿Por qué? ¿Es una maniobra de distracción? ¿Han matado a Svetlana? ¿Por qué hay informaciones contradictorias?

Joaquín no se fue antes porque no podía, su espíritu estaba atado de pies y manos a unas losas de piedra que no dejaban que saliera a la superficie. Quería justicia, y anhelaba una mano ejecutora. Como no podía llegar a Eric, acabó llegando a mí.

Yo no seré esa mano de la Ley, pero sí seré la mediadora.

Al día siguiente

Las contracturas del señor Ramón están duras como una pelota. Estoy trabajando abriéndole un poco los omóplatos para que salgan las que hay debajo de las paletas, y amaso con firmeza. Él no deja de quejarse y de hablar del hombre que lo llamó. Y me tiene negra, porque Eric no fue nada discreto.

—Y el hombre me dijo que si alguna vez me habías hecho algo en la ingle...

—Señor Ramón, eso ha sido un error. Haga usted el favor de relajarse.

El señor Ramón levanta la cabeza del hueco de la camilla y me mira por encima del hombro.

—Pero es que fue muy raro. Él quería saber si tú alguna vez me habías tocado el cambio de marchas.

Yo detengo mis manos y hago que mis dientes chirríen de la humillación. «Pero qué capullo que ha sido Eric...». Finjo normalidad, sonrío enseñándole todos los dientes y le empujo la cabeza de nuevo al hueco superior facial para que se calle. Como los avestruces cuando meten la cabeza en el suelo, pues casi igual.

—No le dé importancia y relájese.

—Pero yo pensé: pero si Ada es una moza de buen ver... ¿para qué iba a querer tocar la palanca de un hombre viejo como yo?

—Ah, muy bien, Señor Ramón —digo sin poder dejarlo pasar por alto—, en vez de decirle que soy una buena chica y que no haría nada de eso, va usted y le dice que, como soy guapa, no

necesito ir a por cambios de marchas de coches viejos.

Él se queda pensando en mi respuesta y se echa a reír.

—Ya me entiendes, Ada.

—No le entiendo, no. Llevo tratándole cuatro años. Debería haberle podido contestar otra cosa.

—Soy un hombre, querida —arguye haciéndose el inocente—, a veces no doy para más.

—Un hombre... un hombre... —le echo una mirada de reojo, pero le doy por imposible y sigo con el masaje—. Le perdono porque es usted, que si no...

Al final, él se ha callado y yo he acabado su masaje, el último de la mañana. Cierro la puerta de la consulta y me pongo a recogerlo todo.

No iba a enfadarme con él, más que nada porque mis dos anteriores clientes también me han venido con la misma perorata. Eric no se saltó ni un maldito teléfono de mi agenda. Ni uno, el demonio metomentodo. Desde luego, hace su trabajo a conciencia. Buen Inspector tendrá que ser.

Ya lo tengo casi todo listo para irme. Timbran a la puerta y voy a abrir.

Bea va despampanante como siempre. A su lado siempre me siento como Nancy al lado de la Barbie morena. No sé cómo se lo monta pero siempre está espectacular. Ella siempre arguye que es por los tacones. Yo le añadiría más cosas como el maquillaje, el pelo perfecto y en su sitio, sus tetazas y su look aguerrido y sexi.

—¿Sabes que tengo el local a tope? ¿Y que el centro de Girona está intransitable a estas horas? Me ha costado un mundo llegar.

—Pues como siempre.

Bea es la Manager de un local de tatuajes muy famoso del centro.

—Cómo se nota que hace mucho que no coges el coche.

—Me da igual lo que te haya costado. —Cierro la puerta del local con llave y la miro acusatoriamente—. Me lo debes por lo que pasó el sábado. Que me intentaste liar con Kevin Costner y tú te fuiste con Maluma, so penca.

Bea resopla.

—Ojalá Óscar hubiera tenido el mismo cerebro que Alfonso. Me parecía muchísimo más interesante tu madurito.

—El Karma te ha castigado —río sin que me dé ninguna pena—. No se puede tener al hombre perfecto. Porque nosotras somos imperfectas.

—Tranquila, hay muchísimos todavía por probar —sonríe como una loba—. Tú ni te acordarás de cómo se hace, pero yo procuro repasarlo todas las semanas.

—Ojalá tuviera tu despreocupación para catar pollas. Pero va a ser que no.

Bea deja ir una carcajada.

—Ese vocabulario no es propio de ti.

—Hoy he tenido un día muy duro, créeme.

—Bien —enlaza su brazo con el mío—. No hablemos de mí, entonces. ¿Qué tal fue el paseo por el bosque con Inspector Bombón?

—No fue un paseo. Y te vas a caer de culo cuando te diga lo que pasó y lo que necesito que me ayudes a hacer.

—Explícamelo todo, con pelos y señales —me ordena nada más verme—. Y dime adónde tenemos que ir y en qué te tengo que ayudar.

11. Epitafio: «Descansa en paz hasta que volvamos a vernos»

Fdo. Tu suegra

*Comisaría de Girona
Calle Sant Agustí*

—**R**epasemos —me dice Bea desde el interior de su Micra negro—. Esto es lo que vas a hacer.

Antes de este momento nos hemos ido a comer juntas al centro. A un restaurante Fresco. Bea Se ha quedado ojiplática cuando le he explicado todo lo que me ha pasado. Ella me escucha, pero en cuestión de muertos no me puede dar consejos. Sin embargo, en cuestión de hombres... no, tampoco. Aunque la atiendo igual.

—Sabes que no tengo ni idea de espíritus ni de lo que quieren, que eso solo lo sabes tú. Y me alegre no saber nada porque me da un miedo que te cagas.

—Sí, lo sé —contesto tomándome el café con leche no muy bueno que tienen en los dispensadores en la barra libre—. Esto está asqueroso, vayamos a tomárnoslo a una cafetería.

—No, que aquí hay flanes, pasteles, bizcocho y helado gratis y en las cafeterías no.

Bea es de las que se coge un poco de todo. Y ahora está con el dulce.

—No son gratis —incido—. Las estás pagando.

—Da igual —dice arramblando con el pastel de dos chocolates—. Eric parece un tío muy serio. Con una vida muy disciplinada y responsable. Pero, ¿de verdad que no te miró ni una vez en plan «voy a comerte»?

—Mira, si me miró o no, te juro que no lo sé porque tenía un fantasma cerca y me di de bruces con un cadáver. Como comprenderás, ni pretendo seducir en momentos así ni creo que él se fije en nada que no sea el terreno y las pruebas. Está muy metido en el caso. —Le doy vueltas al café con la cucharilla, a ver si así, por un casual, está más rico—. Sé que hay cosas que no me ha contado —asumo. Claro que las hay—, pero es hermético en todo.

—Joder, es un tío misterioso... —dice soñadora—, a mí es que estos individuos así me ponen un montón. Que sean malotes y que se lo hagan y tengan aire de empotrador. Porque yo creo que con ese cuerpo este tiene que echar unos polvos que te hace andar como los vaqueros durante una semana. Además, seguro que es de esos que no te dicen cosas bonitas al oído, al contrario. Que te dicen salvajadas para que...

—Para, Bea —le digo riéndome—. A ti te pone todo lo que sea medianamente guapo y tenga rabo. Eres superficial. Asúmelo.

—Solo en cuestión de hombres. En cuestión de amigas elijo siempre las mejores. Para muestra un botón.

—Ídem —contesto.

—Bien, sigamos con el plan. Esto es lo que vas a hacer. Vas a pasarte por la comisaría, vas a preguntar por él y le vas a decir a Eric que venías a verle porque no has podido dormir después

de ver el cadáver.

—Y no es una mentira.

—Y también le dirás que querías saber cómo estaba, dado que el muerto era su colega Inspector, ¿no?

—Así es.

—Pues es eso, perla. Son cosas naturales, no tiene que sospechar nada extraño. Solo estás preocupada y ya está. Entonces, cuando te lleve a su despacho y ubiques la lámpara, tienes que tirarla al suelo como sea. —Me señala con el índice y su uña roja perfectamente pintada—. Debes ponerle sobre las pistas que te ha dado el fantasma. Dijo que ahí había una llave, ¿no?

—Sí.

—Eric no será tonto. Sabrá qué es lo que abre —Bea sonríe y me mira con aire de colusión—. En cuanto te vea y sigas mi plan, va a convulsionar.

—Ya estamos —pongo los ojos en blanco—. ¿Por qué dices eso?

—Es que eres muy guapa, Ada. Tienes el aire ese de chica pizpireta y divertida que cuando quiere es una bruja. Ya sabes —cuadra los hombros—, de: «se mira pero no se toca». Como el típico caramelo que todos quieren desenvolver.

—No digas tonterías.

—No las digo. Y encima llevas esa ropa que a otras les haría parecer una niña pero a ti te queda como una provocación.

—¡Oye! —me miro el vestido de algodón azul marino. Es corto, sí. Se me ven bien los muslos. En mi fuero interno sé que me lo he puesto para sentirme más femenina ante él y porque creo que tengo unas piernas bonitas. Me he puesto mis sandalias de tiras hasta los tobillos y me he maquillado solo un pelín, como siempre. Llevo el pelo suelto y una cazadora vaquera muy fina tejana por encima—. Deja de meterte con mi manera de vestir.

—No me meto, te envidio —contesta. Sus ojos azules sonríen—. Yo así vestida, con la cien de pecho que tengo, parecería Barbie con la ropa de Pin y Pon. Un esperpento cómico.

Las dos acabamos riéndonos.

Sé lo que tengo que hacer y el plan está claro, pero saberlo no quiere decir que vaya a seguirlo al pie de la letra ni que no tenga nervios.

Lo siento, pero si quiero mediar con los caminantes, y quiero merecerme su dinero, tengo que hacerlo bien. No pienso tocar ni un euro del que me ofreció Joaquín antes de cruzar al Más Allá hasta que todo este asunto esté resuelto.

Solo había estado en el interior de una Comisaría para renovarme el DNI. Solo para eso. Nunca para visitar a nadie, porque nunca tuve amigos policías ni mossos, así que todo me parece nuevo y me da respeto. Todos los hombres y mujeres uniformados siempre dan respeto, porque parece que te miren y valoren lo buen ciudadano que eres. Como si supieran si eres bueno o no o si tiras las botellas de cristal en el contenedor correspondiente.

La entrada del edificio de la comisaría está resguardada por unas rejas azules. Dos hombres montan guardia en la puerta.

Cuando me ven llegar, me miran de arriba abajo. Bea ha aparcado cerca y no sé si está viendo el espectáculo, pero tiene que estar muerta de risa.

Les pregunto por el Inspector Ezequiel y me dejan pasar. Uno de ellos sé que me mira el culo, y el otro las piernas, pero al menos me han indicado dónde está su despacho, aunque han

dicho que entre dentro y que vaya a información para que lo avisen.

Además de eso, la gran mayoría de los polis son atractivos. Ya digo, no sé si es el uniforme o qué es, pero todos son altos, y bien parecidos. Ninguno como Eric, obvio, pero entiendo que llamen tanto la atención.

Subo la rampa y me meto dentro del edificio. No es que haya mucho movimiento, pero me dirijo hacia una mesa donde hay un funcionario y le pido si puede llamar al Inspector. Pregunta de parte de quién y, cuando le respondo, llama inmediatamente.

Todos van de un lado al otro, me miran con curiosidad y después siguen a lo suyo.

—Ada.

Cuando me doy la vuelta, es Eric quien me recibe.

Tiene que afectarme a nivel celular o algo, porque siempre que lo veo es como que mi sangre se activase y se pusiera eufórica.

Lleva una camiseta blanca de manga corta que resalta el moreno de su piel. Unos pantalones color crema tipo chinos y unos zapatos Martinelli. Está impresionante. Su placa colgada de su cuello, con una cadenita, refulge con el reflejo de las luces. Muchos allí la llevan así.

—Hola. Venía a verte y a...

—Ven, vamos a mi despacho —sugiere indicándome el camino de las escaleras.

Yo le sigo y una vez estamos en la planta de arriba, allí hay una sala más grande y después unos cuartos distribuidos por un pasillo. Algunos con las puertas abiertas y otros cerradas.

Eric me abre la segunda puerta a la derecha y entramos los dos en su dependencia personal. Es pulcro, ordenado, y una amplia ventana da a la calle, al exterior. Por ahí le entra toda la luz, y a pesar de eso tiene la lámpara blanca de mesa encendida. Mis ojos ya no pueden ver nada más. Joaquín dejó la llave escondida ahí.

Miro la cajonera metálica que hay debajo de la mesa. El último cajón está cerrado con llave. Ese es el que hay que abrir.

—¿A qué has venido? ¿Has recordado algo que me pueda servir?

Me doy la vuelta y lo cazo mirándome de arriba abajo. Esos ojos negros parecen divertidos e interesados, como si no se esperase la visita, ni tampoco le disgustara.

Yo me aclaro la garganta.

—No. Pero esperaba que tú me contaras algo más sobre lo que habéis averiguado de Joaquín.

—En realidad eso no te incumbe, ¿lo sabes?

—Sí, sí —contesto—, no me incumbirá, pero tengo que decirte algo: estoy muy enfadada por la idea de mí que has metido en mis pacientes. Ahora todos fantasean con que haga esas cosas que hacía Svetlana.

Eric posa dos dedos sobre mis labios y yo me quedo impactada. Él me reprende.

—Baja la voz aquí.

—No voy a bajar la voz —retiro sus dedos—. No me gusta que cotilleen y que piensen así de mí. Esto es culpa tuya y de tus imprudentes preguntas.

—No pasa nada porque tus clientes fantaseen contigo. Seguramente, ya lo harían mucho antes de que yo les dijese nada. —Eso me deja fuera de juego. Eso, y ese modo que tiene de repasarme y asegurarse de que tengo piernas, brazos y torso—. ¿Has venido solo para echarme la bronca?

—No.

—Entonces, ¿traes más información?

—No, tampoco.

—¿Y piensas decirme algo más o tengo que jugar a adivinarlo? No tengo todo el día.

—¿Tú siempre eres así de amable? —apoyo mis manos en mis caderas.

—Soy amable cuando tengo que serlo.

—Mira, he venido aquí porque no he dormido muy bien. He estado pensando en ti.

—¿Has soñado conmigo? —sus espesas cejas negras se unen a sus ojos de un modo que su mirada se convierte en un arma arrojadiza o en una herramienta de sugestión.

—¿De qué estás hablando? Sé que Joaquín era tu amigo, solo quería pasarme para ver cómo estabas o si necesitabas algo. —Qué mal se me da esto. No tengo tanta cara como Bea y se me tiene que notar desde mi casa que soy una pardilla.

Eso no se lo espera. No está en su guión perfectamente estructurado.

—Estoy bien, gracias. No es el primer homicidio que trato. Ni tampoco el primero de un amigo.

Me siento incómoda, porque hace mención a la madre de Ariel y me sabe fatal.

—Bueno, me alegra saber que estás bien —añado con algo de timidez—. Además, no he podido dejar de pensar en algo.

—¿En qué? —Eric se cruza de brazos y medio sonríe al mirarme.

—Se suponía que Joaquín iba a Asturias a solucionar unos problemas personales, ¿no? Por eso se tomó la excedencia, ¿no? ¿Por qué estaba ahí entonces?

—No se llegó a ir. Se quedó en Girona —me explica echándome miradas que me ponen nerviosa—. Tienes unos pies muy pequeños, ¿lo sabías?

Yo miro hacia abajo y oteo mis dedos. Mis uñas están pintadas de azul oscuro, como las de mis manos.

—Bueno, mis pies van acorde a mi altura. No mido como tú —alzo la cabeza—. ¿Qué mides? ¿Dos metros?

—Te pasas por cinco centímetros.

—Y tienes un cincuenta de pie, claro.

Él deja ir una carcajada que inmediatamente corta, como si no quisiera dejarse ir ahí.

—Tengo un cuarenta y cinco.

—Un buen pinrel.

Él asiente y rodea la mesa para ir simplemente hacia el otro lado. Creo que quiere marcar distancias entre nosotros. Su escritorio está ordenado, frente a él hay una taza que huele a café largo; sus hojas y sus informes reposan bien alineados y en orden, justo al lado de un lapicero con fluorescentes, lápices y punta finas, y una pantalla de ordenador muy grande de la marca Bell. Toda esa estancia huele a su colonia. Y me mata de gusto.

—¿Habéis averiguado por qué el cuerpo del Inspector estaba ahí?

—No debería hablarte de estas cosas —asevera—. Es información confidencial —apoya las manos en la mesa y se le marcan todos los gloriosos músculos de sus brazos bronceados.

—¿Sigues con esas? Te presté a mi perro y te di información sobre el lugar que había mencionado Svetlana en sus conversaciones telefónicas —le recuerdo haciéndome la interesante—. Soy una parte activa de la investigación.

Eric mira la puerta que está entreabierta dos dedos. Creo que no la ha cerrado del todo para no estar completamente a solas conmigo. Y yo lo prefiero, porque la que no quiere estar encerrada con él en un lugar tan pequeño soy yo.

—No eres parte activa de nada —aclara, aunque acaba cediendo—. Pero lo que me dijiste y el trabajo de Bicho ayudó a avanzar. Estamos intentando relacionar a Joaquín con los Verdes. Asensio, el Jefe del grupo de Drogas, está convencido de que Joaquín colaboraba con ellos: que era un corrupto.

—Qué evidente, ¿no? —sugiero—. Claro, como lo encontrasteis rodeado de drogas y con un mensaje en el interior de la boca supongo que no tendríais que investigar nada más. Parece muy obvio.

Mi elucubración le llama la atención. Resopla y se sienta en la silla lentamente.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco me lo creo —admite finalmente—. Pero tengo tan poco con lo que tirar...

—Además, qué casualidad que el lugar que mencionaba Svetlana es donde halláis el cuerpo de Joaquín que, justamente, llevaba el grupo de Trata que llevas ahora tú.

—Ahí también he llegado yo, listilla.

—Menos mal —finjo celebrarlo.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Quieres colaborar con la policía? ¿Quieres ser como Castle?

—No. Castle era escritor. Yo no. Solo soy terapeuta y tú y tu grupo me habéis metido en todo este embrollo. Ahora me puede la curiosidad. —Me acerco a la lámpara. La caperuza de la lámpara es de cristal opaco blanco. Si la tiro al suelo seguramente saldría la llave que mencionó Joaquín—. Y estoy traumatizada por el cuerpo en descomposición que vi. Creo que voy a reclamar una compensación por secuelas emocionales.

Él no se cree nada de lo que digo. Es un lince, un hombre inteligente que duda siempre antes de dar por hecho algo.

—¿A qué has venido de verdad? —me pregunta apoyando los codos en la mesa—. ¿Quieres decirme algo más?

Me pondría muy nerviosa si mi objetivo no fuera todo lo claro que es.

—¿Yo? —contesto de manera distraída—. No. Solo pasaba por aquí y venía a saludarte y a interesarme por ti y la investigación, ya te lo he dicho. —Me acerco al escritorio y apoyo mi nalga derecha encima de la mesa, hasta casi sentarme. El vestido se me sube hasta un poco más de la mitad del muslo.

Y me encanta su reacción. Es un controlador nato. De esos hombres que lo tienen todo en su sitio, que no se les escapa el más nimio detalle de nada. Me observa lentamente y después desliza sus ojos negros desde mi muslo desnudo hasta mi trasero, que reposa en su mesa.

—¿Sabías que las sillas están para algo?

Con la punta del pie empuja la silla que hay debajo de la mesa. Yo me hago la inocente y sonrío estúpidamente. Como una cabra, vamos. Tiene que pensar que no me hice bien y que me falta cocción.

Él está nervioso.

Yo también, pero mi siguiente movimiento va a hacer que los ojos se le vuelquen hacia arriba por completo.

Alargo el brazo y tomo su taza de café de cerámica. Tiene una foto hermosísima de Ariel y debajo hay escrito con letras rosadas: «Papi, vuelve a casa siempre».

Me enternezco con solo leerlo. Él mira su taza, porque es suya y creo que no le gusta que merodeen en sus cosas, y entonces me dice:

—Como seas de esas mujeres torpes con manos de mantequilla que tiran todo al suelo y rompas mi taza, te prometo que pasas la noche en el calabozo.

Sus ojos se oscurecen tanto y brillan con una malicia tan supina que un escalofrío recorre mi cuerpo. Yo dejo la taza lentamente sobre la mesa.

—Sí, ya.

—No bromeo.

—Tienes que ser un padre increíblemente protector.

—Lo soy. Esa niña es mi vida. Y esa taza es mi favorita.

Me muero. Es inevitable. Las mujeres nos sentimos atraídas por hombres buenorros y con un gran sentido de la paternidad. Eric lo tiene y ni siquiera le hace falta fingirlo. Lo exuda por todos sus poros.

Un nuevo estremecimiento recorre mi espina dorsal, y de repente hago lo que quería hacer, pero sin hacerlo a propósito. Cuando me bajo de la mesa, golpeo la lámpara con el codo, tal y como tenía planeado pero esta vez de manera totalmente involuntaria y mucho más natural, y esta cae al suelo sin demasiado estrépito pero de manera fatídica, porque el bombín de cristal impacta contra el suelo y explota en un montón de pedazos.

Me asusta igualmente y abro los ojos de par en par.

—¡Por Dios! —digo mirándolo con arrepentimiento—. Lo siento, Eric. Lo siento, lo siento... de verdad —me agacho precipitadamente para intentar recoger los trozos, pero al instante él está a mi lado, acuclillado, mirándome con ojos divertidos. Yo le devuelvo la mirada y me muerdo el labio inferior—. He sido muy torpe.

—Deja eso o te vas a cortar —me recomienda aguantándose la risa—. Déjalo, no pasa nada.

—¿Por qué te divierte?

—Porque desde que te he visto dentro de mi despacho, como el polvorín de nervios que eres —me explica hablándome con tiento— sabía que algo malo ibas a hacer.

—¡No lo he hecho a propósito! —lo peor es que es verdad.

Él se ríe y asiente.

—No hace falta que lo jures. Pero prefiero que haya sido la lámpara a la taza de mi bollito. La llegas a romper y te pongo las esposas rápido.

—No lo dices en serio —mis ojos lo estudian de soslayo.

—No lo quieras comprobar —sigue riéndose y ayudándome a recoger los cristales.

—¿Y por qué sigues teniendo esa cara? —le pregunto—. No tiene gracia. Te he roto la lámpara.

Él no le da importancia.

—Tengo esta cara porque es la que tengo. Además, es divertido ver cómo te comportas a veces...

—Ah —abro la boca sin sentirme demasiado alargada—. Me alegra ser un bufón.

—No. No es eso lo que quiero decir —corrige rápidamente. Sacude la cabeza contrariado— ... Y tú tienes aspecto de todo menos de bufón —añade con voz ronca. Rápidamente cambia la compostura y vuelve a retomar el control, y yo no sé muy bien cómo reaccionar a esas palabras.

—Te compraré otra lámpara —le digo. Acabo de ver la llave. ¡Está ahí! ¡Debajo de uno de los cristales, pegada con celo!

—No me vas a comprar nada, no seas tonta. La lámpara era horrible. Este era el despacho que ocupaba Joaquín. O sea que la lámpara era de él, y me has dado la excusa perfecta para cambiarla. Y... —por fin. Sus ojos están fijos en esa pieza destruida que sostiene una llave diminuta metálica de color plateado. Estira la mano, toma la llave y la despega de la superficie a la que había sido unida. Alza la llave y la coloca a la altura de su mirada. La claridad que entra por la ventana la hace resplandecer.

—¿Y esa llave? —le pregunto como si la cosa no fuera conmigo.

—Joder... —murmura—. No tengo ni idea. No sé... —se queda a medias. Creo que acaba de advertir de dónde puede ser.

Mientras yo recojo los cristales que hacen faltan y busco una escoba que ahí, obviamente, no hay, Eric se incorpora y vuelve a ubicarse detrás del escritorio. Juega con la llave entre los dedos.

Mira la cajonera de vez en cuando y achica su mirada analíticamente.

—Creo que ya está —murmuro limpiándome las manos con una toallita húmeda del bolso—. Alguien debería barrer esto.

—Olvida eso —me dice—. Por favor, cierra la puerta bien —me pide.

Yo me aseguro de que la puerta está bien cerrada, la encajo hasta que oigo el click, y acto seguido me acerco de nuevo al escritorio.

—¿Eric? ¿Qué pasa?

Eric se inclina por debajo de la mesa e introduce la llave en el último cajón de la cajonera metálica.

—No me lo puedo creer... —musita. La expresión que pone cuando ve que la llave abre el cajón, no tiene precio. Pero lo que hay en el interior no le gusta—. He buscado esta llave desde que estoy aquí. No entendía por qué estaba cerrado. Pero ahora que la abro veo que no hay nada... —cavila extrañado con su descubrimiento—. Y no tiene sentido. ¿Por qué Joaquín iba a guardar una llave en una lámpara si no es para ocultar lo que esa llave abre?

—Algo habrá en ese cajón... seguro. ¿Has mirado bien? —Quiero que meta bien la mano porque sé que en ese cajón está el Mi al que hizo referencia Joaquín—. No tiene sentido que no haya nada. Igual ha guardado Donuts de Oreo —me encojo de hombros.

El Inspector fija su atención en mi rostro y no sé en qué está pensando. En nada bueno, lo más probable. Pensará que solo digo paridas y cosas sin sentido. Lo que no sabe es que estoy mordiéndome la lengua para no decirle todo lo que sé.

Eric se vuelve a concentrar en el cajón.

Se arrodilla en el suelo, tira del asa del cajón por completo y después introduce la mano hasta el final. Hasta que su rostro refleja alivio y sorpresa. Sí, ha encontrado algo. ¡Bingo!

—Aquí está. —Hala fuertemente de algo como si estuviese pegado en la parte frontal interior del compartimento. Y cuando saca la mano se lleva con él el móvil de Joaquín.

Un Mi 9 negro. El mismo celular desde el que estaba en contacto con Svetlana al margen del teléfono oficial de la policía que nunca usó para hablar con ella.

Exhalo aliviada. Con eso, Eric podría llegar al fondo de todo el asunto y yo ya podría desentenderme. O, al menos, eso espero.

—Increíble —susurra. Por supuesto el teléfono está sin batería. Se levanta con él en su manaza y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón sin dejar de mirarme—. Ada, ¿quieres ayudarme con algo?

Mi corazón da un pequeño saltito jubiloso.

—¿Con qué?

—Te invito a un café y te lo cuento.

Su taza sigue sobre la mesa y parece que él ya no quiere estar ahí.

—Bien. Sí. Te acompaño.

12. Epitafio: «Aquí yace mi mujer. Fría como siempre».

Salimos de la comisaría bajo el atento escrutinio de todas las compañeras uniformadas de Eric. Es como estar con un supermodelo. O peor aún, con un diamante que va cegando a todos los que posan los ojos sobre él. Y todas lo quieren o quieren que se lo regalen.

—Vaya... eres muy popular —señalo sin ánimo de ofender—. Si fueses una goma de borrar ya estarías gastada.

—No me miran a mí. Te miran a ti.

—Sí, ya —se me escapa una risa absurda e incrédula.

Un señor de la edad más o menos de Alfonso pero sin ser tan agraciado, nos detiene antes de que alcancemos la puerta. Tiene un rostro regordete y bigote espeso, pelo canoso muy bien cortado y una mirada de ojos azules muy tierna. Rezuma autoridad.

—Comisario Lorenzo —lo saluda Eric con respeto—. A sus órdenes.

—Inspector —me sonrío afablemente—. Señorita, buenas tardes —vuelve a mirar a Eric—. ¿Va a salir ahora?

—Sí, iba a salir un momento con...

—Soy el Comisario Lorenzo Muñoz —se presenta él con una educación exquisita—. A su servicio, señorita.

—Ada. Sin hache.

—Un hermoso nombre.

—Sí, muy de los bosques... —sugiero un poco nerviosa.

Sé que Eric agacha la cabeza para no reírse de mí y de mis ocurrencias propias de alguien que ha absorbido globos de helio.

—¿Me necesita ahora? —pregunta Eric—. Iba a hacer una pequeña gestión.

—No, vaya tranquilo, Ezequiel. Solo quería hablar con usted sobre lo sucedido en la Moixina y que me informe junto al Inspector Jiménez de todo lo que han recopilado al respecto. Estaré aquí esta tarde. Tal vez después pueda venir de nuevo.

—Sí, señor. Estaré aquí inmediatamente.

—Muy bien.

—Señor —Eric agacha la cabeza en señal de respeto y salimos los dos juntos de la comisaría.

Cuando estamos a una distancia prudencial de su lugar de trabajo y siguiendo el paso rápido que él tiene, decido hacerle la pregunta que me está rondando por la cabeza:

—¿Es que no le vas a decir al comisario que has encontrado un teléfono en los cajones de Joaquín? —digo sin comprender nada.

—No. Por ahora quiero que la investigación sea totalmente mía. He visto lo que se ha hecho aquí hasta la fecha, y al comprobar que hay tantos clavos sueltos, prefiero ir ahora a mi paso y clavarlos bien uno a uno. Lo quiero todo bajo control.

Bufo levemente cuando noto que me toma suavemente del brazo para cruzar el semáforo en rojo.

—Eso es evidente.

—¿A qué te refieres? —quiere saber.

—A nada. ¿Es que desconfías de alguien de la comisaría? ¿Crees que hay chivatos y que alguien no ha hecho bien su trabajo?

—Siempre hay alguien que consciente o inconscientemente no hace bien su trabajo. Por eso estoy yo aquí. Para localizar todas las omisiones y detectar los cruces.

—Nada. Como si me hablaras en chino.

—Vengo a encauzar la investigación. Ya te lo dije, estoy aquí de comisión.

—¿Para que las cosas se hagan como se tienen que hacer? —miro su perfil y me recuerda a un gladiador antiguo, porque en cierto modo es aguerrido. Pero luego lo veo de frente y es demasiado bello para matar leones. Es una mezcla explosiva.

Él relaja su expresión y me sonrío.

—¿Te estás burlando de mí, Ada de los bosques?

—Dios... sabía que me lo ibas a decir.

—No pasa nada. Le has gustado y le has caído bien.

—¿Y tú qué sabes?

—El comisario es un hombre muy respetado pero es muy franco. Se nota inmediatamente cuando alguien no le entra bien por los ojos. Tú le has entrado muy bien —me dice esto último inclinándose un poco sobre mi oído.

—Bueno... ya exageras.

¿Sabéis cuando estás con una persona que aunque sabes que no es buena para ti y tienes muchas señales de peligro a tu alrededor, tú solo tienes unas ganas irrefrenables de tocarla? Pues eso me pasa con Eric. Tengo la sensación de que mis manos están imantadas y de que su cuerpo y su cara solo necesitan que pase mis dedos por ellos para cargarnos de electrones negativos y positivos. Es ridículo.

—¿Adónde me llevas?

—Vamos a la cafetería donde suelo ir a tomar el café. Pero mientras te lo pido, necesito que vayas al badulaque que hay al lado y que compres un cable cargador para el Mi 9.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? ¿Es que no tenéis una caja llena de cargadores de todo tipo para desbloquear móviles confiscados en tu trabajo?

Él plisa el ceño pero su ademán es burlesco.

—Tú ves muchas series, ¿no?

—Sí. Pero sé que la tenéis —contesto un poco envanecida, pero no lo suficiente como para ser arrogante—. ¿A que sí?

—Sí. Es cierto.

—¡Lo sabía! —celebro alzando el puño.

—Pero en nuestro grupo hay que dejar un registro de quién coge esos cargadores y para qué. La gente se los suele llevar a casa para sus propios teléfonos y nunca los devuelven, por eso ahora hay una pequeña lista de supervisión. Casi todos los móviles que se pueden confiscar están registrados en nuestra base. Y a mí no me interesa que nadie sepa que he cogido un cargador Mi 9, porque no quiero decir que he encontrado algo que Joaquín tenía escondido. Y necesito que entres tú a comprar el cargador porque todas las tiendas de electrónica y todos los pakis de aquí nos conocen. No sé cómo pero la información llega a todas partes, y no le concierne a nadie en este momento lo que estoy hallando por mí mismo, con la inestimable ayuda de mi Ada de los

bosques —bromea haciendo guasa.

Fijo mi mirada en la suya. Me tiene tonta. Pero respondo a su comentario.

—No sé si me acaba de gustar el hecho de que tengas sentido del humor. Escaso, pero lo tienes.

Eric acomba los labios de un modo arrebatador y sus ojos azabachados me dejan sin respiración, hasta que llegamos a la cafetería, un Francesco.

Siempre me han gustado los cafés Francesco. Pero hacía mucho que no entraba en uno. Mi hermana y yo solíamos tomar café en uno cerca de casa, en Barcelona.

—¿Está todo bien? —me pregunta muy observador.

—Sí, sí —contesto rápidamente—. ¿Dónde compro el cargador?

Eric me señala la puerta del local de al lado. Una tienda pequeña de electrónica.

—Toma. —Me da diez euros.

—Vale.

—Oye.

—¿Qué? —digo antes de entrar.

—¿Cómo te gusta el café?

—Café solo con leche condensada.

Él asiente y se mete dentro de la cafetería, y yo hago lo propio en la tienda.

Cuando entro, el chico de la recepción echa los hombros hacia atrás y se pone muy recto. Es un local pequeño repleto de lejas de cristal a reventar de todo tipo de accesorios y dispositivos.

—Un cargador para un Mi 9 —pido.

Oye. Oye...

Mierda. Esa es la voz de un caminante. Certifico que está ahí cuando miro a través del espejo que hay detrás del mostrador y miro a los ojos de una señora con un aro dorado colgando de la nariz y un pañuelo fucsia cubriéndole la cabeza de abundante pelo negro. Se coloca justo a mi lado, con los ojos muy abiertos sin perderse ni un solo detalle de mi rostro.

¿Tú verme? ¿Puedes? ¿Tú ser soltera? De buen ver tú.

Obviamente, no le hago caso. No puedo hacerle caso.

Pero yo creo que tú verme... Soy la ama de Hassín —señala al chico del mostrador—. Él necesitar una esposa buena. ¿Tú serlo? Eres muy bonita. Te falta color pero ser bonita.

Se desmaterializa y en tres segundos vuelve a aparecer a mi lado.

El chico saca un cargador de uno de los ganchos y me lo deja sobre la mesa.

—Son *dies* euros.

—¿Justos?

—Sí.

La señora se mueve hacia mi lado izquierdo.

Y si me ves, ya conoses tu suegra y poder casarte con hijo mío. Todo bien. Oye oye... Él tener treinta. ¿Tú cuántos? Él no puede quedar solo. Necesitar una buena mujer para criar sus hijos y cocinar Kofta Curry, ¿sí? ¿Tú saber cocinar? Aprenderás.

Carraspeo ligeramente y espero paciente a que el chico, que parece que va en slow motion meta el cargador en la bolsa.

—No hace falta. Ya me lo llevo así —sonríó nerviosa.

Él asiente y parece que me esté regalando el mundo al ponerme lo que he comprado en la bolsita blanca de plástico del Mercadona.

—Para ti bolsa gratis.

—Qué detalle —digo entre dientes—. Hacendado —compruebo con sorpresa—.

Maravilloso.

Hassin, dile a chica que tú matrimonio. Este hijo mío —ruega al cielo— solo duerme. No le des bolsa de plástico, ïnah sakhif... Llena su estómago, Hassin. Él ser bueno —me asegura— solo un poco tonto.

—Gracias —tomo la bolsa y espero el tíquet. Se lo voy a dar a Eric para que no vea que me quedo su dinero. Que es algo que suelo hacer.

Oye oye... por favor —me suplica—. Dile a mi hijo que busque una buena mujer. Que se case. Que vuelva a Pakistán con su familia. Aquí está solo. Dile dile...

Salgo de la tienda con el tíquet y la cabeza como un bombo. Le envío un mensaje a Bea y le digo lo que estoy haciendo y que voy a tomarme un café con Eric.

Ella solo me contesta con el icono de la berenjena y con las gotas de agua.

Cuando entro en la cafetería, el aroma me lleva a esos recuerdos que guardo con amor y cariño pero que para llegar a ellos abren heridas y duelen sin querer.

Joder, echo de menos a mi hermana y a mis padres. Los echaré de menos siempre. Pensar que tengo que ver y tratar con otros caminantes pero a ellos no les pude ver no me sienta bien y hace que me frustre. Pero así fue. Y de nada sirve ahora lamentarlo.

Eric me espera en una mesita redonda de mármol blanco, sentado, pensativo e inquieto. Tiene que estar dándole vueltas a la cabeza a tantas cosas... está preocupado y sabe que va detrás de algo que puede ponerle en apuros.

Me siento frente a él y le doy la bolsa. Pero él no la quiere.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Yo? ¿Otro? Te estás pasando, amigo.

—Lo sé. Te compensaré. Quiero que te lleves el móvil y el cargador y que lo pongas a cargar inmediatamente en tu casa.

—¿Cómo? No tiene ningún sentido.

—Sí lo tiene. Te aseguro que el teléfono me arde en el culo. No estoy seguro de querer llevármelo o de meterlo de nuevo en la comisaría. Ahora mismo no me fío de nadie. Si te lo llevas tú y lo cargas, yo cuando salga de la reunión con el Comisario y el Inspector de Drogas lo pasaré a buscar. Llamaré a mis contactos en Alicante para que lo hackeen y revienten la contraseña. Pero no puedo dárselo a nadie de aquí. Si Joaquín ocultó esto, es por alguna razón. No quiero perder tiempo y no tengo a nadie mejor a quien poder dárselo ahora mismo.

Y hace bien. Con todo lo que me dijo Joaquín, como para fiarse.

—Entonces, ¿esto significa que te fías de mí al cien por cien?

—Hace rato que me fío de ti, Ada —contesta con mucha tranquilidad—. ¿Lo harás?

A mí no me cuesta nada hacerlo.

Asiento firmemente y él respira más tranquilo.

—Todo esto me está poniendo de los nervios —murmura apoyando su pedazo de espalda en el respaldo de la silla de madera—. Es demasiada tensión.

—Tal vez necesites un buen masaje para descontracturar.

Él deja los brazos muertos y clava su mirada de discernimiento en mí.

—Tal vez.

La chica de la cafetería acerca nuestras tazas de café. Sonríe al ver mi biberón. Me encanta. Es como un chute de veneno y azúcar malísimo que me parece delicioso.

—Te gustan las cosas muy dulces —señala llevándose su café solo a esos labios perfectos y gruesos.

—Sí. Me gustan —afirmo dándole vueltas al café para que se mezcle bien lo blanco con lo negro.

Él parpadea varias veces, sin dejar de mirarme hasta que dice:

—Siento mucho haberte puesto en aprietos a niveles laborales y personales, Ada. No me gustaría que tuvieras problemas con tus clientes por mi culpa.

Yo agradezco su disculpa. Al menos, sabe pedir perdón. Otro punto más.

—No pasa nada. Son hombres que por ahora puedo controlar.

—Si alguno te molesta, me lo puedes decir. Yo le dejaré las cosas claras.

—¿Ah, sí? ¿Y qué les dirás?

—Que hay diferencia entre sanar a las personas o darles un final feliz.

Eso me hace reír y mi risa provoca que él sonría abiertamente y la comisura de los ojos se le llenen de arruguitas. Creo que empiezo a estar en aprietos.

—No necesito que nadie dé la cara por mí. Me las apaño bien sola. Pero gracias —alzo la taza y le guiño un ojo.

—No me creo que no tengas a ningún tío pesado detrás.

Para mí, Adrián, el entrenador personal que se obsesionó conmigo no es un tío digno de mencionar. Está controlado y es inofensivo.

—El único macho pesado en mi vida es un San Bernardo de cinco años. Todos los demás son solo señores que necesitan que alguien les ayude y niños con problemas de movilidad.

—¿Y el hombre con el que te vi el sábado? —dice cambiando la expresión.

—Es solo un amigo. Ya te lo dije. Mi amiga Bea es un desastre preparando citas a ciegas. Lo conocí esa noche y ya está. Pero me cayó muy bien.

—¿Lo seguirás viendo?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Como amigo, seguro. ¿Por qué te interesa? ¿Tienes tú alguna pesada que te ronde?

Debe de tener un montón. Y pensar en ello me desagrada, pero soy realista.

—Relaciones esporádicas. Pero nadie puede competir con Ariel. Mi niña se lleva todo mi corazón.

Me deshago ahí mismo y me muero. Aunque, a mí no me engaña.

Eric es un destructor. De esos hombres que conoces unos días, son bestias en la cama, y te dejan destrozada y marcada para toda la vida. No quiere vínculos ni lazos. Está de paso. Pero también veo algo más allá de sus ojos sexis y duros. Un hombre capaz de amar con todo el corazón a una niña, cuidarla y hacerse responsable de ella, es un hombre que merece la pena y que es capaz de amar a una mujer.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.

—Treinta y tres.

—¿Y has tenido alguna historia de amor que aprecies?

—Todos tenemos una, ¿no? —explica estirando los músculos del cuello a un lado y al otro

—. Oye, ¿has venido en tu coche?

—No. La verdad es que me ha acercado una amiga.

—La pin-up.

Yo sonrío.

—Sí, esa misma.

—¿Y te está esperando?

—Exacto. Me lo debe por la jugarreta del sábado con la cita a ciegas.

—Vaya —Eric se echa a reír y vuelve a beber de su café. Acto seguido mira su reloj—. Eres vengativa.

—A veces.

Los dos tenemos la atención fija el uno en el otro, y mostramos una sonrisilla estúpida en los labios que avanza problemas muy serios. Al menos, la de Eric es un problemón para mí.

Él se aclara la voz y dice finalmente:

—Voy a tener que irme, Ada. El Comisario seguro que me está esperando.

—Sí, lo entiendo. Ve.

—A la noche pasaré por tu casa a recoger el teléfono. Solo cárgalo, ¿de acuerdo? Te lo agradezco mucho —añade sincero.

—No es nada.

—Sí lo es —responde.

Él se queda de pie y yo me mantengo sentada, con la espalda erguida y el biberón en la mano. Me echa un último vistazo y dice algo para sí mismo que no entiendo. Paga los cafés, me mira una última vez, y se despide de mí levantando la mano.

No quiero líos. Quiero estar tranquila.

Pero me he metido en uno muy gordo.

Y Bea me lo recuerda cinco minutos después cuando entra en la cafetería preocupada por mí y por mi expresión.

—No me puedo creer que hayas entrado a un Francesco cinco años después y que lo hayas hecho sin mí.

—Ni yo —suspiro mirando a mi alrededor.

—Y no me puedo creer —deja el bolso encima de la mesa— la cara que tienes ahora, nena. ¿Qué te está pasando? —me toma de la barbilla.

Yo contesto:

—Problemas, supongo. Muchos.

—Normal que sea un problema. Ese tío es el padre de los conflictos, no me jodas. Lo he visto salir de la comisaría y he pensado: ¡¿Pero cómo puede estar tan bueno?! ¡¿Qué injusticia es esta?! Cuéntamelo todo, venga.

Eso me hace reír, como siempre. Pero no me olvido de lo más serio.

Eric me está empezando a gustar mucho. De un modo extraño y ajeno a nada que haya conocido. Él ha dicho que todos tenemos una historia de amor que nos ha marcado.

Yo solo sé que las marcas son como cicatrices, y que las mías me duelen cada día. Y no necesito más. Pero, ¿cómo puedo detener esto que empiezo a sentir? ¿Por qué es tan rápido?

Es como un trailer descarrilando. Imparable.

Y, posiblemente, provocará una onda expansiva de destrucción similar.

Tengo que estar alerta y cuidarme, porque hay accidentes en la vida de uno que nunca se olvidan. Lo sé mejor que nadie.

13. Epitafio: «Aquí yace mi marido, al fin rígido».

Estoy preparándome la cena. Son las diez de la noche. No me complico, como siempre: una ensalada tipo César y un par de tostadas con tomate y aceite y unas lonchas de jamón serrano. Y he abierto un lambrusco, porque creo que hoy me lo merezco.

El Mi 9 se está cargando sobre la encimera de la cocina y ya veo la batería con las líneas de carga en la pantalla. Eric me acaba de escribir y me ha pedido la localización de mi casa.

Me he duchado y me he puesto un pantalón corto de algodón de color negro y una camiseta de tirantes del mismo color. La temperatura nocturna hoy es buenísima en pleno junio.

He preparado dos tostadas porque, a lo mejor, Eric tiene hambre y así tengo algo que ofrecerle.

—Mucha cena para ti, ¿no? —pregunta mi abuela de pie, al lado de la encimera.

—Yaya... va a venir un hombre a casa. No quiero que me hables cuando esté con él, ¿vale? No me gusta ignorarte y hacer como que no estás. Hoy he tenido que hacérselo a una caminante pakistaní que me quería enlazar con su hijo, y me ha dado pena.

A ella le da risa lo que le digo.

—No, cariño. Tranquila, no te diré nada. Y si veo que las cosas suben de temperatura, me iré a los rosales.

Me da vergüenza que ella piense así.

—Eso no va a pasar.

—No digas tonterías. Si es un hombre que vale la pena, seguro que le gustas mucho. Nunca has traído a nadie a casa para que lo conozca y le dé el visto bueno. Él es el primero. Hay que celebrarlo.

Me doy la vuelta con el trapo de la cocina en las manos y alzo una ceja castaña.

—Abuela, no es lo que tú piensas. Es Inspector y estoy ayudándolo con el tema del caminante que traía pegado a los talones. Forma todo parte de una investigación.

Ella sonrío de oreja a oreja. Parece tan feliz de oírme.

—Me estás relevando, Ada Sierra. Yo hice lo mismo en mi época hasta que cambiaron las comisarías y los comisarios.

—Sí, lo sé. Pero esto no es una colaboración. Él no sabe, ni debe saber, bajo ningún precepto, que yo hablo con los caminantes y que lo que sé lo sé por ellos. No puede ni intuirlo.

—Pero niña —eso la entristece—, no puedes mentir toda la vida. En algún momento se dará cuenta. ¿Y qué harás entonces?

—Lo negaré. Yaya, nadie quiere estar con personas que hablan con los espíritus. O nadie las cree, o las temen.

—No, Ada. Las temen precisamente porque en el fondo, las creen. Ten cuidado con lo que haces y con cómo lo haces... Eres una mediadora y no es algo que vaya a entender todo el mundo, pero no por eso debes esconderlo siempre. Forma parte de ti. Forma parte de nosotras — con una expresión de ternura y lástima en su anciano rostro, mi abuela desaparece ante mis ojos.

Eric está al llegar. Así que procuro esconder el cartel de bienvenida a los caminantes de la

entrada. Ahora mismo, en mi casa, nada hace sospechar que yo esté en contacto con los del Más Allá que se han quedado más aquí.

Cuando timbra a la puerta estoy más nerviosa que un daltónico jugando al Twister. No es que alguna vez haya sido una de esas personas que no se saben controlar a sí mismas, pero lo que me pasa cuando voy a ver a Eric es superior a mis fuerzas.

Abro la puerta y es él con un paquete muy preciado encima.

Me sonrío levemente y me señala a Ariel con la barbilla, que está frita en su hombro.

—Perdón, me la he tenido que traer —me explica.

—¿Por qué te disculpas? —respondo—. Pobrecita, si está dormida. Ven, pasad.

Eric entra, yo cierro la puerta y él se detiene para que le preceda y me siga por la casa. Sé que mira cada detalle de mi hogar y controla que los cuadros estén bien colgados, y que cada viga del techo esté bien sujeta. Parece que analice el terreno como un campo de batalla, temeroso de encontrar una granada que pudiera herir al preciado tesoro que lleva entre sus brazos.

—Vamos a dejarla en el sofá —le digo—, así puede dormir tranquila. ¿Ha cenado?

Él asiente con un gesto afirmativo. Abro el chaise longue y tomo una manta hecha a ganchillo de mi abuela, con un montón de colores en círculos concéntricos y flores. Doy buena forma a los cojines y sonrío a Eric:

—Suelta al bollito. No hay monstruos aquí, no le va a pasar nada.

Eric la deja suavemente y yo la cubro con la manta. Los dos nos las quedamos mirando, de pie el uno al lado del otro. Tener a Eric ahí, con la cría, me remueve cosas. El aroma que desprende su cuerpo aún me encanta. Es que huele a hombre y a seguridad, y a mí me pierden los buenos olores.

—¿Dónde has aparcado?

—Donde el otro día. En el parquin gratuito antes de cruzar el puente.

—¿Y has venido caminando hasta aquí con la cría?

—No la iba a dejar en el coche —me explica—. He tenido que traérmela porque Anabel me ha dicho que su hija tiene fiebre y no se encuentra bien, y como tiene miedo de que sea algo vírico, era mejor que pasara a recogerla y la mantuviera lejos no fuera a ser que se contagiara. Cree que tiene varicela.

—¿No has vacunado a Ariel contra la varicela?

—Sí, ahora a los cuatro le toca la segunda dosis, pero aún no se la he puesto.

—Oh, entonces sí es mejor que no la lleves con ella. Ahora quédate tranquilo que está durmiendo y bien —parece muy tenso—. ¿Ves? Su caja torácica sube y baja —bromeo.

Él frunce el ceño. Creo que piensa que estoy loca.

—¿Eres de esos?

—¿De cuáles?

—De esos papis que no duermen pensando en su princesita y en que nunca les pase nada malo.

—Puede ser.

—Qué peligro —apunto con diversión—. Un papi con placa y porra y muy duro. Pobrecita Ariel... —murmuro—. Cuando tenga novio... —niego con la cabeza—. Qué desastre.

—Por suerte, bollito no tendrá novio hasta los cuarenta —me mira de soslayo y se echa a reír.

—Sé que lo dices en serio —replico entre dientes.

Él continúa riéndose y no lo niega.

Me gusta que se relaje conmigo. Que sienta que puede bromear. Y lo que más me encanta es

que se ría. Porque nadie tiene una sonrisa más increíble y hermosa que la suya. Porque ese gesto ascendente hace que me revoloteen mariposas en el estómago, y no es hambre.

Eric resopla como si estuviera agobiado.

—Tendré que esperar a que abran el esplay de verano y hasta pasado San Juan no lo harán. En fin —me mira con una sonrisa de disculpa—, ya me las arreglaré.

Hago un mohín y me encojo de hombros. Me gustaría poder echarle una mano, pero también trabajo.

—¿Has cenado? ¿Tienes hambre?

—La verdad es que venía solo a por el teléfono. Es tarde y no quiero entretenerme ni molestarte.

—No me molestas —contesto—. Al saber que venías a esta hora he preparado algo más para picotear —le señalo la mesa de la isla de la cocina. El extractor plateado que tiene encima en forma de campana es muy grande. Pero parte de la encimera está hecha como una barra para sentarse a comer, siempre y cuando no seamos más de cuatro personas.

—Tienes una casa muy bonita —dice—. Es cálida. Combina muy bien lo antiguo con lo nuevo. Y el jardín de ahí afuera parece de cuento de hadas, Ada.

—Gracias. Algún duendecillo hay suelto por ahí —digo con sorna refiriéndome a mi abuela. Retiro el taburete alto metálico y de cojín blanco—. Toma asiento.

Noto su mirada sobre mi cuerpo mientras voy colocando un par de copas, el lambrusco, un par de platos blancos, la ensalada para compartir y las torradas.

—No sé si te quedarás con hambre.

Él permanece en silencio mirándome, preso de una extraña ensoñación. Parpadea una vez. Y yo otra. Pero al final sacude la cabeza, y contesta:

—Está perfecto, gracias.

—La ensalada es para compartir y hay una torrada para cada uno. ¿Quieres vino o prefieres agua o alguna bebida...?

—Tomaré una copa.

Le lleno la copa y le dirijo una mirada de interés y cautela.

—¿Has hablado con el Comisario?

—Sí —muerde la tostada y sonríe gustoso—. Aquí untáis el tomate a todo.

—¿Y no te gusta?

—Sí. Me gusta. Y a bollito también. Esa niña me lo pide todo con «totame».

Dejo ir una risita.

—Es normal que haya palabras que no sepa decir.

—Lo sé. Irá aprendiendo poco a poco. Respondiendo a tu pregunta sí he hablado con él. Hemos tenido una reunión a tres con el Inspector Asensio Jiménez, el de Drogas. Querían saber cómo dio la casualidad de que di con el cuerpo de Joaquín. No entendían nada. Así que les conté que te gusta pasear por ahí con tu perro y que fuimos a dar una vuelta. Y que tu perro es un excelente rastreador. Olió algo raro en el pantano y encontró el cadáver. Porque así fue.

—Dicho así parece hasta rocambolesco.

—Sí, ellos han pensado lo mismo.

—Es decir, que no les has dicho nada de lo que te dije sobre Svetlana ni sobre lo que le oí decir al hablar por teléfono. Ni sobre que Bicho seguía el rastro de Svetlana con una prenda de ropa que tú tenías.

—No. No les he dicho nada.

—¿Ni siquiera a Abel? Él vino a registrar mi centro.

—Abel es policía raso de primer año. Está en mi grupo y yo soy su jefe. Por ahora solo hace lo que le digo. El problema está en que un topo puede tener muchas caras.

—¿Y... por qué pareces disgustado?

Él deja la torrada en el plato y bebe de su copa de lambrusco lentamente.

—Precisamente porque no entienden cómo estoy saliendo con una investigada.

—¿Les has dicho que estamos saliendo? —mis ojos están a punto de salirse de las cuencas—. ¡Eso es mentira!

—Es lo que ellos se piensan. No importa lo que les diga. Lo piensan y punto. Y no les ha gustado saberlo, porque no es para nada profesional.

—Pero yo ya no soy sospechosa de nada... ¿no? Estoy limpia. A mí no me pueden relacionar con nada de lo que hacía Svetlana.

—No. No pueden porque no tienen nada.

—¿Y por qué no les dices todo lo que sabes?

Eric niega muy enfático.

—No lo haré hasta que no lo tenga todo bien atado. Ahora mismo, no puedo fiarme de nadie. Espero que ese teléfono me dé las respuestas que necesito. Tengo una teoría.

—¿Sospechas? ¿Elucubraciones?

—Sí. Pero la verdad es que solo ese móvil —señala el Mi de encima del gresito de la cocina— me dirá si estoy en lo cierto.

—¿Tú crees que Svetlana y Joaquín tienen algún tipo de conexión en toda esta historia? —No sé si es buena idea decirle lo que pienso y sé, pero debo hacerlo de un modo en que él no sospeche.

Eric me observa con curiosidad.

Sus ojos se entornan y brillan por el reflejo de la lámpara metálica del techo de la cocina.

—Creo que Joaquín pudo investigar en secreto a Svetlana y a la Trata de la que es víctima. Tal vez él descubrió dónde se reunía ella con su controlador... pero lo cazaron y lo mataron. La excedencia posiblemente era solo una maniobra de despiste. Eso es lo que pienso.

Niego con la cabeza.

Cuando lo escucho me desespero. Eric es tan íntegro que cree que todos son como él, y no puede ni imaginarse que alguien hiciera lo que pretendía hacer Joaquín con Svetlana. Sería alta traición al cuerpo de policía, supongo.

—Ya —murmuro agachando la mirada—. Puede ser. —Vamos, ni por asomo. Pero yo chitón—. ¿Y ellos? ¿Qué piensan ellos?

—Ellos creen que Joaquín tenía una adicción y que estaba comprado por los Verdes. Y no quieren que se remueva más la mierda porque saben que puede salir manchado el nombre de la comisaría. Un poli corrupto siempre hace mucho daño a una institución del Estado como es esta. Sea como sea, no voy a parar. El grupo sigue investigando locales de Trata en centros de uñas y masajes de chinos, y siguen investigando otros clubs, pero este tema de los rusos está aún muy verde y siguen faltando nombres, conexiones... datos y evidencias, eso falta —finaliza algo malhumorado.

—Yo me pondría nerviosa y sospecharía de todo si fuera Inspectora como tú y encuentro el cadáver del anterior Inspector que llevaba el grupo de Trata que yo he venido a dirigir. Tendría mucho cuidado.

La comisura derecha del labio de Eric se iza levemente y me mira con simpatía para decirme:

—Tienes instinto de investigador.

—No tengo instinto de nada —aclaro—. Solo de supervivencia.

Bicho acaba de bostezar y los dos hemos levantado la cabeza para ver qué hacía. Está tumbado a los pies del sofá, guardando al angelito de Ariel.

—Creo que a Ariel le encantaría tener un perro. Pero ahora mismo tengo que asentarme bien y organizarme porque no puedo dejarla de canguro en canguro. Necesita compañía —asume arrepentido—. Está empezando a crearse amigos imaginarios y lo que quiero es que interactúe más, pero me es imposible con la mudanza, el cambio de domicilio...

—No debe ser fácil ser padre soltero y no tener a nadie que te eche una mano.

—Si pudiese apuntarla a un colegio a párvulos, no tendría problema. Me partiría el día laboral. Pero no puedo dejarla en ningún colegio porque están cerrados. Así que hago malabares. Son las vicisitudes de trasladarse a otra comunidad a finales de mayo —vuelve a atacar a la ensalada—. ¿Y tú, Ada?

—¿Yo qué?

—¿Vives aquí sola en Girona?

Es la primera pregunta personal que me hace. Y me deja con ganas de más. Tal vez sí le importe. Lo hace muy poco a poco, progresa más lentamente de lo que me gustaría, pero al menos, lo hace.

—Sí. Desde hace cinco años. Vivía en Barcelona, pero quería un cambio de aires. Esta era la casa que mi abuela Ifigenia nos dejó en herencia a mi hermana y a mí. Así que me vine aquí y crucé el puente para quedarme —acabo con un suspiro.

—Tiene un encanto especial este lugar —admira la piedra interior de las paredes.

—Sí, lo sé.

—¿Y tu hermana y tus padres dónde viven?

No quiero dramatizar. Muevo la cabeza negativamente y hago un gesto de sumisión.

—Ellos ya no están. Murieron.

Después de esas palabras siempre sigue un silencio, largo y muy espeso. A Eric le afecta lo que he dicho, no se lo espera para nada. Pero no hace el suspense incómodo, deja que fluya.

—¿Hace mucho?

—Hace cinco años —contesto sin mirarlo, jugando con la ensalada. Ya sé que no hay que jugar con la comida, pero unos inesperados nervios me agitan.

Él se lamenta por ello y por haberme hecho esa pregunta. Pero permanece estoico. No es como los demás. Los demás cambiarían de tema. Él no. Él comparte mi silencio y, de alguna manera, también mi dolor. Como si nada fuera suficientemente azorante, menos la intimidad emocional. Eso sí le pone nervioso.

—¿Cómo murieron?

—En un accidente de coche. Un conductor de un camión que había bebido de más.

—Joder...

—Yo fui la única superviviente. Estuve dos semanas en coma y, cuando desperté, ellos ya no estaban.

—Lo siento mucho, Ada.

Sonríó sin que me salga de verdad.

—Y yo.

Él se recoloca de un modo que su cuerpo queda mirando hacia mi dirección. Sus ojos son intensos y sinceros, aunque siempre contengan esas notas de misterio que impiden que me deje llevar como me gustaría.

—Nunca se supera —alega.

—¿El qué?

—El dolor. La impotencia... —enumera—, la culpa.

Muevo el rostro hacia él y lo estudio comprensiva, porque sé exactamente a qué se refiere. Él tuvo que sentirlo con Marta, porque nunca antes me hablaron así, acertando tanto. Nadie que no haya pasado por el mismo tipo de sufrimiento puede calmarte con sus palabras, porque no suelen escoger las mejores, por muy sinceras que sean. Eric ha dado justo en el clavo.

Nunca se me fue el dolor de la pérdida. Incluso ahora, la cicatriz que tengo entre las costillas, provocada por un cristal de la ventana que me atravesó y me alcanzó el pulmón izquierdo, y que estuvo a punto de extirparme el bazo, aún me lastima y me tensa.

Nunca desapareció la impotencia de no haber podido hacer nada.

Y la culpa es tan persistente a diario, que hace que no valore el hecho de que siga viva, porque pienso: ¿por qué me salvé yo y no ellos? ¿Por qué viví yo?

—Es cierto. —Mi voz sale acongojada.

Eric levanta la mano y me retira el pelo largo y castaño de la cara que no deja que me vea el rostro.

—Perdona. No... no suelo hablar de ello... —digo sorprendida.

—Ni yo. ¿Sabes? Tampoco habrías estado preparada para ver morir a la gente que se quiere tanto, Ada. Creo que es mejor recordarlos vivos y felices y no verlos agonizando. Porque la memoria a veces juega malas pasadas.

—La pérdida duele igual —señalo abatida.

—Sí. Tienes razón. La pérdida duele igual. No importa si fue un accidente, o si fue una larga enfermedad, o si tuviste una semana para despedirte... No estamos hechos para decir adiós, porque vivimos con la creencia de que seremos eternos y de que ese momento no nos tocará. Pero cuando llega, a pesar de los avisos, a pesar de que la muerte es el único destino que vamos a alcanzar, nos sobrecoge igual.

Me está hablando y parece que me arrulla con esa voz y con la ternura que de repente muestran sus ojos. Me encantaría que me abrazara ahora mismo.

—Nos tenemos que saber resignar a nuestra mortalidad y a comprender que hay cosas que, aunque no nos gusten, pasarán. Y tendremos que aceptarlas. Mi padre era policía como yo y murió de un ataque al corazón cuando yo tenía diez años. De repente. Yo jugaba a fútbol en un equipo, los sábados venían mi madre y mi padre a verme. Siempre. No faltaban nunca porque sabían que les dedicaba siempre los goles. Él —explica con voz carrasposa—, mi padre, cayó fulminado cantando uno de mis goles. Murió en el acto. Recuerdo la locura y la desesperación en los ojos de mi madre, y el agujero frío que se me hizo en el pecho... —se toca el pectoral como si lo recordase inmediatamente—. Y nada volvió a ser igual para mí. Mi madre cayó en una fuerte depresión y enloqueció un poco —reconoce afectado—. Nunca la pude ayudar a recuperarse. Se olvidó parcialmente de mí, y se obsesionó con el Más Allá, ¿sabes?

Eso me deja helada. De piedra.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Buscaba a mi padre en todas esas mujeres que decían que podían hablar con los muertos. Todas esas estafadoras que solo le sacaban dinero. Y lo más triste era que prefería hablar con ellas, que decían que canalizaban con mi padre, a hablar conmigo. Mi madre... prefería hablar con su marido muerto que con su hijo vivo.

Hay aceptación en esas palabras, en ese reconocimiento abierto de todo lo que le duele, pero no oculta el rencor que tuvo que tenerle.

—No tengo nada que reprocharle. Cada uno intenta superar sus lesiones a su manera y con sus propios métodos, porque lo que les vale a unos no les vale a otros. Mi madre es la abuela de

Ariel —sentencia admirando un mechón de mi pelo que tiene jugueteando entre sus dedos—. Es lo que importa. Lo que me haya hecho o cuánto me haya decepcionado, es pasado.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No quiero. No sé por qué estoy así de sensible. Ni por qué siento tan real todo lo que él me cuenta. Yo he perdido a mucha gente de golpe. Y Eric ha ido perdiendo a gente importante escalonadamente. Pero hemos perdido los dos. Porque la muerte siempre gana. No obstante, ahora tengo más claro que nunca que él jamás debe saber cuál es mi don. Nunca. Me ha dejado muy claro lo que piensa al respecto. No quiero que me odie ni que me ridiculice por ello.

—Hay algo bueno en el esqueleto vestido de negro con su haz afilada, Eric —susurro comprensiva.

Él sigue acariciando mi pelo castaño y ondulado, hasta que ve mis ojos acuosos y detiene su mano en mi mejilla.

—¿En la muerte?

—Sí.

—¿El descanso? ¿La paz?

—No —me muerdo el labio inferior por dentro. Suelo hacerlo, es como un tic, cuando estoy nerviosa o demasiado emocionada—. Que la muerte existe solo cuando hay vida. Solo cuando estamos vivos. Por eso hay que disfrutarla y vivir cada día como si fuese el último. Porque no tenemos ni un reloj ni una alarma que nos diga cuándo va a pasar la Señorita de la Oscuridad para llevarnos al catre.

—Carpe diem, ¿eh? —susurra con esos ojos morunos fijos en mis labios.

—Sí, Carpe Diem.

Me levanto de la silla y me quedo de pie entre sus piernas. Antes del accidente era de otra manera. Más viva, más audaz, mucho más apasionada... pero el dolor me apagó un poco. Sin embargo, Eric me hierve por dentro. Es increíble. Nunca pensé que me sentiría así por culpa de alguien.

Él se queda muy quieto. Me da miedo que me rechace. Aunque estoy segura de que la necesidad de sus ojos no me está engañando, a pesar de que él no lo pida abiertamente, es la primera vez que voy a darle un beso a alguien que ni siquiera me manda la señal correcta. Y tengo la sensación de que debo tener cuidado porque podría ladrarme. Prefiero un ladrido a que me retiren educadamente. Creo que es más humillante lo segundo. Porque lo segundo demuestra indiferencia. Y un ladrido no siempre significa peligro.

Tanta tensión me va a matar...

Al menos no ha apartado mis manos. Le acaricio los altos pómulos con mis pulgares y me inclino hacia abajo para rozar mis labios con los de él. Tengo los ojos abiertos, puede que por la necesidad de asegurarme de que estoy haciendo algo que él quiere, porque yo sí hago lo que quiero. De hecho, deseo tanto probar su boca que hasta me pican los labios. Pero me siento como un conejillo que se acerca a un lobo.

Encajo mi boca en la suya y él entreabre sus labios inmediatamente y saca su lengua solo para rozarla con la mía. Es como un relámpago. Un chispazo tan potente que recorre mi cuerpo, mi piel, mi columna vertebral.

Él también ha sentido algo porque se ha tensado. Si nos dejamos llevar cambiará todo.

Y es repentino.

Se levanta como si le hubiera dado calambre, aparta el rostro del mío y mis manos caen muertas a cada lado de mis caderas.

Mira la cena como un robot.

—Muchas gracias por la cena, Ada. Voy a recoger el móvil y a Ariel y ya nos vamos a ir.

Mi cara debe ser de risa. Está huyendo. Creo que he malinterpretado mal las cosas y he hecho todo sin pensar. Si es que yo tengo razón, no tengo que hacer caso a Bea, ella es una Matahari y yo no.

Eric es Don Veloz. En un momento consigue guardarse el móvil y el cargador y tomar a Ariel en brazos, que sigue durmiendo como un lirón. Ya está en la puerta casi, y yo sigo de pie como la estatua de Mariblanca.

—Adiós y ya te llamaré.

Levanto la mano libre, porque la otra ya ha cogido la botella de vino.

—Adiós —respondo.

Madre mía, qué mal. Si ha sido él el que ha sacado la lengua primero y va y hace como el que se ha olvidado el tabaco y me deja tirada aquí como un pasmarote.

Voy a beber.

La muerte viene en muchas formas. A veces también te mata de la vergüenza.

14. Epitafio: «Murió por no reenviar ese mensaje a diez personas».

Dos días después

Estoy en medio de un masaje y no sé ni cómo he encontrado el orgullo para levantarme hoy de la cama. Como ayer y como antes de ayer. Fijaos cómo fue de humillante lo que sucedió, la falta de respuesta y continuidad a nuestro beso, que mi abuela lleva dos días diciéndome: «Cariño, si pudiera tocar las cosas hoy te haría el desayuno».

He estado dos días en piloto automático. Trabajando, sacando a Bicho, comiendo y cenando ensimismada y sin caminantes cerca. Creo que incluso ellos han visto que no estoy de humor para hablar con nadie.

No dejo de pensar en ello, en cómo él se apartó y me miró sin tomarme en serio, como si yo estuviera haciendo una estupidez, algo ridículo e impensable. Claro, yo, que solo soy una terapeuta que ve fantasmas, ¿cómo voy a atreverme a darle un beso a un hombre como él?! Os prometo que puso esa cara. No se lo creía, y yo no me podía creer que me apartase así.

Eso me pasa por lanzarme sin recibir las señales adecuadas. Aunque, para seros sincera, lo hubiera hecho igual, sin señal o no, porque no podía quedarme sin tocarlo. Es que me moría de ganas, pero me salió el tiro por la culata porque por lo visto, él no tenía tantas ganas como yo.

Os juro que su expresión era de encontrarse con una cebrá a cuadros.

El señor Gervasio se está quejando porque le clavo el codo por debajo de las paletillas con más ímpetu del normal. Menos mal que ya es el final del masaje para él. Y también para mí. Hoy cerraré a las doce. He tenido a tres pacientes, y ya son suficientes para mi aturrullamiento emocional. Necesito salir de la consulta y aligerar el bochorno.

Cuando Gervasio se levanta de la camilla después de la paliza, tiene el pelo blanco y largo que cubre su calva como un tupé, la cara roja e hinchada de haber estado bocabajo, y los ojos azules claros llenos de tristeza y resignación. Tiene cincuenta y cinco años, y está de su mujer hasta los cojones. Así me lo ha dicho.

—Que seguro que ella estará hasta el coño de mí, pero es que ha llegado un momento en mi vida en el que me importa un bledo todo. No la soporto, a la vieja cascarrabias... Perdona que hable así, pero siempre que salgo de aquí y de tus masajes es como si me sacaras toda la mierda, que por educación o por esclavitud, nunca cago.

—Pues lo lamento mucho —le digo sentada en mi escritorio, mirando a la pantalla de mi ordenador—. No me gusta ser una productora de estiércol.

—Tú no eres eso, muchacha —asegura colocándose el pelo azul oscuro de nuevo—. Tú eres de las pocas cosas buenas que pago para mí y que me hacen bien.

—Gervasio, tendrá la siguiente sesión en tres semanas —añado la nueva cita en la agenda.

—Perfecto —sus ojos azules me lanzan una mirada avergonzada... Perdona por desahogarme así.

Yo me encojo de hombros pero mi expresión es de resignación y de pena, como la suya.

—¿Sabe qué?

—¿Qué?

—Se sorprendería de la cantidad de pacientes que tengo de su edad que hablan de sus esposas con el mismo tono, pero no es superior al número de mujeres que hablan así de sus esposos.

—El matrimonio es duro. ¿A ti te gustaría casarte?

Voy a responder pero él me dice:

—No lo hagas. No te cases. Algo pasa en el matrimonio que hace que todo se desmorone.

—A lo mejor no tiene que ver con el matrimonio. Tal vez tiene que ver con las expectativas que nos han metido en la cabeza desde siempre. No creo que la vida en pareja sea una historia de Disney. Creo que el amor de verdad empieza después del «vivieron felices y comieron perdices». Supongo que debe ser dura la convivencia y hay que luchar por seguir sintiendo hacia tu pareja y seguir queriendo que ella te quiera —estoy tan reflexiva que me sorprende a mí misma—. El amor no es un campo de batalla, pero lo que no quiere es que lo den por sentado. Cuando das algo por sabido, dejas de aprender porque te pierdes todas las demás lecciones, por eso al amor hay que actualizarlo cada día. No hay que dar nada por hecho. Mi abuela tenía un matrimonio feliz. Mis padres también. Pero no les fue fácil.

Él me sonríe y me mira como a una niña pequeña.

—Eres joven... Y soñadora. Crees en el amor. —El señor Gervasio saca su cartera y me paga los cincuenta euros de la sesión—. Pero el amor eterno, el que dura para siempre, no existe. Tan seguro como que no existe el cielo, el infierno, los ángeles, los ovnis o los espíritus. Son solo fantasías.

Guardo el dinero en el cajón y lo acompaño a la puerta de la salida dando mi opinión al respecto.

—Las personas consiguen lo que quieren y aquello en lo que creen cuando se esfuerzan y luchan por ello. Seguro que algo pasa en el matrimonio para que de repente no se aguanten el uno al otro —abro la puerta de la calle—. Y creo que son dos cosas: o que nunca se mostraron como eran de verdad desde el principio, o que sufrieron una enfermedad llamada dejadez.

Gervasio deja ir una carcajada. Parece que está poniéndome a prueba y bromeando conmigo. Una vez en la calle me dice:

—Gracias, Ada, un placer como siempre. Yo le dije a ese Inspector que no eras una golfa y veo que tengo razón. Alguien que habla así del amor nunca se vendería por sexo. —Se coloca sus gafas de sol y sale de mi consulta silbando y sin contracturas.

Cierro la puerta de un portazo.

Tengo el alma prendida por una cerilla ahora mismo. Eric ha destruido mi reputación. Ahora mismo lo odio, entre lo del otro día, que me ha obligado a abrazar mi don y que haya puesto en entredicho mi profesionalidad, es el enemigo público número uno para mí.

Lo peor es que él me encanta. Soy bipolar totalmente, me doy cuenta, pero a ver qué hago con todas estas emociones que me azuzan y que hacen que dé bandazos de un lado al otro como una peonza. No sé lidiar con ellas.

Con muy mal humor retiro la sábana de papel y la lanzo a la basura. Limpio la camilla, recojo todo muy bien y abro la ventana de nuevo para que se vayan las malas energías.

Y ahí está. La rosa de cada día que el zumbado de Adrián me deja por las mañanas en la ventana, como un Romeo antiguo prendido de amor y de dolor, que no quiere dejar ir a la Julieta que nunca tuvo. Qué absurdo todo.

Tomo la rosa. Me gustan las flores, pero para que las cuiden otros. No soy una mujer de

flores, la verdad. El rosal de mi jardín lo cuida mi abuela fantasma, con eso está todo dicho. Aún así, la cojo y mantengo la ventana abierta para que se acabe todo de oxigenar. El señor Gervasio traía una energía bastante cargada de reproches y no quiero que se quede nada dentro.

Voy lo más rápida que puedo, así que lo creo dejar todo listo pronto. He guardado los beneficios de esta mañana en el sobre que siempre me llevo a casa, porque nunca dejo el dinero dentro y he apagado el ordenador.

Ahora sí. Es tiempo de cambiarme. Siempre que trabajo me coloco un pantalón de chándal bajo de cintura, holgado de muslos y nalgas y estrecho por las pantorrillas. Y una camiseta blanca de manga corta y ancha. En los pies suelo calzar unas Crocks violetas. Estoy a punto de empezar a desvestirme, pero timbran a la puerta.

No sé quién puede ser porque no tengo hora con nadie.

Cuando abro la puerta y veo a Eric, mi cabeza se colapsa y siento que el corazón se me detiene. Definitivamente, siento cosas por este hombre. Pero no puedo olvidar que no es recíproco.

—Hola, Ada. —Se quita las gafas de sol y es peor, porque sus ojos son muchos más bonitos que sus lentes reflectantes.

Suspiro haciendo un mohín de incompreensión. Tendré que tirar un poco de mi sentido del humor para que esto sea menos violento.

—Hola —lo señalo y guiño un poco el ojo—. No tenemos ninguna cita, ¿verdad?

Él me observa de arriba abajo y niega con la cabeza.

—No —contesta.

—Menos mal, quería asegurarme de eso.

—¿Puedo pasar?

Me rasco detrás del muslo y me lo pienso.

—No sé si es buena idea.

La respuesta no le gusta. Parece intranquilo, pero no se va a echar atrás.

—¿Por qué no?

—Porque me estás jodiendo, profesionalmente hablando. —Y emocionalmente también, pero vamos a omitirlo por ahora.

—¿Que te estoy jodiendo? —su ceja se arquea con un tono muy incrédulo.

—Sí —me cuadro en la puerta—. Hoy me han vuelto a insinuar que por un momento habían pensado que era puta. Por culpa de tus llamadas. Tiene que haber un modo de demandarte por eso —murmuro pensando en voz alta.

Eric agacha la cabeza, pero cuando la levanta de nuevo parece relajado y sonriente.

—Lo siento mucho, ya te lo dije. Solo hacía mi trabajo. Discúlpame.

Bah, no importa. Total, los enfados no me duran demasiado.

—Ada, ¿me dejas pasar o no?

—Pues... ya me iba —miro al techo y me hago a un lado—. Pero, pasa.

—¿Ya has acabado con tu último cliente? Es pronto —señala entrando en mi consulta con más respeto que las anteriores veces.

—Suelo tener visitas hasta las 14h. Hoy no ha sido el caso.

—Pues es casi la 13h. ¿Tienes esta hora libre?

—Mmm... pues no sé. ¿A qué has venido? ¿Es sobre el teléfono y la investigación? —pregunto con mucho interés omitiendo nuestro beso fatal.

—Tengo noticias sobre eso —asegura dubitativo—, pero en realidad no he venido por ese motivo. He venido porque... —sus ojos van a parar a la rosa que he dejado sobre mi mesa de

trabajo. Deja de hablar y se acerca para mirarla analítico.

—Es una rosa. No un explosivo —le aclaro.

Adrián siempre me deja notas en los tallos. Yo nunca las miro ya. No me parece justo. Pero Eric retira con la punta del dedo el papelito atado a un cordel amarillo y lee lo que pone en voz alta:

—Estoy deseoso de probar tu miel. Ojalá algún día puedas ser solo mía y de nadie más.

Abro los ojos como si no me lo creyera, porque no me lo creo. ¿De verdad hay eso escrito? Eso no es Coelho.

Eric endurece la mandíbula y veo cómo sus músculos se tensan y se destensan.

—¿Un cliente?

Yo voy hacia él enfadada y agarro la rosa para leer por mí misma el mensaje. Vaya, sí pone eso.

—No tengo clientes. Tengo pacientes.

—¿Por qué te ha puesto eso? Da a entender que estás con muchos a la vez pero que él solo te quiere para sí mismo. Son pensamientos muy peligrosos, Ada.

No me lo puedo creer.

—¿Estás juzgándome otra vez? ¿Me estás regañando por algo? —le increpo cansada de sus acusaciones.

—No, solo digo lo que pone. A este tío lo tienes loco. —Desdeña la rosa con un solo vistazo.

—Este tío me deja rosas cada día en mi ventana desde que nos conocimos. Simplemente, tiene un problema obsesivo. Eso es todo.

Eric apoya sus manos en sus caderas, como un vaquero despreocupado.

—Algo le habrás hecho.

—Es preparador personal. Vino dos veces a la consulta —continúo— y me di cuenta de que no tenía pensamientos sanos hacia mí y sí muchas necesidades que no podía colmar. Por eso dejé de visitarle y corté el contacto con él. Y aun así continúa dejándome rosas en la ventana. Pero nunca he leído lo que me ponía. No me interesa. Le pedí que dejara de hacerlo y oyó llover. Yo ya no puedo hacer nada más —Eric continúa mirándome airado y eso me inquieta—. Mira —digo exhalando—, no quiero seguir con esto. Dime a qué has venido y déjame tranquila —le pido cansada.

—Quiero probar qué es lo que haces.

—Oye, ¿tú eres tonto? —Me estoy cabreando ya, hombre—. Que te he dicho que...

—No. No. Me has entendido mal —él se apresura a explicarse mejor—. Me hice daño corriendo y me duele por detrás de la nalga. Estoy reventado de la espalda y, tal vez, tú puedas... como eres terapeuta puedas ayudarme y hacerme una sesión de esas que haces. —Cuando se aclara la garganta y me mira, en sus ojos no hay burla. Parece arrepentido de su reacción.

—Iba a cambiarme y a irme ya.

—Traigo dinero. Puedo pagarte —me asegura con gesto embaucador.

Hoy tengo la piel muy fina, y más con él. Eric me frustra y me hace sentir muy débil. Yo he vivido muy bien sin este tipo de preocupaciones sentimentales estos años. Y, desde que lo conozco, me siento desequilibrada.

—Claro, si traes dinero todo perfecto —espeto un poco agria.

—Por favor... Me duele.

Parece sincero y lo peor es que, si tiene una lesión en esa zona, es muy dolorosa. Tengo mi propio código y responsabilidad y no puede no atender a alguien aunque me dé mucha rabia.

Me lo pienso unos segundos más, solo para hacerlo sufrir un poco y al final contesto:

—De acuerdo.

Él sonríe y sus ojos se oscurecen. Madre mía hay hombres que se llaman Peligro.

—Ve a la camilla —le ordeno— y te quitas la camiseta y el pantalón.

Me doy la vuelta para darle un poco de intimidación pero estoy frita de miedo pensando en lo que me encontrará cuando lo vuelva a mirar, porque Eric posee un cuerpo hercúleo y unos rasgos criminales para un policía. Me pone muy mal. Recuerdo una vez que Bea me dijo algo como: «Yo no sé quién se sacó de la manga que las mujeres no tenemos una mente porno, porque yo la tengo y mucho con ciertos hombres».

Ahora sé a qué se refería. Y es inquietante. Escucho su ropa deslizarse por su cuerpo.

—Deja la ropa sobre la silla —le indico sin oírla ni una sola vez. Coloco otra sábana de papel sobre la camilla y tomo aire para darme la vuelta—. Vale, ven aquí y...

Cuando me giro tengo el cuerpo de Eric casi a punto de golpearme la nariz. Dios, qué bien huele. Qué masculino es. Le llego por el hombro y eso que llevo las Crocs que tienen una buena suela.

—Vaya —suelto una risita—, qué susto...

Cuando me aparto y lo miro bien, a un metro de distancia no tiene desperdicio. Es una visión abusiva para mis ojos y me voy a quedar ciega. Lleva unos calzoncillos grises oscuros Levi's y su piel es tersa, uniforme y con maravillosas colinas marcadas por su musculación.

Él me sigue con la mirada y al final, a cámara lenta, se tumba en la camilla. No tiene ningún complejo. ¿Cómo lo va a tener si es una pieza maestra de la anatomía? Sus hombros son gigantes, y sus brazos; el pectoral lo tiene definido y con una forma preciosa y perfecta; su abdomen moreno y con el pack de ocho abdominales me deja con la imaginación jugando a las damas. No tiene seis. Tiene ocho. Quiero pasarle la lengua por los oblicuos y, por una vez en mi vida, tengo ganas de comerme a un hombre. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puedo estar pensando en estas cosas? Yo nunca he sido así. No porque me avergüence, sino porque nunca he sentido nada tan primal. No obstante, con Eric, todo es demasiado. Sus muslos me tienen loca. Puedo verle el cuádriceps, el músculo tensor de la fascia, el músculo recto anterior, el interno, el sartorio... Un muslo suyo hace dos del mío.

Y está muy claro que está bien dotado. Eso es un paquetón y no los de MRW.

—¿Boca arriba o boca abajo? —me pregunta mirándome fijamente.

—Eh... te duele detrás, ¿no?

—Sí.

—Pues bocarriba, digo bocabajo —«Por favor, Ada, que se trata de que él esté en una posición cómoda no en la que te gustaría», me digo a mí misma.

Cuando se da la vuelta y le veo esa espalda y ese culo... Estoy más caliente que la uralita. No tiene ningún sentido, pero aquí estoy, apunto de ponerle las manos encima a este monumento y... Madre de Dios. ¿Pero y esta espalda? ¡Si podría amasar una pizza en ella!

—Es aquí. —Él se lleva la mano por debajo de la nalga derecha y por el interior hacia adelante. Vamos, que como meta los dedos por ahí le toco una bola de dragón seguro.

—Entiendo. Es el abductor. —Poso mis manos en el glúteo y él se envara de golpe—. Mete bien la cara en el agujero, estarás más cómodo. —Él me hace caso—. ¿Tengo las manos frías?

Niega con la cabeza. Le estoy amasando el glúteo como puedo, porque eso es duro como el hierro. Después pienso hacer lo mismo con el otro porque no quiero que vaya descompensado. Por nada más. Mi cara es icónica en estos momentos.

—¿Saliste con ese chico?

Detengo mis manos por debajo del glúteo.

—¿Con quién?

—Con el que te ha dado la rosa.

—¿Con Adrián? No —frunzo el ceño—. Un par de veces.

—Dijiste que no salías con tus pacientes —añade obtuso.

—Y no salgo. ¿Entrenar un par de veces juntos es salir? Hacía clases a campo abierto y yo estaba en uno de sus grupos. Hice solo dos, pero después no quise hacer más porque me parecía pesado y siempre estaba encima de mí. Y bueno, dejé de ir. Él vino a mi consulta y, como te dije, no me gustó. Entonces empezó a pedirme para salir, y yo le dije que no. No tuve con él ni tonteos ni nada —aclaro—. Pero él quería más y yo le dije que no me interesaba así. Y al cabo de unos días empecé a encontrarme rosas en las ventanas. Hace unos meses que sigue el mismo ritual. Eso es todo. —Introduzco los dedos haciendo presión en el músculo dolorido, pero no mucho. Después vuelvo a centrarme en su glúteo, y desciendo hasta la parte trasera del muslo, repitiendo el circuito varias veces.

—¿Te das cuenta de que estás describiendo un comportamiento obsesivo? —insiste para romper el silencio.

—Adrián es inofensivo, por favor... —musito sin tomármelo en serio—. Además, ¿por qué te importa?

—Porque puede ser peligroso. Esos mensajes no hay que tomárselos a broma ni como si fueran una tontería de enamorado. Puede haber detrás una obsesión psicopática. No te imaginas la de «inofensivos» que están con órdenes de alejamiento o en la cárcel.

—Bueno, es asunto mío.

—Deberías denunciarlo por acoso.

—No voy a denunciar a nadie por acoso... No quiero joderle la vida a nadie.

—Claro, prefieres que te jodan. Es lo que estos personajes acaban haciendo —dice con rabia.

—¿Por qué te importa tanto? ¿Y quieres dejar de tensar el culo? —Tengo que regañarle porque está tenso. Si hasta se aguanta al lateral de la camilla con las manos.

—No sé destensarme. Y me preocupo porque creo que no te tomas las cosas en serio.

Lo miro de reojo y sin «queriendo» toco el punto del dolor y él brinca en la camilla.

—Uy, perdón. Fue sin querer.

—Sí, ya —susurra tenso.

—Date la vuelta —digo malhumorada. Eric tiene la habilidad de decirme cosas que suelen molestarme. Que él me diga que no me tomo las cosas en serio cuando por su culpa estoy como estoy, me enerva.

—Creo que no —dice.

Detengo mis manos sin comprender su respuesta y las aparto del cuerpo.

—Date la vuelta —le repito—, tengo que tratarte por delante del muslo y hacerte estiramientos.

Eric sacude la cabeza.

—Va a ser imposible.

—¿Por qué no te das la vuelta, Eric? No seas tonto.

—Si me doy la vuelta, no sé lo que va a pasar.

—¿A qué te refieres? Hay que revisarte el isquío por delante. Es un momento.

—Como quieras.

Eric se da la vuelta sobre la camilla. Todo ese cuerpazo moreno haciendo vuelta y vuelta en mi consulta y entonces, ¡Bam!

Sigo el reguero de sudor que se le cuela entre el pectoral y recorre el abdomen, hasta que mis ojos deparan en algo prominente y brutal.

Ahí está.

La berenjena del Whatsapp hecha realidad y a lo «glande».

15. Epitafio: «Por fin soy un buen polvo».

Mi expresión lo dice todo. ¿Qué escándalo es ese? Este hombre es un potro. Nunca en mi vida me he encontrado con algo así. Eric no es de esos hombres que dices: «Del cuello para abajo todo le funciona bien». No es de esos porque encima es un hombre inteligente y muy cariñoso con los niños. Y tiene sentido del humor. Sería mi tipo, no porque esté bueno, sino por todas las características psicológicas que os he mencionado.

Pero además, es muy viril y tiene unas proporciones físicas bastante épicas. Pero está claro que yo nunca sería el tipo de mujer que le puede gustar. Ya me lo ha dejado claro, tiene muchos prejuicios. Y eso sin mencionar que desconoce que soy mediadora.

Así que antes de violentarle y violentarme más decido dar dos pasos atrás.

—Eh... te voy a dar unos...

—Ada.

—...minutos para que te relajes y... —me doy la vuelta y me dirijo hacia la mesa de la consulta— ...la tienda de campaña baje porque de lo contrario...

—Ada, ven.

Oigo su voz justo a mi espalda. Se mueve como un lince. Me sujeta del antebrazo, me da la vuelta como en Lo que el viento se llevó y no sé cómo lo hace, pero me tiene entre sus brazos. Me ha arrastrado hasta la camilla, él está sentado y yo estoy de pie entre sus piernas abiertas. Sujeta mis caderas con sus manos y tira de mí para que sienta la piel ardiente de su torso, y también la potencia de su entrepierna.

No sé qué decir ni a qué viene esto:

—¿Qué... qué haces?

A Eric sus ojazos negros y profundos le brillan con la emoción de la antelación.

—Desde que me fui de tu casa la otra noche no he podido dejar de pensar en ti.

—Ah —Se me ha secado la garganta y el corazón me va demasiado rápido como para ser sano—. ¿Por eso te largaste a toda prisa? ¿Y por eso no me has escrito en dos días? —No me doy cuenta de lo enfadada que en realidad estoy hasta que suelto todas esas recriminaciones por la boca.

—¿Que te escriba? Llevo dos días intentando sacarte de mi mente, queriendo dejar de ver tu boca y tus increíbles ojos mirándome, pero no puedo —Parece irritado consigo mismo—. Tengo que estar concentrado en la investigación y me encuentro a veces pensando solo en ti con esa ropa de estar por casa y esta cara que tienes. Joder, Ada... —Me clava los dedos en las caderas y yo aún estoy sin palabras con tanta vehemencia—. No sé qué me estás haciendo. Y no está bien. No puede estar bien.

—¿Ah, no? —aún no me creo esto.

—No. Pero no puedo ignorar esto que me está pasando. Ayúdame a sacarte de aquí —Se toca la cabeza con el dedo—. O calma la maldita necesidad que tengo de estar contigo.

Es, probablemente, la declaración más sincera que me han dicho jamás. Sin máscaras y sin argucias. Solo él, en calzoncillos, y sus rutilantes ojos clavados en los míos.

—Tienes una forma muy extraña de demostrar que alguien te gusta, Eric. A mí me desorientas mucho. Yo tampoco quiero estas cosas ni estas sensaciones en mi vida, pero la otra noche yo me lancé y tú...

—Ada —Eric me acerca más a su cuerpo y me obliga a que apoye mis manos en sus hombros—. A ver si te enteras: la otra noche no iba a hacerte todo lo que quería a hacerte estando bollito cerca. ¿Entiendes? Porque yo no solo quiero besarte. Yo no me conformo con un maldito beso.

Ale, buenas noches. Igual se cree que después de eso yo solo quiero besitos y mimos. Tengo a esta hombre hermoso para mí, diciéndome que me desea y, por suerte, yo también a él.

Y tenemos una camilla.

Y esto es peligroso y puede que también suicida, pero no me importa.

—Al diablo —susurro atrayendo su cabeza hacia la mía.

Cuando lo beso, él me recibe con una boca deseosa y húmeda. Nuestras lenguas se frotan suavemente pero, en un santiamén, el beso se vuelve muy caliente y me deja sin respiración. Desliza las manos hacia mi trasero y me masajea los glúteos con los dedos.

Dios, qué gusto... con la de terminaciones nerviosas que hay ahí, me vuelvo más atrevida con el beso y acabo sujetándole el labio inferior con mis dientes. Abro los ojos para mirarlo y él hace rato que hace lo mismo.

—Besas como una diablo —susurra contra mi boca, pellizcando mi trasero sutilmente.

A mí me deja sin palabras lo duro que tiene el miembro, y cómo se clava en mi ombligo, que incluso me da gusto.

—Eric...

—¿Qué? —me pregunta.

Intento ocultar mi rostro en su cuello pero él no me deja.

—No tengas vergüenza conmigo. Me encanta ver tu cara y tus expresiones, Ada. Dime qué te pasa.

—Yo no suelo hacer estas cosas.

—¿Estas cosas?

—Sí. No suelo acostarme con nadie... —Miro nuestros cuerpos tan pegados— así. No sé ni cómo ha pasado.

Él sonríe y su mirada se torna profunda.

—No tienes que darme explicaciones ni tienes que buscarlas. La atracción es descarnada siempre. Ahora mismo apenas puedo pensar en otra cosa que no sea tocarte. ¿Eres tímida?

—Un poco sí... puede ser.

A Eric eso parece calentarle más, porque este hombre parece de todo menos tímido.

—Pues yo estoy a punto de explotar... Solo pienso en follarte. Necesito esto.

Eric se lanza a comerme la boca de nuevo, y en ese momento, se me olvida cualquier idea, argumento o advertencia que pudiera tener para decirle. No tengo nada con lo que defenderme. Ni quiero. El beso que me está dando es pura guindilla. En mis veintinueve años nunca nadie me habló con esa palabra. «Follarte». De hecho, siempre me pareció un poco flagrante e insultante, pero cuando la ha pronunciado Eric, me ha parecido como lanzar una cerilla sobre gasolina. Es decir: una expresión hecha para inflamar.

Me arde la boca y el cuerpo. Le devuelvo el morreo con las mismas ganas y el mismo ímpetu. Eric cuela las manos por debajo de la goma de mi pantalón y también por debajo de mis braguitas negras, y empieza a amasarme las nalgas como si fuera un escultor.

—Sí eres tímida —me dice en voz baja, apresando mis labios con sus dientes blancos—.

¿Pero me deseas?

—Sí, claro...

Y es suficiente. Decirle que sí es la invitación ideal para que un conquistador arrase con una ciudad. Y si levanto el fuerte como voy a hacer, voy a tener que asumir las consecuencias. Y es justo lo que quiero y pretendo.

Me levanta como si no pesara nada, como una pluma, y cambiamos las posiciones. Me deja sentada en la camilla y él de pie ante mí. Admirarlo es un privilegio porque entiendo que todo él es una advertencia que he decidido omitir.

Sus manos queman cuando descienden por mis costillas. No deja de mirarme fijamente. Tira suavemente de mis pantalones de algodón y me los acaba sacando por los tobillos.

Cuando ve mis braguitas, él se muerde el labio inferior y de repente, sujeta mis nalgas con sus manos y jala de mí hasta que mi sexo queda en pleno contacto con su erección, y solo la capa delgada de algodón de nuestras prendas íntimas nos separan.

—¿Estás nerviosa?

Yo resuello y me agarro a sus hombros.

—Un poco... —Trago saliva al sentir la vara gruesa y dura de su sexo haciendo fricción contra el mío, con una maestría que me deja el clítoris hinchado con un par de vaivenes imaginándome lo que me pasará cuando él esté dentro de mí por completo—. Me parece que eres muy grande.

Él no le da importancia.

—¿Y eso te da miedo? —se está frotando con tanta habilidad contra mí que me temo que estoy mojando las braguitas.

—Yo nunca he estado con...

Eric niega con la cabeza y me dirige una mirada de ternura y comprensión.

—No haremos comparaciones. Mira —Toma mi mano y se la mete dentro de los calzoncillos para que le toque el pene. Por Dios... me va a dar un parraque. Está ardiendo y creo que no me cabe en la mano. No puedo cerrar los dedos sobre su tronco. Él cierra los ojos como si le doliera.

—Eric... —digo un poco intimidada.

—Tranquila —me pide él uniendo su frente a la mía—. Estaremos muy bien. Te va a gustar.

Y ya no puedo decir nada más. Él vuelve a besarme, y yo no puedo dejar de acariciarlo con la mano. Se bambolea en mi mano. Su cuerpo monumental, sus tendones tensándose a cada envite... es lo más glorioso que he contemplado en mi consulta y en toda mi vida.

Me aparta la mano suavemente.

—Si sigues me voy a correr en nada —murmura con el puente de la nariz sonrojado.

Me deja los brazos hacia arriba para quitarme la camiseta. Y a una velocidad increíble me quedo sin sujetador.

Él se aparta un poco para contemplarme y veo cómo su erección palpita contra los calzoncillos.

—Te prometo que voy a intentar tener paciencia —arguye—, pero no sé si voy a poder...

—La paciencia es para los que se creen que son eternos. Yo soy muy mortal —le aseguro con los ojos vidriosos. Necesito todo lo que tenga— y me importa muy poco que eso que tienes ahí entre las piernas pueda matarme.

Eric se echa a reír, y con una sonrisa de oreja a oreja que arrulla mi pobre corazoncito me tumba en la camilla apoyando una mano sobre el centro de mi pecho de modo que me quedo atravesada sobre la superficie y mi pelo castaño cae como una marea hacia abajo.

Arrastra mis braguitas por mis muslos y pantorrillas y me las saca por los tobillos. Las ha

lanzado al suelo como si fueran un clínex.

Antes de quitarse los calzoncillos, hace algo que me deja aún más trastornada. Se saca un condón del bolsillo diminuto que tiene la prenda interior por fuera.

—Hay que ir siempre preparado —muestra el profiláctico.

—¿En serio llevas un condón en los calzoncillos?

—Sí. Uno nunca sabe hasta dónde hay que esperar, y queda muy mal después ir a buscar los pantalones e ir a por él.

—Tu mente es fría y calculadora. —Pero me hace gracia. Es verdad que cortar la escena para ir a buscar un condón es un rollo. Aunque nunca me he sentido tan ansiosa como para no poder esperar, cosa que ahora sí me siento.

Él se quita los calzoncillos y me deja ver todo lo que la genética ha decidido volcar en sus atributos. Está tan tieso que el congestionado glande sobrepasa su ombligo. Tiene una mata de pelo negro coronando la base del pene, que es grueso y ligeramente venoso, y sé, porque lo he tocado, que es muy suave. Y los testículos van acorde con el tamaño. No quiero hacer una clase de anatomía con él, pero desde luego que me interesa.

Eric se coloca entre mis piernas y me cubre con su torso. Deja el condón sobre la camilla, al lado de mi cabeza y a continuación se agarra a la parte de la superficie que sobresale por encima de mi coronilla. Ha encerrado mi rostro entre sus antebrazos para volver a besarme hasta dejarme narcotizada.

En este tiempo él frota su polla contra mi vagina, que la siento húmeda y resbaladiza, y creo que empiezo a tener un orgasmo clitoriano.

—Oh, Dios... mierda —gruño cerrando los ojos con fuerza. Sí, me estoy corriendo solo con el roce y el leve contacto.

—Ada, qué bien... —dice con deleite sobre mi oído, sin dejar de moverse—. ¿Te estás corriendo?

—Mmm... sí —contestó disfrutando con cada espasmo.

Él me muerde el lóbulo de la oreja y dirige su mano hacia mi entrepierna. Cuando posa los dedos en mis labios externos y palpa mis excitación se le cambia la cara. Como si estuviera a punto de perder el control.

—Te has deshecho —susurra dibujando círculos con sus dedos en mi clítoris y entre mis labios internos. Clava los ojos en mis pechos y sin dejar de toquetearme por abajo, abre la boca y empieza a lamerme un pezón.

Este hombre es un experto, que no me digan a mí... Vamos. Cualquier cosa que hace con su lengua replica en mi vagina y me dan espasmos. Qué deliciosa locura...

—Tienes unos pezones preciosos. Pequeños y rosas. —Acaricia uno de ellos con su mejilla. Y entonces abre la boca y cierra sus labios entorno a él. Lo engulle y lo empieza a succionar. Lo mama con intensidad pero también con gentileza, jugando con su lengua sobre él.

Y de repente tantea con uno de sus dedos en mi entrada y lo introduce poco a poco, y tal y como lo hace se da cuenta que empiezo a palpar... y lo retira. Yo lo miro recriminándole pero él me niega con la cabeza y me dice:

—Voy a entrar y vas a correrte conmigo. Quiero notar cómo me agarras.

Si solo con que me diga eso ya puedo tener un orgasmo. ¿Por qué es tan explícito? ¿Los hombres son tan explícitos? No entiendo nada. Es un sueño. Me encanta.

Se agarra el pene por la base, está duro y el glande le va a explotar. Coge el paquetito plateado del profiláctico, lo rompe, lo saca y se lo pone con presteza. Él me aplasta más contra la camilla, porque parece que no quiere que me mueva ni un pelo, como si me colocase en el

ángulo perfecto para él y vuelve a cubrirme el otro pezón con la boca. Adelanta sus caderas, juega un poco con mi entrada y se mete dentro de mí, pero no demasiado. No puede llegar más lejos porque dejo ir un grito que no pretendía emitir, pero estoy tan desbordada por esa invasión que me he quedado en shock.

Eric se queda muy quieto encima de mí, y se apoya en los codos para mirarme preocupado.

—Joder, Ada... ¿Estás bien?

Cojo aire por la boca e intento relajarme pero no puedo, no sé. Es como si intentara entrar un alien por mi vagina.

—Ada, nena... —susurra intentando retirarse.

—¡No! —le pido deteniéndolo—. ¡Ni se te ocurra! No te salgas...

—No quiero salirme —me jura—. Es lo último que quiero, pero... —mira hacia abajo—. No quiero hacerte daño. ¿Por qué estás tan apretada...? —expresa muy asombrado—. Si pareces virgen.

—Te he dicho que no suelo hacer estas cosas —respondo cubriéndome la cara con las manos. Me tiembla la voz. Estoy abierta de piernas en una camilla con un cipote del tamaño de una berenjena en el interior de mi cuerpo. ¿Puede ser más surrealista esto?

—Está bien... está bien —Eric se bambolea muy suavemente y me cubre los pechos con las manos—... Tranquila. Aún queda —me advierte—. Con cuidado... —se repite a sí mismo.

Vuelve a cernirse encima mío y me sujeta el pelo con las manos. Y me mira intentando entrar, pero cuando ve que me duele, se detiene. Con una mano hurga entre nuestros cuerpos, se retira un poco y vuelve a atormentar mi clitoris con dos de sus dedos.

Y sí. Es intenso y bastante complicado de albergar, pero sus dedos hacen magia. Me toca tan bien que empiezo a dilatarme, y aunque me parece grotesco, solo quiero más. Le rodeo la cintura con los tobillos y los hago descansar sobre su zona sacra.

Los gemidos me salen del fondo de mi garganta sin querer. Eric está entrando y suda muchísimo. Es un horno. Entonces entiendo que se está esforzando mucho en controlarse y en no lastimarme y eso me hace sentir bien y cuidada, y agradecida. Me está sorbiendo el pezón y es tan endemoniadamente erótico que aunque no ha entrado del todo siento que me queda poco para correrme.

—Eres muy estrecha —dice sin dejar de mover sus caderas. Me mordisquea el pezón y acaricia el clitoris al mismo tiempo.

Oh, sí... Ahí está. La sensación eléctrica, el placer supremo arremolinándose en mi vientre, muy adentro de mi útero, ocupado y ensanchado por parte de la verga de Eric.

Lo beso y Eric me introduce la lengua en la boca, y vuelve a adelantar las caderas para meterse solo un poquitín más. Sus dedos no paran y estoy tan hinchada que si fuera un globo explotaría ahí mismo.

Y exploto, pero de otro modo. Desde dentro. Un orgasmo que barrería una ciudad entera estalla detrás del ombligo hasta lamer con su lengua de fuego todo mi sexo y ponerlo a palpar desesperado. Me da tanto gusto que incluso, aunque noto cómo él aprovecha eso para meterse más en mi interior, y a pesar de que me duele, es un dolor gustoso que roza demasiado el placer.

Eric dice algo en mi oído y gime roncamente, y empieza a mover las caderas como un pistón.

Sé que no me penetra hasta el fondo, pero me da igual si me parte en dos. Estoy encadenando otro jodido orgasmo, nunca mejor dicho. Me agarro con fuerza a sus hombros y él se empieza a correr cuando lo estrangulo con las paredes internas de mi útero.

Está eyaculando y la camilla se mueve hacia todos lados. Como mi alma, que no sabe si

salirse del cuerpo y volar, o quedarse para que la maten a clímax.

No sabría decir cómo de larga ha sido mi última explosión, pero la de él no ha tenido nada que envidiar. Está encima de mí, respirando pesadamente. Me duelen las piernas de mantenerlas abiertas y tengo una irritación gustosa a la par que incómoda en la vagina.

Estamos los dos agotados. Lo tengo en mi interior, abrazándolo en esa posición poco ortodoxa pero demasiado íntima.

No sé qué tengo que decir, pero sí sé lo que me gustaría hacer. Si tuviera una ducha en mi consulta, lo metería conmigo y lo mimaría. Porque es justo lo que necesito yo en este instante. Eric ha removido muchas cosas, no solo el suelo y la camilla. Y eso me deja en una posición vulnerable y en inferioridad de condiciones. Porque no le he mentado. No hago estas cosas.

No follo con tíos que acabo de conocer hace una semana, y mucho menos conecto emocionalmente con ellos, pero con Eric ha sido inevitable hacerlo. Como si nuestras terminaciones nerviosas pudieran reconocerse las unas con las otras. Es absurdo. Ridículo. Pero no niego la existencia de los fantasmas, porque los veo. Y tampoco voy a negar la existencia de la magia entre un hombre y una mujer, porque la acabo de conocer.

Ya no es que esté en un lío.

Es que es una catástrofe.

Cuando Eric se medio incorpora, él sigue en mi interior. Mira hacia abajo sorprendido de sí mismo.

—¿Te he hecho daño?

—No —digo suavemente llevando una mano a su mejilla—. Estoy bien.

Pero a él hay cosas que no le cuadran nada. Lo percibo.

—¿Cuánto tiempo hacía que no estabas con un hombre, Ada?

—Ya te lo he dicho —digo un poco cortada dejando caer la mano—. Bastante tiempo.

—No puede ser... es que es imposible —dice frustrado.

No me gusta el tono que usa, me hace sentir muy desnuda de piel.

—¿Qué es imposible? —quiero saber—. Ya te he dicho que no hago estas cosas.

Él me mira de arriba abajo.

—¿Te has visto? Tú pondrías duro hasta a un muerto. Eres un puto hechizo andante —dice malhumorado.

—Me encantarían esos piropos —digo con ironía— si no tuvieran ese tono de cabreo supino que tienen.

—¿Cómo no has tenido sexo con nadie en tanto tiempo? ¿Es que aquí están todos ciegos?

Estoy un poco perdida con su reacción. Me temo que Eric siempre ha pensado que soy un poco más liberal. Tal vez por sus prejuicios o no sé por qué, pero va muy mal si cree que soy una máquina de hacer sexo.

Él se sale poco a poco de mi interior y rápidamente corre a ponerse los calzoncillos. ¿Qué es lo que está yendo mal? No entiendo absolutamente nada.

—¿Qué te pasa? —me incorporo en la camilla y lo miro pidiéndole explicaciones—. ¿He hecho algo mal? ¿Me están saliendo serpientes en la cabeza?

Eric se detiene un momento para ponerse los pantalones, la camiseta y el calzado. Y cuando ya está listo, se vuelve a colocar ante mí, incómodo y malhumorado.

—No. No tienes serpientes en la cabeza.

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo. Me enfado conmigo mismo. No tengo más condones, como vaya más lejos lo podría romper y mi polla no entiende que no puede continuar... podría hacerte

daño y yo ya no tengo mucho autocontrol.

—¿Me tomas el pelo? —Por cierto, a saber cómo tengo el pelo ahora mismo. Seguro que soy Bitelchús.

—No te tomo el pelo —dice él—. Si esto vuelve a pasar, no debería ser aquí. —Se acerca a mí y apoya sus manazas a cada lado de mis muslos. Intenta ver a través de mí—. Te quiero muy cómoda.

—¿Sabes que eso ha sonado muy porno? —digo sin pensarlo demasiado.

Eric deja caer la cabeza y cuando alza el rostro los ojos le brillan divertidos. Mira mi desnudez y se queda más tiempo de lo normal en mi sexo desnudo. Cierro las piernas.

—¿De dónde has salido tú? —sus ojos negros me evalúan como si viviera en una casita en la base de un árbol.

—De donde salimos todos.

—Eres un misterio, Ada —sacude la cabeza contrariado. Se aparta hasta estar a un metro de mí—. Distráeme, por favor.

—¿Qué dices?

—Distráeme —me urge—. Haz que piense en otra cosa que no sea en torturarte sexualmente durante horas. Te invito a comer.

Parpadeo consternada. ¿Qué hay de malo en ser torturada?

—Eh... bueno, está bien.

Me voy a bajar de la camilla y él resopla frustrado, mira al techo y se dirige hacia la puerta hablando entre dientes y rezongando.

—Es que no puedo estar encerrado aquí contigo. Maldita ninfa...

Cierra la puerta de un portazo y yo me quedo que no sé en qué realidad estoy, ni si soy o existo. Acabo de tener el polvo más increíble de mi vida. Y es la primera vez que un hombre tiene la capacidad de refrenarse y de tener consideración así por mí. Ni siquiera Dani, que era de correrse y quedarse inconsciente muchas veces, pensaba en mí demasiado.

Y aquí tengo a este superdotado de mirada cálida y de un brillo oscuro, que sigue empalmado y que se niega a hacer nada más conmigo porque no me quiere lastimar.

¿Dónde está la cámara oculta?

16. Epitafio: «Estos días se me están haciendo eternos».

Con todo su empalme me lo he traído a comer a la arrocería Nox. Soy muy fan de los arroces, porque como no me lo suelo hacer en casa, me encanta que me lo preparen. En realidad, soy fan de toda la comida que me hagan los demás.

El restaurante está en la plaza central, a un tiro de piedra de mi casa.

Me cuesta prestar atención a lo que me rodea porque solo puedo verlo a él. Es como un vórtice. Percibo a un caminante en las mesas de afuera del Nox. Lo veo a través de los cristales del restaurante, pero no le puedo prestar atención. Y creo que tampoco la quiere. Está sentado al lado de un señor que se está tomando una cerveza, viendo entretenido un periódico deportivo. Le habla como si lo conociera de toda la vida. El otro, como es natural, no se entera de nada.

Parece que esté diciéndole algo sobre la actualidad deportiva. Cosas como «Mira, te dije que este chaval no era bueno para el equipo. ¿Te lo dije o no? Ya... claro, ahora todo son prisas para venderlo. Es malo a rabiar... ».

Es que lo que diga no me importa. Porque cuando tienes a un hombre como Eric mirándote con esa intensidad sin cobijo ni disfraz, parece que te quedas desnuda. Y sí, he estado desnuda en la camilla, pero este nivel de exposición es diferente.

—El arroz que hacen aquí es muy rico. Espero que te guste.

—¿Vienes mucho?

—A veces.

—¿Con quién?

—Con Bea.

Él asiente como si tomara nota.

—Por favor, deja de mirarme así —le pido atribulada.

—¿Así cómo? —entrelaza sus dedos y apoya la barbilla en sus nudillos sin dejar de memorizar mi rostro.

—Así...

—Es que... eres atípica.

Y eso que no sabe de la misa la mitad.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso tengo tres ojos en la cara? ¿Con qué mujeres sueles estar tú? —tomo la servilleta y me concentro en abrirla y colocarla bien sobre mis piernas.

Se encoge de hombros.

—Otras mujeres.

—Ya me imagino... —murmuro—. ¿Y que yo sea atípica es bueno o malo?

—Refrescante y... turbador.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Puedo hablar de cualquier cosa que haga que deje de pensar en bajarte esos pantalones otra vez y hacerte todo lo que me gustaría. ¿De qué quieres hablar?

Me he quedado de piedra. Ay madre mía. Aún lo siento a él tan poderoso entre las piernas y esas palabras han hecho que me excite sin pretenderlo. Y me lo ha dicho como el que dice que tiene cita con el dentista a las seis. Y luego la atípica soy yo. Igual Eric se cree que todos los hombres del mundo tienen esa personalidad magnética y hermética como la suya, y ese cuerpo y rostro que rozan lo inmoral. Pero erra en todas sus suposiciones. No son así. Y yo no soy atípica. Simplemente, me considero una mujer normal y corriente. Tal vez él siempre ha estado con mataharis y supermodelos.

—No sé —hago como que pienso—, ¿y si me cuentas qué había en el móvil que cargué tan amablemente en mi casa hace dos días?

A Eric parece gustarle el tema que sugiero, aunque tiene las reticencias propias de un Inspector al hablar del caso que está investigando.

—La verdad es que, una de las razones por las que he querido venir a verte hoy, además de porque no aguantaba más, era para contarte esto. El móvil pertenecía a Joaquín. Solo tenía un número de teléfono grabado. Y unos whatsapps que él enviaba al mismo número y nunca tenían respuesta.

—¿De quién era el teléfono que había en su agenda?

Eric pone cara de no creérselo todavía.

—Era de Svetlana. Joaquín tenía una relación personal con ella. Una relación íntima.

—¿Entonces acerté un poco?

Él afirma con la cabeza.

—En los últimos whatsapps que Joaquín le envía tiene un tono recriminatorio hacia ella. Joaquín le decía que quería liberarla de la Trata y que se la quería llevar muy lejos. Que aprovechara el dinero que ella sacaba de los «tratos» y que se fugara con él. Al parecer, Joaquín quedaba con Svetlana en el parque del restaurante de la Moixina. Donde me llevaste —me recuerda.

—Sí. ¿Y a qué se refería con los «tratos»?

—Muy posiblemente a drogas. En Alicante y en Madrid, los grupos que están siendo investigados usan a las mujeres que tienen explotadas para captar clientes con su droga. Es otra manera de proceder. Un dos en uno que hasta ahora nunca habíamos visto. Es más, creemos que las usan como mulas entre clientes. Tenemos que averiguar si mueven la misma sustancia y, si es así, habremos dado con uno de los cruces principales de la investigación, con los puntos de conexión entre los que actúan en las tres comunidades.

—Droga... —digo fingiendo asombro—. ¿Qué tipo de droga?

—Es nueva y nos preocupa bastante porque es como un LSD potenciado. Hace mucho daño al cerebro. En Girona ya tenemos tres casos de chicos ingresados debido a la ingesta de la misma sustancia. En Madrid y Alicante unos cuantos más.

—¿Y crees que lo que mueve Svetlana es la misma droga?

—No lo sé. El problema es que esta droga te puede provocar una especie de shock anafiláctico, y cuando las víctimas se despiertan, no se acuerdan de nada. Les provoca amnesia. Por eso cuando les interrogamos para preguntarles quiénes se las vendieron, no son capaces de darnos ni un solo dato.

—Dios, qué pena...

Eric piensa como yo pero él parece mucho más afectado.

—¿Y en qué estás pensando ahora? —digo interesada.

—En que Joaquín sabía quién era Svetlana y qué hacía... y aun así se enamoró y ocultó pruebas a la policía —su expresión vira a una más prudente—. Formaba parte de la operación y

lo omitió por completo. Anuló todos los datos respecto a Paréntesis y la estancia de la rusa. Solo lo nombró por encima, hasta el momento en que se fue. Y en ese tiempo él continuó viéndola. Dejó la investigación y se centró en ella.

—Se enamoró y la quiso proteger.

—Qué tonto fue. No solo eso. Estaba pillado porque Svetlana se había quedado embarazada. ¿Te lo puedes creer?

No puedo decirle que todo lo que me está contando ya lo sé por boca del muerto. Así que pongo cara de circunstancias. Sin embargo, Joaquín me dejó muy claro que le habían tendido una trampa. Quiero saber qué piensa al respecto.

—¿Todo eso lo has sacado de la conversación de whatsapp de su móvil?

—Sí.

—Y si Joaquín, digamos, que interrumpió la investigación por amor hacia Svetlana y a él lo matan cuando se supone que va a encontrarse con ella esa noche, ¿qué crees que pasó en realidad? Esa chica está desaparecida y a tu amigo lo dispararon por la espalda y no solo eso, alrededor de su cadáver había bolsas de drogas... ¿qué tiene que ver Joaquín con todo eso?

Eric me va a contestar pero entonces se acerca la camarera.

—¿Qué os pido, bonita?

Es Maribel. Casi siempre me atiende ella. Una chica rellenita y de hermosos mofletes, siempre muy risueña.

—¿Qué te gustaría tomar, Eric? —le pregunto.

—Lo que tú pidas estará bien —contesta él cediéndome el mando—. Seguro que me gusta.

—Entonces... pediré un arroz a banda para los dos.

—Perfecto —Maribel apunta el pedido en el móvil—. ¿Para beber?

—¿Una jarra de clara sin alcohol? —miro a Eric esperando una respuesta afirmativa—. Tendrás que conducir después.

Él sonríe como un animal famélico mientras me mira de arriba abajo.

—Sí, me gusta —contesta Eric.

Maribel mira a Eric de reojo y se enrojece como una granada. Yo estoy más o menos igual, así que me remuevo en la silla y mantengo el impulso de darle una patada en la espinilla. Cuando la chica se va, lo regaño.

—¿Por qué haces eso?

—¿Por qué hago el qué?

—Eso... —lo señalo nerviosa—. Esa cosa con los ojos.

—¿Mirarte?

—¡Sí! —exclamo.

—Si no fueras tan bonita no te miraría tanto.

Me quedo callada. En boca cerrada no entran moscas. Eric tiene que parar y tiene que dejar de ser tan intenso y de decir esas cosas porque una no es de piedra y tiene su corazóncito.

—Eres muy peligroso —digo en voz baja.

—No soy peligroso —contesta—. Pero no puedes poner a un león en una celda con un corderillo, porque solo piensa en comérselo —sonríe de oreja a oreja y me remata ya del todo.

Y pensar que este hombre tiene una hija y es papá... Voy a sufrir un aneurisma pronto.

—Como te dije, no he dicho nada a nadie de la comisaría sobre el teléfono hallado. Pero me puse rápidamente en contacto con mi comisario de Alicante para transmitirle toda la información. Ellos ya lo tienen todo. Y me van a ayudar a distancia. Normalmente, el maletín de escuchas tiene un procedimiento para pedirlo pero, dado que mi investigación es paralela, me

han facilitado otro maletín. Mejor dicho, lo he encontrado yo.

—Eres como un infiltrado en tu propio cuerpo. ¿Qué es un maletín de escuchas?

—Es tecnología punta, un sistema de escuchas que es utilizado por las fuerzas del orden. Por la Policía, Guardia Civil y el CNI. Cajas portátiles que en su interior llevan receptores IMSI. Se hacen pasar por una antena de comunicación móvil. Si el maletín está en una zona, cuando los móviles de alrededor llaman se conectan a esa antena IMSI, porque la confunden con una antena telefónica real. Y puedes escucharlo todo.

Cualquier conversación?

—La que quieras, del terminal que quieras. Pero no puedo disponer de un maletín oficial porque eso sería pasar por altos estamentos de la comisaría, y destapar mi investigación paralela. En tres horas tengo que ir a la agencia de transporte porque ya me ha llegado mi maletín personal.

—¿Tú puedes conseguir eso?

—Sí.

—¿Es legal?

—No.

—¿Entonces?

—Tampoco es legal lo que imagino hacerte encima de esta mesa —suspira—, pero ¿qué le vamos a hacer?

Dejo ir una risita nerviosa.

—Te gusta mucho poner nerviosa a la gente.

—Solo a ti. Eres muy susceptible. —Me da golpecitos suaves con su pie en mi zapatilla—. Solo tengo buenos contactos. Después de tantos años en la policía, sé cómo moverme y con quién.

—Ah... y... ¿vas a ir tú solo a hacer esas escuchas?

—Sí. Iré para ver el radio de acción de ese móvil y con qué líneas más interactúa y dónde ubicarlas. Tengo muchas horas por delante.

—¿Y ya sabes dónde tienes que ir y dónde va a estar ese móvil?

—Sí —me contesta sin más. Estoy convencida de que tiene más información, pero es cauto y no me lo quiere decir. En algunas ocasiones tengo la sensación de que no se fía de mí.

—¿Es en la capital o en los municipios de alrededor?

—En la capital. En los whatsapp que Joaquín dejó escritos en el móvil hay muchísima información —me mira fijamente.

Yo pongo cara de estar más desorientada que la madre de Marco. Pero no le voy a insistir. Él verá lo que me quiere contar y lo que no. Continúo con mi curiosidad en otra dirección.

—Si es el móvil de Svetlana, no debería tener cobertura, porque ella ha desaparecido.

—Pero lo tiene. Está activo.

—Madre mía, qué emocionante... ¿Y esto no es peligroso para ti? Me refiero a trabajar a espaldas de tu propio equipo.

—Tengo el respaldo de Jefatura de Madrid y de Alicante para hacerlo. En realidad, yo formo parte de la investigación de ellos.

—¿Pero eso no es injusto para los de aquí?

—Será injusto solo para los que estén en el ajo.

—Claro. ¿Y sospechas de alguien?

—De todos. Por eso es tan importante las escuchas, para empezar a discernir y a apartar la manzana podrida de todas las sanas. Y otra cosa que tengo muy claro es que la droga de los

Verdes se puso alrededor del cadáver de Joaquín como maniobra de distracción, para dejar el caso cerrado pronto. Los verdes no son tan torpes. Alguien lo hizo. Yo estoy trabajando con el Gati para encontrar teléfonos y nombres coincidentes y buscar la relación entre el grupo de Trata que actúa en las tres comunidades. Voy a encontrar el hilo conductor como sea. Pero me temo que no solo es Trata, también es droga. Por eso sé que estoy detrás de algo muy gordo y que tengo que ser muy discreto —me advierte—. Espero que no hables de esto a nadie. Absolutamente a nadie.

—¿Y con quién quieres que hable? —pregunto.

—Bien.

—Debe de ser terrible no poder confiar del todo en tu equipo —murmuro poniéndome en su piel.

—En todos lados cuecen habas, Ada. La corrupción es una de las lacras de la policía y de la política. No todos somos personas íntegras aunque llevemos placa. Pero lamento mucho que esto haya golpeado a Joaquín y que se haya cegado por alguien así... Svetlana le dijo que estaba embarazada. —Noto perfectamente en su tono que está disgustado—. Joaquín era un tío íntegro en ese aspecto y no iba a abandonar a ese crío ni a esa mujer. Estaba cogido por las pelotas.

—¿Crees que Svetlana sigue viva?

—Son varios días desaparecida, y con la conversación que hay en el móvil de Joaquín — sacude la cabeza—, me temo que no. Ella tuvo que pagar por su indiscreción porque los del Este son así. Pero tenemos que averiguar qué han hecho con ella y qué hay detrás de todo esto. Su móvil está activo y si encontramos quién lo tiene y cómo lo mueve y con qué otros teléfonos tiene contacto, podríamos avanzar mucho en la investigación.

Sin embargo, yo barajo otra información. Lo que me dijo Joaquín sobre Svetlana es distinto. Ella le dijo que la compañera de piso estaba también bajo el control de la Trata, que ambas trabajaban igual coaccionadas, prostituyéndose y pasando droga y que su controlador estaba cerca y les exigía el pago de los beneficios una vez a la semana. ¿Quién está mintiendo? ¿Cómo le digo a Eric lo que creía Joaquín? No puedo.

—Hay algo que no entiendo —digo un poco dubitativa.

—¿El qué?

—Tu papel tiene mucho riesgo y estás tratando con gente muy peligrosa a la que no le importa chantajear ni extorsionar. ¿Por qué has venido aquí con tu hija? ¿No la estás poniendo en peligro?

El asume mis palabras y no parece ofenderse.

—A mi hija nadie le va a tocar un pelo. Y quien se atreva a hacerlo está muerto —sentencia como un asesino letal.

Eso me pone más que cualquier cosa, pero también me da que pensar.

—¿No te hubieras atrevido a dejársela con tu madre?

—No puedo dejársela a mi madre —contesta con resquemor—. No durante tanto tiempo. Y no después de que nuestra relación se enfriase tanto cuando decidió vivir más para los muertos que para los vivos. Además, no quiero que nadie cargue con mi responsabilidad. Y quiero ver crecer a mi pequeña, poder hablar con ella y saber qué necesita, por eso intento perderme lo menos posible. Pero no está siendo fácil. ¿Sabes? He encontrado un esplay infantil cerca de la Comisaría. Lo abrirán después de San Juan. La Oreneta, se llama.

—Qué bien que puedas encontrar un sitio así cerca de tu trabajo. Al menos te apañará de cara al verano y te ayudará a ir más desahogado. ¿Tu vecina sigue con la niña enferma?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacer con Ariel estos días? —digo con curiosidad—. Vas a estar muchas horas haciendo escuchas, ¿no? ¿Dónde va a estar la niña?

—Estoy intentando solucionar el tema.

Se frota las manos con inquietud. Eric aún no tiene un plan para eso. Me lo imagino, me pongo en su lugar y me da mucha ternura, porque un hombre solo en una nueva ciudad, con la que le va a caer encima y con un bombón de cuatro años agarrada a sus pantalones necesita mucha logística de por medio.

—¿Cuál es tu plan inmediato para hoy?

—¿Mi plan inmediato? —me mira de arriba abajo—. No quieras saberlo.

Entorno los ojos. No sé llevar a hombres como Eric. En absoluto. Los chicos con los que he estado, incluso mi expareja, Dani, era otro tipo de hombre, siempre educado, siempre diplomático y apasionado y visceral lo justo. Eric, en cambio, es el maldito fuego original. Sé que es injusto hacer comparaciones, porque Eric las ganaría casi todas en muchos sentidos. Pero es inevitable porque este hombre que tengo enfrente es otra especie de macho. Más primal y sin florituras ni argucias.

—¿Con quién vas a dejar a Ariel por la noche? —le pregunto más directamente.

—Con una compañera.

—¿Con una compañera? —pregunto sin comprender.

—Sí, bueno, de hecho —se rasca la nuca—, es la señora de la limpieza de la Comisaría. Mari Carmen. Ella se hará cargo.

Entrecierro los ojos y hago tamborilear mis dedos sobre la mesa.

—Yo a partir de las seis estoy libre, Eric. Si quieres, puedes traérmela. En casa estará bien. Y tú, mañana, cuando regreses, la pasas a recoger.

—No. No hace falta, pero muchas gracias.

Me sorprende su negativa, pero algo me dice que no insista más. Eric es celoso y protector con Ariel. Y tiene que sentirse muy cómodo y con mucha confianza para dejar a su hija con alguien. No se lo voy a tener en cuenta y ni voy a pensar que soy buena para tener sexo pero no para hacer de canguro de una niña de cuatro años.

Mierda, ya lo he pensado. Y me escuece un poquito.

—Mi propuesta seguirá en pie, por si cambias de idea —añado como un apunte final. Veo por el rabillo del ojo que nos traen la jarra de clara, pan y el arroz a banda recién hecho y humeante—. Ahora —le guiño el ojo—, prepárate para saborear el arroz más increíble de tu vida.

—El arroz más increíble de mi vida, hasta ahora, lo he probado en el Arrús, en Alicante —me explica.

—Bueno —sonrío—, siempre hay que dar la bienvenida a las cosas nuevas y buenas.

Eric sonríe con timidez y esos gestos me afectan y me llegan más adentro que las miradas ardientes.

—Probaremos el arroz, entonces —sentencia.

Desde el cristal de afuera, el caminante me está mirando. Parece interesado en lo que sea que yo emito. Y por ahora intento irradiar distancia y advertencia para que no se acerque y no me moleste.

Si quiere una cita conmigo, que espero que no, ya sabrá cómo encontrarme.

No hago visitas fuera de consulta.

17. Epitafio: «Soy actor y en esta película me ha tocado hacer de muerto».

Acompaño a Eric hasta el coche. Me gusta caminar y ha ido bien para bajar el arroz y el postre. Un tiramisú que es una bomba calórica y de alegría. Como soy tonta me he pasado todo el trayecto imaginando que él me cogía de la mano. Pero no lo ha hecho. Sé que no tengo que pedir ni exigir y que las relaciones entre hombres y mujeres en la actualidad son así, de polvos sin compromisos y de «aquí te pillo y aquí te mato». A pesar de eso, creo que tengo un talante más clásico, y no me dejo llevar así como así porque siempre he considerado que en mi cuerpo no entra cualquiera. Y esta vez he dejado entrar a Eric. Y no me arrepiento. Porque él me encanta. Hay algo que me atrae, que me seduce constantemente y que me anima a tener sueños y deseos románticos. Soy tonta, ya lo sé. Pero no lo puedo evitar.

La comida entre los dos ha ido sobre ruedas. Hemos hablado de muchas cosas, puede que nada demasiado personal, pero me he encontrado muy cómoda y muy deseada. Sus miradas a veces me cohibían, y eso me ha hecho pensar que, de no tener que ponerse a hacer escuchas, probablemente, estaríamos en la cama todo el día, hasta que tuviese que ir a recoger a Ariel. Se ha muerto de la risa cuando le contaba algunas anécdotas que me han pasado con Bea. Como el día que iba tan borracha que entró en el jardín de la casa de su vecino y empezó a decir: «Que se joda FarmVille». O cuando llamó a un taxi para que la llevaran a su casa, cuando ella misma había organizado la fiesta en su terraza.

Sé que Eric se lo ha pasado bien, y le brillaban los ojos. Como a mí, y eso que ninguno de los dos tenemos fiebre.

Quiero pensar que de tener tiempo habríamos ido a mi casa a continuar con lo que empezamos en mi consulta, porque no me gustaría ser un revolcón para quitarse el picor y ya está.

Al llegar a su coche, él ha abierto la puerta y la ha sostenido con la mano. Parece que no quiera irse.

—Ada, me lo he pasado muy bien —es muy sincero.

—Y yo —contesto.

—Me gustaría no tener que trabajar hoy. Pero, en cierto modo, gracias a ti y a tu providencial torpeza, tengo que hacerlo.

Yo sonrío, porque recuerdo cómo tiré la lámpara al suelo. Y gracias a eso encontró la llave.

—Ten cuidado hoy —le he pedido.

—Estaré bien —se coloca las gafas de sol. Con una mano me acerca por la cintura y me pega a su cuerpo suavemente—. Eres muy bajita.

—Déjalo ya.

Eric se echa a reír. Une su frente a la mía y me mira a través de los cristales.

—Y eres un rompecabezas para mí.

—¿Y por qué no dejas de romperte la cabeza —le toco la sien con un dedo— y te relajas un

poco? Soy completamente inofensiva.

Él suspira y hace una mueca.

—Me gustaría —Se lo está pensando, hasta que añade—: Poco a poco.

—Poco a poco —asiento.

Eric baja la cabeza y me besa suavemente, aunque su mano en mi cadera se tensa y me sujeta con fuerza. Creo que está amarrando a sus demonios internos, y de verdad que me gustaría saber qué le pasa y por qué no se deja ir. Pero no le voy a presionar. Cuando me suelta, se mete inmediatamente en el coche y antes de arrancarlo me dice:

—Te llamaré.

Yo afirmo bajando la barbilla.

—Espero que lo hagas.

El coche arranca y yo me aparto ligeramente para verlo partir. Me siento como en las películas del Oeste, cuando la mujer de la pradera se queda mirando cómo su vaquero se aleja a caballo. O peor aún, cuando Pocahontas se despide de John Smith desde lo alto del acantilado al final de la película.

Qué patética soy.

Lo peor es que esta sensación de ensoñación no se va. Y asumo que estoy descarriada y sin rumbo en la carretera del amor loco.

Me ha dado fuerte con Eric.

Me estoy prenamorando.

Cruzo el puente de Besalú y miro el agua del río Fluviá fluir y correr como si en la vida nada tuviera que detenerse. Ni la vida, ni la muerte.

Y ni mucho menos, el amor.

Al llegar a mi casa, Bicho viene a saludarme con una de mis zapatillas en la boca. Mis sentidos de mediadora me alertan de que hay alguien más en casa, además de mi abuela, a la que veo sentada en el sillón del porche. Cuando entro al salón, a través de los cristales que dan al jardín, encuentro al caminante del Nox. Está parado en la puerta, esperando a que le den la vez. Mira la campana con extrañeza, porque no sabe si la debe tocar o no.

Me impresiona la actitud de algunos caminantes, como si todavía acarrearán con su cuerpo en carne y hueso, y tuvieran muy marcados los aspectos de la personalidad que sus cerebros físicos mapearon. No soy psicóloga y no sabría decir cuánto de mente hay en el alma ni al revés. Ni siquiera estoy convencida de que haya diferencias entre alma y espíritu. Pero sé que los caminantes, vengan de las esferas de existencia que vengan, vienen hacia mí.

No es la hora para atenderlos. Se lo hago saber con la mirada, pero entonces él dice:

—Soy Fran. Vengo a preguntarle algo.

Miro el reloj. ¿Para qué tengo un cartel de bienvenida a los fantasmas en la entrada si no respetan los horarios? Al final, como no me sale decirle que no, bizqueo un poco y me siento en la mesa donde recibo las visitas. Saco mi libreta de apuntes, tal y como me recomendó mi abuela, y abro a un nuevo cliente etéreo. Le indico con la mano que pase.

El señor atraviesa la puerta como si nada y se coloca al otro lado de la mesa, en frente mío. Ahí está, con el pelo blanco y cano, un roal en la coronilla y barba de marinero. Casi viste como uno de ellos.

—Esta es la primera vez que entro en esta casa —asegura observando todo el mobiliario con curiosidad—. Siempre me llamó mucho la atención, porque nos atrae a todos.

—¿Esta casa atrae?

—Sí. Es por lo que hay debajo.

Cuando las frases esconden secretos algo escalofriantes se me pone la piel de gallina como si mi cuerpo reaccionara a la información antes de que sea pronunciada.

—¿Lo que hay debajo?

—Sí —contesta—. Pero no estoy aquí para explicarle nada. Estoy aquí porque sé que puede verme. Y vengo a pedirle una prórroga.

—¿Cómo? —no comprendo nada. Me quedo con el boli en la mano suspendida—. ¿Una prórroga de qué?

—Quiero que hable con ella.

—¿Con quién?

—Con la Muerte.

Parpadeo una vez. Dos. Hasta tres veces.

—¿El qué? —mi voz sale fina como un hilo, producto del miedo y el respeto.

—Usted habla con los muertos, ¿no? Entonces podrá hablar con la Muerte.

—No, no —niego con vehemencia—. Yo medio con los muertos, os ayudo a irlos sin mochila... Pero no medio con la Muerte. Eso es un disparate.

—¿Ah no? —parece todo confundido.

—No, por supuesto que no.

—Entonces, si le pido que hable con la Muerte para que no se lleve a mi nieto hasta después del sábado, ¿usted no podrá hacerlo?

Me masajeo el puente de la nariz.

—Fran, yo no hablo con la Muerte. Ella llega cuando tiene que llegar.

—Mi nieto tiene el hígado hecho paté y le quedan un par o tres de días. No llegará al sábado —lamenta.

—¿Y qué pasa el sábado?

—¿Cómo que qué pasa? Es la final de la Champions. ¿Qué clase de espiritista es usted? —me mira de hito en hito.

Abro la boca con estupor.

—Una que no tiene ni la más remota idea de finales de champiñones. Y no soy espiritista. Y lo que me pide es imposible porque yo no hago esas cosas.

—Ah... —apoya sus manos etéreas en la silla blanca y alta de la mesa—. Entonces, Geri morirá el viernes, supongo.

—¿Es que acaso usted sabe cuándo va a morir?

—Sí. Los que nos quedamos aquí sabemos cuánto les queda a las personas con las que hemos estado vinculadas. Mi nieto se ha pasado con el whisky y la cerveza. Ha tenido una vida de excesos.

Entonces lo comprendo todo.

—¿Su nieto era el hombre que estaba sentado en la mesa afuera del Nox?

—Ese es Geri, sí —asiente.

Mis ojos almendra se cierran como una persiana y lo miran con suspicacia.

—¿Cuánto tiempo hace que usted sigue por aquí desde que murió?

—Yo morí con setenta y cuatro y él tenía veinte. Pero le prometí que nunca le abandonaría y que vería siempre el fútbol con él. Y eso hago religiosamente. Vivo con él en su casa. Como la señora que vive contigo.

—Es mi abuela.

—Pues esa. Geri tiene ahora sesenta años. Así que hace cuarenta que estoy aquí, haciendo vida con él.

—¿En cuarenta años usted no cruzó el umbral?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quería. Y porque le hice una promesa a mi nieto. Y las promesas no se rompen. Y le estoy rezando a esa mujer para que espere.

—¿A qué mujer?

—A la Muerte.

—Comprendo... —estoy consternada—. Pues lamento no poder ayudarle. No puedo pactar con la Muerte y, por otro lado, no sé de dónde se ha sacado que sea una mujer.

—¿La Muerte? —repite él cómico—. Por supuesto que lo es. Y una bien hermosa. A veces la veo coquetear con los que se va a llevar, y no le importa si son hombres o mujeres. Y es muy cariñosa y dulce con los niños.

—Eso no es verdad... —murmuro incrédula—. No es verdad.

—Sí lo es —dice mi abuela materializándose a mi espalda—. Todos los arquetipos que conocemos pueden presentarse con apariencia humana. Si él la ve como una mujer, tal vez sea cierto.

—Tú nunca has visto a la Muerte —le respondo a mi abuela.

—Hace años que no me muevo de esta casa, Ada. Y aquí no viene nadie, excepto tú.

—Señora —la saluda Fran—. Siempre supe que aquí se cocía algo, pero nunca me atreví a entrar porque me daba miedo no poder salir.

—¿Salir? ¿Qué creía que iba a hacerle? —espeta mi abuela sin comprender.

—Usted y su nieta son espiritistas.

—Mediadoras —lo corrijo aburrida.

—Pues eso, pero esta casa tiene algo muy poderoso.

—¿Sabes de lo que habla? —miro a mi abuela por encima del hombro.

—No. Siempre supuse que venían aquí por mi don.

—Sí, pero ustedes no han recibido el don por casualidad. Hay un libro en la biblioteca. Uno muy antiguo. Lo sé porque lo ojeé cuando estaba vivo. En él hay un dibujo antiguo de la ciudadela original de hace siglos. Y explica un poco los heraldos de esa época, la genealogía de sus habitantes... Deberías echarle un vistazo —me dice— así sabrás de lo que hablo cuando digo que este es un lugar muy especial.

—Lo tendré en cuenta.

—En fin —el hombre parece desabrido—, si no puede pactar, me iré y el viernes volveré con mi nieto «el solterón» para cruzar al otro lado.

—De acuerdo. Por casualidad... ¿sabrás a qué hora va a ser?

—Por la tarde. Sobre las seis.

Me lo apunto en la agenda, aunque mi cara es de abobamiento total.

—Entonces, les veré a usted y a su nieto.

—Adiós.

Fran se esfuma, desaparece ante mi atenta mirada, y nos deja a mi abuela y a mí en el salón.

—Ada, ¿has estado con el Inspector?

—Abuela, por Dios. —Me giro de golpe en la silla, perpleja—. ¿¿Cómo sabes tú eso?!

—Es tu aura... está luminosa y rosada —me aclara admirándola con sus ojazos azules translúcidos—. Y tienes su energía alrededor. Se ha mezclado con la tuya —observa.

—¿Sí? ¿Y qué ves?

Ella se toma unos segundos para responder.

—No estoy segura. Es un hombre honesto, leal e íntegro, pero tiene un gran dolor... —se encoge de hombros con diversión y sonríe satisfecha—. El tiempo dirá si es para ti.

—¿Y ya está? O sea... —Me levanto y la enfrento con cariño—. Me dices eso y te quedas tan pancha... ¿No me puedes decir nada más?

—No. Hay cosas que hay que descubrirlas una misma. Por ejemplo, lo que ha dicho Fran sobre el libro de la biblioteca. Me gustaría que lo buscaras, Ada. Me da curiosidad. En mi época nunca me interesé por ello y ahora querría saber a qué hacía mención —se queda mirando el rosal como hace tantas veces—. Tal vez así entienda por qué las flores abren puertas.

Y dicho eso, desaparece. A mi abuela, últimamente, le gusta dejarme pensando en el universo y en el Más Allá más de lo que me gustaría. Siempre tuvo el don de estimular a los demás a ser más actores que espectadores.

Y eso es justo lo que ha hecho conmigo. Me ha enseñado a formar parte activamente de algo a lo que siempre le había dado la espalda. Y me está dando frutos.

Solo el tiempo dirá si es fruta verde o madura. O, simplemente, si hay que tirarla a la basura.

Estoy pasando los apuntes de todos los caminantes con los que me he encontrado y he escuchado, a un lado, y con los que he interactuado al otro.

De los primeros hay una larga lista desde hace cinco años. De los segundos solo hay dos. Joaquín y Fran. Con necesidades muy distintas. Espero publicar este libro alguna vez, cuando lo tenga bien estructurado y todo descrito con corrección y estilo. No creo que vaya a ser un bestseller, porque es un manual para morir con gusto, y hablo de casos y experiencias, y de lo que mueve a los caminantes a quedarse aquí.

Por cierto, hoy no ha venido ninguno más. Y ya son las siete de la tarde.

Así que me dispongo a sacar a Bicho y a darle una vuelta bien larga para que se desahogue. En la Plaza Major están tocando habaneras y hay gente en las terrazas tomándose algo y escuchándolas plácidamente. Rodeo parte de Besalú y me meto por sus callejuelas para vislumbrar las sillas-escultura colocadas en las paredes verticales como si Spiderman pudiera sentarse sin problemas. Son de Ester Baulida. Subo y bajo escaleras, unas cuantas veces, y paso por los lugares que conocen a Bicho donde los vecinos le han dado unas salchichas que lo han hecho babear todo el camino. Hasta que retomo el camino a casa y regreso a la Plaza de Sant Pere, paso por el lado del Monasterio y justo cuando llego a la altura de la Casa Cornellà, me encuentro en la puerta de mi casa a Eric, con Ariel cogida a su mano y una mochilita en forma de perro. Me saco el móvil del pantalón corto pensando que igual he perdido una llamada. Pero no. Se ha presentado ahí por casualidad.

Cuando la niña ve a Bicho, lo señala con el dedo toda emocionada y avisa a su padre para que vea lo mismo que ella. Esa niña está hecha de nubes de azúcar, siento mucha conexión con ella cuando la veo. Eric me mira con cara de circunstancia, como si no supiera muy bien qué hacer o decir. Y cuando llego a su altura, Bicho se tumba en el suelo para que Ariel pueda tocarlo sin miedo. Es que mi perro es un galán.

—Papi, ¿has visto a este *pedro*? Ooooh es que es tan bonito —Ariel babea con Bicho. Bicho... babea siempre.

—Hola —los saludo sorprendida.

—Hola, Ada —Él parece un tanto incómodo.

—Hola —dice la niña mirándome con interés.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mari Carmen, la mujer que se iba a quedar con Ariel no puede cuidarla esta tarde. No tengo a nadie más. Y como te has ofrecido...

—Ah, entonces soy tu última y única opción —bromeo.

Él dibuja una mueca de precariedad con los labios.

—Me harías un gran favor si pudieras quedártela solo por esta noche. Pasaré a recogerla por la mañana o en cuanto acabe.

—Eric —le digo queriendo acariciarle el brazo y hasta el nacimiento del pelo—, no te preocupes. Yo estoy encantada de tener a Ariel conmigo.

Parece relajarse en cuanto oye eso.

—He tenido que detener las escuchas en cuanto me ha avisado al móvil. La he ido a recoger y ahora tengo que volver rápido.

—De acuerdo —le ofrezco la mano a Ariel y ella, sin mediar palabra, la toma sin más, eso sí, con Bicho muy pegado a ella—. ¿Te gusta Frozen? Tengo Frozen. La uno y la dos —aclaro emocionada.

—Sí me gusta —responde sonriente.

—Perfecto. A mí también. Las veremos.

—¿Y a él? —señala a Bicho.

—A él Frozen le vuelve loco. Le gusta mucho Olaf. Su zanahoria —me señalo la nariz y la risa cantarina de la cría hace que me eleve.

Eric me está mirando fijamente hasta que le devuelvo la mirada.

—¿Tienes el libro de instrucciones?

—¿Qué? —dice muy serio.

Miro a la niña.

—¿No tienes un botón de encendido y apagado?

La niña suelta una risita balanceándose de un lado al otro con vergüenza, pero me dice que no con la cabeza.

—No. Yo estoy encendida *siempre*. Mi papá me apaga cuando voy a dormir.

—Qué listo es papá —murmuro mirándolo de reojo—. ¿Hay algo que bollito no pueda comer, Eric? ¿Alergias de algún tipo que deba saber? ¿Alcohol? ¿LSD, Crack...?

Dios. La cara de Eric es para echarle una foto. Quiere sonreír pero no está seguro de hacerlo.

—A ti te encanta bromear, ¿verdad?

Yo sí sonrío.

—Por supuesto.

—Puede comer de todo.

—Y los Ganchitos me gustan mucho —me dice ella robando la atención.

—Ah, vaya. Pues a sus órdenes. Una de Ganchitos.

Eric le dirige una mirada de advertencia.

—Ariel, pórtate bien y cómetelo todo y haz caso a Ada.

Ella asiente.

—Sí, papi.

—En la mochila tiene al Gusiluz para que duerma con él —me informa.

—Dormirá conmigo, no te preocupes. Yo soy un Gusiluz gigante.

Ariel se echa a reír y Bicho le lame la cara. Eric se tensa.

—Relájate, Bicho es inofensivo.

—Su cabeza hace dos de la de mi hija.

—Ya sabes que no hace nada.

—Su lengua es como su mano. Que no le chupe mucho la cara —me ruega.

—Tranquilo, tengo toallitas desinfectantes. —Me quiero morir de la risa. Eric está loco, es demasiado protector. Y está para comérselo. Maldito, me tiene loca—. Vete a trabajar. Ve tranquilo.

—Te escribiré para que me digas cómo está.

Yo niego con la cabeza.

—Ya tenía pensado hacerlo cada cinco minutos, para que te acuerdes de respirar.

—No soy tan controlador.

Dejo ir una carcajada.

—No qué va.

—No qué va —me imita la niña risueña.

—¿Has visto? —le digo a Eric—. Somos un binomio.

Él entorna los ojos y mira al cielo. Murmura algo parecido a «no sé si ha sido buena idea esto». Pero no me importa. Que me deje a su bien máspreciado y a su corazón, me hace sentir bien porque me demuestra que se fía de mí.

Y mucho me temo que a Eric le cuesta mucho fiarse de nadie. Es un gran paso.

—Me voy.

Se agacha para que bollito lo abrace y le de mil besos en la mejilla.

—Ven cuando puedas, papi —le dice en un susurro—. Si no puedes hoy, *pos* mañana.

—¿Por qué no me dices eso nunca cuando estás con Anabel o con Mari Carmen?

Yo pienso: «Porque ellas no molan. Yo sí».

—Porque no tienen *pedro*. Y porque Ada es una hada muy guapa.

Eric la abraza y le besa la cabeza. Cuando se levanta me dice:

—Mi hija se cree que eres un hada de verdad, porque como te llamas así...

—Y lo soy —le aseguro—. Ya le enseñaré mi jardín encantado.

—¿Tenes un jardín encantado? —abre los ojos de par en par.

—Sí, adentro —señalo el interior de mi casa con la cabeza—. ¿Quieres verlo?

—¡Sí! ¡Sí! —se pone a dar saltitos.

—Bueno, os dejo. Me tengo que ir ya. —Mira el reloj y después me hace una revisión completa desde la punta de los pies hasta la coronilla—. Gracias. Muchas gracias, te lo compensaré. Me haces un gran favor.

—Es porque soy un amor —le guiño un ojo—. Ten cuidado y espero que todo te vaya bien.

Él asiente y sin dejar de mirarnos camina hacia atrás como los cangrejos, hasta que se da la vuelta del todo y cruza la plaza.

—¿Tenes Ganchitos? —pregunta Ariel esperando una respuesta afirmativa.

—¿Vamos a comprar unos? —le pregunto.

—Vale. ¿Con el *pedro*? —señala a Bicho.

—¿Sabes cómo se llama?

—¿Cómo?

—Bicho.

—Bichooooooooo —dice alargando la o mucho. Y después se pone a reír—. Mi papá me llama bicho a veces cuando me porto mal.

Tú papá sí que es el Rey de los Bichos, pienso yo.

18. Epitafio: «Disculpa si no me levanto».

Me encanta esta cría. Se nota que Eric está haciendo un buen trabajo con ella porque es muy buena. Bicho la ama, la ha elegido para él, para toda la vida. Solo hace que rondarle y hacerle carantoñas. Ariel es la Reina de los Porqués. Lo pregunta todo y todo lo analiza y lo cavila. Más de una vez he querido buscar las respuestas a sus preguntas con Siri, pero he preferido darle mis versiones sobre la vida y el universo. Además, le he preguntado a Siri de dónde venía, porque a la niña le fascinaba su voz. Y me ha contestado literal: «Creo que soy fruto de un momento de inspiración durante un buen paseo a pie.»

Ariel ha puesto cara de masticar un limón. Me ha mirado y me ha dicho: «¿Y si nosotras paseamos hacemos una Siri?». Mi cara de póker ha debido ser antológica. La niña le ha preguntado si tenía padres. Siri le ha dicho que no tenía una familia convencional, y eso ya nos ha dejado loquísimas a las dos. Porque yo no sabía explicarle lo que era formar parte de una familia diferente y ella no entendía nada que no tuviera que ver con cigüeñas parisinas volando y cargando a bebés. Así que lo hemos dejado estar.

Sus ojazos me tienen prendada y su pureza, y su inocencia.

Hemos comprado Ganchitos. En casa tengo zumos, pizza para meter en el horno y algunos flanes de postre, que seguro que le gustan mucho.

Cuando hemos entrado en mi humilde morada parecía como si la niña hubiese entrado en el agujero de Alicia en el País de las Maravillas. Todo le encantaba. Pero cuando sus ojos se han detenido en el jardín, se ha quedado prendada del porche y de las rosas, como si estuviera frente al paraíso.

—Hala... qué bonito. ¿Y tú vives aquí? —me dice mirándome con mucha alegría.

—Sí.

—¿Y es ahí donde están las hadas?

—Sí, entre las flores.

—¿Podré verlas? Edgar me dice que no hay hadas pero sí hay, ¿verdad?

—¿Quién es Edgar? —le pregunto acariciándole la coleta que tiene en lo alto de la cabeza.

—Es un amigo. Viene a veces a jugar con nosotras en la casa de Anabel.

—Ah... No hagas caso de Edgar. Si él no las ve, tal vez es porque no sabe buscarlas bien.

—Eso le *decí* yo.

Sonrío enternecida.

—Se dice: eso le dije yo.

—Sí, eso le dije yo —contesta con evidencia.

Nos miramos con mucha complicidad.

—Hoy no hago ducha —asume—. Mi papi ya me duchó.

—Pero tienes el pijama en la bolsa, ¿verdad?

—Sí. Y las zapatillas y el Gusiluz. ¿Dormiremos juntas? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—Sí. Pero antes te pondrás el pijama, cenaremos y después veremos Frozen.

Ella me enseña una sonrisa abierta y de oreja a oreja, y se pone a dar saltitos contenta. Inmediatamente se empieza a cambiar en el salón, le pongo los Cantajuegos un rato y, mientras, yo aprovecho para preparar la cena.

Y me asombro del día de hoy. ¿Cuántas cosas inesperadas pueden sucederte el día menos pensado? Supongo que es debido a la vida, que siempre está en movimiento y cuando algo se mueve, todo cambia.

Ariel ha tenido cuerda hasta la mitad de la película. Se ha quedado dormida, con la cabecita apoyada en mis piernas y el Gusiluz apretado contra su pecho. Hay algo sedante en el hecho de acariciarle el pelo. Como el sonido de las agujas de un reloj antiguo. Hay personas a las que el tic-tac les pone nerviosas, porque en el fondo les recuerda al pasar del tiempo; en cambio, a mí, que sé que cuando el cuerpo se muere no es el final y que hay un algo más que no conozco, me tranquiliza. Como el tarareo familiar de una nana lejana.

Marta tuvo que ser una mujer muy guapa, porque esta niña es bellísima. Miro el móvil y en ese momento exacto recibo un mensaje de Eric.

De Inspector Ezequiel:
Hola, Ada. ¿Cómo estáis?

Sonríó porque sé que es un padre preocupado. Así que le envío una foto de Ariel dormida en mi regazo y tecleo:

De Ada con A:
Aquí está bollito. Dormida. Ha cantado la del muñeco de nieve y poco más y se ha quedado frita.

De Inspector Ezequiel.
Mi niña... A esa hora ya suele estar dormida. Muchas gracias por el favor que me estás haciendo.

De Ada con A:
Muchas de nada.

De Inspector Ezequiel:
¿Y tú cómo estás? ¿Te ha dado mucho trabajo?

De Ada con A:
Es una cría muy buena.

De Inspector Ezequiel:
Pues será contigo... Porque Anabel dice que es un terremoto.

De Ada con A:
Es movida como cualquier otro niño. ¿Cómo está yendo tu vigilancia?

De Inspector Ezequiel:

Muy bien. Ya te contaré cuando te vea. Por aquí mejor no hablar mucho.

A Eric no se le va a escapar nada, no dejará ningún fleco suelto. Señal de que es un hombre que cuida los detalles y que mantiene todo a raya. Por eso me sorprende lo que ha hecho esta mañana en mi consulta. Dejarse llevar así no debe ser propio de él. Y eso me hace sentir satisfecha y orgullosa. Y dolorida. Porque todavía estoy irritada por el grandullón.

De Ada con A:

Ok. No hablaremos. Quédate tranquilo y haz lo que tengas que hacer que Ariel estará bien.

De Inspector Ezequiel:

Me sabe mal. No quiero meterte en problemas, ¿mañana tienes trabajo?

De Ada con A:

Sí, tengo tres citas. La primera a las diez.

De Inspector Ezequiel:

Es posible que llegue de madrugada, o por la mañana.

De Ada con A:

Eric, de verdad, quédate tranquilo. Ahora subo a bollito y nos vamos a dormir. No te preocupes por nada. Ven a recogerla cuando tengas que venir.

De Inspector Ezequiel.

¿Y me vas a enviar una foto tuya o no?

Ahí están, las mariposas, aunque estas, en vez de mariposas, parecen avispas asiáticas en mi estómago.

De Ada con A:

¿Una foto? ¿Para qué?

De Inspector Ezequiel:

Para verte. Y que no se me olvide tu cara.

De Ada con A:

Sí, ya...

Me hago un selfie sacándole la lengua en modo burla y se lo envío. La luz no será muy buena, porque está el salón a oscuras y solo el reflejo azulado de la televisión alumbra mi rostro. Pero me da igual. No me gusta posar ni ponerme filtros.

De Inspector Ezequiel:

Joder, Ada... (Emoticono de fuego x 3) Será mejor que me concentre en mi trabajo. Te dejo. Buenas noches y te llamaré cuando vaya para allá.

De Ada con A:

Buenas noches.

Inspiro profundamente y me quedo mirando el teléfono con una sonrisa de tonta que no me la quita nadie. Voy a necesitar ayuda profesional, fijo. Apago el televisor y cargo a Ariel hasta subirla a mi habitación. Eric no le ha puesto cepillo de dientes y yo no la voy a despertar para que se los lave. La pongo en mi cama y me acuesto a su lado.

Nos tapo a las dos y sé que no tardo en dormirme.

Estoy en paz.

A medianoche

Una manita me está tocando la cara. Su dedo se clava en mi mejilla suavemente.

—Ada... Oye, Ada...

Abro un ojo. Ariel me está mirando fijamente.

—Hola —miro el reloj del móvil, que lo dejo cargando siempre sobre la cabecera de mi cama. Es de esas estructuras blancas de Ikea, anchas, en las que puedes apoyar cosas y cuyos laterales son lejas para guardar libros o cualquier objeto que desees. Yo guardo libros. Son las cuatro de la madrugada—. ¿Estás bien, bollito?

—Sí. Pero es que tengo pipí...

—Ah, bueno —digo levantándome—, vamos. —Le ofrezco la mano y ella me la toma—. Al baño a hacer pipí.

—¿Tú *también*?

—Sí. Nadie le dice no a un pipí nocturno —bostezo y me meto con ella en el baño—. ¿Necesitas que te ayude?

—No, yo sé —responde con una cara de sueño adorable.

Me espero a que ella haga pipí, se limpie y después voy yo. Cuando me levanto tiro de la cadena, y después las dos nos lavamos las manos. Casi no veo a la niña a través del espejo, porque es muy bajita y eso me hace gracia. Solo le veo la cabeza, el flequillo y sus ojazos oscuros, ahora un poquito hinchados del sueño.

Nos secamos las manos con la toalla, y mientras lo hago me dice Ariel:

—¿A que no sabes qué?

—Qué —digo animada.

—Edgar me dice que eres más bonita que Anabel. Y es *verdá*.

—¿Edgar? —pregunto sin comprender—. ¿Tu amigo?

—Sí.

—¿Y cómo sabe Edgar que soy bonita si no me ha visto?

—Pero sí —asiente convencida—. Sí te ve.

Entonces caigo en la cuenta. Eric me había dicho que Ariel tenía amigos imaginarios. Por eso necesitaba darle normalidad y apuntarla a algún esplay o casa de colonias para que pudiera interactuar. Porque los niños necesitan vincular con otros niños, socializar. Igual que los mayores.

—Ah... vale —intento darle naturalidad—. ¿Y él ahora está aquí contigo?

—Sí, está con nosotras.

—¿Y te ha dicho que soy guapa?

—Sí. Está durmiendo en la cama, a tu lado.

—Pues tendrá que tener cuidado porque me muevo mucho y no lo quiero aplastar —bromeo. Ariel deja ir una risita divertida.

Nos damos media vuelta para volver al interior de la habitación y nos dirigimos al colchón. ¿Me lo parece o ha bajado un poco la temperatura?

—¿Tienes frío, Ariel? —le pregunto acariciándole la cabecita.

—Un poco.

Y entonces, me detengo, totalmente paralizada. Aunque quisiera moverme no podría. Como dice Ariel, no estamos solas.

—¡La hostia puta!

Me asusto tanto que casi caigo hacia atrás, y me golpeo con la puerta, pero consigo mantener el equilibrio y disimular el sobresalto que tengo en el cuerpo.

En la cama, tumbado, vestido con una especie de túnica de Nazareno violeta y un cordel dorado anidado a la cintura hay un niño, pálido de piel y con el pelo corto y negro. Un caminante. Un crío, joder.

—Un momento... —digo.

—¿Me puedes ver? —pregunta él—. ¿Me estás mirando?

Yo afirmo con la cabeza, aún en shock.

—¿Ella te puede ver *también*? —pregunta Ariel yendo hacia la cama con toda normalidad—. ¿Sí?

—Un momento... —repito masajeándome las sienes—. Vamos a ver...

—Ada, ¿puedes ver a Edgar? ¿Como yo? —la niña agarra al Gusiluz y lo abraza como si estuviera nerviosa.

Supongo que para ella lo chocante es que alguien pueda ver a su «amigo invisible». Pero lo cierto es que es un caminante. Y es invisible a ojos de muchos, pero no es irreal.

—Hola. —Él se levanta y levita a dos dedos sobre el colchón, para mirarme atentamente.

—Ya está volando —comenta Ariel como si tal cosa.

—Ariel, ¿hace mucho que ves a Edgar? —pregunto con los dientes apretados.

—Sí. Vivíamos en la otra casa cuando lo conocí.

—¿En la otra casa? ¿Dónde?

—En Alicante —contesta la niña—. Lo encontré allí, ¿*verdá*, Edgar? —le pregunta al niño. Él asiente—. ¿Por qué *podes* verlo? Papá no puede. Ni la abuela Esther. Ni Anabel, ni...

—Eh... —me agacho y tomo a Ariel por los hombros—. ¿Y ves a más «amigos invisibles» por aquí?

—No soy invisible. Me puedes ver —dice con toda la razón del mundo el muchacho. Ha levitado hasta nosotras, y ahora tiene su rostro casi tan cerca como el de Ariel.

¿Qué mierda está pasando? ¿Qué surrealista es esto, por Dios?

La niña se muerde el labio inferior, y con los ojos, sigue un movimiento de izquierda a derecha por detrás de mí.

Entonces afirma tímidamente.

—Sí.

—¿A quién más ves aquí? —pregunto nerviosa.

—Pos... A la señora mayor.

—A la... —Repito abriendo los ojos consternada poco a poco. Me doy la vuelta y veo a mi abuela Ifigenia sonriendo a Ariel y alzando la mano con dulzura. Se me olvida a veces que mi abuela es un fantasma. Qué desastre.

—Hola, bombón —contesta mi abuela.

—Hola —contesta Ariel meneando el cuerpo como si escuchase una canción en su cabeza.

—Abuela... —murmuro sin podérmelo creer—. Que la niña de Eric ve caminantes... ¿No

entiendes lo fuerte que es esto?

—Ya lo veo. Es una mediadora precoz —asume—. Aunque a su edad hay niños que pueden ver a las otras entidades sin problemas. Tienen mucha energía y eso atrae a los... caminantes —me explica—. Cuando se hacen mayores dejan de verlos. Les pasa a muchos pequeños.

—¿Esos son los amigos invisibles? —quiero comprender.

—Sí. La mayor parte del tiempo esos son los amigos invisibles. Pero esta niña es muy especial... ella ve de verdad.

—¿La niña soy yo? —pregunta Ariel.

—Yo soy Edgar —insiste el pequeño.

—Y yo Ariel —contesta ella sonriéndole con inocencia.

Verás tú por dónde me sale a mí esta conversación. La realidad es que, en esa habitación, de las cuatro entidades que hay reunidas, solo dos tenemos carne y huesos. Pero las dos podemos ver a los translúcidos.

Es increíble.

Entonces miro a Edgar bien. ¿Cuántos años tiene?

—Edgar, ¿qué edad tienes...?

—Siete.

—Está perdido y quiere volver con sus papis —me dice Ariel metiéndose en la cama con el muñeco, encendiéndole la cabecita y abrazándose a él.

—¿Dónde están tus padres? —pregunto.

Mi abuela se coloca a su lado y me hace una señal como si se pasara el dedo por el cuello. Vamos, que los padres están muertos.

—No lo sé. Algo pasó cuando volvíamos de una procesión de Alicante.

—¿Cuando volvíais quiénes?

—Mis padres y yo. Íbamos en coche y solo vi una luz muy fuerte que vino y después solo recuerdo despertar en la carretera. Pero no estaban mis padres. Y el coche tampoco. No había nadie y yo estaba solo. Menos mal que me recogió el papá de Ariel.

—¿Có-cómo que...?

—No es que lo recogiera —incide mi abuela explicándomelo todo mejor—. Pasó lo de la luz —mi abuela habla en clave—, y sus padres desaparecieron y cruzaron un «puente», pero él, como te pasó a ti, se quedó en otro lugar del puente. Y cuando despertó, estaba extraviado.

—Soy Casper —dice el niño.

—¿Eh? —dejo la boca abierta y una ceja más alta que la otra.

—Sí —Ariel se ríe sin maldad y lo señala—. Es Casper.

—Vale —canturreo secándome las palmas húmedas de las manos en el pijama—. Sí, Edgar —contesto con honestidad—. Eres un pequeño fantasma. Como Casper.

—No, Casper es un muñeco de nieve —alega Ariel corrigiéndome—. Me lo ha dicho papá.

—¿Que Casper es un muñeco de nieve? —no me puedo creer que Eric mienta a la niña de esa manera.

—Soy un fantasma —Edgar no hace caso a Ariel—. Eric no suele decir la verdad nunca a Ariel. No le gusta que crea en fantasmas.

Eso ya lo sé. Pero me sorprende que Edgar también lo perciba.

—Pero ¿qué es un fantasma? —pregunta Ariel frustrada.

—Yo —responde Edgar aceptándolo con sencillez—. Y la señora del pelo blanco también —afirma mirando a mi abuela.

—¿Y yo? —pregunta la niña—. ¿Yo puedo ser un fantasma?

—No, cielo, tú no —respondo.

—Pos quiero —incide.

—Mmmm... pos no —respondo haciéndole una mueca—. Tú eres preciosa así como estás.

—Lo que quiero es volver con mis padres —Edgar mira al suelo—. Me subí en el coche del padre de Ariel porque ella se me quedó mirando al pasar por la carretera. Y cuando me vio, supe que podía hablarle y podríamos ser amigos.

—Madre mía —susurro por la bajini—, el niño de la curva...

—¿Tú sabes cómo encontrar a mis padres? ¿Eh? ¿Me llevas con ellos, por favor? —pregunta juntando sus manitas que desaparecen entre la túnica morada y holgada de mangas.

Tomo aire por la nariz y cierro los ojos consternada. Sé que tengo que ayudar a Edgar pero me da mucha intranquilidad pensar en que Ariel está pasando por estas experiencias y que Eric no lo sepa, y que nadie pueda ayudar o creer a la pequeña cuando dice que ve lo que ve.

—Ada, ayuda a Edgar, cariño —me medio ordena mi abuela—. Y después nos encargamos de la pequeña —me guiña el ojo.

—Está bien, Edgar —claudico sin dificultad. Es lo que tengo que hacer, y más con ese niño que ha estado tan perdido—. Ven, sígueme, que sé dónde están tus padres.

—¡Qué bien, Edgar! Irás con tus papis —dice Ariel feliz, aplaudiendo.

—¿En serio? —Edgar no se lo cree. Está a punto de echarse a llorar—. ¡Por fin! ¡Por fin!

—Sí, vamos a llamarlos. Ven, Ariel. —Le ofrezco la mano a la niña, ella sale de la cama y los cuatro salimos de la habitación. Dos a pie, y los otros dos flotando.

Ariel se agarra fuerte a mi mano cuando salimos al porche. Bicho, que ha oído todo el movimiento, nos sigue y mira curioso la escena.

Bajamos las escaleras. El niño nazareno va detrás de nosotros, y la que cierra la fila en procesión es mi abuela.

La noche nos observa muy estrellada, y hay una luna llena esplendorosa sobre nuestras cabezas. Las luciérnagas sobrevuelan los rosales en el jardín y los grillos grillan.

Ariel se lleva a la nariz el cuerpo del Gusiluz y lo huele, porque huele a lo que huelen los juguetes de goma, y este en especial tiene un toque a fresa.

Edgar se adelanta a nosotras y se queda mirando un punto en los rosales. Como hizo Joaquín, Fran y como hace siempre mi abuela. La puerta al otro mundo está ahí. Yo no la veo, pero siento que algo se abre cuando ellos se van.

—Ala... —profiere estupefacto—... es... es...¿es por ahí?

—¿Lo ves? —le pregunto.

—Ya lo creo que sí —contesta mi abuela satisfecha.

—Qué bonito es —dice Ariel cogiéndose a mi pierna.

—¿Tú lo ves? —le pregunto.

—Sí. Es un agujero con luz azul brillante y al final hay como hadas...

—¿Cómo es posible que tú lo veas y yo no? —le pregunto a Ariel.

—Porque yo soy un fantasma —contesta Ariel sin saber.

De repente me viene la película de *El sexto sentido* a la mente. Doy gracias a que Eric sabe que la niña es real, de lo contrario tendría un paro cardíaco ahora mismo.

—Tú no eres un fantasma —le vuelvo a decir—. Eres un hada.

—¿Como tú?

—Pse.

—Es el portal al otro mundo —me explica mi abuela—, y es justo como ella describe. Tú no lo ves porque no quieres. Tal vez algún día lo veas.

—No hace falta —contesto.

—Me están llamando. Oigo la voz de mis padres. —Edgar empieza a caminar hacia el rosál. Se detiene solo para mirar hacia atrás y sonreír a Ariel—. Gracias, Ariel. Me has ayudado a volver a casa. Gracias, señora —añade mirándose.

Ariel sonríe y levanta la manita para decirle adiós. Yo me quedo con la sonrisa congelada porque me ha llamado señora. Me. Ha. Llamado. Señora.

—Sigue la voz —le digo a Edgar reponiéndome de la torta con la mano abierta que me ha propinado.

No sé por qué, pero me emociono.

Me impresiona ver el cuerpo del pequeño vestido de nazareno, alzarse sobre el suelo para ser abducido por un punto indeterminado en el rosál. Y también percibo muchísimo amor. Edgar era un niño amado y reclamado. Ya tenía que regresar.

Ariel me pide que la coja en brazos. Lo hago y experimento la inexplicable sensación de alegría que provoca que una niña tan dulce se relaje por completo a tu contacto. Me siento dichosa por su confianza.

—Este te lo ha traído Ariel —mi abuela se ubica a mi lado y continúa mirando ese punto que todos, menos yo, consiguen ver.

—Dios mío, abuela... —No sé qué decir—. Acabo de dejar a Ariel sin amigo invisible. Pero ha sido por el bien de él.

—No te preocupes por ella. Va a estar bien —me convence sin dejar de mirar a la niña—. Ahora subid a la habitación y volved a dormir.

—No voy a poder —contesto sacudiendo la cabeza.

—Sí, lo harás. Venga. Arriba —me ordena dando una palmada que no oigo—. Para saber mediar hay que saber cuidarse y descansar.

La obedezco y subo las escaleras del porche. Ariel está dormida en mis brazos, y parece satisfecha con haberle dicho adiós a Edgar. Y haberle ayudado.

Seguramente no entienda realmente lo que ha pasado. ¿Cómo lo va a comprender?

—Para eso estás tú, Ada —oigo la voz de mi abuela a mi alrededor mientras subo las escaleras hasta la habitación.

Sí, para eso estoy yo. Para ayudar a Ariel a comprender lo que le pasa y para ocultárselo a Eric. Porque sabiendo cómo es y lo que piensa al respecto, si se entera de lo que ha pasado en el jardín y de lo que le sucede a su hija, me va a echar la culpa a mí.

Y no querrá verme más.

Cuando nos metemos en la cama, me quiero asegurar de que Ariel está bien con lo que ve y experimenta.

—Cariño... —le acaricio el pelo mientras ella se duerme—. ¿Te asustan tus amigos invisibles?

—No —contesta con naturalidad.

—¿Y has visto más?

—Sí... he visto muchos. Hay uno que me canta por las noches en casa.

—¿Que te canta?

—Sí... Nunca lo he visto. Pero creo que es mayor.

—¿Por qué lo crees?

—Por su voz.

Dios mío. Si Eric supiera... Lo va a pasar muy mal.

—¿Y qué te canta?

—Me canta —alza la mano y la enreda en mi pelo, para rodear mis mechones en sus dedos—
... *Sombras de otros tiempos... van entrando en mi casa...*

La niña se pone a cantar la nana, y sin comerlo ni beberlo, a pesar de que los pensamientos sobre ella me inquietan, acabo durmiéndome con su tono y su cadencia.

Y ella también.

19. Epitafio: «Tanta paz encuentres, como tranquilidad me dejas».

Al día siguiente

Estamos desayunando juntas, Ariel y yo. Yo llevo un café largo muy cargado, porque me espera un día bastante ajetreado y porque me urge estar bien despierta y activa para poder decirle a Ariel qué tiene que decirle a Eric y qué no, porque es muy importante para la niña y también para mí. La gente que ni ve ni cree suele tomar decisiones muy malas respecto a las que sí lo hacen, y las juzgan, y las tachan y las ponen a hacer terapia que no las dejan ser como son. Ariel merece ser dueña de su don, por pequeña que sea, y que nadie le haga sentir mal por ello. Pero aún es pronto. Es pronto para que Eric lo sepa. Conociéndolo como creo que lo conozco, el Inspector me acusaría de meterle «tonterías» en la cabeza a su hija.

La pequeña se está comiendo los cereales que compré ayer, los de la rana. Le gustan mucho. En su cabecita intenta poner en orden todos los consejos que le estoy dando.

—Entonces, papi no tiene que saber lo que pasa en el *jradsín* de las hadas. Y tampoco que hay una señora mayor viviendo contigo que es tu yaya.

—Exacto —le digo yo aprobándola, sentada a su lado. Le he hecho dos coletitas en lo alto de la cabeza, y está preciosa. Y le he puesto el pantalón corto amarillo, la camiseta blanca de manga corta y las Victoria blancas que Eric dejó en su mochila. Y huele a Nenuco.

—Pero sí le digo que vimos Frozen y comí piza y Ganchitos y helado...

—Bueno... —sonríe nerviosa. Atiborré a la niña a guarradas, como la tía que malcria—. No hace falta tanto.

La niña se ríe y un cereal se le cae de la boca al plato. Parece comprenderlo perfectamente.

—Vale. Comí piza, Ganchitos y helados y Edgar no, porque lo llevaste con sus padres.

Me quedo blanca. Ay, madre, qué difícil va a ser esto.

—No, bollito —le recuerdo—. No digas nada de Edgar o de la yaya. Ayer estuvimos solas tú y yo aquí. Ya sé que es difícil.

—¿Eso es mentir?

—Mmm... bueno, sí. Pero son mentiras piadosas que no está bien decirlas —le aclaro—, aunque no hacen daño a nadie.

—¿Y puedo decirle que de mayor *quero* ser un fantasma?

Tócatelos, Manuela.

—No —dejo de parpadear—. Eso tampoco. Además, ¿por qué quieres ser un fantasma?

—Para volar —dice ella recordando el modo en que Edgar se alzó sobre los rosales.

—Ariel, cielo, mira —Le tomo la mano, que apoya relajadamente sobre la mesa—: Tú y yo somos iguales.

—¿Ah, sí? —abre los ojos mucho, diría incluso que con emoción—. ¿Somos iguales?

—Podemos ver a personas que los demás no pueden. ¿Me entiendes? Y si decimos que las

vemos, a los demás no les gustará.

—¿Por qué? —pregunta preocupada.

—Porque ellos no las ven. Y creen que es mentira. Y nosotras no mentimos, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza, pero la pequeña se queda pensativa.

—La hija de Anabel dice que soy tonta porque hablaba con Edgar. Ella no puede verlo. Anabel tampoco. Y papá tampoco —está jugando con los cereales que flotan en la superficie de la leche—. Aunque él hace como si *habla* con Edgar. Pero no es *verdá*.

Es muy inteligente. A Ariel no se la puede engañar. No me imagino cómo debe sentirse. Bueno, sí me lo imagino. Porque yo pasé por eso y paso por eso todos los días. Sin embargo, soy adulta. Y ella es muy pequeñita.

—Vamos a hacer un trato. Yo veo lo mismo que tú, pero no le diremos nada a papi, porque es nuestro secreto. —Le ofrezco el meñique—. Dame tu meñique —Ariel se mira la mano y me ofrece su meñique derecho—. Este es el pacto de las hadas —enlazo el mío con el de ella—. Somos amigas.

—Sí. Somos amigas.

—Siempre que veas algo o alguien que crees que solo ves tú, me lo explicarás. Le dirás a papi que quieres venir a verme y me lo contarás. Pero solo a mí. No le digas nada a papi de lo que ves.

—Sí *yo quiero* verte todos los días. Porfi, porfi...

—No sé si podrá ser todos los días —asumo— pero si tú no puedes venir, iré a verte yo cuando pueda. ¿Hecho? —meneo nuestros meñiques.

—Sí.

Ding dong.

Acaban de timbrar a la puerta. Mi corazón da un vuelco. Sé que es Eric porque hace diez minutos que me ha enviado un whatsapp diciendo que venía andando por el puente.

Me miro en el espejo de la entrada. Meso mi pelo, me recoloco bien la camiseta de tirantes ajustada que llevo, y miro que mis tejanos estrechos me hagan un buen culo. Vale. Sí. No está mal.

Cuando abro la puerta me encuentro a un Eric arrebatador. Lleva sus gafas de aviador, y me contemplo reflejada en sus cristales espejo. No ha dormido en toda la noche. Lo noto en la expresión de sus facciones. Espero que, al menos, haya sido provechoso.

—Buenos días —le digo medio sonriente.

—Hola —contesta él sin moverse.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupada.

Sin decir mucho más, Eric se quita las gafas, se las cuelga en el cuello de su camiseta gris de poli chungo, me agarra de la cintura, y pega sus labios a los míos. Es el beso más erótico y porno que me han dado nunca. Entra conmigo en mi casa, y cierra la puerta con el pie. Nos quedamos en el recibidor. Me mete la lengua y juega con la mía, como si estuviera sediento. Mi espalda se apoya en la pared contraria a la puerta y cuela un muslo entre mis piernas para presionarlo contra mi sexo. Pasa sus manos por mis nalgas, mis muslos y las detiene sobre mis pechos. Tiene las palmas ardiendo y me pone a cien. Muerde mi labio inferior y se lo queda entre los dientes. No deja de mirarme fijamente.

—Ahora sí son buenos días —dice. Nuestras narices se rozan.

—Vaya... —susurro. Seguro que tengo las pupilas como si me hubiera metido una raya. Pero esto ha sido un subidón en toda regla.

—¿Qué me estás haciendo? —me dice en voz baja.

—¿Yo? —miro nuestros cuerpos—. Eres tú el que quiere convertirme en un cuadro en la pared.

—No —gruñe frustrado—. Me estás haciendo algo.

—¿Por qué me lo dices enfadado? —le pregunto en voz baja.

—No estoy enfadado. Estoy desesperado —contesta adelantando sus caderas hasta que me clava su erección en el ombligo.

Yo sonrío al sentirlo tan en forma.

—Pero, ¿qué haces así?

—Así me tienes desde hace días, mujer. Pienso en ti y esto se iza como una bandera.

Trago saliva. Parece tan pasional y tan cansado al mismo tiempo...

—Así no se puede trabajar —me recrimina.

—¿Y por qué es mi culpa? Yo no he hecho nada.

—Existes —se encoge de hombros. Me da un beso en la nariz y se aparta ligeramente—. Es eso más que suficiente.

Nos quedamos en silencio mirándonos el uno al otro, intentando leernos y descubrirnos. Tomo aire, me vuelvo a recolocar la ropa y a reubicar mi sentido común y le digo:

—Ariel tiene muchas ganas de verte.

—Y yo a ella. Me has ayudado mucho. Quiero compensarte.

—No ha sido nada. Bollito es un amor.

—Lo sé —sonríe orgulloso.

—¡Papi!

La niña ha aparecido en el recibidor y en cuanto lo ha visto, se le ha echado encima. Eric la coge en brazos y se funden en un abrazo.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Has dormido bien? ¿Te lo has pasado bien con Ada?

—Sí —asiente con una seguridad aplastante—. Somos amigas. Ada me gusta mucho. Más que Anabel.

Joder. Hago un mohín y no sé dónde meterme.

—Es normal que Ada te guste —me mira de reojo—. Nos gusta a todos.

Yo entrecierro mis ojos.

—Tene un *jradin* de las hadas —explica Ariel acariciándole las mejillas—, y le gusta Frozen y el payaso Tallarín. Y también le gustan los Ganchitos.

—Qué bien que os gusten tantas cosas —asiente Eric.

—Eric... hay también un Esplai en Sant Vicenç. Lo abren la semana que viene. No está en Girona capital como el de la Oreneta —le informo— pero igual te interesaría para apuntar a Ariel en verano.

—Muchas gracias, no sé lo que haré en verano todavía, pero lo miraré. Aunque, eso queda muy cerca de ti —me advierte—. ¿Tan cerquita quieres que estemos?

—Ada me quiere ver todos los días y yo a ella —dice la niña.

A Eric le brillan los ojazos negros como si la idea le gustase.

—¿No te han enseñado, Ada de los Bosques, que hay que alejar al lobo del venado en vez de rondarlo?

—¿Hay un lobo vendado?—pregunta Ariel muy consternada—. ¿Dónde? Pobrecito.

—No, bollito. Un lobo del venado... no un lobo vendado. Es solo una manera de hablar.

—Ah —a ella le parece suficiente la respuesta.

Mis labios se fruncen pero sonrío. Porque es un truhán y le encanta provocar, y no le importa que haya una criatura inocente delante.

—Yo no rondo a nadie —contesto.
Eric me mira de arriba abajo pero yo aguanto muy bien su radiografía.
—¿Has desayunado? —le pregunto.
—Llevo tres cafés largos en el cuerpo.
—¿Quieres un buen desayuno besalúnico? —me hace gracia la palabra porque sé que me la acabo de inventar.
—¿Estás incluida en el desayuno?
Carraspeo.
—No. Pero seguro que te gusta mucho más.
—Lo dudo.
Entorno la mirada.
—Anda, pasa y come algo —apoyo mi mano en su antebrazo y los animo a entrar a los dos de nuevo en casa.
Un buen desayuno es sinónimo de un buen día.

La niña está en el jardín. Le tira la pelota a Bicho, que muy obediente se la trae entretenido y deseoso de más acción.

Eric se ha comido todo lo que le he preparado: las tostadas con embutido, aguacate y huevo, el zumo de naranja, otro café con leche... Y frutos secos. Que le gustan mucho.

—¿Lo haces todo bien, Ada?

Estoy poniendo las cosas en el lavavajillas y miro los platos vacíos de Eric, y sus manos entrelazadas, con su vista fija en mi trasero.

—Ese es mi plato estrella —contesto señalando el plato con mi barbilla—. Ese y los bocadillos de fuet y las ensaladas. No me pidas más. A mí cuando me gusta algo mucho no cambio.

—Es bueno saberlo —escucho la silla correr sobre el parqué, y al instante el enorme cuerpo de Eric pegado a mi espalda.

—Por Dios —susurro cerrando el lavavajillas y cubriéndome la cara de espaldas a él—. Tienes que dejar de hacer esto. Tu hija está en el jardín.

Eric hunde su rostro en mi pelo y me dice:

—Hueles demasiado bien como para estar alejado de ti.

Resoplo.

—Para... Tus mañanas son muy intensas —me pone muy nerviosa.

—Y no has visto nada —apoya sus manos en la encimera y me encierra. Me encierra entre esta y su cuerpo—. ¿A qué hora entras a trabajar?

—A las diez. Aún me queda una hora.

—Date la vuelta y mírame.

Yo lo hago porque no es bueno darle la espalda a un potro.

—¿Cuál es tu plan de hoy?

—He acabado las escuchas y tengo toda la información que necesito. Voy a descansar un rato. Y a pasar el día con Ariel.

—¿Has conseguido la información que te hacía falta?

—El teléfono de Svetlana ha estado funcionando y haciendo llamadas a otros teléfonos durante la noche y hoy de madrugada.

—¿Era Svetlana la que hablaba?

—No. El teléfono está ubicado en el mismo edificio donde se suponía que vivía Svetlana. El que hablaba era un hombre. Ni rastro de la rusa. He establecido cruces con teléfonos registrados en los grupos de Alicante y Madrid.

—¿Eso quiere decir que tenéis coincidencias de números telefónicos?

—Sí.

—¿Cómo puede ser que tengan ese teléfono activo?

—Porque no se imaginan que conozco el número. No pueden llegar a imaginarse que encontré el teléfono de Joaquín. Es una pieza con la que no contaban.

—¿Y has encontrado coincidencias de números de teléfono quieres decir?

—Sí. Son números que pertenecen a activos de la Trata en otras comunidades. Y el activo de aquí, que es el que lleva el teléfono de Svetlana, tiene una reunión con un individuo llamado Mantis para establecer nuevos protocolos de acción.

—¿Protocolos de acción? ¿A qué se refiere?

—A su modo de maniobrar. Tendrán nuevas directrices.

—¿Y cuándo se van a reunir?

—Este sábado.

—Entonces, vas muy bien en la investigación, ¿no? —lo felicito.

—Sí —asiente satisfecho.

—Me alegro mucho.

Eric alza la comisura de su labio y vuelve a observarme de ese modo en el que me siento como un cuadro incomprensible de Picasso. Que sabes que es arte, pero no tienes ni idea de lo que significa.

—Podrías pasar esta noche conmigo en mi casa.

—¿Es una pregunta o una sugerencia?

—Es una invitación.

—Bueno... me lo pensaré.

Él mueve la cabeza negativamente. No le ha gustado esa respuesta.

—Me gustaría mucho que vinieras. Quiero agradecerte que me hayas hecho este favor con Ariel.

—No me tienes que agradecer eso —respondo.

—Entonces quiero que vengas porque necesito pasar la noche contigo. Y ya no puedo más —apoyo mis manos en la encimera, a cada lado de mis caderas y él une su frente a la mía—. Dime que sí.

Mi atención se dirige al porche. Ariel está hablando con mi abuela como si nada, pero parece que en realidad hable con Bicho. Menudo panorama.

—De acuerdo. Esta noche iré a tu casa a cenar. Solo a cenar.

—¿A cenar?

—Sí.

—Perfecto —sujeta mi mano, la levanta y me da un beso en el dorso—. A cenar, entonces, hada de los bosques —bromea—. Ariel, venga, cariño —la llama alzando un poco la voz—. Coge tu mochila que nos vamos.

—¿Ya? —refunfuña ella entrando en el salón un poco triste—. ¿No puedo quedarme un rato más?

—No, bollito. Hay que ir a casa que Ada tiene que trabajar y papi descansar un poco.

—¿Y luego nos iremos al parque?

—A la tarde sí —responde él.

Ariel viene dando saltitos y me da un abrazo. Hunde su carita en mi vientre y me dice:

—Te quiero.

Eric se queda tan pasmado como yo. Incluso parece incómodo.

A mí se me ha congelado el cuerpo pero mi alma está volando llena de amor. Alzo la mano y le acaricio las coletas.

—Gracias, Ariel. Y yo a ti.

—Somos hadas —apoya la barbilla en mi barriga y me mira con esos alumbres negros llenos de pureza.

—Sí —le sonrío y le doy un golpecito en la nariz.

—Venga, andando —ordena Eric extraviado en sus pensamientos—. Hasta la noche.

—Hasta esta noche —respondo yo viéndolos marchar.

Cuando oigo la puerta cerrarse, mi abuela está cruzada de brazos a mi lado, observando el mismo punto por el que han partido.

—Estás en un lío muy gordo. Mucho.

—Gracias, abuela —contesto con sarcasmo.

—Ese hombre te va a poner entre la espada y la pared.

—¿En serio? No me digas...

—Sí. Tendrás que tomar decisiones. No se le puede ocultar información a un lobo, porque rastrea muy bien.

—Hago lo que creo que es mejor para mí y para esa niña. Y para él.

Mi abuela dice que no con la cabeza.

—No cielo. Te estás protegiendo tú de su propio juicio. Pero quien quiera estar contigo, Ada, tiene que saber quién eres y cuál es tu virtud. No se puede vivir en la mentira.

¿Sabéis que es lo peor de todo? Que no le puedo quitar razón a mi abuela. Porque es cierto. No se puede vivir en la mentira. Y puede que deba ser más valiente y decirle a Eric lo que veo. Pero me da miedo, porque si se lo digo y le digo todo lo que sé antes que él, sobre su caso y sobre su hija, no me creerá. Como le diga que a su Ariel le pasa lo mismo, va a enloquecer.

Un hombre como él no tiene escrúpulos ante aquello que considera falso o traicionero.

Es un representante de la Ley. Y la Ley considera que todo lo que no se puede demostrar no existe o es irreal.

Yo no cometo ningún delito por ver a los caminantes y a los espíritus.

El delito es que yo los vea y los demás no.

Y eso siempre es mentira a ojos de todos.

20. Epitafio: «Fallecido por la voluntad de Dios y mediante la ayuda de un médico imbécil».

El resto del día ha ido bien, excepto por un detalle que me ha puesto de muy mal humor. Y todo esto es culpa de Eric, y es algo que hace que siga cabreada con él en relación a mi trabajo.

Por la mañana, cuando he llegado a Paréntesis y he abierto el buzón de las cartas que hay en la puerta, me he encontrado un sobre. Una carta blanca sin remitente.

Cuando la he abierto, había un folio DinA4 con una sola palabra impresa en negro: «ZORRA».

Nunca había recibido mensajes de este estilo, pero entiendo que si Eric llamó a alguno de mis pacientes y estos advirtieron a sus mujeres sobre lo sucedido, tal vez ellas puedan creer las habladurías, y eso me coloca en una posición muy vulnerable.

Pienso sobre ello antes de entrar a la Biblioteca Ramon Vidal, en la Calle Mayor. Estoy siguiendo el consejo del caminante Fran. Lo que me dijo sobre lo que sucede en mi jardín y por qué sucede en él me picó mucho la curiosidad. Supongo que tendría que investigar y llegar a mis propias conclusiones, porque dudo que en la información que encuentre ponga: «... y es por eso por lo que hay una puerta al Más Allá en el jardín de los Sierra». Así que tendré que darle a la intuición con los datos que obtenga de mi particular investigación.

Es una biblioteca pública muy pequeña, nada ostentosa y con lo básico, pero como todo en Besalú, también tiene su encanto. En muchos aspectos, si miras hacia cualquier rincón, tienes la sensación de que puedes estar en una sala de tu casa, frente a tu propio mueble librería de madera marrón. La zona de niños está cubierta por una moqueta azul, nada más entrar, al igual que la recepción cercada por una mesa roja rectangular y esquinera.

Le he pedido a la chica de recepción, a la bibliotecaria, que me ayude a encontrar libros sobre el Besalú antiguo y lo que era su ciudadela.

En menos de quince minutos, me ha acercado un tomo sobre arqueología medieval. Cómo se nota que se conoce todos los libros de cabo a rabo. Me ha sonreído y me ha dicho:

—Este es el mejor. Es como ver Besalú siglos atrás. Te gustará.

Y he salido con él tan contenta. He llegado a mi casa y me he puesto a ojearlo para sacarme la mala leche de encima por culpa del mensaje anónimo. Y no he tardado demasiado en encontrar eso a lo que Fran hacía referencia.

He tomado hasta apuntes.

En el libro hay un mapa antiguo de lo que era la ciudadela siete siglos atrás. Tenían un cementerio, obviamente, y el ábside de la antigua iglesia se encuentra debajo del monasterio actual. Pero en el mapa, tal y como está configurado en el libro, también hay ubicado bajo tierra un gran osario y encontraron cinco tumbas de las familias acomodadas de la época. Tumbas que podrían extenderse hasta la parcela donde está ubicada mi casa. Es decir, que estoy posada sobre un antiguo cementerio. Por eso, mi jardín es una especie de puerta al Más Allá para los caminantes que me visitan.

Mi abuela tampoco lo sabía, y se ha quedado prendada de la historia al descubrirlo. Nos gustaría identificar el nombre de las tumbas que yacen bajo tierra, porque ambas intuimos que tal vez, Besalú, era hogar de mediadoras antiguas, pero como no tenemos referencias al respecto, pues solo es una suposición.

Y con esa suposición en mente y el misterio del rosal descifrado, me he ido a casa de Eric. ¿Que si estoy nerviosa? ¿Cuándo no he estado nerviosa yo con ese hombre rondando? Creo que siempre me ha puesto así.

Eric vive en el centro. En una casita unifamiliar pareada de obra vista. Supongo que la de al lado es donde vive la famosa Anabel.

Dejo el coche aparcado en la acera de en frente, he tenido mucha suerte. El centro está imposible para encontrar aparcamiento. Desde que he salido de casa tengo en mi cabeza la canción de Bésala de La Sirenita. Y el Uo uo a coro.

He traído un postre. Unas lionesas que sé que a Ariel le gustan, porque me lo dijo cuando pasamos por una de las pastelerías de Besalú.

Llevo un vestido violeta de tirantes y unas zapatillas de tiras de piel y cuña tipo corcho. La chaqueta tejana pende de mi brazo. Más o menos como mi estabilidad emocional. Cuanto más me acerco a la puerta de esa casa, más consciente soy de que me estoy metiendo en un berenjenal. Eric tiene una niña, está aquí de paso, es Inspector de policía y menosprecia todo lo que se parezca siquiera un poco a lo que yo soy en esencia. Es como si yo odiara a la policía, él lo supiera y me dice que es bombero. Me estaría engañando. Y yo a él.

Pero en mi defensa diré que yo nunca lo busqué. Él vino a mí, apareció en mi vida y ya está. Que sea lo que tenga que ser.

Antes de entrar me llama Bea al teléfono. No sé si cogérselo o no porque con la cantidad de burradas que dice a saber si me va a poner más nerviosa. Pero se lo cojo igual.

—Tengo solo unos minutos, estoy a punto de entrar.

—Tienes que decírselo —dice sin más.

—¿Qué? ¿Qué estás comiendo? Te oigo masticar.

—Pipas. Tijuana —aclara—. Tienes que decirle a Eric lo que eres. Y de paso contarle que su hija también ve lo que tú. No puedes alargar esto más.

—No puedo —digo dando la espalda a la puerta y hablando en voz baja—. No puedo. Tú no lo entiendes. Ahora... me siento responsable de esa niña. Si se lo digo a Eric, él la alejará, y lo que es peor, la llevará al terapeuta y le darán cualquier cosa... la tratarán como si se inventara a sus amigos. Pero sus amigos son reales. Yo la puedo ayudar.

—¿A qué? ¿A que medie, Ada? No sé, no lo veo...

—No quiero que la niña medie. Quiero que se sienta segura con su naturaleza. Que no tema y que no piense que le pasa algo raro.

—Escúchame bien, Odamae Brown. Los espíritus del caso que él investiga han acudido a ti y te han dado las claves para que él siga adelante con su investigación. No puedes seguir disimulando. Con lo avisado que es no me creo que no sospeche nada raro sobre ti. Que no elucubre... Lo llevaste hasta el cadáver de Joaquín y hasta su móvil. No es tonto, joder.

—¿Y crees que no lo sé? Pero no puedo decírselo...

—Si Eric descubre en algún momento que tú ves mucho más allá que él y no se lo has dicho, no le hará ninguna gracia. Es más, sospechará cosas peores. Ese es mi primer consejo de la noche, que sé que vas a desoír, vamos, como si lo viera...

—¿Y el segundo? —Me miro las uñas. Me las he pintado muy bien, con el mismo tono que el vestido y con un poco de brillantina. Es algo de lo que siempre me suelo sentir satisfecha. De

cómo hago las uñas.

—Que folléis hasta morir. Total, si después de la muerte hay más vida, podréis seguir follando como espíritus. Demi Moore tendría que haberse tirado de un puente y reunirse con Patrick Swayze para follar en el Más Allá.

Abro la boca e intento comprender su teoría.

—No va así esto... —aparto el oído del móvil porque el modo que tiene de partir las cáscaras de las pipas puede reventarme un tímpano—. Los espíritus no se quedan aquí comiendo hamburguesas, helados y follando, Bea. Son incorpóreos y ni sienten ni padecen. Por eso la vida tiene mucho valor para los muertos. Porque es otro modo de existir mucho más placentero.

—Lo que tú digas. Patrick poseyó a Odamae y abrazó a Demi.

Me da risa cómo mezcla los nombres de los personajes de ficción con los de la vida real.

—Sabes que Odamae se llama en realidad Whoopy Goldberg, ¿no?

—Sí, un Whoopy con queso. No digas tonterías. Odamae es Odamae Brown ahora y siempre. Por eso luego se hizo monja y se puso a cantar.

Dejo ir una carcajada.

—Estás mezclando películas.

—No, no. Es ella. La gran Odamae Marrón.

—Te falta riego.

—Como Gandalf el Gris. Como la canción de Forever Young. Pues forever Gandalf. Ese hombre va a ser siempre Gandalf. Ana de las tejas verdes, la Viuda Negra, Saruman el Blanco... —enumera como si llevara la razón—. Los apodos cromáticos se llevan mucho para inmortalizar a los personajes. Mira a Barry White.

—Barry White es real —me muero de risa.

—Y una mierda.

—Bea, de verdad... —dejo ir una carcajada—. ¿Tú eres de este planeta?

—Habló la que ve fantasmas. La Jennifer Jasón Leigh.

—¡Esa no es! —me doblo para sujetarme el estómago porque me está dando el ataque de reír—. Es Jennifer Love Hewitt. ¡Para ya! —le ruego.

—¿Y la de los arcos? —pregunta confundida—. ¿Esa cómo diablos se llamaba?

—¿Juana?

—¿Qué Juana?

—Tú tía de Pinseque. Juana de Arco, ¿quién va a ser?

—No, joder, la rubia con cara de susto perenne.

—Ah... ¡Patricia Arquette!

—Esa también veía muertos, ¿no?

—Sí.

—Podrías ponerte un nombre místico. Ada Red. O Ada Black. O, no, mejor —se detiene con suspense—. Mor Ada.

—¿Qué? Basta. —Me está doliendo el estómago de reírme—. ¿Estás fumando un porro o algo?

—Mor Ada. Joder, ¿no lo pillas, en serio? Mor de Muerte. Mor. Y Ada de tu nombre. Y Morada es una tonalidad.

—¿Qué coño? Mor de muerte no existe... Sería Mort Ada en todo caso.

—¿Mortada? Qué absurdo, ¿no?

—Y ya no sería una tonalidad. ¡Y no sé qué estoy haciendo aquí siguiéndote el rollo!

—Te encanta.

—Sí. Es la mayor chorrada que te he oído decir en mucho tiempo.

—No me desafíes.

—Bea, te tengo que dejar. —Me seco las lágrimas de la risa con la punta del dedo.

—Vale. Si no se lo dices, pásatelo bien esta noche y disfrútalo todo lo que puedas. Ocultar que ves muertos no puede durar mucho. Y ocultárselo a él, con lo inquisidor y lo desconfiado que me has dicho que es, será mucho peor. Así que protégete el corazoncito.

Niego con la cabeza y cojo aire. Qué bueno es reírse a gusto.

—Tienes razón. Tienes razón. Tengo que encontrar el momento adecuado para decírselo. Pero esta noche no.

—Como quieras.

—Te dejo. Un beso. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando me doy la vuelta, la risa aún me asoma a los ojos, aunque la preocupación y la ansiedad la lleve por dentro.

Bea es una cachonda en todos los sentidos, pero tiene mucho sentido común y es sabia como Gandalf el Gris que luego fue Gandalf el Blanco.

—Hola.

Eric ha abierto la puerta. Huele de maravilla. Él y lo que sea que hay en el horno. Sus ojos oscuros tienen ese brillo que hace que la boca del estómago se me frunza y el corazón se vuelva arrítmico. Deja caer su mirada por mi cuerpo.

—Hola —contesto yo.

—Pasa.

Imaginaos que Eric es la luz de una farola. Yo soy esa polilla que va a achicharrarse solo porque es incapaz de luchar contra su brillo hipnótico.

Cuando entro, tengo las lionesas entre las manos y no demasiado tiempo como para observar su entrada y las características de su casa, que la verdad es que se sabe mucho de la calidez de un hogar por su hall. Y no tengo tiempo porque Eric me toma de la cintura, me da la vuelta, me quita las lionesas para dejarlas sobre el mueble de recepción, y me da un besazo que me deja bizca, levitando en un espacio alternativo.

—Un momento... —le pido colocando la mano sobre su boca—. ¿Ariel?

—Está durmiendo ya. Son las diez de la noche.

Me da pena no ver a la niña, la verdad. Pero por otro lado...

—Ah... ¿y si se despierta?

—No se va a despertar. Ariel duerme del tirón.

—Esta noche no ha dormido del...

—Porque le diste mucho zumo y tuvo pipí —desliza sus manos por debajo de la falda de mi vestido y me acaricia el trasero por encima de las braguitas—. Joder, Ada... me tienes enfermo perdido. ¿Tienes hambre?

Parpadeo para no quedarme en coma.

—Sí.

Él sonríe, me levanta y me obliga a colocar mis piernas alrededor de su cintura. Estoy gratamente sorprendida por su poder y su arrebato.

—Perfecto —dice—... Yo también. Y pienso darme un banquete.

Entramos en el salón. Veo que hay una escalera hacia la planta superior, donde supongo que están las habitaciones. Pero no puedo ver nada más, porque tengo los ojos cerrados, la boca ocupada y el corazón en puro libertinaje.

Se tumba en el sofá, que es gigante, y oímos un mec. Se levanta, mete su mano bajo su trasero y saca un unicornio de peluche que lo cambia de código postal lanzándolo por los aires.

Me echo a reír y vuelvo a besarlo. Y entonces él me dice:

—Mira.

Cuando veo lo que tiene en la mano me entran mil calores. Es una tira de diez condones, en sus paquetitos plateados.

—No pienso dejarte salir de mi casa hasta que no los hayamos gastado todos.

—¿Qué?

—Que me beses.

Eric me acalla con otro beso y sé que todo acaba y empieza para mí en este precioso momento. Sabe cómo tiene que tocarme y calentarme. Es como si yo tuviera un libro de instrucciones escondido que solo él ha podido leer.

—No quiero ser brusco pero...

—No pasa nada si lo eres —le digo.

—Esto es superior a mis fuerzas —coge aire como un caballo desbocado.

Me quita el vestido morado por la cabeza. Me desabrocha el sujetador y cuando ve mis pechos se lanza a por ellos. La manera que tiene de abrir la boca y cerrarse sobre mis pezones me enloquece. Lo increíble es que me haya quitado las bragas sin bajármelas por los...

—¡Me has roto las braguitas! —protesto con asombro.

—No pasa nada.

Me parece increíble. Todo. Que me las haya roto, y esa manera de succionar mis pezones y mordisquearlos. Me los va a dejar rojos e hinchados, y parece que eso es lo que quiere. Me empieza a tocar entre las piernas y ya estoy mojada.

Eric se mira los dedos húmedos de mí y se los lleva a la boca.

—Dios mío... —susurro arrobada por su rostro repleto de placer—. ¿Te gusta? —le pregunto con algo de vergüenza.

—Me pone tanto que cuando entre en ti voy a explotar.

Miro mi cuerpo. El suyo está completamente vestido. Yo estoy completamente desnuda.

—¿Y si te quitas la ropa?

—Luego... ahora déjame hacer esto o acabo en los pantalones.

Lleva un pantalón de chándal gris. Se lo baja, se libera el grueso pene y rápidamente se coloca un preservativo. Siempre me fascinará la habilidad que tiene para hacer esto.

Me levanta por las caderas. Y poco a poco... Me deja caer.

—Eric, cuidado porque estoy irritada —le recuerdo sujetándome a sus hombros.

—¿Te fías de mí?

—Sí.

—Entonces no te tenses. Déjame a mí, nena.

Ese modo de llamarme «nena»... ya sé que hay muchas maneras. Puede ser un «nena» machista o despectivo, o un «nena» de hermandad, o un «nena» al estilo Eric. Y este «nena» es protector, algo posesivo y lleno de deseo. Y me gusta.

Me sujeta y controla el peso de mi cuerpo para que poco a poco yo vaya viendo cómo él juega con el glande en mi entrada, lo mueve arriba y abajo y me pone tensa, como una llamada en espera.

—Eric...

—Estás hinchada. Mírate.

—¿Qué?

—No seas vergonzosa conmigo. Mira.

La imagen para mí es un poco grotesca. Él es grande y moreno y yo soy más pequeña y pálida. Es como un semental pero sin el «como». Y me excito de imaginarme que eso va a entrar dentro de mí, aunque me parta en dos. Empuja las caderas hacia arriba e introduce el glándulo venciendo la primera resistencia de mi cuerpo.

—Esta vez quiero estar todo entero.

—Sí, ya... no creo que pueda.

—¿Te ríes?

—Me río de los nervios y para no llorar.

—Nos va a encantar. Yo voy a cuidar de ti.

Dice unas cosas que me desconcentran.

Pero me olvido de las palabras cuando se mueve perfectamente sincronizado, con suaves embestidas destinadas a dilatarme, sujetándome las caderas con las manos para impulsarlas hacia abajo, y con esa boca divina trabajando mis pezones. Me deshago.

—Ada... —susurra contra mi pecho—. Ya estás resbaladiza. Y casi he entrado hasta la mitad. Pero quiero más.

Me hechiza con su voz y sus ojos negros tan centrados en mi rostro. Asiento porque me fío de él y me agarro bien a sus hombros. Y entonces tira de mis caderas hacia abajo y me empala hasta el cerviz. Lo sé porque nunca había sentido nada igual, tan profundo, tan tenso y tan colmado. Es devastador.

Eric sonríe, como si me advirtiera de que ahora iba a llegar lo bueno de verdad, porque yo estoy seriamente impresionada, tanto que sin querer se me han saltado las lágrimas y no he podido gritar para no despertar a Ariel. Eric toma mi rostro con dulzura y me obliga a inclinarme hacia su boca para besarlo. Su espalda se ha deslizado por el sofá y ahora casi parece estirado en él, aunque se apoye con los talones en el suelo.

Es erótico verlo vestido, solo con su sexo en mi interior y su rostro arrebolado por el deseo. Su beso me dice muchas cosas, las siento, y no quiero estar equivocada. Parece que se preocupe por mí, que no solo le guste mucho y le haga gracia. Se preocupa de verdad.

Nuestros labios se unen con ternura, pero cuando las puntas de nuestras lenguas se unen de nuevo, él se pone a arder y hace que yo me quemé.

—Relájate —me pide—. No tenses el vientre, cielo...

—No quiero hacerlo, pero...

—Eso es —masajea mi trasero.

—No puedo hacer nada —le digo—, es como estar atravesada por un arpón.

—Muévete... —me anima acariciándome las nalgas desnudas—. Muévete poco a poco.

—Eres muy grande —lo digo con asombro.

Eric posa su mano abierta sobre mi vientre y acaricia mi ombligo con el pulgar.

—Estoy aquí. Aquí detrás.

Cojo aire y exhalo suavemente.

—Sí. Lo sé, como un jodido cartero.

Eric se echa a reír y a mí se me ilumina la vida.

—Pues tengo una carta para ti, guapa. De aquí no me voy a mover. —Eric me vuelve a besar y a mover las caderas con un ritmo lento y pausado. Arriba y abajo.

Me parece demasiado increíble hacerlo con alguien de sus dimensiones. Al menos, a mí me parece grande, pero claro yo no tengo demasiada experiencia en rabos. Bea sí. Ella sería una buena jurado. Pero imaginarme a cualquier otra viendo cualquier parte de Eric, me pone nerviosa. Además, lo noto tanto y cada milímetro de su envergadura y de su anchura, que mi cerebro deja de conectar rápido y se centra solo en un solo objetivo: correrme con él. Eric me inclina levemente para frotar mi clítoris con su carne y su vello púbico negro y rizado. Es muy masculino, hermoso y viril.

—Ven —me pide posando su mano en mi nuca y atrayéndome de nuevo a su boca.

Me abraza y me besa para que todo mi torso se pegue al suyo y él empieza a sacudir sus caderas cada vez más fuerte. Noto sus testículos contra mi trasero, y cómo frota y dilata cada cada músculo de mi interior, que mañana estará muy magullado. Pero es que me importa un comino.

Estoy completamente abierta para este hombre que me encanta y que hace que disfrute con él solo con poseerme, sin hacer nada más, sin preliminares. Y yo siempre he necesitado preliminares. Pero con Eric no. Con Eric no porque solo verlo es un preliminar.

Nuestras bocas se unen y ya no se despegan ni siquiera cuando empezamos a corrernos a la vez. A la vez, ¡con lo difícil que es eso!

Mi melena cubre su rostro. Nuestros alientos se intercambian y él gime, y yo, mientras me abraza tan fuerte que descubro que echaba de menos que alguien me sostuviera así, como si nunca fuera a dejarme caer.

No puedo gritar ni él tampoco. Así que el uno se traga el grito del otro y explotamos al mismo tiempo.

Un par de minutos después, todavía estoy recuperando el aliento. Pero abro los ojos, un poco mareada, como si hubiera perdido el conocimiento. Eric me ha vuelto a incorporar y sigo ensartada sobre él. Ahora ya no duele tanto, ahora me sacia y me llena como no sabía que necesitaba ser ocupada.

Él se está sacando el jersey por la cabeza. Su oscura mirada de ónix y azabache tiene localizada una única presa para toda la noche.

Y esa soy yo.

—Aún no hemos acabado —me asegura volviendo a besarme.

21. Epitafio: «¡Dejadme salir, cretinos!».

Todas, a lo largo de nuestra vida, nos merecemos una noche así. Nos merecemos que nos toquen así, con hambre, con pasión y como si nunca pudiesen saciarse de nosotras. Es revitalizante saber que te necesitan de esta manera, a pesar del cansancio y la irritación, y las protestas de mis músculos, la posesión a la que me ha sometido Eric en dos horas y media ha sido tan brutal que si os digo la verdad no sé ni lo que me está haciendo ahora mismo. Me he abandonado a él, he dejado que fuera él quien mandara y que colocase mi cuerpo como deseara, cuántas veces como quisiera. Es el sexto condón que usamos.

Este hombre es un claro ejemplo de empotrador. Es un potro. Un toro. Un depredador y un saqueador, porque se lo lleva todo.

Se ha quitado la ropa por completo, en la segunda vez. Y no me ha dejado contemplarlo demasiado. Porque tenía prisa por estar dentro de mi cuerpo. Cuando me ha levantado del sofá, me ha dado la vuelta y lo ha hecho conmigo contra la pared. Y después ya me ha importado poco contra qué superficie lo hacíamos. Ahora sé que estoy sobre una mesa, la del salón. A mi derecha, las puertas correderas de la cocina están abiertas de par en par. El horno se ha apagado automáticamente y aún huele a comida, y también a sexo. Los tendones del cuello me duelen por haberme tensado tanto y no haber podido gritar del gusto, al correrme unas seis veces ya.

Estoy con las manos apoyadas en la mesa de color perla envejecida. Mis piernas están abiertas, mi culo se desliza por la superficie, pero no me caigo. Él entra y sale de mí como si se tratase de su casa.

Eric es muy apasionado, y muy duro. Le gusta el sexo fuerte y sin contemplaciones. Para él es una diversión y algo de lo que se alimenta, y no le gusta dejarse detalles. Lo hace, y se entrega con todo. Es muy caliente, muy seductor y sabe cómo volverme loca.

Creo que me van a salir moretones, si no los tengo ya, por el modo cómo me agarra el trasero para embestir como a él le gusta y como yo he acabado descubriendo que también disfruto. Hasta el fondo y sin salirse demasiado, como un pistón bien engrasado pero sin largo recorrido.

Me he corrido por dentro tres veces. Él no ha tenido ni que acariciarme el clítoris. Mi cuerpo lo ha reconocido y se ha abierto como una flor para su invasión y todos sus cuidados, porque sabe que con él va a disfrutar. Pero estoy agotada. Me va a costar llegar al orgasmo esta vez.

—Eric... —musito haciendo el último esfuerzo para estirar mis manos y sujetarlo del rostro—. Tienes que parar... tenemos que parar. No puedo más.

Él levanta la mirada resplandeciente y drogada de mí y de nosotros. Sus largas pestañas dibujan sombras sobre sus pómulos. Qué hombre más bello, maldita sea. Vuelve a mirar hacia abajo y se prenda de cómo nuestros sexos se unen, sin que haya distancia física que los pueda separar.

—Ada... una vez más, princesa.

Yo niego con la cabeza.

—No creo —le aseguro—. Si me corro otra vez se me va a licuar el cerebro.

—Chist... miranos. Esta es mi madriguera. Estoy tan dentro de ti que parece mi vaina

perfecta. Es ahí. Profundo —susurra en mi oído presionando las caderas fuertemente contra mí—. Es ahí donde empiezas a palpar y donde te gusta que esté. Por completo. Así...

Me quedo sin respiración. Eric sabe que me tiene haciendo equilibrios y que estoy a punto de llegar al clímax otra vez.

—Solo una vez más, cariño.

«Cariño», qué bonito. Esa palabra hace que cierre los ojos y quiera darle lo que él me pide y necesita. Y sí, rodeo sus caderas fuertemente con mis tobillos y lo atraigo para que empiece a sacudirme intensamente.

Eric entrecierra los ojos, clava mis dedos en mis nalgas y me levanta unos centímetros por encima de la mesa para penetrarme como a él le gusta.

Es un guerrero hecho para otras épocas y otras batallas. Pero también lo han tocado con la varita de la seducción salvaje. Y me tiene para siempre.

Gimo y hundo mi rostro en su cuello. La desesperación por llegar al éxtasis hace que lo muerda y él se ríe y murmura:

—Eso es... Muérdeme. Ya estamos.

Eric me sigue y nos acabamos corriendo los dos. Tengo luces detrás de los párpados y, por un momento, creo que me voy a desmayar y que la respiración me pesa demasiado. Pero cuando el orgasmo y el placer remiten, consigo recuperarme.

Él me deja suavemente sobre la mesa. Está sudado por completo. Como yo. Busca apoyo en la superficie y me deja encarcelada entre sus manos, aunque mueve las caderas poco a poco todavía.

—Para —le pido ya muy dolorida, gimiendo—. En serio, tienes que parar. Necesitaré caminar para salir de aquí.

Eric inclina la cabeza y me roza la frente con su nariz. Pero no me dice nada. Nos quedamos en silencio, conscientes de todo lo que omitimos y dejamos en el aire.

Yo me estoy enamorando mucho. Y estoy en serio peligro. Él se retira solo unos centímetros para agacharse y poner su rostro a mi misma altura.

—¿Qué me estás haciendo tú? —es una pregunta que se hace a sí mismo en voz alta.

Parpadeo y me enternezco por él. Ojalá le esté pasando lo que a mí. Quiero creer que sí.

Exhalo suavemente y le acaricio la mejilla con la punta de los dedos. Sonrío suavemente. Él no está preparado para nada de esto y yo tampoco. Y aquí estamos.

—Oye... —no quiero presionarlo pero creo que merece ser avisado—. No juegues conmigo, por favor... No hagas que me ilusione si no te lo vas a tomar en serio. Yo no me entrego así jamás.

Él oscila sus pestañas levemente y su expresión se suaviza más.

—Eres increíble. Y preciosa —dice buscando mi mano con sus labios. Besa mi palma—. Y yo soy afortunado. No estoy para juegos, nena —adelanta las caderas y se mece en mi interior.

Yo siseo y me muerdo el labio inferior.

—Eric... —musito incrédula—. Tú eres incansable.

Él se echa a reír y yo también. Vaya dos, desnudos, sudorosos y reventados de practicar sexo. Cuando la risa ronca de Eric cesa, alza sus ojos de nuevo para buscar los míos.

—Tienes unos ojos maravillosos y llenos de vida —me dice—. Parecen mágicos. Como si rieran continuamente. Y tu cuerpo... y tu pelo —musita acariciando mi melena—. Eres un ser extraño.

—¿Soy un ser? —pregunto muerta de la risa—. ¡Vaya!

—Sí. Eres muy extraña para mí —admite.

—¿Y eso es bueno o malo?

Eric sacude la cabeza.

—No lo sé. Tendré que descubrirlo.

—No hay nada que descubrir —digo sin más, mirándolo con afecto sincero—. Lo que ves es lo que hay. Soy muy sencilla.

Él dice que no.

—No lo eres. No te pareces en nada a nadie que haya conocido.

—No quiero hablar de tus novias —repongo.

—No voy a hablar de mis ex. Estoy hablando solo de ti y del efecto que provocas en mí. Joder, Ada, ¿crees que soy así con cualquiera?

—¿Así cómo?

—Así. Esto no me pasa...

—¿El qué? —alzo una de mis cejas castañas. Quiero que reconozca que siente más que atracción. Yo la siento y no me creo que a él no le pase lo mismo—. ¿Qué es lo que no te pasa?

—Que esté así continuamente.

—¿Duro?

—Te digo que es enfermizo. Tienes ese efecto en mí. Pienso en ti y me pongo duro. Y hemos estado follando desde que has llegado, y no tengo suficiente, no puedo parar. Y me detengo porque mi sentido común me dice que estoy haciéndome pasar por un bárbaro y un salvaje, y tienes que alimentarte y, además, tengo una niña de cuatro años durmiendo abrazada a un Gusiluz y yo estoy haciendo el jodido kamasutra aquí con...

Cubro su boca con mi mano y sonrío.

—Eric, basta. —Veo que se pone nervioso al intentar darme explicaciones. Pero no hay que darle más vueltas. Hay cosas que no tienen explicación y simplemente son así. Y yo no quiero ponerle nervioso. No quiero que él se sienta comprometido conmigo a la fuerza por nada. Otra cosa es que mi corazón loco se enamore y le salgan alas cuando está con él. Pero eso es culpa mía, no suya—. ¿Vas a darme de cenar o no?

Él parpadea una vez. Su cerebro recibe la información pero su cuerpo se resiste a obedecer.

—No me quiero salir.

A mí me da por reír y enmascaro mi risa con las manos, aunque lo miro como si estuviera loco.

—Dios mío, es verdad que estás enfermo...

—Joder, sí —dice con un toque de humor—. Mira lo que me has hecho. Soy un puto ninfómano. Inspector. Padre. Ninfómano.

No quiero hacer ruido pero me carcajeo ahí mismo. Con cada movimiento de mi abdomen siento a Eric ahí, detrás de mi ombligo, que parece que llegue a mi estómago, duro como una piedra. Dios, tendría que estar ya relajado. Y sigue en pie de guerra.

—A mí no me hace gracia —dice él medio sonriendo—. Estoy en medio de algo muy gordo y no necesito distracciones, y mírate. ¿Cómo puedo dejar de mirarte? Me distraes, mujer. —Sus ojos se llenan de calor y ternura.

—Pues no lo siento —contesto.

—Ya veo que no lo sientes en absoluto. Te odio un poco.

—Y yo a ti —parece una declaración de amor a la inversa.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Entonces, vale, te doy un descanso. —Se sale poco a poco de mi interior y yo dejo ir el

aire por la boca. Él posa su mano entera sobre mi sexo hinchado y húmedo—. No, espera. No te muevas.

—¿Eh? ¿A qué espero? —digo aún encima de la mesa. Miro el reloj. Son las doce de la noche. Por Dios.

Eric se va hasta una puerta que supongo que es el baño. Oigo ruido de armarios, el agua correr, el profiláctico a la basura y después de unos segundos escucho cómo cierra el grifo.

Cuando lo veo caminar hacia mí, gloriosamente semiempalmado todavía, me convierto en una admiradora suya de por vida. Es sobrecogedor. Todo él. Cada músculo delineado y definido, hinchado y bien trabajado, sus pezones pequeños y oscuros, su abdomen, sus piernas fuertes y musculosas... Todo reclama atención. Como digo: un pura sangre.

Me quedo mirando su pene y pienso en lo que no he hecho con él aún. Ni en lo que él no ha hecho conmigo. Pero es que no hemos podido pensar demasiado.

—Mierda —dice él acercándose a mí con un trapo rosa de color lavanda. Su atención se focaliza entre mis piernas—. Estás irritada.

—¿Qué haces? —detengo su mano sujetándolo por la muñeca. Estoy roja como un tomate.

—Voy a limpiarte.

—No vas a...

—Ada —me advierte—. Voy a hacerlo. Y se acabó.

Y Eric me limpia con la dedicación y el buen hacer con que lo hace todo. No le puedo decir que no. Es un amor. Además, el frío de la toalla me calma y ha tenido la delicadeza de ponerle un poco de jabón hidratante.

—Así vas a estar mejor. Te puedo poner crema si quieres.

—No. Pero gracias.

—Es crema hidratante... —parece que él mismo se hipnotiza con solo mirar mi sexo.

—Que no —digo yo levantándole la barbilla para que me mire.

—Quiero comerte —sentencia a punto de ponerse de rodillas.

—No. Por favor —digo nerviosa impidiéndoselo—. Quiero comer. Y si empiezas, no vamos a parar y...

Él aprieta la mandíbula como si se estuviera echando en cara algo malo.

—No te he comido. Qué poco considerado y salvaje soy —se reprende.

—Eric —me paso las manos por los ojos—. Por favor, para. —Me está entrando la risa otra vez—. Comamos, y hablemos tranquilos. ¿Eso lo has hecho tú?

—El qué.

—Lo que hay en el horno.

—Sí.

—Pues dámelo a probar, anda. —Le doy varios besos en los labios y percibo el momento en el que se relaja y la sangre vuelve a regarle el cerebro—. ¿Sí?

—Vale. —Me coge en brazos y me lleva hasta la cocina. Muy grande por cierto, donde hay una mesa preparada para dos. Me deja sobre la silla.

—Tengo frío. Me gustaría ponerme algo de ropa...

Eric va al salón, se pone los calzoncillos, y coge su camiseta. Cuando entra en la cocina me la ofrece.

—Toma, pónela. Es grande y te cubrirá bien.

Yo la acepto. Mientras él se da la vuelta para abrir el horno y servir lo que hay en la bandeja, yo huelo la prenda con disimulo. Su olor me encandila. Es una locura. Podría imaginarme compartiendo muchos momentos más así con él. Y también otros más familiares con Ariel. ¿Está

mal pensar así? Sé que hace muy poco que nos conocemos pero no puedo evitar sentirme fascinada hacia él y todo lo que tiene que ver con él.

—Es dorada al horno con cebolla y patatas y un poquito de vino —me explica.

Eric está de espaldas. Tiene unos hombros increíbles, grandes y voluminosos y esa espalda es escandalosa. Podría esconderme detrás de ella y no me verían.

—¿Así que además sabes cocinar?

Él se encoge de hombros y no le da demasiada importancia.

—Me defiendo. Prueba a convivir con una renacuaja adorable como Ariel y aprendes a hacer de todo.

—Te imagino viendo las macros de los alimentos y buscando recetas para que ella siempre coma lo mejor. —Apoyo el codo en la mesa y lo miro embobada.

Eric se ríe. Lo sé por el movimiento trémulo de sus hombros.

—Más o menos —asume.

—Dios, eres muy pesado.

—Soy responsable.

Sirve los platos en la mesa y se sienta justo a mi lado. Tenemos nuestros muslos tocándose y cara de satisfacción sexual. Eric me llena una copa de vino blanco aunque, justo al lado, hay un vaso grande de cristal con agua.

—Sé que no te gusta demasiado el vino —recuerda.

—Qué bien que te acuerdes de lo que te digo.

—Los oídos están para algo —dice—, aunque contigo es bastante difícil.

—Sí, ya... —musito sin creérmelo demasiado.

—¿Sabes qué? Hablé con Anabel el otro día.

—¿La vecina? —mis cejas se arquean con mucho interés—. ¿Sobre qué?

—Ella ve preocupante que Ariel interactúe tanto con sus amigos invisibles cuando está con otra gente. Me ha pasado el teléfono de una terapeuta que trata a niños con ese problema. —Me quedo en silencio y saboreo el pescado y la comida. Está deliciosa. Sin embargo, lo que acaba de decirme le ha dado un toque de amargor—. Quería preguntarte... si ¿tú has visto a Ariel hablar con sus supuestos amigos? O ¿ha estado más centrada en su realidad contigo? Es algo que me preocupa mucho —asume inquieto.

—Eric, yo veo bien a la niña. Muchos niños tienen amigos invisibles y no les pasa nada.

—Para mí es algo irracional. Quiero comprender por qué hace eso. Intento pasar el máximo de tiempo con ella, y que sea tiempo de calidad, pero me preocupa que ella acuse mi ausencia y ser yo el responsable de sus carencias.

—Ariel es una niña llena de amor, Eric. Has hecho un trabajo increíble. No tienes que achacarte esas cosas. Además, no es raro que los niños hagan eso. Leí una vez que a dos de cada tres niños les pasa. Es común en la etapa de la niñez. Tienen una imaginación muy fértil y eso les convierte en creadores potenciales de mundos imaginarios. No hay que darle más vueltas.

Él escucha cada palabra que digo.

—Parece que te has informado mucho sobre eso.

—No —refuto—. Es solo que para mí no es grave.

—Para mí sí. Es desconcertante. No sabes la de veces que he tenido que poner un plato más en la mesa para ese amigo que es invisible. O si hemos ido de visita, pedir otro vaso porque su amigo tiene sed. Es como si ella no supiera ver lo que es real y lo que no. ¿Sabes? —parece que acaba de caer en algo—. Hoy ha sido el primer día que no me ha mencionado a su amigo. Hemos podido comer y merendar sin vasos ni platos de más.

—Bueno... —agacho la cabeza—. Me alegro.

¿Cómo le digo a Eric que Ariel ya no verá más a Edgar porque él se ha ido al Más Allá?

—Sea como sea, la llevaré a la terapeuta que me ha recomendado Anabel. Además, ella es pedagoga. Le irá bien a Ariel para que hable mejor. Y también para que se relacione mejor con los niños de verdad.

—Ariel tiene solo cuatro años. Se relaciona muy bien —¿Odio a Anabel? Sí. La odio.

—Es muy selectiva. No es una niña que se dé a todo el mundo, precisamente.

—Bueno, pues como yo. O como cualquiera de nosotros. No nos damos a todos, ¿no? A lo mejor Ariel tiene un radar muy fino de los gilipollas y de los que mejor están bien lejos. No tiene por qué ser un defecto. No todos nos caemos bien ni todos estamos bien con todos.

Eric exhala un poco agotado.

—Creo que haré caso a Anabel. Ella ha pasado por estas cosas.

—Tú decides —digo volviendo mi atención al plato. Me sienta como una patada en el estómago. Igual. Esa Anabel se puede ir a tomar viento. Yo no soy nadie para decirle a Eric lo que tiene que hacer con Ariel.

—No sé qué le has hecho a mi hija, pero no deja de hablar de ti —señala mirándome con mucho aprecio—. Ha intentado aguantar despierta para verte, pero ha caído dormida media hora antes de que llegaras. Se enfadará conmigo mañana.

—¿Por qué?

—Porque me ha hecho prometerle que la despertaría para que pudiera verte. Pero... —se encoge de hombros—. He preferido dejarla durmiendo. ¿Soy un mal padre?

Me divierte esa pregunta.

—Eres el peor. Pobre bollito. Tengo que decírtelo —hago una pausa dramática—. Esto está muy rico.

—¿Sí? —Le gusta oírlo.

—¿Haces tupperes?

—¿De lo que cocino?

—Sí. Te los compro.

Eric se echa a reír, pero cuando vuelve a abrir la boca ya ha cambiado de tema.

—Mañana por la noche voy a hacer un seguimiento. Van a tener una reunión con Mantis, en un restaurante en el centro. El Cau del Llop, se llama.

—La cueva del lobo —traduzco.

—Sí.

—El nombre no es nada halagüeño.

—No lo es. Pero debo ir. Han reservado una mesa y ya he hablado con el propietario para que nos deje poner escuchas.

—Oh... qué emocionante.

—Sí. Había pensado —me mira con una pizca de duda—, que llamaré menos la atención si voy acompañado.

—Pues sí, porque tienes una pinta de poli que no te la quitas de encima ni a escobazos —admito.

—Y esos tíos son muy avispados y están acostumbrados a vigilar lo que les rodea.

—No entiendo por qué no puedes intervenirlos ya. Si ya tienes mucha información, ¿no?

—No. Todavía no. Están moviendo mucho dinero y hay que pillarlos con las manos en la masa. Tienen que cobrar, intercambiar maletines y recibir la producción de la droga que venden y necesito saber de dónde la sacan y las identidades de los cabecillas de cada comunidad.

Mañana, por ejemplo, se entregan un paquete en ese local. Y cuando tengamos bien localizados a cada cabecilla, también podremos liberar a las mujeres que tienen trabajando para ellos extorsionadas y tal vez podríamos encontrar a Svetlana, si aún sigue viva.

—Crees que está muerta, ¿verdad?

—Sabiendo lo que sé de Joaquín, y viendo que no hay ni rastro de ella... creo que sí. Es lo más probable. Posiblemente, la mataron.

—¿Y si escapó?

Eric frunce el ceño incrédulo.

—No se escapa de esta gente, Ada. Son maquiavélicos y si les traicionas, te matan. Te dejan bajo tierra, donde no abrirás la boca más. Pero deberíamos encontrar el cuerpo para cerciorarnos de todo. Además, Svetlana ya ni siquiera está entre mis prioridades. Aquí los que le mueven el cotorro son Mantis y un tal Megalodón. Mañana se reúnen con Mantis en este lugar y tendrán que cerrar flecos. Iremos paso a paso.

—¿Y con quién vas a querer ir? En tu comisaría no saben que estás investigando por tu cuenta.

—No lo saben. Pero no había pensado en nadie de la comisaría.

—¿Ah, no? —aún no comprendo lo que me quiere decir.

—Verás, mañana se celebra una noche especial en ese lugar. Es una noche Swinger.

—¿Eh? —me quedo con el tenedor a medio camino de la boca.

—Una noche Swinger.

—¿Perdón? ¿Me estás diciendo que unos traficantes van a quedar para tener una reunión tan importante en un evento de Swingers? ¿Por qué?

—Eso es lo que hay que descubrir.

—¿Y con quién vas a ir? —insisto.

—Pues... quería preguntártelo a ti. Si te apetecía venir conmigo. No te voy a poner en peligro, estaremos muy retirados. Los micros tienen un largo alcance y una audición extrema y ni siquiera nos verán. Primero hacen una cena. Después las mesas desaparecen y... no sé qué mierda montan. Pero, para entonces, tú y yo ya nos habremos ido. Te juro que no va a pasar nada y...

—Sí —digo yo apresuradamente—. Sí voy contigo.

—¿En serio?

—No voy a hacer nada más emocionante en mi vida. Y si solo es hacer escuchas y dices que no va a pasar nada más...

—Te lo prometo.

—Entonces, de acuerdo. Sí me apunto.

Eric sonríe incrédulo.

—¿No le tienes miedo a nada?

—A muchas cosas —contesto. «Como por ejemplo a enamorarme de ti», pienso—. Pero la gracia está en hacerlas a pesar del miedo, ¿no crees?

—Sí, tal vez tengas razón, Ada sin hache —se me queda mirando un largo instante y después vuelve la vista a mi plato—. Cómetelo todo.

—No me lo tienes que decir. Lo que estoy pensando es que como no te des prisa me como lo tuyo también.

Por algún motivo, Eric se toma la frase por otros derroteros y noto cómo se endurece por debajo de la tela de los calzoncillos.

Él se mira, yo lo miro, y los dos nos echamos a reír.

—Tienes suerte de que quiero que te alimentes antes —me advierte.

—No pienso hacer nada más después —le dejo claro—. No es por falta de ganas. Pero estoy muy irritada y no puedo más. En serio.

—Lo siento —parece arrepentido.

—¿Qué? —lo tomo de la cara y le doy un beso largo en los morros—. ... Escucha, tú eres maravilloso y enorme. E irritante, en el sentido físico y a veces en el psicológico también. Solo me tengo que acostumbrar. Déjame unas veinticuatro horas más y volveré a estar como nueva.

Eric me da un besito en la mejilla y los dos unimos nuestras frentes en una increíble y tierna intimidad llena de confianza. Me gustaría quedarme a dormir pero eso Eric no me lo va a pedir, porque es ir mucho más allá y ha dejado muy claro que aquí está de paso y que no quiere ataduras. Y eso me desanima, pero sé que tengo tiempo por delante para hacerle cambiar de idea. Además, por otro lado no quiero que Ariel se confunda por nuestra tontería.

Ariel y yo nos hemos encariñado muy rápido, eso es algo que se sabe.

Y yo me he encariñado muy rápido de su padre.

Pero Eric es intratable. Y sé que él no haría nada que pudiera incomodar a confundir a Ariel, porque es su prioridad en la vida.

Saberlo hace que fantasee con pensar que tal vez yo sea la mujer que él pueda elegir para estar a su lado y darle la tranquilidad y la felicidad necesaria como para poder compartirlo con esa niña llena de amor y con un don que, lamentablemente, ni su padre ni nadie entiende.

Solo yo.

—Pues haz sitio que después viene el postre.

—¿El postre? —pienso en las lionesas. Están en la entrada, seguramente deshechas—. Yo también había traído, pero lo has dejado de decoración en el mueble de la entrada.

Eric se ríe y no le da ninguna importancia.

—Tranquila. Ya le encontraremos una utilidad —su brillo lobuno me pone en guardia.

Mañana lo acompañaré a un lugar llamado La cueva del lobo. Pero yo hace tiempo que estoy en ella, con el lobo en cuestión.

22. Epitafio: «He dejado un millón de euros escondidos en...pasa página».

Al día siguiente

Si sabéis hacerlo, poned una velita y rezad por mí y por mi alma, porque está perdidamente enamorada. Extraviada, al borde del precipicio. De todas las personas de las que no debería enamorarme, he ido a parar con las peores: con un Inspector que no cree en los fantasmas, y con una niña que los ve.

Y estoy *in love* con los dos.

Me duele todo el cuerpo por culpa de Eric. Por dentro y por fuera, y músculos que creo que no he usado en toda mi vida. Soy Lucky Luke andando.

Necesitaba hablar con mi amiga y contarle todo lo que me estaba pasando. Porque salir de esa casa ayer por la noche fue muy difícil. Eric tampoco estaba muy por la labor, pero en el fondo sé que no quiere complicaciones, como yo, porque no quiere meter a nadie en el núcleo que ha creado con su hija.

Bea está conmigo ahora mismo. Lo único que le falta es un bol de palomitas entre las manos, porque escucha mi relato con Eric y Ariel como si viera una película. Estamos fisgoneando en el mercado que cada semana tiene lugar entre los arcos semicirculares de sus edificios. Y no cabe ni un alfiler. Probablemente porque es de los eventos más populares del municipio, y también porque los turistas se hacen eco de ello y aprovechan para comprar embutidos, tartas de queso, de manzana, bizcochos, mermeladas caseras y todo tipo de quesos. El sol pica a rabiar y los toldos y tenderetes ayudan solo un poco a que no te quemes. La semana que viene es la verbena y el verano ya está asomando las orejitas en el horizonte.

Después de comprar unas cositas, nos hemos sentado en una terraza para tomarnos un café. Bicho está con nosotras, tirado en el suelo. La amable camarera le ha cedido un tupper lleno de agua para que beba. En ese momento recibo una notificación de mi banco al móvil. He recibido la transferencia de quince mil euros. Los ojos me hacen chiribitas. Con ese dinero podría remodelar todo mi estudio. Es el dinero de Joaquín. Él me dijo que me hiciera el traspaso y me dio sus números de cuenta y todo lo demás. Lo hice antes de que se diera de alta su defunción. Al final, esto de ayudar a los espíritus también puede ser productivo y no solo un caudal de sufrimiento.

—Lo tengo —le digo a Bea mostrándole el ingreso del dinero. Ella ya sabe de dónde viene ese dinero.

Abre los ojos azules mucho y se echa a reír.

—Pues hoy invitas tú.

—Siempre invito yo —repongo.

—Podrías regalarme algo.

—Algo te caerá... —la miro de reojo.

—Hay unos zapatos que vi en...

—Bueno, pues ya los iremos a comprar. Ahora necesito que te centres y me digas qué tengo que hacer con Eric y mi corazón latino.

Bea niega con su cabeza morena y se humedece los labios rojos.

—¿Para que esto no salga mal y lo vuestro vaya abocado al desastre?

—Sí.

—No puedes hacer nada —aclara recolocándose los pechos dentro del escote de la camiseta azul clara que lleva.

—¿Cómo que no?

—No puedes hacer nada porque esto es completamente nuevo para ti. A Dani sabías sobrellevarlo porque era un muermo muy previsible. Era un hombre de seda. Este es totalmente imprevisible, y es de acero. Pero tiene un corazón de fuego detrás de ese pectoral macizo y voluminoso que hace que quiera pasar la lengua por él.

—Estás leyendo demasiada novela romántica de época. Y córtate un poco —le advierto

—Eso, saca las garras, leona —se burla de mí—. Además, la mejor novela romántica que estoy leyendo y viviendo ahora mismo es la tuya, Ada.

—¿Y lo tuyo con Óscar? —alzo una ceja inquisitiva.

—Lo mío con Óscar no va a ningún lado. Solo follamos y punto. Pero Eric y tú estáis tejiendo un telar emocional a vuestro alrededor. Cuando las emociones se entretajan, todo está en riesgo. Tu bienestar emocional y personal es lo primero, y este tipo de relaciones son peligrosas porque te desequilibran por completo.

—Se llama estar enamorado. Deberías probarlo alguna vez. —Alzo mi batido de fresa y sorbo.

—Lo sé. Por eso yo no me enamoro, joder —dice como si tuviera la razón más universal. Toma su batido de vainilla con nata por encima y también bebe de él.

—Esta noche se supone que lo acompaño a una cena de swingers.

A Bea se le cae la pajita de la boca. La mirada que me echa es de perplejidad absoluta.

—¿Perdona?

—Una cena de swingers. Y yo le acompaño. Pero solo para disimular porque en realidad vamos a investigar.

Bea parece estar desarrollando en su cabeza una fórmula de álgebra con algoritmos muy complejos.

—¿Peeerdona? —repite—... ¿Que te vas a una cena de swingers a disimular?

—Sí. Una cena de solteros —explico con toda normalidad.

Bea abre más la boca y ni un músculo de su cara con cutis de bebé se le mueve.

—¿De solteros, dices? —se le empieza a escapar la risa.

—Sí. Y vamos juntos.

—Pero ¿se puede saber de qué olivo te has caído tú? ¿Que no es una cena de solteros!

—Sí claro —le digo mirándola como si me tomara el pelo.

—A ver, Ada. Singles son solteros —Bea se inclina hacia adelante—. Swingers es intercambio de parejas. Ya sabes... Tríos, yo me follo a tu novia y tú a la mía, dos por uno, DP, ahora lo hacemos rollo Abba, en plan cuarteto... Esas cosas —enumera dejando ir muchas carcajadas.

Dejo el batido en la mesa y me empieza a recorrer un sudor frío por la espalda.

—Y una mierda.

—Una no. Dos. Es verdad —Bea sigue riéndose.

—Que no.

—Que sí. Búscalos en internet. Swingers.

Vamos, lo busco inmediatamente. Yo estaba convencida que eran solteros. Cuando veo lo que es, me quiero morir. Dejo el móvil sobre la mesa de manera muy dramática y apoyo los codos en mis rodillas para ocultar mi rostro entre mis manos.

—No me jodas.

—Ya lo creo que sí que van a hacerlo —me advierte Bea.

—Que no. Que yo voy con Eric para disimular.

—Sí, pues a ver cómo disimulas cuando pidas huevos revueltos y te vengan dos tíos con la zambomba lista para cantar villancicos.

—Bea, no tiene gracia. —Mi voz suena histérica, y peor me pongo cuando ella está doblada sobre sí misma, con esa risa silenciosa que parece que se va a ahogar.

—Que me muero...

—Esto no puede estar pasando... —Me froto las sienes con los dedos—. ¿Y qué hago? Bea —agarro sus manos y tiro de ella para que me escuche—. ¿Qué hago?

—¡Nada! —ella se limpia las lágrimas de los ojos y coge aire—. Por Dios, eres un caso... No tienes que hacer nada. Solo ponte un buen vestido y ya está. Todo lo demás pasará solo.

—Que no pienso ir allí a follar con nadie y menos a que nadie haga nada con Eric.

—Sí, ya lo sé. Quédate tranquila. Solo haz lo que te apetezca.

—Otra vez. No me va a apetecer nada. Mira, es que me has puesto de los nervios. Tengo hasta ansiedad —me llevo la mano al pecho—. Vamos a vigilar a unos tíos —me quedo callada y entiendo por qué Eric me ha pedido que vaya con él—. Ahora lo entiendo... vamos juntitos como si estuviéramos pensando en intercambiarnos y en jugar, ¿no?

—Mira, ¿sabes qué? —Bea me da golpecitos en la mano que tengo sobre la mesa—. Me estás dando pena y a este batido te invito yo.

—¿Por qué soy tan lerda?

—No eres lerda. Eres muy inocente —vuelve a echarse a reír—. Te falta recorrer mundo sexual.

—No me interesa recorrer nada —contesto.

—Pues eso que te pierdes —se encoge de hombros—. El conocimiento nos hace libres en todos los sentidos —me guiña un ojo.

Una ambulancia acaba de entrar en la plaza. Las sirenas hacen que todos se aparten y que el silencio se cierna sobre las terrazas. Ese sonido da mucho respeto. Casi tanto como la falta de ruido que trae la muerte silenciosa.

Te lo dije.

Levanto la mirada, y ahí, detrás de Bea, está el viejo Fran. Su espíritu. Vestido como un hombre de mar, y mirándome con afabilidad.

—¿Qué estás mirando? —Bea mira por encima de su hombro.

—Tienes a un caminante detrás —le explico.

Ella palidece.

—Me da yuyu. Dile que se vaya —sujeta su batido de nuevo y vuelve a beber de él.

—No te preocupes. No está aquí por ti. Ahora solo mantén la boca cerrada —le pido.

Yo sí sé por qué está aquí. La ambulancia viene a recoger a alguien que unos metros más alejado, ha caído al suelo.

—Es Geri, ¿verdad? —le digo a Fran.

Fran asiente.

Sí. Le acaba de dar un infarto. Ha muerto en el acto. Pasaré a recogerlo y nos iremos a tu casa para cruzar el umbral.

—Estaré ahí mismo en unos minutos —le contesto—. Y lo siento mucho —le doy el pésame. Sí, le estoy dando el pésame a un muerto.

El viejo Fran no está triste, muy al contrario, parece aliviado.

Estamos juntos de nuevo. Yo le hice una promesa y cuando me vea, sabrá que la he cumplido.

Sonrío admirando la paciencia de ese espíritu, un abuelo que nunca abandonó a su nieto y que le prometió estar ahí hasta su último día.

—Se alegrará de verle. Vaya a buscarlo —le digo.

Fran se desvanece, y Bea vuelve a mirar hacia atrás.

—¿No me estará atravesando ni nada el Walking Dead este?

—No te está tocando. Ya se ha ido —respondo a Bea.

Ella niega con la cabeza.

—No sé cómo puedes hacerlo.

—Lo hago y ya está.

Ya ni siquiera me lo planteo. Lo hago y punto. Es algo bueno. Guiar y ayudar a los perdidos y a los que no saben cómo irse, es bonito.

Nos han enseñado que la muerte es terrorífica y que hay que temer a los fantasmas. Puede que algunos no sean buenos, pero en general, solo son conciencias incorpóreas buscando alivio, libertad y bienestar.

Exactamente como todos los que estamos vivos.

Horas más tarde estoy aparcando en el centro. Me miro a través del retrovisor. Llevo sombra ahumada de ojos, una línea fina y bien hecha, labios rojos con brillo y me he hecho un poco de contouring. Mi pelo está suelto. Lo tengo muy largo ya y me llega por debajo de las paletas. Por la tarde me lo he ido a escalar un poquitín y ahora tiene más vida, volumen y movimiento.

He quedado con Eric justo en el centro. No he querido que me viniese a buscar, porque he pensado que si la noche se complicaba por algo, siendo policía como es, querría tener mi propio transporte para irme sin tener que calentarle la cabeza ni ponerlo en apuros.

Así que aquí estoy. Dejando el coche aparcado en la calle, justo al lado del puente de piedra de Girona.

Llevo un vestido negro, ajustado, con manga corta y falda muy corta. Una chaquetilla por si después refresca y unos zapatos a tiras con plataformas. Me he pintado las uñas de los pies de rojo, como las de las manos. Y tengo un bolsito de manos MK. De las pocas cosas de marca que tengo y que me compro, a lo mejor, una vez al año. Me gustan, pero no me obsesionan, por eso no me gasto dinero en pijadas.

—Hola, bonita.

Cuando me doy la vuelta, Eric está a mi lado, con gesto serio.

Y por Dios Santísimo, es que está muy tremendo. No sé por qué razón me da tanto por invocar a dioses, vírgenes y santos, pero este hombre me toca la vena cristiana como nadie lo ha hecho antes. Será porque es guapo como el demonio y me tengo que proteger.

Va vestido con un pantalón color mostaza, una camiseta negra ajustada de manga corta y unos zapatos Martinelli negros con una sola hebilla. No lleva ni pistola ni nada. Conmigo no le hace falta, porque solo con esa caída de ojos me desarma.

—Hola —contesto echándome el pelo hacia atrás.

Eric sigue mirándome hasta que centra sus ojos en mi cabeza. Parece confuso.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—No sé si es buena idea esto que vamos a hacer... —contesta hasta colocarse a un palmo de mi cuerpo—. ¿Estás más alta?

—Es... —carraspeo— es la plataforma.

—¿Te has hecho algo en el pelo?

—Me he cortado un poco las puntas...

Eric ni siquiera me deja acabar. Da un paso al frente, estampa sus labios en los míos y hace que me apoye en mi coche.

Es solo un beso, pero me lo da con tantas ganas que se me abre el apetito muy rápido. O tal vez es el vacío, ese vacío que emerge bajo mis pies cuando estoy a punto de saltar desde un precipicio muy alto. ¿A quién quiero engañar? Hace mucho que estoy volando.

Eric da besos de ese tipo que, sin ser muy duros o muy explícitos, te da lengua suficiente como para que te quedes dudando de si alguna vez la sacó. Me maravilla.

Cuando corta el beso, tengo mis manos contra su pecho. Le noto el corazón rápido bajo la palma y me enorgullece saber que tengo la capacidad de acelerar el ritmo cardiaco de un hombre como él.

—No, definitivamente no es buena idea —le cuesta controlar la respiración.

—¿A qué te refieres?

—A que vas a llamar la atención de todo el maldito mundo ahí adentro.

Arqueo mis cejas con sorpresa.

—¿Qué dices? No digas tonterías.

—No las digo. Prométeme una cosa.

—Qué.

—Vas a obedecerme en todo y vas a hacerme caso, ¿vale? El evento Swinger no alquila toda la sala, solo una parte. Nosotros estaremos un poco retirados de todo el meollo. A esta gente les gusta mezclarse, coquetear con todos, y sentir que hacen algo prohibido y que podrían incluso seducir a personas que no están en ese mundo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Me lo explicó el propietario del local. Me dijo que no era el primer evento que hacía. Que él se aseguraba de que no les faltase de nada pero después no se hacía responsable de si atraían o no a más clientela.

—¿Y siempre van los mismos?

—No. Esta vez no. Me dijo que quien llevaba el cotarro eran dos tíos nuevos. Que no los conocía mucho pero como les había pagado por adelantado, que tampoco le importaba sus identidades.

—Entiendo... Bueno, no te preocupes por mí. No me voy a meter en líos y no me va a pasar nada. Simplemente te voy a acompañar y ya está.

Eric me observa de una manera que hace que me quiera tocar el pelo o la cara.

—¿Qué? —le digo impaciente.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿Ni idea de qué?

—De lo guapa que eres. Y de lo mucho que llamas la atención. Yo estaría todo el rato mirándote, como un perverso, desde la esquina oscura de un local.

—Tú eres un poco perverso.

—¿Y quién iba a culparme por ello? Lo diferente y lo que tiene tanta vida, atrae.

—Pero ¿qué dices? Si soy muy normal.

—No —me asegura él dándome un suave beso en los labios—. Tú no eres normal —adelanta sus caderas levemente y me roza la parte superior del ombligo.

Me quedo boquiabierta. ¡Está como una roca!

—¡Eric!

—No te preocupes, voy a portarme muy bien.

Él se echa a reír, vuelve a besarme y entrelaza los dedos de mi mano con los suyos.

—Vamos, Ada sin hache. Voy a llevarte a la cueva del lobo.

El trayecto hasta ese local en el casco antiguo ha sido como si diéramos una vuelta, como una pareja de enamorados haciendo turismo nocturno. Me ha encantado. Solo han sido quince minutos, pero fantasear es gratis.

Ahora estamos en el restaurante. El camarero, que ya sabe quién es Eric, nos ha ubicado en una mesa en el interior, como a mitad del grupo de comensales del evento que están al final y la de la clientela normal que está al principio. El local está a reventar.

Eric retira mi silla para que me siente y veo cómo mira desafiantemente a todos. Como si quisiera arrancar cabezas, pero acto seguido se sienta delante de mí y me sonríe con seguridad.

—Te lo dije. Eres un puto faro.

—¿A qué te refieres?

—Que es imposible no voltear la mirada para verte mejor.

—Basta —le pido.

—No. Mira. A través de los espejos que rodean este local. Mira cómo te miran.

—Pues eso es malo para ti. ¿Y si te reconocen? ¿Y si saben que eres policía? No deberían fijarse en ti.

—Es que no se fijan en mí —Eric se inclina hacia adelante y me sonríe para tranquilizarme—. Se fijan en ti, condenada hada sexi.

—Ah... —su voz acaricia cada recoveco de mi alma—. No estoy acostumbrada a este tipo de piropos.

Eric inclina la cabeza a un lado.

—No estás acostumbrada a muchas cosas, preciosa. Ya te acostumbraré.

Eso ha sido una advertencia de lo más pecaminosa y seductora y sucia. Todo a la vez. Y ya tengo la piel de gallina y no por los fantasmas, por Eric.

—Además, en mi horario de trabajo sigo a rajatabla las indicaciones del Comisario —me sigue explicando él—. Estamos tras los pasos de Los Verdes, por el asesinato de Joaquín.

—¿Aún siguen con eso? Qué tontería —pongo los ojos en blanco.

—Claro, pero ellos no tienen la información que yo tengo, así que están dando palos de ciego. Y no puedo ayudarles. Tengo que seguir a lo mío. Tú y yo sabemos que Los Verdes y Joaquín no tienen nada que ver. Nadie de mi comisaría sabe que esto lo hago por mi cuenta. Y soy nuevo en los grupos. Nadie va a sospechar, tranquila.

Sabe sosegarme. Este hombre lo hace todo muy bien.

—¿Con quién has dejado a Ariel?

—Con Mari Carmen. Pero hoy me ha dado el teléfono de su sobrina. Es canguro y va por horas. Me ha dicho que tire de ella cuando me surjan complicaciones como esta.

—¿Y Anabel? —mi tono no es el correcto y él se da cuenta y sonríe como un pavo real.

—Pareces celosa. ¿No te gusta Anabel?

—Tiene nombre de muñeca diabólica. Pero seguro que es un amor. Para que te fíes tanto de ella tiene que serlo —me encantaría coserme la boca, pero no sé.

—Es solo una vecina simpática que me ayuda —rodea mi nuca con una mano y tira fuertemente para darme un beso en los labios—. Cuidado con esas uñas, gata.

Yo me aparto y decido no añadir nada más. Cualquier cosa será utilizada en mi contra.

—¿Cuántos años tiene la sobrina de Mari Carmen?

—Creo que tiene dieciséis. Pero se lleva muy bien con los niños.

—Espero que le caiga bien a Bollito.

Sé que le ha gustado lo que he dicho porque sus ojos han hecho chiribitas y relucen candidez hacia mí.

—Has triunfado con Ariel...

—Señor —el camarero le interrumpe y nos ofrece la carta y a continuación añade—: Miguel me ha dicho que le diga que la mesa que usted vigila ya está ocupada.

Eric asiente, hace que mira la carta y yo hago lo mismo. Veo cómo se coloca un pinganillo minúsculo en el oído. Y mira hacia un punto en concreto.

—¿Me puedes decir qué mesa es la que vigilas?

—Sí —contesta Eric—. Es la del centro. La que está rodeada de todas las mesas. Hay micros y voy a escuchar todo lo que dicen. Uno de ellos debe ser Mantis.

Yo miro a través de los cristales y veo a tres mujeres, una morena y dos rubias arregladas pero con la expresión seria y el perfil bajo. A la morena no la veo bien porque uno de los hombres le cubre el rostro. Los dos hombres son muy morenos de piel. Uno va con la cabeza completamente afeitada y el otro lleva el pelo recogido en una coleta ridícula en la nuca.

—Ahí están.

—Estoy nerviosa —murmuro mirando la carta para disimular.

—No lo estés. No te va a pasar nada. Cuido de ti, ¿recuerdas?

Eric me mira por encima de la carta y me guiña el ojo.

—Sí —contesto.

—Ahora solo relájate. Haremos el papel de una pareja de enamorados tortolitos que solo se miran y se dicen tonterías.

Entonces pienso: eso es muy adecuado a mi realidad.

A la suya tal vez no. Pero a la mía sí.

Por eso sé que voy a ganar el Óscar esta noche.

23. Epitafio: «¡RIP! ¡RIP! ¡HURRA!».

Los cubiertos golpeando los platos, las copas chinchinear, las palabras alrededor levitando en un mar de incomprensible batiburrillo y desorden sintáxico... a nada le hago caso. Todo se esfuma teniendo a Eric mirándome de esta manera. Dice que tenemos que estar fingiendo, pero yo no finjo. Este hombre se me ha colado bajo la piel. Y tengo tantas cosas que decirle y tanto que contarle y demasiado es contraproducente para mis intereses. Y no sé cómo hacerlo. Seré una cobarde, porque tengo miedo. Tengo miedo de perder algo que para mí es especial.

—Estoy grabando todo lo que dicen —asegura mirándome enamorado—. Los dos tíos son españoles. La mujer morena habla con un tono del Este. Las otras dos mujeres rubias no hablan.

—¿Y qué dicen? —estoy de espaldas a ellos y no los sé ver, pero el espejo me los refleja y solo a veces mis ojos se dejan caer por esa mesa.

—Joder... mucha información —espeta cogiéndome la mano. Se lleva mis dedos a su boca, uno a uno y les da besitos.

Me derrito aquí mismo.

—La morena —dice entrecerrando los ojos— tiene algo en la mano.

—¿Algo en la mano? —respondo.

—Sí —se lleva mi índice a la boca y lo succiona levemente.

Tengo un espasmo vaginal. Qué locura.

—Eric, qué haces...

—Déjame. Así me concentro mejor.

—Mi dedo no es un chupete.

—Tú eres un chupete gigante para mí —contesta con sus ojos negros desprendiendo fuego y pasión—. La morena tiene un tigre en el dorso de la mano derecha.

—¿Un tigre? —eso llama mi atención.

—Es rusa creo. Los tigres en las mafias del Este significan repulsión hacia la policía.

—¿La puedo escuchar hablar?

Él niega con la cabeza.

—No puedo sacarme el pinganillo para dártelo.

—Claro —asumo como si tal cosa. Aun así la miro a través de los espejos de alrededor. No le veo la cara pero sí el tatuaje al que hace mención Eric. Es negro con tonalidades naranjas y amarillas.

—Es que... —susurro—. Svetlana tenía un tatuaje así en la mano. Me dijo que era su gato Puskas. Pero es igual al que ella tenía —estoy tan sorprendida como él.

—Esa mujer es morena. Svetlana era muy rubia, ¿no?

—Sí.

—Puede ser que las mujeres que pertenecen a la Trata que tiene bajo control a Svetlana tengan ese mismo tatuaje.

—Las demás no lo tienen —confirmando observando bien sus manos.

—Las demás ni siquiera hablan. Un momento —Eric se lleva la palma de mi mano a los

labios y habla sonriendo, como si me dijera una guarrada—. Un momento que empieza a hablar de lo interesante.

—¿Qué dicen?

Nos traen los platos e interrumpen la escucha de Eric. Una ensalada para compartir y carne con salsa a la pimienta.

—Dicen que esta noche se realizará el intercambio. Se llevarán todo el material para redistribuirlo en Alicante y Madrid. Harán el trayecto por tierra. En autocares. Los aviones y las aduanas no son buena idea. La morena está diciendo que hay que preparar bien a las chicas para que la operación no salga mal. La documentación está en el piso franco... Joder —la cara de revelación de Eric es increíble—. Esto es oro.

—Necesito ir al baño —le digo. Me estoy orinando desde el día de la Catequesis.

—Ve, princesa —me suelta la mano y yo me levanto como una señorita para ir al baño.

Paso cerca de la mesa de los malos, porque no tengo más remedio, y luego me dirijo a un pasillito oscuro. Al final está la puerta del aseo de chicas.

Una vez dentro, veo que hay cuatro puertas en fila y un espejo de punta a punta sobre el lavamanos de mármol. Está todo limpio y huele bien.

Hay un par libre. Me meto en uno de ellos, limpio bien el váter y lo cubro de papel higiénico. Soy un poco maniática con esas cosas. Y empiezo a hacer pipí.

Oigo que tiran de la cadena y que abren la puerta de los otros aseos. Silencio. Y acto seguido, la piel de los brazos se me eriza.

No puede ser. Aquí no, por favor. Me abrazo los codos y espero a que la sensación pase.

Eh, tú. Hola.

No. No va a pasar. Hay una caminante en el baño y sabe que estoy aquí y no me va a dejar en paz. Y entonces... ¡zas!

La cabeza de la caminante atraviesa la puerta roja del baño y me mira sin pudor ni vergüenza. Se me ha cortado el pipí de golpe del susto que tengo.

—¡La madre que me parió! —Grito. Porque soy una mujer, de lo contrario habría estucado el baño. Me cubro la cara para tranquilizarme.

¿Me puedes ver? Sí. Me puedes ver.

Yo abro un poco los dedos y la miro. Sí, claro que la puedo ver. Y la puedo oír.

—Sí. Pero ahora no admito visitas —le digo en voz baja.

La mujer tiene un ojo hueco y la sangre le cubre la mejilla derecha. Está pálida. Su cuerpo atraviesa la puerta por completo. No tiene más heridas en el cuerpo, solo ese horrible boquete en el ojo.

—Tranquila. El pipí que se te ha cortado volverá a salir —me dice como una sabionda malhumorada—... Pero ¿sabes qué es lo que no va a volver a salir para mí? El sol.

Me aclaro la garganta e intento concentrarme en la caminante que invade mi espacio personal.

—¿En qué te puedo ayudar? —claudico finalmente.

—Me mataron. Me pegaron un tiro en la cabeza y la bala me atravesó el cerebro. La última imagen que vi de mí misma fue esta, porque caí justo al lado de un espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación.

—¿Por qué te han hecho esto? —pregunto horrorizada.

—Entraron dos tíos a recoger algo de mi anterior inquilina. No sé el qué. Tenían muy malas pulgas.

¿Me lo parece o puedo ver a través del agujero de la bala?

—Estoy pegada a ellos como una lapa porque tienen mi cadáver en el coche. Una furgoneta Fiat Talento negra. Tienes que ayudarme. Van a quemar mi cuerpo con ácido. Y van a quemar el piso —dice desesperada—. ¡Y está toda mi tesis! Necesito que la publiquen post mortem.

—Vale... vale... a ver, ¿cómo te llamas?

—Laia Estepa.

—¿Dónde vivías?

—En el centro de Girona, en un piso compartido.

—¿Está tu compañera en el piso ahora? ¿Ella está bien?

—Mi compañera desapareció hace un par de semanas. Pero esos tíos venían a buscar algo que ella había dejado allí. No he visto lo que es.

Un momento. Frunzo el ceño y me quedo pensando solo unos segundos en lo que me acaba de decir.

—¿Denunciaste la desaparición de tu compañera?

—Sí.

—¿Por casualidad era rusa?

—Sí. ¡Sí, joder! ¡Era rusa! Y estaba claro que era una mentirosa y que estaba metida en algo turbio. Creo que era puta de lujo.

—¿Se llamaba Svetlana?

Ella asiente y parece que también empieza a sorprenderse de todo, incluso siendo un espíritu incorpóreo.

—¿Sabes quién es ella? Los tíos que me han matado están en este restaurante —incide—. Ella los conocía.

Mira, me pongo tan nerviosa que lo que me queda de pipi sale solo. Respiro acelerada. No puede ser. O sí, claro que puede ser.

—¿Uno es calvo y el otro lleva una coleta miserable en la cabeza?

—Sí. Son ellos. Van con dos mujeres que no hablan. Y se les ha unido una tercera mujer con el mismo tatuaje del gato que tenía la rusa zorra.

—No era un gato —digo yo sumida en el caos mental lleno de imágenes y relaciones inconexas que atora cada una de mis sinapsis—. Era un tigre.

—Como si es un oso hormiguero.

La puerta del baño se abre. El andar es poderoso y hace resonar mucho los tacones contra el suelo. La mujer que entra se mete en el compartimento de al lado.

Me llevo el índice a los labios para que Laia se calle de un puñetera vez. No pienso hablar en voz alta como una loca. Me limpio, me subo las braguitas en silencio y entonces la mujer abre la boca:

—Sí. Soy *io*... Mantis.

Me paralizó. Me paralizó porque esa voz la reconozco. Laia también la reconoce. Sin cortarse un pelo mete la cabeza en el baño contiguo. Me impresiona cómo los espíritus hacen estas cosas. Las había visto en las películas y siempre me hacían reír, porque lo consideraba improbable y poco real. Pero ahora sé que lo poco real no existe. En la vida todo es irreal. Tal cual. Y lo digo yo que veo fantasmas.

—Habla como Svetlana. Y se parece a ella... —me dice desde el otro lado. No desde el Más Allá. Sino desde el otro váter—. Y... joder... ¡creo que es ella! Se ha puesto bótox y lleva lentillas y se ha teñido el pelo. Y creo que se ha quitado algo más... no sé el qué.

Svetlana nunca me gustó. Ahora mucho menos, por todo lo que sé sobre ella y sobre Joaquín. Pero con esto ya sé que Svetlana está metida en el ajo. Sin embargo, tengo que asegurarme de

que es ella de verdad. Necesito verla. Solo mis ojos lo conformarán.

—¿Es que no vas a hacer nada? —me increpa Laia.

Yo no oigo a Laia. Escucho la conversación en español de Svetlana con quien sea que está al otro lado.

—Sí, *ia* he ido a por el paquete. Lo tengo en mi poder. Mañana te lo entregaré y te daré tu parte a ti y a tu *sosio*... *Eios* han tenido que *hase* cargo de Laia. Claro que la hemos matado —escupe rabiosa—. Nos hemos *ievado* el cuerpo y esta noche se quemará. Mañana *igán eios* a quemar el piso y no dejar *grastro*... Se ha hecho así *pogque eia* habría ido a la *polisia* a *denunsiar* que dos hombres preguntaban por mí. Y *io* no podía ir porque estoy *desaparesida*. *Ia* sé que me he operado, estúpido. Pero Laia me *conose* bien. No iba a engañarla a ella. Confío en que *solusiones* el problema de su... *defunsión*.

—Qué hija de puta es... —murmurea Laia sin poderse creer lo que oye.

—Mañana de madrugada se moverá toda la *mercansía* para Alicante y *Madrí*. Sí... con las mujeres. Quedamos donde *siempgre paga haser las repartisiones*. Adiós. ¿*Oie* quieres que te *ieve* a alguna para que la pruebes? Un regalo de socios —me la imagino sonriendo con lascivia—. Bien, *entonses* conéctate y las verás. Bien... sí... adiós.

La mujer corta la comunicación. Escucho cómo se baja las medias y las bragas...

Pero qué asco. Qué asco.

—¿Está cagando? —pregunta Laia con la cuenca sangrante pegada a la madera que hace de separador del baño—. Menos mal que no huelo.

Yo sí, pienso.

Salgo del baño y me dirijo a lavarme las manos. Observo mi reflejo tenso y descompuesto en el espejo. Ojalá hubiese sido rápida para grabar todo lo que ha dicho esa mujer. Pero al menos lo he escuchado. Me pongo jabón y dejo que el olor a limpio ocupe mis fosas nasales. Svetlana no solo estaba podrida de alma, también de estómago. Aunque igual una cosa es consecuencia de la otra.

La oigo tirar de la cadena. Abre la puerta al cabo de unos segundos y las dos nos quedamos mirando a través del reflejo del espejo.

Ella sonríe libidinosamente. Sí, está cambiada. No parece ella y sería muy difícil de identificar ahora mismo. Pero son sus ojos. Es su actitud. Perdonavidas y condescendiente.

Ella se coloca justo a mi lado y sigue mirándome fijamente a través del espejo.

—¿Nos conocemos? —le pregunto haciéndome la tonta y la despistada.

—No —ella se cubre el famoso gato de la mano, agacha la cabeza y acaba su lavado rápidamente.

Toma una toallita para secársela, la tira a la papelera y se va de ahí con los andares de una reina.

La puerta se cierra y yo me relajo. Exhalo con fuerza y dejo caer la cabeza.

—Es ella —digo—. No está embarazada y se ha hecho la cirugía.

—Te lo he dicho —Laia aparece detrás mío. Entiendo su sentimiento de urgencia—. No sé en qué anda metida, pero sí sé que me han matado. Tienes que evitar que quemen mi cuerpo y el piso. Y por favor... por favor —me pide suplicante—. Dale mi ordenador con la tesis a mi padre. Llevo diez años con ella. Él es profesor universitario y sabrá qué hacer. Por favor... llega antes. Consigue entrar en mi piso.

—Pero si no tengo llaves ni nada —le digo nerviosa, a punto de echarme a llorar—. Me gustaría ayudarte, pero ahora no puedo.

—¡No me digas eso! —La luz del baño se apaga de golpe y solo se queda encendida la de

emergencia. Me da mucho respeto ver el poder sobrenatural que puede tener un espíritu enfadado —. ¡¿De qué sirve que veas a los muertos si no los puedes ayudar?! Eres como una supernova, brillas mogollón... ¿Para qué tienes tanta luz si nos dejas en la oscuridad?

—¡Tú no tienes ni idea de por lo que estoy pasando! —me encaro con ella.

—No. No lo sé. Pero solo tú puedes ayudarme. Por favor... no me queda mucho tiempo —su único ojo negro se torna suplicante—. Te lo ruego...

Sé hacerlos callar. Llevaba muchos años poniendo un muro entre los caminantes y yo, y ahora mismo necesito hacer eso con Laia, porque tengo que ir afuera y hablar con Eric y explicarle lo que acabo de oír. Y decirle que esa mujer morena es Svetlana. Así que la ignoro, la silencio y me voy de nuevo al salón.

Svetlana está sentada en la mesa. Me mira fijamente, y los dos hombres que van con ella también. No me gusta cómo me repasan.

Cuando Eric me ve llegar se preocupa al instante al ver mi expresión pero hace por controlar su reacción.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has tardado tanto? —toma mi mano y besa mi dorso—. Tienes la mano helada. ¿Estás bien?

Yo cojo aire y sacudo la cabeza ligeramente.

—Eric, tienes que disimular ahora mucho y escuchar todo lo que tengo que decirte.

—¿Qué pasa? He visto cómo entraba la mujer morena al baño.

—Escúchame —agarro su mano y me la apoyo en la mejilla. Al menos su contacto suaviza las aristas nerviosas de mi histeria—. Te lo voy a explicar todo de un tirón. Y después tú decidirás cómo tienes que actuar.

—Te escucho —contesta muy serio.

Me humedezco los labios.

—La mujer morena es rusa. Y es Svetlana. Se ha hecho unos retoques faciales, pero es ella. Ella es Mantis —la expresión de Eric no muestra ni un cambio, pero sus ojos se oscurecen y se vuelven conspiradores—. Ha hecho una llamada telefónica mientras estaba en el baño. No sé con quién ha hablado pero ha admitido que mañana iban a ir por carretera para llevar la mercancía a Alicante y Madrid. Y también a las mujeres. Ha recogido un paquete del piso que compartía con Laia en Girona. Han matado a Laia y se han llevado algo que Svetlana dejó ahí.

—¿Cómo sabes que se llama Laia su compañera de piso?

—¿Eh?

—¿Que cómo lo sabes?

—Por... porque lo ha dicho ella por teléfono —Tengo que medir mucho mis explicaciones o al final me delataré a mí misma.

—Vale, perdona. Sigue.

—Creo que llevan el cuerpo de Laia en algún sitio. A quemarlo. Y también van a quemar el piso, mañana. Porque no quieren dejar pruebas. Svetlana tiene que encontrarse con ese hombre «donde siempre» para darle su parte a él y a su socio. Creo que ha dicho algo de llevarle a alguna chica para que la pruebe.

Eric deja caer la mano lentamente y la coloca sobre la mesa.

—¿No ha dicho nada de dónde se reúnen para esa repartición?

—No. No sé más.

—Mierda... —gruñe mirando al frente.

—¿Qué?

—Se van.

—¿Cómo que se van? —miro a través del espejo y veo cómo, efectivamente, empiezan a recoger sus cosas. Todas las demás parejas siguen comiendo, disfrutando de la velada tranquilamente. Pero ellos se van.

—Joder... —gruñe Eric al ver que pasan por al lado de nuestra mesa y desaparecen—. Algo pasa. No se pueden ir tan rápido. Acaso, ¿ella te ha reconocido?

—Claro que sí. Lo ha disimulado. Pero yo he hecho como que no sabía quién era.

—¿Y has dicho algo que haga que ella pueda sospechar que está siendo vigilada?

—¿Yo? —digo horrorizada—. ... ¡Claro que no! ¿Por qué iba a tener yo la culpa de que ellos se vayan?

—Vale, tranquila —por debajo de la mesa apoya su mano sobre mi rodilla—. Vamos a seguirlos. Y haré unas llamadas por el camino. La grabación está siendo retransmitida en directo al equipo de Jefatura de Madrid, pero no saben nada de esto. Tendrán que desplazar algún equipo aquí de incógnito para continuar la investigación y hacer un mayor despliegue. Yo solo no puedo con todo. —Me agarra de la mano y salimos de ahí.

—Pero ¿y tus cosas?

—El equipo me lo recogerá el propietario.

Eric y yo salimos a la calle. Voy detrás de él casi en volandas, dando las zancadas más largas de toda mi vida. Tengo el corazón en la garganta. Los vemos metiéndose en un parking y rápidamente Eric y yo nos escondemos en un portal. Bueno, es él quien me mete en él. Estoy de espaldas a la pared y él me aprisiona con su cuerpo.

—Deberíamos ir a por el coche —le digo yo—. Así podríamos perseguirlos y ver hacia dónde van.

—No. Voy a tener que llamar a alguien del equipo a que le hagan seguimiento —se saca el móvil del bolsillo delantero del pantalón y se lo pone a la oreja. De vez en cuando asoma la cabeza para ver si sale alguien del parking.

—¿Por qué no podemos ir nosotros? Los tenemos ahí mismo —señalo la calle.

—Ada, esto no es una película. Es serio. Y lo que yo he hecho ha sido un acto de irresponsabilidad total.

—Pero vayamos tras ellos —pienso en el cadáver de Laia que ellos acarrean. Quiero liberar su cuerpo y también cazar a Svetlana.

—Te he dicho que no.

—¿Por qué no?

—¡Porque no pienso ponerte en peligro en medio de una persecución! No me imaginaba que la noche pudiera salir así, maldita sea.

Él está nervioso. Muy nervioso por mí. Se piensa que me va a exponer y que me va a pasar algo terrible.

—Pero yo quiero... Hay que ir detrás de ellos. De la furgoneta. No puedes perder esta oportunidad. Tienes a Mantis ahí mismo.

—¿Qué furgoneta? —Eric empieza a sospechar cosas raras sobre mí. Lo noto—. ¿Cómo sabes que han venido en una furgoneta? —su tono es cada vez más seco.

—Lo ha dicho Mantis por teléfono —contesto muy incómoda con la situación—. En una Fiat Talento negro.

—Joder... —gruñe esperando a que descuelguen el teléfono—. Ah, por fin... Abel... No, no... Abel, escúchame. No llames a nadie. Haz el seguimiento de una matrícula que te voy a dar ahora. Sí, ya sé que tienes que pedir permiso para eso... Hazlo. Necesito apoyo aéreo. Estoy detrás de Los Verdes —está mintiendo. Yo lo sé y él también, pero en este caso es mucho mejor

mentir que decir la verdad—. Bien. Haz lo que tengas que hacer. Ahora te paso la matrícula.

Eric clava su oscura mirada en la mía.

—¿Cómo puede ser que no estés asustada?

—No tengo miedo. Solo tengo adrenalina... —contesto con ganas de salir tras ellos—. A saber lo que llevan en esa furgoneta además de un cadáver.

Escuchamos un coche salir del pequeño parking. El coche tiene que ir calle arriba a la fuerza, así que pasará por delante nuestro.

Eric me toma de la cara con ambas manos y me besa. Pega todo su cuerpo al mío y yo respondo a él como sé. Estoy emocionada. Tal vez esta noche se acabe todo. Tal vez lo pueda ayudar a llegar al fondo de todo el asunto y todo salga a la luz sin necesidad de tener que contarle nada raro como que los espíritus de las víctimas relacionadas con este caso me están hablando.

Pero, ¿cómo puede ser que os estéis dando el lote en un portal cuando mi cuerpo está en esa furgoneta con un montón de dinero y de mujeres putas?

Ignoro a Laia. Está detrás de Eric, y el efecto óptico hace que parezca que él tenga dos cabezas. Una de un hombre hijo de dioses. Y otra de la hija de Úrsula de la Sirenita, fruto de una noche de pasión descontrolada con un zombie.

Mi tesis. Repito: mi tesis. Que llevo diez años trabajando en ella y no quiero que me la quemem esos desgraciados. Id a por ella, por favor.

Simplemente adoro cómo besa al policía. Su lengua frota la mía, y yo succiono su labio. Una furgoneta negra pasa por delante nuestro.

Eric corta el beso rápidamente, se aparta y hace una foto a la matrícula del vehículo, por detrás. Acto seguido se lo envía a Abel para que le hagan seguimiento. Y lo llama de nuevo.

—Te acabo de enviar una foto de la furgoneta que estoy investigando. Abel, pon en marcha ya el seguimiento... No les puede pasar nada, van a hacer una entrega. Cargan con dinero y con mercancía —Eric cuelga el teléfono y acto seguido llama a otro teléfono—. Se da la vuelta para darme un repaso y me dice—: ¿Qué has dicho? ¿Por qué crees que llevan un cadáver en la furgoneta?

—Porque lo ha dicho Svetlana por teléfono —respondo manteniendo la calma—. Lleva el cadáver de Laia. Se quieren deshacer de él.

—¿Cómo puede ser una traficante tan tonta como para decir esas cosas por teléfono y en voz alta?

—Creo que se aseguró de estar sola cuando entró. Pero yo tenía los pies en alto y cuando empezó a hablar, me quedé callada y quietecita como una estatua.

—¿Por qué tenías los pies en alto?

—No importa eso.

La expresión del rostro de Eric refleja inseguridad e incertidumbre, hasta que empieza a dibujar una sonrisa en esa boca perfecta que el Señor le ha dado.

—¿Quieres acompañarme? —da dos pasos hacia mí y entrelaza mi mano con la suya.

—¿Adónde?

—Vamos al piso de Laia.

—¿Quieres comprobar que lo que digo es verdad? —pregunto sin querer mostrar mi decepción por sus dudas.

—No. Claro que creo en lo que dices, Ada. Lo que quiero es adelantarme y hacer fotos de lo sucedido. Vamos a llegar a ese lugar antes que nadie.

—Vale.

Empiezo a caminar con él pero se detiene y vuelve a darme un beso en la boca. Uno largo,

húmedo, que me deja sin respiración.

—¿Y esto? —le pregunto drogada de endorfinas.

—Esto es para que te quede claro que yo no finjo y que serías una compañera increíble. ¿No has pensado nunca en ser policía?

—Solo cuando sacaron al Ken vestido de uniforme.

Eric no se ríe. Pero los ojos le brillan tanto que parecen luceros. Frota mi nariz con la suya, y me da un beso rápido en la mejilla.

—Me tienes demasiado loco.

—¿Qué has dicho? —le pregunto incrédula.

—Nada. Vamos, hada de los bosques. A trabajar.

A trabajar, dice.

Si fuese panadera, con el horno como lo tengo, quemaría todos los panes.

24. Epitafio: «Deja de llorar que en nada nos vemos».

*Vivienda de Laia y Svetlana.
Una hora después*

—¿Esto es legal?

—En realidad no lo es —contesta Eric intentando abrir la puerta con unas horquillas—. Pero forma parte de una investigación, y no tengo tiempo para protocolos ni jurisdicciones.

Hace un rato ha estado hablando con el Comisario que lo envió a Girona. Le ha explicado absolutamente todo. Todos los datos que ha recopilado esta noche, y lo ha hecho con un orden exquisito. Tiene una memoria increíble. Él le ha dado el visto bueno para que proceda con la intervención del piso de Laia y certificar que el asesinato ha tenido lugar.

Después de un par de minutos en los que he vigilado que nadie subiese por la escalera, y en los que he satisfecho mis ínfulas de delincuente, se ha oído un clic y la puerta se ha abierto.

Hemos entrado en silencio. Eric siempre delante y protegiéndome con un brazo. Lleva su arma reglamentaria detrás del cinturón, la ha cogido de la guantera de su coche. Sus ojos barren cada metro de la vivienda, y solo cuando está seguro de que no hay nadie, enciende la luz. Avanzamos lentamente y vemos que hay un jarrón en el suelo, roto y con las flores artificiales desparramadas.

—Ha habido violencia —dice Eric.

Con la misma lentitud y el mismo análisis, observamos los cojines del sofá en el suelo, y después la puerta de una habitación abierta de par en par.

Es ahí. Ahí estaba mi cuerpo con un agujero en la cabeza.

—¡Ah! ¡Joder! —grito dando un salto y llevándome la mano al corazón. ¿Por qué aparece así siempre y sin avisar?

Eric se da la vuelta atónito y busca lo que sea que me ha asustado, dispuesto a degollarlo.

—¿Qué pasa?

—Eh, no, nada... he visto una sombra pero viene de la calle —rio nerviosa.

—Tranquila. No pasa nada —Eric aprieta mi mano.

Sí eso —la cabeza de Laia atraviesa la espalda de Eric y aparece por su pecho. Qué imagen tan bizarra—. No pasa nada. Pasa que me han volado la cabeza. Oye, coge el ordenador. Está encima de la mesita de noche de mi cama.

Yo le dirijo una mirada asesina, y le pido con la mente que salga de ahí y que deje de atravesar cosas. Y personas.

Cuando entramos en la habitación hace más frío de lo normal. Sí, ahí han matado a alguien y el espíritu de Laia desprende el helor de la impresión y de la muerte.

En el suelo hay un roal de sangre de un metro de diámetro. El espejo de cuerpo entero está

salpicado del líquido rojizo. En el techo, hay una especie de trampilla que no han cerrado bien. Ahí era donde Svetlana guardaba la «mercancía». Se trataba de mucho dinero.

Sobre la mesita de noche hay un ordenador. Un portátil Sony negro grande y fino. ¿Cómo me lo voy a llevar?

—Joder... Sí la han matado.

—Te dije que lo ha dicho Mantis por teléfono.

Eric vuelve a hacer otra llamada, pero antes de buscar en la agenda recibe una entrante.

—Es Abel —me informa.

Yo me agarro a su musculoso brazo. No quiero moverme, no quiero dejar ni una de mis huellas por ahí, y no quiero mirar la sangre. La sangre me da muchísima más impresión que un fantasma.

Al colgar, el rostro de Eric no hace fantasear sobre buenas noticias.

—Han perdido la furgoneta debajo de una gran arboleda.

—¿Cómo? —digo sin comprender.

—Entrando casi a la ciudad de Banyoles. La han encontrado apartada en la cuneta. El conductor está muerto con un balazo en el pecho y un disparo en la frente. Detrás estaban las dos mujeres de la cena, también sin vida, con sendos balazos en la cara, y un cadáver de una chica.

—El de Laia.

El mío.

—¿Y Svetlana?

—No hay rastro de ella.

—¿Qué dices?

—Había sangre en el lugar del copiloto. Si Svetlana iba ahí sentada, debe estar herida. Ahora deben encontrarla. Joder... —gruñe—. ¡Joder! —grita mirando al techo—. La teníamos. Solo debíamos seguirla y ver con quién se iba a encontrar y a quién le daba de probar la mercancía. ¡Y ni eso sabemos hacer!

Entiendo su frustración perfectamente. No me hace ni pizca de gracia que ese esperpento del diablo siga andando a sus anchas.

—Bueno, pero ya tienes mucha información. Ya sabes lo que hacen y que mueven chicas y mercancía, y que usan unos autocares y que iba a darle su parte a alguien y a su socio... Y sabes que Svetlana ya no luce igual porque se ha operado. Pero es ella.

Eric se pasa la mano por la nuca. ¿Sabéis cuando alguien te escucha pero lo que le dices no le sirve de nada porque él piensa de una manera totalmente contraria a ti? Pues así es como está el guapo de mi Inspector.

—En realidad no tenemos nada. No hay ni un solo dato de toda la información que podamos contrastarlo, excepto el móvil de Joaquín con los cruces coincidentes. Pero nada más. Tu confesión de lo que oíste no me sirve de mucho. En la furgoneta no hay droga, ni dinero, solo cuatro cadáveres que podríamos relacionar con Svetlana, pero no tenemos pruebas de que haya sido ella.

—Pero sí ha sido ella —repongo.

Por supuesto que sí. Esa cabrona y sus matones me han matado. Díselo. Díselo al poli —me apremia Laia—. Me han matado para que no fuera a la policía y les dijera que entraron en mi casa y se llevaron algo de ella.

Ojalá pudiera. Pero no puedo.

Eric me pasa la mano por los hombros, me acerca a él, y me besa la coronilla con tanta protección que me siento Iron Man.

—Se solucionará todo. No te preocupes. Sé que tienes tantas ganas de sacarte de encima a Svetlana como yo. Esa mujer te ha metido en un lío.

—Sí —digo contra su hombro.

—Anda, vámonos de aquí. Voy a confirmar lo que ha pasado con el Comisario y a llamar para que vengan a hacer fotos, a tomar pruebas y se pongan en contacto con los padres de Laia.

—¿Y qué se hace con sus cosas en estos casos? —pregunto mirando el portátil por el rabillo del ojo.

—Se guarda todo y después se entrega a los familiares.

—Ah...

Pues menos mal. Mi trabajo es sagrado.

Eric alza mi barbilla y aunque sigue con gesto serio, se esfuerza para esbozar una sonrisa leve.

—En algún momento, cuando acabe todo esto, tendrás que prestar declaración, Ada. Tendremos que explicar cómo llegamos hasta aquí.

—Lo sé. Lo haré. No tengo ningún problema al respecto.

—Vámonos. Haré unas llamadas para que vengan aquí y acordonen todo el piso. El Comisario Pradera me ha dicho que mañana viajará a Girona para respaldar mi investigación paralela. Y junto con un grupo movilizadado de Madrid intentarán unir los flecos sueltos y ponerse en marcha con el Gati para localizar esos autocares que mueven a las chicas, la mercancía y lo que sea que llevan con ellos. Él cree que no tardaremos nada en llegar a Megalodón. Considera que la investigación está muy avanzada.

—¿Y tú no lo crees?

—Yo creo que sin encontrar a Svetlana ni tener declaraciones de nadie, va a ser imposible cerrar esto —su gesto pensativo hace que me entren ganas de tranquilizarlo.

Ada... hay alguien más aquí con vosotros.

Me encantaría que mi vida fuera más normal. Pero no. Es del tipo que un fantasma me advierte de la presencia de otro ser.

Es el tío que me disparó.

Miro a mi izquierda sobresaltada, porque es ahí donde está el espíritu de Laia.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho? —pregunta Eric aturdido.

Todo sucede muy rápido. Parecido a cuando le das a un interruptor y a la velocidad de la luz todo se ilumina. Pero en esta ocasión, sucede al revés. La luz se apaga. Todo se queda a oscuras.

Y de repente... Se escucha perfectamente cómo una suela de un zapato ajeno y vivo pisa los cristales del jarrón roto.

Eric me obliga a agacharme y mira al frente como un depredador. Creo que nos están disparando, pero no hacen mucho ruido.

¡Fium! ¡Fium!

Reptamos hasta detrás del sofá. Eric me obliga a mantener la cabeza agachada.

—Ni se te ocurra moverte —me ordena con frialdad.

Es el tío de la coleta.

Ha entrado en el piso y se ha movido como una pantera silenciosa.

Se está acercando. Está a un metro del sofá.

Eric mira el reflejo del espejo del salón. Ve perfectamente al asesino vestido de negro y yo también. El Inspector se impulsa sobre los talones y, con una fuerza bruta para mí inigualable, mueve el sofá secamente hasta arrollarlo.

El individuo cae hacia adelante, hasta abalanzarse sobre Eric. Yo me aparto y hago la croqueta varios metros. Me fijo en que ha dejado caer la pistola al suelo, la quiero coger pero pienso en las huellas. Eso me pasa por ver tantas series de policías. Hace que dude de todo.

—¡Eric! —grito asustada—. ¡¿Qué hago?!

—¡Ada, corre!

El hombre, que es muy alto, está golpeando a Eric, que se protege de sus puños como buenamente puede.

La lámpara —me ordena una Laia muy emocionada—... ¡Dale en la cabeza con la lámpara!

—¿Qué lámpara? —le digo histérica.

¡Esa, cazurra! —señala la que hay sobre la cómoda, en frente de la mesa del comedor—. ¡Dale con esa!

Corro a por ella. La cojo pero me freno de golpe, como si una fuerza me impidiese avanzar.

Por el amor de Dios. Desenchúfala.

Solo me faltaba que un espíritu de una sabionda me hablase con ese tono, como si hubiese nacido ayer. Pero tiene razón. La desenchufo.

Cuando llego al salón de nuevo, se están repartiendo unos mamporros de órdago. Si uno de esos me alcanzase, me cambiarían la cara de código postal, a lo Mr. Potato.

Ahora el de la coleta está intentando ahogar a Eric, está encima de él, sentado a horcajadas sobre su abdomen.

No me lo pienso dos veces. Levanto la lámpara por encima de la cabeza y la dejo caer con todas mis fuerzas contra la cabeza del agresor.

Este se detiene de golpe y cae hacia delante, como peso muerto, hasta cubrir a Eric por completo. Él lo aparta con rabia y rueda por el suelo hasta quedarse sentado. Lucha por recuperar el aliento y tiene los nudillos ensangrentados.

—Enciende la luz —me dice con la voz ronca tras asegurarse que el tío respira inconsciente.

Yo corro hacia el interruptor. Toco casi toda la pared del salón, porque estoy tan nerviosa que entre que no veo y no controlo, tampoco lo encuentro. Hasta que al final doy con él.

Con buena visibilidad me acerco a Eric y me acuclillo delante de él.

—¿Estás bien? —le pregunto sujetándolo por la cara.

Él busca algo desesperado en mi rostro. Y en mi cuerpo. Hasta que entiendo que está buscando heridas en mí.

—Nos ha disparado. ¿Te ha dado?

—¿Qué? No me ha dado. Estoy bien...

—¿Seguro? Las balas han pasado muy cerca...

—Eric, estoy bien —lo calmo. Tiene un corte en el pómulos—. ¿Y tú?

—A mí me ha rozado la bala.

Parpadeo sin comprender muy bien a qué se refiere.

—Mira, aquí.

Inclino el rostro hacia abajo, y veo que tiene el maravilloso pantalón manchado por un círculo de sangre.

—¡Eric, que te han dado!

—No, no... No me han dado. Solo me ha rozado.

—No me lo puedo creer... ¡Pero si estás sangrando!

—Ayúdame a levantarme. Es solo una herida de nada.

Le agarro de las manos y tiro de él. En nada se pone en pie para observar el estado

inconsciente del tío de la coleta. Se acerca a él y posa sus dedos en la carótida del cuello.

—¿Está... vivo? —le pregunto temblando. Me está dando por temblar ahora. Cuando todo ha pasado.

—Lo está —Eric se saca el teléfono y vuelve a llamar a Pradera—. ... Escuche, tengo algo que contarle. Dígame cómo procedo.

Tres de la madrugada ***Casa de Eric***

No sé qué hago aquí.

Debería haberme ido a casa, a dormir con Bicho. A sentirme segura entre los muros de mi hogar. Pero en vez de eso, Eric me ha obligado a irme con él a la suya después de hacer todas las gestiones pertinentes en relación a todo lo sucedido durante la noche.

No he querido hablar mucho de eso. Mi mente lo quiere olvidar. Mi cuerpo está agotado y ahora me da el bajón de los gordos. Solo necesito descansar, cerrar los ojos y al día siguiente ya pensaré en todo lo que he vivido.

Pero, lo cierto es que no encuentro un lugar mejor para hacerlo que aquí, con él. Eric se está desnudando. Estamos en el baño y yo estoy en el interior de su gigantesca ducha. El agua ardiendo me hace sentir mucho mejor, porque creo que estoy entumecida.

El baño tiene cerámica blanca en las paredes, y gris oscura en el suelo. Es limpio, práctico y posee detalles ostentosos. Esta vez sí he podido estudiar mejor su casa. Fijarme en los accesorios, que la verdad es que son pocos. Eric es un hombre más bien minimalista. Mi casa tiene que ser Disneylandia para él, porque está repleta de curiosidades, y libros, y baúles de mimbre, mantas de colores y cosas neutras, pero más bien tirando a femeninas. Sin embargo, aunque su casa es seria y muy funcional, tiene una niña pequeña. La habitación de la pequeña Ariel, que está durmiendo como un lirón, es el mundo aparte en el mundo de Eric. Es rosa, con estrellas y lunas en el techo, huele a fresa, a infancia, a niñez y a muchos muñecos de aroma pastel. Cuando Mari Carmen nos ha dicho: «está durmiendo», me ha costado ubicarla entre tanto peluche de perro. Tiene como unos quince sobre el colchón. Así que su casa es como el castillo de un Rey serio y viril en el que vive una pequeña hada que da toques de color por doquier, chispazos de vida. Y el Rey sonríe siempre que oye su risa cantarina por las esquinas o siempre que sus correrías dejan ir la estela de su mágico polvo de hadas.

Eric le ha agradecido a Mari Carmen su ayuda. Es una mujer morena, creo que es del Sur. Le ha pagado, ella no quería, pero tanto ha insistido que se ha tenido que llevar el dinero.

Y después de eso me ha dado una orden seca: «Al baño».

Me ha desnudado y lo ha hecho con rapidez. Como si se muriese de ganas de tocarme la piel. Y ahora veo cómo se quita los calzoncillos y se queda completamente desnudo. Está de pie, al otro lado de la mampara, mirándome con un ardor intenso que hace que todo mi cuerpo se ponga en guardia.

Abre la puerta de cristal y se mete dentro conmigo. Le miro la herida del muslo y el golpe del pómulo. Tiene un pequeño corte en el labio. Se me gira el estómago al recordar cómo se le echó ese hombre encima. Pasé mucho miedo. En el momento tuve que reaccionar, pero realmente lo

pasé muy mal, sufrí porque temí por él. Eric es increíblemente fuerte y podría ser un animal, pero algo primario en mí se despertó al pensar que pudieran herirle.

Y ahora, me siento terriblemente mal al ver su muslo así. Ya no sangra porque le han puesto puntos ahí mismo, en el piso, mientras un grupo de policías que no sabría identificar jamás porque no sé si son de la científica o de qué son, a no ser que él me lo explique, han estado tomando pruebas de todo. El agua, él tan grande y a salvo, su mirada oscura preocupada por mí cuando ha sido a él a quien lo han atacado... me estoy desmoronando.

—Ada... no llores. Ven aquí.

Eric me toma de los hombros y me arrastra hasta mantenerme bien pegada contra su cuerpo desnudo, los dos debajo del chorro de la ducha.

—Han pasado muchas cosas esta noche... es normal que estés así.

—Podría haberte pasado cualquier cosa, y entonces, Ariel... —estoy hipando. Pero ¿qué tipo de fuente se me acaba de romper por dentro?

—Ariel está bien. Durmiendo —susurra contra mi cabeza—. Y yo también. Tú me has salvado.

—¡Ese hombre está inconsciente! ¡En coma! —respondo sin dejar de llorar.

—Lo han inducido al coma —me explica él—. Ya has oído a los médicos que se lo han llevado. Que cuando la cabeza recibe un golpe tan fuerte, el cerebro se mueve como lo hace un arma cuando dispara. Sufre un retroceso adelante y hacia atrás dentro del cráneo... y eso causa lesiones que pueden ser letales si no se induce a...

—¡Ya sé lo que me ha dicho! Pero ¿y si se muere? ¿Soy una asesina? —hundo mi rostro en su pecho y me abrazo fuertemente a él.

Eric exhala y me acaricia la espalda arriba y abajo. Entonces oigo cómo coge el bote de jabón de avena y se llena una mano con él. Cuando empieza a limpiarme y a masajearme todo el cuerpo con él, soy consciente de que tiene muchas ganas de cuidarme, y me dejo. Me dejo porque a pesar de haber estado en peligro a su lado, nunca me sentí tan protegida.

—No eres una asesina, preciosa —murmura concentrado en mi espalda y en mis caderas—. Me has salvado la vida. Ha sido en defensa propia. —Yo sorbo por la nariz y le escucho atentamente. Su voz es como un Valium—. Pradera y su equipo han reconocido a los dos hombres. El que nos ha atacado se llama Arturo, y es el mano derecha del pez gordo de Madrid. Coordina a las mujeres y recoge los beneficios de sus servicios. Es el controlador de los controladores. Lo mismo sucede con el que han encontrado en la furgoneta. Se llama Herald. Hacía lo mismo pero en Alicante —Eric descende las manos entre mis nalgas y campa libremente entre ellas. Se está recreando y se está poniendo duro, pero no quiere prestarle atención. Y de repente, yo sí quiero—. Es posible que Svetlana sea lo mismo. Una controladora jefe en Girona. Hay muchos casos de mujeres que primero han sido explotadas en el negocio de la prostitución y de la Trata, y después ellas mismas se han convertido en jefas de la organización.

—No puedo entenderlo —murmuro—. ¿Cómo vas a querer formar parte de algo que te ha humillado?

—Por supervivencia. Y porque una vez tocas el dinero, vendes tu alma y tus principios. Les pasa a muchas personas. El dinero, Ada, es adictivo.

—¿Te pasa a ti?

—No. Yo... a mí el dinero me es indiferente.

—Solo una persona que ha tenido mucho dinero puede hablar así —acaricio su muslo suavemente.

Eric se queda en silencio e introduce los dedos entre mis nalgas. Yo me pongo de puntillas con un gesto de sorpresa.

—Mi familia es rica, Ada.

—¿Rica? ¿Qué nivel?

—Sí. Rica de mayordomo, vuelo privado...

—¿Rica Kardashian?

Eric se echa a reír.

—A mi madre le gusta verlas —me informa con un toque de cariño en la voz—. Mi abuelo tenía una petrolera y había hecho contratos vitalicios con Arabia Saudí... —sacude la cabeza—. Pero, da igual... son historias que no vienen al caso.

—Para mí todo lo que tenga que ver contigo, viene al caso, Eric. —Me estoy poniendo intensa y no sé si es bueno.

—Créeme. Esto es lo menos importante de mi vida —afirma.

Dejo ir el aire por la boca y con las manos me apoyo en su pecho para que siga lavándose.

—¿A qué vino una mujer como Svetlana a mi local, entonces?

—A lo que van todos los traficantes y los dueños de los puticlubs, a captar nuevos clientes en nuevas zonas y a distraer la atención. Además, de ese modo, ella se alejaba del radio de acción del centro, y abría camino en los alrededores. Si realmente ella es Mantis y es la «jefa», sabe cómo hacerlo. Nos engañó a todos.

—Lo es. Es Mantis —reivindico—. Te dije lo que dijo.

—Lo sé. Pero necesitamos una prueba. En los audios apenas dijeron nada. Solo hablaron de la producción de la droga, de que la tenían preparada y que debían manipularla con cuidado y envolverla bien porque los paquetes podían romperse. Si supiéramos con quién se reunió o dónde está ahora... Esa mujer es escurridiza, huyó. Han muerto tres mujeres inocentes, dos miembros de la organización, la tal Mantis no está y Megalodón se ha perdido. Y lo más importante: hay más mujeres para la Trata, más droga que van a movilizar mañana y ni siquiera sabemos cómo lo van a hacer ni desde dónde. No sé qué más podemos hacer ni a qué agarrarnos. Lo único que sé... —posa sus manazas en mis pezones y los sujeta con el índice y el pulgar de cada mano—, es que estamos más cerca que nunca de cazarlos, pero a tan solo un día de perderlos por completo. Se mueven por tierra y lo harán con autocares. No saben que tenemos esta información, porque no la vamos a compartir, así que tendremos que cerrar fronteras.

—¿Y si se despierta Arturo?

—A Arturo le hemos puesto protección las veinticuatro horas. No quieren cabos sueltos. Por eso mataron a Herald y Mantis ha desaparecido. Pradera no quiere sorpresas con este.

—¿Crees que la van a matar?

—Creo que o Megalodón y ella se comen el pastel entero, o solo uno de los dos lo hará. Entre delincuentes y asesinos no hay pactos que valgan.

—Entonces... ¿en tu comisaría ya saben todo?

—No. Solo está al día el Comisario Lorenzo. Nadie más, ningún inspector ni nadie de jefatura. Solo él. Nos va a ayudar con toda la logística.

—Entonces ¿ya sabe que lo de Joaquín y Los Verdes no hay por dónde cogerlo?

—Exacto. Ahora hay que encontrar los puntos de unión de todo.

Sus caricias me están encendiendo otra vez. Mi cuerpo reacciona a él y lo reconoce. Me gusta que se abra y me cuente cosas. Sé que es complicado para él porque arrastra mucho y tiene muchas responsabilidades y no puede bajar la guardia porque hay una niña que le roba todo el tiempo y no sabe cómo lidiar con eso. Pero yo sé reconocer aquello por lo que vale la pena tener

paciencia y esperar. Estoy enamorada de Eric. Como nunca lo he estado de nadie en mi vida. Me gustaría estar con él y que él me hiciera un hueco en su vida. Quiero que me vea. Y no me pienso mover. Va a tener que esforzarse mucho para echarme de su lado.

Eric tira de mis pezones hacia él y los suelta para rodearme la cintura con sus antebrazos.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—En que has dejado de llorar. No soporto verte llorar. Me parte el alma.

Ay, señor. Esa sonrisa me arroba el corazón.

El chorro de agua empapa toda mi melena y el agua cae libremente por mi cuerpo.

—Si me dices cosas bonitas —susurro con mi mirada castaña fija en su boca—, lo haces todo más difícil.

Él exhala, consciente de eso.

—Ada... No sé qué me pasa contigo.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé.

—¿Sientes cosas?

Él sacude la cabeza y busca las palabras exactas.

—Hoy he sentido miedo por ti. Y has hecho que recuerde lo de Marta, cómo me sentí y... Me da miedo pensar que puedas estar en peligro. Se me ha parado el jodido corazón al verte con la lámpara en las manos. Pensé que si Arturo se daba la vuelta y te veía, te podría haber dispara...

Cubro su boca con mis dedos. No. No quiero que piense en cosas tristes ni quiero que sienta que yo le complico la vida. Cuando las personas empiezan a importarnos de verdad, se convierten en una elongación de nuestro pensamiento. Y nos complican, sí. Nos complican porque dejamos de pensar solo en nosotros mismos para velar por el bienestar de otro. Y odiaría que Eric creyera que yo soy un inconveniente en vez de una oportunidad.

—¿Sabes qué creo yo, Eric? —doy un paso hacia delante y hago que apoye su espalda en la pared de cerámica blanca. Esta vez soy la pantera que lo va a acorralar.

—¿Qué, superheroína?

Me muerdo el labio inferior. Es que en realidad este hombre es chocolate, dulce y sabroso.

—Que piensas demasiado. Y que... —deslizo mi mano entre nuestros cuerpos resbaladizos y le rodeo el miembro como puedo. La bestia pulsa en mi mano—... Si alguien va a matar a alguien aquí y ahora, voy a ser yo, a ti —le doy un beso en los labios y añado—: Grandullón.

25. Epitafio: «Perdí una apuesta con la muerte y yo siempre pago»

—¿Ada?

Ni lo escucho. Quiero que él disfrute. Que deje de pensar en todas esas cosas que le preocupan y que tengan que ver conmigo, y que las sustituya solo por el placer que le quiero dar. No me considero una experta, pero al menos es la primera vez que tengo ganas de verdad de hacerlo y de que él sienta que lo hago porque quiero.

Me coloco de rodillas en el suelo de la ducha y sujeto bien con una mano su vara y con la otra sus testículos. Me llevo a la boca el glande y lo succiono levemente. Eric sujeta mi pelo castaño y me lo retira de la cara.

—Mírame —me pide.

Lo hago y él se muerde el labio inferior, muerto de gusto.

—Tus ojos me matan, Ada.

Es música para mis oídos, y me anima a hacérselo con más pasión. Lo succiono y lo masajeo arriba y abajo con una mano y con la otra acaricio sus bolas. Eric empieza a gemir. Estoy con él un rato más y cuando creo que se va a correr me dice:

—No —me sujeta la cara por la barbilla, me levanta y me besa.

—¿No qué? —le pregunto sorprendida.

—No me voy a correr en tu cara.

—¿No te gusta eso?

—No. Tu cara está para besarla, no para mancharla.

Pues me alegro. Porque yo lo hacía porque pensaba que les gustaba a todos los hombres. Me sujeta la nuca, me atrae a su boca y empieza hacerme el amor con su lengua. Es el modo en que nuestros labios encajan y cómo nos buscamos lo que me hace sentir tan bien y tan deseada.

Me da la vuelta en la ducha y hace que apoye la espalda de nuevo contra las baldosas blancas. Cuela una de sus manos entre mis piernas y de repente, dos de sus dedos están en mi interior. Los oprimo y abro la boca porque siempre me impresionará que alguien me toque con esa libertad y sin resistencia.

—Ya no estás tan estrecha —murmura en mi oído.

—Sí, no sé por qué —digo siguiéndole el juego. Me gusta este Eric centrado en mí y no en los miedos y las dudas que yo le despierto.

—¿Probamos más?

—Más —contesto.

—Abre bien las piernas —Eric mete tres y empieza a rotarlos en mi interior, de un modo profundo y enloquecedor. Con el pulgar empieza a acariciarme el clítoris. Y yo me vuelvo loca. Sí, creo que me voy a correr así... Sí...—. En mis dedos —Eric me muerde el lóbulo de la oreja—. Córrete en ellos.

Los introduce más hasta los nudillos, presiona mi protuberancia con la yema del pulgar y empiezo a tener un orgasmo que si no es porque él me agarra, me caería al suelo. No saca los dedos hasta que siente mi último espasmo. Los desliza suavemente hacia afuera y cuando los saca se los vuelve a llevar a la boca. ¿Por qué me parece eso tan erótico? ¿Por qué él sí puede hacerlo y yo no?

La respuesta no la tendré ahora, porque me ha levantado a horcajadas y mojados como estamos, hemos salido del baño para ir a parar a su habitación.

—Eric, tu herida...

—Ni la noto.

Me muero de la risa, porque no podemos hacer ruido y él tampoco. Imaginaos el panorama si Ariel se despierta y ve el culo de su padre corriendo por el descansillo.

—Por Dios, no te resbales —le digo sujeta a su cuello—, que nos matamos aquí mismo.

Él deja ir una risita. Me tumba en la cama y se me coloca encima. A cuatro patas encima de mi cuerpo. Es imposible que cojamos frío con el calor que hace.

—Mira qué preciosidad... —me dice admirando cada centímetro de mi cuerpo.

Eric está muy hinchado y erecto. Disfruto porque es todo para mí, porque esta noche hemos sobrevivido a algo peligroso. Y porque él me hace sentir más viva que nunca.

—Eric... —le acaricio las mejillas rasposas por la incipiente barba y alzo mi cuello para besarlo—. ¿Qué estamos haciendo?

Él me mira como un animal curioso. Sé que está pensando lo mismo que yo, pero no tiene respuesta a eso.

—¿Qué nos está pasando? —susurro. Sé que me brillan los ojos, porque estoy sobrepasada con todo y más aún con él.

—No pongamos nombre a nada de esto —me pide—. No busquemos una explicación. Vivámoslo y dejémonos llevar.

No me es suficiente. Esta respuesta no me vale. Pero prefiero tener esto que tengo con él a no tener nada. No quiero presionarlo ni yo hacerme ilusiones, pero me las hago y me están quedando preciosas.

—Yo solo quiero disfrutarte, aquí y ahora.

Tomo aire por la boca y él me empuja suavemente por el hombro para que me quede completamente estirada en la cama. Eric desciende por todo mi cuerpo y besa cada centímetro de piel con la que se encuentra. Pasa la lengua entre mis pechos, mama mis pezones con una dulzura que hace que me convierta en miel ahí abajo. Siento tanta presión entre las piernas que creo que estallaré en cuanto sienta lo que creo que me va a hacer.

Eric besa mi abdomen, mi vientre y después, sujetándome por las caderas me da un beso en el pubis. Parece un beso casto, hasta que saca la lengua y alcanza mi clítoris. Veo las estrellas, literalmente. Él se acomoda entre mis piernas y con sus hombros hace que las mantenga bien abiertas.

—Me voy a dar un festín.

Me toca y me lame, y me chupa y me muero.

Con Eric disfruto tanto del sexo que es otro nivel, porque además, como siento todo lo que siento por él, todo se amplifica. Siento la potencia de su lengua y su textura frotándose contra la mía. Estoy hinchada resbaladiza y cuando menos me lo espero, un dedo entra dentro de mí. La combinación entre sus lametazos y el movimiento de su dedo, me lanza al vacío inexorable de un orgasmo que intento no gritar con todas mis ganas. Me cubro con la almohada para hacerlo, pero él me la quita al cabo de los segundos... Me da la vuelta sobre la colcha de seda marrón oscura, levanta mis caderas y coloca el cojín debajo de mi vientre.

Ni siquiera me da tiempo a recuperarme. Aún estoy palpitando cuando recibo su potente y lenta invasión, ensanchándome, estirándome hasta que está completamente encajado en mí. Me agarro a las sábanas y a lo que puedo. En esta posición lo siento más profundo que nunca.

Él lo sabe y se queda muy quieto, en el límite de mi interior.

—Encajamos muy bien, Ada —dice gimiendo en mi oído. Desliza una de sus manos por delante de mi cuerpo hasta localizar de nuevo mi clítoris, y sin dejar de embestirme me acaricia ahí, justo ahí, donde ya no hay vuelta atrás.

—Eric, suave. Por favor... —le pido posando mi mano sobre la de él, entre mis piernas. Es demasiada estimulación. Y si me toca, yo me cierro y su invasión es más dolorosa.

—Dime cómo lo quieres. Mueve tú mis dedos.

Yo lo hago y él sonríe contra mi cuello.

—¿Así, más lento?

—Sí.

—Qué dulce eres —dice como una caricia.

Eric me arrastra y levanta bien mi trasero para ubicarlo cómo lo quiere él sobre el cojín. Estoy casi de rodillas y con todo el torso pegado sobre el colchón y el culo en pompa. Y él ya no se detiene. Es una máquina perfectamente engrasada para mantener el mismo ritmo y llevarme al clímax con el vaivén de sus caderas y su poderosa erección. Él me cubre con su cuerpo cuando nota cómo convulsiono, y me provoca para que me corra por fuera y por dentro al mismo tiempo.

Hundo el rostro en el cojín, muerdo la funda de la almohada y me rindo entera a su poder.

Creo que nunca jamás volveré a ser la misma persona después de Eric. Y creo que él ha echado a perder a todos los hombres para mí.

Cuando se desploma, noto cómo palpita en mi interior, y su acelerado corazón me golpea la espalda. Olemos a jabón y a agua. Tengo el pelo húmedo como él.

Eric se coloca de lado, sin salir de mi interior, y no sé cómo retira la almohada y levanta la colcha para cubrirnos a los dos. No deja de darme besos en la nuca, y de vez en cuando se mece disfrutando del abrazo de mi útero.

Sus besos hacen que poco a poco me duerma y me relaje, aunque él siga ahí, en mí. Pero no estoy tan dormida como para no darme cuenta de que nuestras manos siguen entrelazadas sobre mi sexo, y de que él pronuncia algo que hace que mi estómago se encoja. Es el miedo a tener esperanza. Me ha dicho:

—Ada, no sé qué hacer contigo. Me estás volviendo loco.

Cierro los ojos y sueño con que me lo dice despierta y además reconoce que está enamorado de mí.

Soñar siempre es gratis.

A la mañana siguiente

Algo me hace cosquillas en la nariz. Mi cuerpo está dulcemente dolorido y mis ojos no quieren abrirse. Pretenden seguir soñando con Eric y mi noche de pasión. Sin embargo, el picor no cesa, y un resplandor molesto me da de lleno en la cara.

—Abre los ojitos, ábrelos... Ábrelos.

Esa vocecita hace que me active y me ponga en guardia. Abro un ojo y me encuentro el adorable rostro de Ariel a dos dedos de mi cara. Tiene los ojos abiertos de par en par y es la

mano del Gusiluz la que me da golpecitos en la nariz. Esos ojos negros hacen que sonría nada más verlos, y su boquita infantil con esos mofletes enrojecidos... tiene cara de acabarse de levantar.

—¿Papi no está?

Me incorporo de golpe y me cubro el cuerpo desnudo con la colcha. ¿Cómo que papi no está?

Disimuladamente, echo la mano al lado para comprobar que no hay ningún cuerpo conmigo, en la cama. ¿Dónde está Eric?

—Buenos días, bollito.

—Hola —Ariel se sube a la cama y se pone de rodillas mirándome.

Me muero de la vergüenza. Sé que está pensando, ¿qué hace ella en la cama de mi padre?

—Ariel... —menuda voz de urraca. Carraspeo y vuelvo a intentarlo—: Ariel, cariño... —miro mi reloj. Queda un cuarto de hora para las siete—. ¿Qué haces levantada a estas horas? Es muy temprano.

Ella se encoge de hombros. Su flequillo largo y liso cubre sus ojos. Tiene un pijama rosa con un unicornio haciendo dubbing.

—A estas horas ni las calles están puestas...

—Sí hay calles —contesta ella con una risita.

El olor del café recién hecho y las tostadas se filtra por mis orificios nasales. Eric debe estar haciendo el desayuno y yo seguiría ese olor como una rata al flautista de Hammelin.

—Creo que tu padre está abajo.

—No *le dicho* nada.

Entiendo que se refiere a nuestro secreto.

—Bien —le peino el flequillo con los dedos—. Papá no debe saber que vemos fantasmas.

—No, porque él no los ve.

—Eso es.

Se pone a acariciar la cara de su Gusiluz.

—Y se pensaría que es mentira. Y a papi no le *bustan* las mentiras. Pero sí le *dicho* que quiero ser uno. Como Casper.

Se me congela la sonrisa en la cara.

—¿Por qué le has dicho eso, niña?

—Para poder volar —abre los brazos como un pájaro—. Edgar voló. Y se fue. Ya no está —me asegura moviendo su cabecita negativamente.

—Eso es porque ya está en casa con sus papis. ¿Estás contenta por él?

—Sí —asiente feliz.

—¿Has visto a alguien más nuevo, Ariel?

—No.

Al menos, los caminantes dejan en paz a la niña. Es muy pequeña para comprender lo que pasa y la naturaleza de lo que ve.

—¿Vamos abajo a ver qué hace papi?

—Vamos. ¿Tú no tienes pijama? Pobrecita... —lamenta.

—Sí tengo, en casa. Pero aquí no.

—¿Por qué habéis dormido papi y tú juntos?

Pongo cara de higo.

—Porque no tenía llaves de casa y no tenía donde dormir.

Ariel me coge la cara con sus manitas hasta que pongo boca de pez. Y tan compasiva como

es me dice:

—Cuando eso te pase, te vienes a mi cama a dormir conmigo. Que yo te dejo. A papi no le gusta dormir con chicas. Yo te hago un sitio.

Me muerdo el labio para no reírme, y al final le doy un abrazo de oso a la pequeña y beso su cabeza.

—Es que eres de azúcar... tunanta.

Dios me castigará por mentir a esta cría hermosa. Me cubro el cuerpo con la colcha y me levanto para buscar algo decente entre los cajones de Eric. Encuentro una camiseta de tirantes Nike con estampado militar. Me va tan larga que parece que lleve un vestido.

Me vale para bajar descalza, pero medio vestida por las escaleras, y con Ariel cogida de la mano.

Eric está de espaldas preparando el desayuno. Es un sueño todo él. Solo con los calzoncillos rojos y ajustados, con una cintura negra de goma, y su majestuoso cuerpo moviéndose al son de una música que solo él escucha y tararea.

Somos tan silenciosas que no nos oye. Llegamos hasta la cocina y Ariel, que no aguanta más tiempo sin saludarlo, espeta:

—¡Papi!

Eric se da la vuelta con unos huevos revueltos en la sartén que sujeta. Ha preparado zumos y tortitas, también. Cuando sus ojos negros y rasgados se detienen en mí, me incendio. Me hace un repaso general de la punta de la cabeza hasta los pies. Soy una cerilla y punto. Después, todo ese ardor se apaga y se sustituye por amor y protección cuando mira a Ariel. Es tan fácil para él comunicarse con los ojos.

Ariel se suelta de mi mano y corre dando saltitos para que su padre la coja. Él deja la sartén en la vitro, la sujeta y la carga enseguida para llenarle la carita de besos.

—Oye, bollito, ¿por qué no te has esperado a que yo te levante?

—Porque me he despertado sola —le coge la nariz—. Y he visto a Ada en tu cama.

—Sí. Está en mi cama porque Ada tiene miedo a la oscuridad —bromea mirándome de reojo.

—Y se dejó las llaves de su casa —contesta la pequeña con obviedad.

Eric asiente. La trola no le toma por sorpresa y le sigue el juego a su hija.

—Exacto. Se las dejó y no tenía donde dormir. ¿Quieres desayunar?

—Sí.

—Muy bien. Siéntate en el sofá que te pongo a Heidi un ratito hasta que tenga el desayuno listo —la baja al suelo.

—Vale, pero Ada a mi lado en la mesa.

—Por supuesto.

Ariel se va al salón y se sienta en el sofá. Eric enciende la tele con el mando a distancia y le pone Netflix para que vea Heidi. La música de la serie de niños empieza a sonar.

Él vuelve a mirarme y sonrío como un león.

—¿Tienes hambre, Ada sin hacer?

—Sí —contesto yo dejando caer mi mirada por su pecho.

—Bien. A ver si te gusta lo que he preparado.

Me acerco a mirar lo que hay en la vitro. Sé que tenemos que mantener las formas delante de Ariel. Él no quiere que nada la desestabilice y yo tampoco. Pero Eric actúa con mucha naturalidad. Se coloca detrás mío y apoya las manos en el mármol sobre la encimera, acorralándome de nuevo, como a él le gusta, y pegando su cuerpo al mío por la espalda.

—Tengo huevos, tortitas, tostadas, zumos y café —con su nariz frota el lateral de mi cuello y

después besa suavemente mi mejilla—. Buenos días, nena.

—Buenos días —me relajo por completo contra su pecho y él rodea mi vientre con sus manos.

—¿Has dormido bien?

Cierro los ojos y asiento en silencio.

—Me alegro. Has bajado por las escaleras con mi camiseta y me he puesto duro con solo verte.

—Eric... para, por favor —lo reprendo dándome la vuelta entre sus brazos—. Si Ariel nos ve...

—No te preocupes por Ariel.

Me besa en los labios y saboreo la naranja que por lo visto él ya ha probado. Es tan nuevo, tan bueno y tan gratificante amanecer así. Podría acostumbrarme a ello sin problemas. Cada mañana un hombre hermoso, una niña adorable... mi perro Bicho, el fantasma de mi abuela... Una nueva familia para sustituir la que perdí.

—¿Qué hacéis?

Doy un brinco y me quedo de piedra al ver a la chiquilla a mi lado.

—¡Qué susto! —digo apartando a Eric—. Tenía una cosa aquí en la boca —me froto un punto inexistente en la comisura—. Ya se me ha ido.

—Papá te da besos —señala Ariel—. No da besos a las chicas.

—A ella sí. Mira, Ariel —dice atrayéndome de nuevo y besándome por toda la cara.

Ariel se echa a reír y a dar palmitas, como si aquello fuera maravilloso. Y lo es. Pero también es increíble y precipitado. No quiero que Eric se arrepienta después. Ariel y yo tenemos conexión y la tendremos, esté Eric de por medio o no. Eric me besa en los labios y me abraza tan fuerte que desmonta todos mis esquemas. Ahora soy yo la que tiene miedo, porque mis ilusiones son fáciles de romper y no quiero que me las quiebren de la noche a la mañana. Pero Eric parece feliz y conforme con eso.

—Eric... —susurro sin poder ocultar mi inquietud—. No quiero que Ariel...

—No importa lo que quieras. Solo quiero dejarme llevar —dice contra mi boca—. Vamos día a día. En nada se va a concretar la investigación y tendré tiempo para poder tomármelo para mí, para asentar a Ariel en Girona y para pasarlo contigo, y conocernos más. ¿Quieres?

Es como preguntarle a una adicta al azúcar si quiere chocolate.

—Sí, quiero... Día a día —le aclaro. No quiero pillarme los dedos, aunque mi corazón me diga que me lance a la piscina. Debo ir con cuidado.

Eric no es como todos los demás hombres que he conocido. Él me tiene loca y estoy enamorada. Cualquier paso en falso podría hacerme mucho daño y no quiero pasarlo mal.

La respuesta le agrada tanto que dibuja una sonrisa blanca y recta de oreja a oreja.

—Desayunemos. Sentaos a la mesa —nos ordena. Me da un último beso en la boca y me siento con Ariel en la mesa.

—A papi le *bustas* —me susurra Ariel como si fuera un secreto.

—¿Tú crees? —contesto sin dejar de mirar a Eric.

—Sí. Y a mí también me *bustas*.

Giro el rostro para mirar a Ariel. Dios, es tan sincera y tan pura que hace que me sienta sucia a su lado. Yo no le mentiría jamás y estoy muy agradecida de que la vida les haya puesto en mi camino.

—A mí también me gustáis —reconozco en voz muy baja.

Después de eso, Ariel me explica la historia de Heidi y de su abuelito. Y me dice que Niebla

es como Bicho. Y es verdad, porque es un San Bernardo noble y bonachón.

Y yo me siento un poco como Heidi. En una tierra lejana y extraña, rodeada de personas que van a cambiar mi vida para siempre.

Es curioso porque, desde el accidente, nunca me planteé mi vida con niños ni en pareja. Con vivir y estar tranquila ya tenía suficiente.

Pero ahora estoy aprendiendo que, aunque los muertos pueden hacerte compañía y darte lecciones para que disfrutes de tu vida, lo que de verdad da miedo es aprender a vivir con los vivos y mantener tus emociones a salvo.

Porque pueden matarte y apagarte de muchos modos, y ninguno te lleva a la tumba, pero sí a un eterno purgatorio emocional que puede dejarte desvalida durante mucho tiempo.

Y yo lo sé.

Mi cabeza lo sabe.

Pero mi corazón ya se ve viviendo con ellos.

26. Epitafio: «Que alguien vaya a por las bolas de Dragón».

Tengo a Bicho en casa y quiero ir a sacarlo y a ponerme ropa cómoda. Así que me he vestido con la ropa de ayer y le he pedido a Eric que me lleve al coche, que lo dejé aparcado cerca del puente de piedra de Girona.

Nos hemos parado en doble fila, sin molestar demasiado, para que yo pudiera coger mi vehículo. Ariel me está diciendo adiós desde la ventana.

Eric me abre la puerta del coche y la sujeta como un caballero. Lleva bermudas blancas, polo azul oscuro y unas zapatillas blancas. Tan moreno como es, con el blanco resalta más. Estoy tan enamorada de él que creo que llevaré babero a partir de ahora. Además, no lo puedo evitar, veo mi propio reflejo en sus gafas Ray Ban y me doy cuenta de que me brillan los ojos cuando le miro.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me pregunta.

—Estaré en casa, pondré a punto las fichas de los pacientes que tengo que pasar a limpio y algunos apuntes que tengo por ahí...

—¿Apuntes de qué?

«Nada, cosas sobre los fantasmas que me visitan y sobre sus necesidades y naturalezas y los estados o fases en los que se hallan».

—No, sobre los masajes y las terapias que les van bien.

—Eres muy meticulosa en tu trabajo —me reconoce.

—Sí. Es como un historial clínico que tengo sobre cada uno de ellos —le explico.

—Y... ¿te va a ocupar todo el día?

—Puede que no —lo cojo por la cintura de las bermudas y lo atraigo para poder besarle en esos labios que ya siento que son míos. Me gusta que me responda así—. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Pues es domingo —se queda mirando el cielo. Hay sol y nubes—. Quiero ir a dar una vuelta con Ariel por Besalú. Creo que me la llevaré a comer al Castillo. Porque es una princesa —asegura sonriéndome para volverme loca—. Pero en los castillos también hay reinas —arquea sus cejas negras y espesas, con un forma perfecta—. ¿Te gustaría venir a comer con nosotros?

Sé que a él le está costando tanto como a mí asimilar lo que nos está pasando. Y creo que sabe que estamos corriendo, pero es una especie de tren descarrilado y sin control. Sabemos que hay una señal de alarma roja en silencio que no deja de parpadear, pero preferimos omitirla porque nos sentimos demasiado bien el uno con el otro. Y hay que dejar fluir.

—No quiero agobiarte —me asegura—. Pero tengo la necesidad de estar contigo. Y quiero tocarte a todas horas... —reconoce con debilidad—. Y me gusta ver a Ariel tan feliz. Y si haces feliz a la niña haces feliz al papi.

Pongo los ojos en blanco y lo miro entre mis pestañas curvadas.

—¿Es tu manera de decirme que te busto mucho? —contesto poniendo la llave para encender

el motor que ronronea muy bien a pesar de sus años. Imito a Ariel.

Eric se acerca más a mí hasta que casi mete el cuerpo en mi coche.

—Tú no me bustas, Ada —dice a un centímetro de mi cara. Se asegura de que el cinturón de seguridad está bien abrochado. Y cuando se siente conforme añade—: Tú me tienes los sesos comidos. Que con todo lo que tengo encima, es mucho más preocupante.

Me da un beso fuerte en los labios, y se aparta de mí y del interior de mi coche. Tardo uno segundos en reaccionar. Cuando lo hago, cojo aire, y cierro la puerta.

—Ten cuidado.

—Lo tendré —respondo—. Cuando acabe de hacer todo os aviso, ¿vale?

—Vale —da unos golpecitos al techo del coche y se despide con un—: Hasta luego, preciosa.

Cuando mi coche arranca y entro en circulación, me doy cuenta de que está volando.

O tal vez soy yo, que levito porque estoy llena de amor.

Mi abuela está sentada en la silla mecedora del porche. Contempla como siempre las rosas y el vuelo de las mariposas que no dejan de visitar mi jardín.

Yo he limpiado, he sacado a Bicho y ahora estoy trabajando en ese libro que escribo más para mí, para documentar todas mis experiencias con el Más Allá. En un archivo a parte estoy intentando explicar todo lo vivido desde que Joaquín se me apareció. Los datos que él me dio, la investigación de Eric, la aparición de Svetlana en mi vida y su posterior desaparición para luego reaparecer en el baño de La cueva del Lobo con otro aspecto, pero la misma mirada vacía y esa voz que reconocería en cualquier sitio. Además está la muerte de Laia...

Son muchos datos. Y sé que es una locura que yo disponga de ellos, pero necesito registrarlos y guardarlos bien. Porque si llega el día en que tenga que contarle a Eric todo lo que sé, quiero hacerlo bien.

No os voy a engañar. Estoy deseando ir a comer con Eric y Ariel, pero también necesito algo de distancia para poder ver el lienzo que representa mi vida actual con más claridad. Porque voy perdiéndose, cuesta abajo y sin frenos, y todo porque ese hombre se me ha colado bajo la piel.

Si hago una lista de pros y contras de por qué no es bueno hacerme ilusiones con Eric, hay muchas. Por ejemplo: está investigando el caso del que yo tengo información y hablo directamente con las víctimas, hablo con los espíritus y sé que su hija también tiene el don, y tiene reticencias conmigo. Todavía las siento. No sé si es debido a que él es Inspector y necesite investigar a fondo la vida de las personas con las que se rodea para así asegurar que son de fiar. Pero yo no tengo mucho más que esconderle. Excepto mi don. Y muchos sentimientos que tengo hacia él. Y una adoración incondicional hacia su hija. Y el miedo a hacer las cosas tan mal y a ocultarle la verdad que conozco y que eso sea imperdonable para él por todo lo que ha tenido que vivir con su madre.

—Ada, tienes visita —me anuncia mi abuela desde su mecedora.

Creo que tienes que recuperar mi portátil y dárselo a mi padre, o no me podré ir hasta que no lo hagas.

Laia está detrás de mí, mirando la pantalla de mi portátil. Me impresiona mucho el agujero de su ojo. Si no fuera por esa deformación y porque creo que a través de la concavidad asoma una parte de la sesera, sería una chica agradable de ver.

—No entiendo por qué tengo un cartel en la entrada si nadie lo respeta —murmuro mirándola por encima del hombro—. Tengo unos horarios, ¿sabes?

—Los espíritus no tenemos en cuenta el tiempo. Para nosotros no existe —contesta Laia leyendo lo que tengo escrito en la pantalla—. Somos atemporales. Por eso no envejecemos.

—¿Y todo eso lo has aprendido desde que estás muerta?

—Esto sí. Pero en mi tesis tengo muchas otras cosas escritas. Mi estudio está acabado y necesito que mi padre lo tenga. Hoy les han dado la noticia de mi asesinato —me explica afectada—. Han ido a reconocer el cadáver.

—Lo siento mucho, Laia. Siento lo que te ha pasado.

Ella sonríe con tristeza.

—No pasa nada, de verdad. De algún modo hay que morir. A ver —hace una mueca— nunca me imaginé que me volarían un ojo con una bala, pero... es uno de los muchos métodos poco ortodoxos que hay para pasar al otro barrio. Ada —esta vez me mira más seria—, es importante que reciban mi portátil. Asegúrate de que se lo dan, por favor. Mis padres solo superarán esto si reciben mi trabajo, que es a lo que me he dedicado estos últimos diez años. Para ellos será una manera de tenerme siempre y de entender que el luto es obligatorio pero no permanente.

—Tus efectos personales los tiene la policía —le explico—. Se lo enviarán a tus padres en cuanto puedan.

—Bien, no lo dejes, te lo ruego —me pide—. Encárgate tú. Tu novio es ese poli, ¿no?

—No es mi novio —contesto rápidamente.

—No, pero te encantaría.

Entrecierro mi mirada y me doy la vuelta por completo hacia ella para mirarla bien.

—Tengo curiosidad... ¿de qué se trata tu trabajo?

Laia vuelve a mirar la pantalla de mi ordenador.

—¿Me creerías si te digo que tiene que ver con el mundo de los espíritus?

—¿Eras mediadora? —pregunto con asombro.

—¿Cómo? ¿Trabajadora social, quieres decir?

—¿Qué?

—¿Qué? —repite ella.

Sacudo la cabeza al ver que nos estamos abocando a una conversación de besugos.

—Soy psicoterapeuta especialista en terapia cognitiva conductual e hipnosis.

—Ah, entonces no ves a los espíritus.

—No. Claro que no.

—Yo sí.

—¿No me digas? —finge sorpresa.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cinco.

—¿Cómo? Pero si pareces más joven que yo y yo tengo veintinueve. Pensaba que eras universitaria.

—Y lo soy. Estaba sacándome un máster en TLP —cuando ve que pongo cara de no enterarme añade—: Trastorno Límite de la Personalidad. Por tener algo más, ya sabes.

—Ah... muy bien —no sé por dónde ir aún—. Perdóname, Laia, pero... ¿qué tiene que ver tu trabajo con el mundo de los espíritus?

Laia desaparece frente a mis ojos y aparece frente a las lejos donde guardo los libros de «cocina» de mi abuela. Y después se da un paseo por la librería que hay en el salón, al lado de la tele de plasma empotrada en la pared.

—Llevo años ejerciendo como psicoterapeuta, trabajando con la hipnosis y con mis pacientes. Ayudándolos a entender lo que les sucede y de dónde vienen muchos de los miedos

que les acosan, y sus dificultades para relacionarse con ciertas personas. Trabajo con constelaciones familiares y después hago hipnosis individuales —Laia se da la vuelta de nuevo y se desliza sobre el parqué grisáceo—. Y he llegado a la conclusión de que, en realidad, nunca morimos. Muere nuestra consciencia actual, pero nuestro alma, que es donde se graba de algún modo todas nuestras vivencias, sigue viva —se ubica frente a mí, al otro lado de la mesa y sonrío. La mueca es extraña sin el ojo—. Reencarnamos. Nos olvidamos de nuestras otras vidas, ¿entiendes? Nuestro cerebro está preparado para ello porque de lo contrario, nos volveríamos locos, pero algo siempre queda subyacente en la lectura del alma, y algunas almas son muchos más sensibles que otras para poder recordar detalles de sus vidas pasadas. Y entonces vienen a mí para que les ayude a averiguar qué les pasa. Hago regresiones.

—Haces regresiones —entiendo finalmente—. ¿Y dices que, todos estos espíritus que se van a través del portal de mi jardín, no se van a ningún lado a vivir la eternidad?

Laia me dice que no con la cabeza.

—Van a algún lugar, pero no se quedan. Es imposible que haya un Cielo en el que vivir después de muertos.

—Cuenta una leyenda que si dices que no hay Cielo después de la muerte, se te aparece Satán y te lleva al Infierno —bromeo.

—Tampoco creo que haya Infierno —frunce el ceño como si estuviera valorándolo en este momento—. Es complicado de explicar porque estamos muy marcados por la Religión, pero... mi experiencia y la cantidad de casos que he estudiado me dicen que cuando morimos, nuestro alma, por un procedimiento que no comprendo y que va más allá del entendimiento de la mayoría, vuelve a este plano, en otro cuerpo, y se reencarna. ¿Y sabes qué es lo más curioso?

—No.

—Que estamos en una especie de círculo vicioso atados a grupos de almas con los que siempre encarnamos y que siempre, en algún momento de nuestras vidas, coincidimos con ellos. Tu padre, en otra vida, pudo ser tu hermano; tu novio, fue tu primo. Tu profesor favorito de psicología fue tu abuelo. Tu mejor amiga, fue tu hermana —enumera como si esos datos no fueran importantes—, y así en cada una de las encarnaciones que hayas tenido. Eso explicaría por qué tenemos especial empatía y simpatía hacia unas determinadas personas que tenemos en nuestro entorno y en nuestra vida, y por qué no podemos encajar nunca y sentimos antipatía hacia otras. Y ahí entraría el karma de cada uno y lo que nos hicimos en nuestras vidas pasadas los unos a los otros que aún colea en nuestra vida actual.

Mi mente intenta cuadrar lo que dice Laia en la estructura psicológica y social con la que he sido educada.

—Entonces... según tú, ¿encarnamos siempre con los mismos grupos de almas?

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Y cuál es nuestro rol? ¿Por qué reencarnamos? En algún momento repetimos roles, ¿no? ¿De qué nos sirve repetir roles si ya hemos pasado por eso?

—No tengo respuesta para eso. Tampoco somos muy conscientes de qué venimos a hacer aquí y por qué sentimos y vivimos como lo hacemos. Es extraño, porque parece que estamos destinados a vivir en un círculo cerrado de reencarnación, como un uróboros del que no podemos salir.

—La serpiente que se muerde la cola —comprendo.

—Sí. No tengo respuesta a preguntas más profundas o metafísicas. Tal vez el gnosticismo u otros tipos de sabidurías sí tengan sus teorías sobre por qué no podemos dejar de reencarnar. Mi estudio es muy subjetivo y lo he encaminado a mis prácticas. Pero igual estímulo a alguien a que

siga investigando qué es nuestra alma y por qué parece que volvamos a empezar una y otra vez. Algunas teorías dicen que venimos aquí a aprender y a hacernos perfectos. Pero ¿cómo vas a hacerte perfecto si no recuerdas nada de tus otras vidas? Podrías tropezarte una y otra vez con la misma piedra, ¿no crees? —Laia está ensimismada en sus explicaciones sobre las reencarnaciones de las almas—. ¿Qué opinas tú? Eres médium, ¿no? ¿Qué te dicen las almas?

Adopto una expresión de sorpresa.

—Pues algunas me hablan de sus tesis.

Laia sonríe.

—Tienes sentido del humor. Pero supongo que te han dado este don para algo, ¿no?

Me levanto de la silla y me dirijo a la nevera para coger la botella de agua. Bebo a morro y me da por pensar en la función real de mi papel como mediadora. Dejo de beber y respondo:

—Solo los ayudo a cruzar. Y les echo una mano con sus asuntos pendientes.

—¿Y dónde iré yo cuando cruce ese umbral? ¿Tienes respuesta a eso?

—Solo sé que dicen que hay mucho amor al otro lado.

—Ah, ya... ¿y eso quiere decir que es el Cielo? ¿Vamos a un lugar mejor? ¿Al Paraíso? ¿Estamos ahí con toda la gente que hemos querido en esta vida? Esa es la pregunta real. Yo sé que las almas reencarnan por grupos, y eso lo puedo comprobar con mi estudio, para tristeza de la Ciencia y de la Religión. Pero, ¿por qué volvemos, Ada? ¿A qué estamos jugando?

—No lo sé —respondo—. Soy curiosa, pero mis preguntas hasta el día de hoy han sido qué soy yo y de dónde vengo. Yo como esencia, no yo como Ada Sierra. Pero no tengo contestación.

Laia me comprende. Lo sé por su expresión. Creo que a ella también le ha pasado lo mismo.

—Yo también me he hecho esas preguntas. Y ahora, sabiendo esto —se mira las palmas translúcidas de las manos—, y comprendiendo que me iré en cuanto mi padre reciba mi portátil, me surge una pregunta: ¿cuál es el maquiavélico juego al que estamos sometidos y con quién lo pactamos? Es como un jodido día de la Marmota. Nacemos, crecemos, nos reproducimos, envejecemos y morimos. El ciclo de la vida, lo llaman. Y nos quedamos tan anchos. Pero morimos y volvemos, morimos y volvemos... y estamos tan bien creados que nuestro cerebro no recuerda nada de nuestras encarnaciones pasadas. ¿Por qué no nos acordamos de eso? ¿Qué interés oculto hay tras una idea tan tortuosa de la experiencia de la existencia? ¿Qué es vivir?

—Pues...

—¿Morir y repetir? ¿De qué nos sirve vivir con intensidad esta realidad si luego la palmamos y cuando encarnamos otra vez no nos acordamos de quiénes fuimos?

Las preguntas de Laia me asoman a un abismo que nunca me había planteado. Excepto una vez, cuando desperté del coma y me debatí entre la vida y la muerte durante dos largas semanas. Recuerdo que entonces abrí los ojos y pensé: ¿por qué pasamos por esto? ¿Qué sentido tiene la vida? Sigo sin saberlo. Y supongo que es mejor así, de lo contrario, si descubrimos cuál es el verdadero recorrido y el trasfondo de lo que somos y de por qué vivimos, haría que la aventura de esta realidad fuera descafeinada.

—Siempre me imaginé que al morir vería la cara de mis seres queridos —explico a la fantasma— y me encontraría en un lugar mucho más amable en el que estar y sobrevivir. Pero cuando estuve en el limbo no recuerdo ver nada de eso. De hecho, no me acuerdo de nada. Yo pensaba que, tal vez, me tomaría un refresco con todos los que se fueron antes que yo y reiríamos y diríamos algo así como: «¡Vaya aventura!». Pero nunca barajé la posibilidad de que después del «¡vaya aventura!» hubiese un «¡pues nos toca volver a lo mismo!».

—Pues por lo que yo sé, no va de contarse las batallitas en el Cielo. El problema es que la gente que yo he tratado viene con mucho miedo y creyéndose que está loca. Es muy difícil

ahondar en ellos de una manera consciente, por eso recurro a la hipnosis. Y descubro que esa locura tiene una explicación racional. No se inventan sus otras vidas. Una mujer con un miedo terrible a las alturas descubrió que su pánico viene a raíz de que en su anterior vida muriera al caerse de lo alto de un edificio... Me han llegado a dar datos increíbles, exactos y precisos de otras épocas, Ada. A no ser que a mi consulta vinieran expertos historiadores y arqueólogos no entiendo cómo pueden acceder a tal información, excepto, si estuvieron ahí de verdad. Y lo estuvieron. Mi gran objetivo era poder encontrar a esa persona lo suficientemente despierta, consciente y sin miedo, que se atreviera a ir al origen de su primera encarnación. En eso se basa mi trabajo. Tal vez, solo así —puntualiza alzando el dedo— si llegamos al origen y al principio de todo, podríamos ver realmente de dónde venimos y a dónde regresamos.

—¿Y nunca tuviste un paciente así?

—No. Jamás. Es como si no se pudiera acceder a ese registro informativo del alma. Pero aun así, mi libro es una auténtica pasada —se felicita ella misma—. Y creo que deberías leerlo cuando mi padre lo publique. Él sabrá cómo hacerlo a través de la Uni.

—No dudo que tiene que ser algo fascinante la lectura de tu trabajo, Laia.

—Seguro que es igual de fascinante cómo lo que tú estás escribiendo. ¿Con qué objetivo lo escribes?

Me quedo mirando el portátil.

—Pues lo hago con la intención de recordar la vida y la historia de todas esas almas que ayudé a cruzar y a solucionar sus cuentas pendientes. Y también porque sigo el legado de mi abuela. Ella empezó haciendo esta labor, y yo quiero darle continuidad.

—Un legado familiar de médiums.

—No somos médiums. Somos mediadoras. No invocamos a los espíritus. Mediamos con las almas.

—Son slogans muy bonitos —no le da demasiada importancia—. ¿Cuándo crees que mi padre recibirá el ordenador?

—No lo sé. Le preguntaré a Eric.

—Te vas a meter en problemas —me advierte Laia con cara de pícara, que con su aspecto, es como muy gore.

—¿Por qué dices eso?

—Porque los hombres como ese siempre los traen, los quieras o no.

Laia desaparece ante mis ojos. Me gustaría preguntarles adónde van ellos cuando dejan de estar presentes. ¿Tal vez se quedan aunque no los vea?

Mi abuela se está meciendo en la mecedora, pero no deja de mirarme con expresión evidente y de advertencia. Sus ojos azules son más inquisidores que nunca.

—¿Qué pasa, abuela? —me levanto y salgo al porche a hablar con ella.

—Que esa chica tiene razón en lo que dice, cariño.

—¿En cuál de las cosas que ha mencionado?

—En todas —asegura—. Pero sobre todo en la última. Los hombres como Eric pueden traerte muchos problemas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el amor siempre los trae. Y porque él arrastra muchas cuentas pendientes del pasado, y no las ha solucionado. Y en el presente también carga con una mochila muy especial de cuatro años, que ni él entiende.

—Ya, pero no puedo ayudarlo si no me habla de ellas. Y no puedo ayudarlo si no me cree.

—A veces, las mediadoras, no solo mediamos con los muertos. También somos un puente de

sanación con los vivos —mi abuela tuerce la mirada hacia el rosal y sacude la cabeza—. Las rosas se están secando.

Presto atención al rosal. Yo las veo tan bonitas como siempre.

—Tiene que llover. Tiene que llover mucho. Para limpiar, y para alimentar la tierra —augura mirando al cielo—. Nuevas rosas florecerán. Se avecina una gran tormenta.

—Pero si hace un sol increíble —protesto señalando al cielo.

—Ve a por un buen paraguas.

Cuando miro hacia abajo, mi abuela ya no está. Últimamente hace mucho eso, se marca un Álex y Cristina. Tan pronto hace Plas, y aparece a mi lado, como desaparece y aunque quiera ir tras ella, nunca la puedo atrapar.

27. Epitafio: «¿Quién ha sido el gracioso que ha apagado la luz»?

Castillo de Besalú

Después de poner al día mis apuntes y de trabajar mucho, Eric me ha escrito y me ha dicho que ya estaban en el castillo. Que le gustaría mucho que fuera.

Estoy yendo de camino, otro domingo más junto a Eric y, esta vez, con Ariel también. Siempre que lo voy a ver se me amontonan las mariposillas en la boca del estómago. Tengo muchas cosas que preguntarle. Espero que sepan algo más sobre Svetlana y sobre esos autocares que movilizan la mercancía y a las mujeres. ¿Habrá Svetlana contactado con Megalodón? ¿Seguirá viva?

Cuando llego al emblemático restaurante ubicado en el Castillo de Besalú, enseguida me han indicado que entrase ya que me esperaban en el jardín, orientado al puente medieval. Es un restaurante con varios salones interiores y tienen mucha capacidad, porque sé de buena tinta que ahí se han celebrado varios eventos privados y públicos.

Qué bien huele a parrillada...

Cuando me asomo al jardín interior, encuentro la mesa de Eric y de Ariel a la primera. La niña lleva un vestidito lila con flores rosas, y una diadema. Eric está de espaldas... y la corriente de energía que irradia me golpea como el frío del Ártico. Algo no va bien. Me fijo y la niña parece que ha estado llorando, mueve la pierna arriba y abajo con nervios y tiene los típicos churretones de las lágrimas manchándole las mejillas. Eric le está diciendo en voz baja que se tranquilice, que la culpa no es suya, y le está secando las manchas de la cara con una toallita húmeda. Yo que me había puesto súper mona con mi camiseta blanca con el logo de Cazafantasmas, unos tejanos cortos y mis Converse blancas para que Ariel sonriera un poco con el dibujo del muñeco Michelín, y voy y me encuentro este panorama.

—Mira, es Ada —dice la niña al levantar la cabeza. Se ilusiona levemente, pero vuelve a hacer un puchero y se aguanta la congoja.

—Hola —digo nada más llegar a la mesa. Me siento al lado de Ariel y le acaricio la mano con dulzura. No es que pase de Eric, es que no soporto ver a esa cría llorando—. ¿Qué ha pasado, bollito? ¿Estás bien? —tuerzo el rostro para esperar una respuesta de Eric, y cuando lo miro es como si una lanza me atravesara el corazón—. ¿Eric? ¿Ha pasado algo?

Este hombre es de hielo. Ahora mismo no tiene nada que ver con el hombre cariñoso y lleno de fuego que he conocido estos días atrás. Sus ojos negros parecen de acero y si pudieran hablar, creo que dirían auténticas barbaridades sobre mí. Es odio. Siento que me odia y ni siquiera sé por qué.

—Sí, ha pasado, Ada —dice con los dientes apretados—. Mi hija está así por tu culpa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Está muy confundida. Y esto no te lo voy a perdonar. No eres nadie para hablarle de las

cosas que le hablas.

Es un primer ataque directo y conciso. Sin miramientos. Cojo aire e ignoro el dolor que siento en el pecho.

—Un momento...

—Ada, yo no he sido —dice la niña muy afectada, lloriqueando—. Ha sido *Droberta*...

—Tranquila, cielo —le susurro.

—Déjala en paz —espeta Eric cada vez más furioso. Yo dejo de tocar a Ariel y se me rompe un poco el corazón—. Este mediodía, mientras estábamos en casa, ha venido Anabel para que su hija y mi hija jugasen un rato.

—Ah... ¿ha venido Anabel? —pregunto con curiosidad. Esa mujer cada vez me pone más nerviosa—. ¿Y qué ha pasado para que de repente me hables como si yo fuera el Demonio?

—Las niñas se han puesto a jugar en el jardín. Ariel hace unos días que no nombra a Edgar para nada —De acuerdo. Empiezo a entender... y a prepararme para lo que venga porque sé que esto no va a ser nada fácil—. Después de un rato, Roberta ha venido contándonos la historia con la que le ha ido Ariel. Nos ha dicho que tiene una amiga que se llama Ada, que veía a Edgar como ella y que juntas lo hicieron volver a su casa con sus padres, en el jardín de las hadas de su casa. Que Ada tiene una abuela que es un fantasma y que habla con ella todos los días, y que ella también la puede ver. Y que Ada está ayudando a su papi sin que él lo sepa. ¡Y mi hija no deja de decir que quiere ser un jodido fantasma! Y que tú le has dicho que no es malo ver a esos amigos invisibles, que tú puedes hablar con ellos y que no pasa nada, que está bien. Que si sigue viéndolos que no lo diga a nadie porque los demás se enfadarán, y que solo te lo cuente a ti —Acaba de alzar la voz mucho. Siente tanta ira y me observa con tanta decepción que me destroza su disgusto—. ¿A qué estás jugando? —tiene los puños apretados—. ¿Quién te has creído que eres para llenarle la cabeza a mi hija con esas estupideces y esas fantasías?

—Eric... Sé que no lo entiendes, pero...

—¡¿Qué tengo que entender?!

—Baja la voz, por favor... —Ariel está llorando en silencio—. Ariel está asustada...

—¡Ariel es mi hija! ¡Mía! —asegura acercando su rostro furibundo al mío pálido—. Te dije lo que me había pasado con mi madre y cuánto repelo las falsedades y las tonterías sobre ese tipo de cosas. Te confío a mi hija, confío en ti, y me encuentro con que le has llenado la cabeza de historias de fantasmas. ¿Quién te has creído que eres? ¡No tienes derecho a hacer eso porque Ariel es muy vulnerable ahora y se lo cree todo! Anabel tenía razón.

—¿Qué? —mi voz es apenas audible.

—Ella me dijo que querías meterte en mis pantalones ganándote a Ariel.

Tomo aire por la nariz. Eso sí que me indigna.

—No conozco a Anabel, no soy nadie para juzgarla —alzo la barbilla aunque me tiemble—. Pero veo que ella sí habla de mí.

—No van por ahí los tiros —asegura Eric defendiéndola—. No insinúes tonterías. Ella me ha ayudado mucho. Ya ha conseguido una cita para el pedagogo y el psicólogo infantil...

—Ah —lo corto yo sorprendida—, ¿psicólogo también?

—Sí, porque por cosas como las que le dices y porque Ariel es muy influenciable se está creando una realidad paralela que le puede causar muchos problemas.

—Solo tiene cuatro años, Eric. Es capaz de ver lo que le dé la gana. Se llama imaginación, cosa que tú has dejado de trabajar.

—Claro que no tengo imaginación ni fantasía. Lo mío se llama realidad, Ada, a lo mejor tendrías que empezar a aplicarla en tu vida.

—Tu hija no miente —replico empezando a reaccionar—. No te ha dicho ni una mentira. Ella ve cosas que tú no puedes ver. Porque es especial, como yo. No hay que tratarla por eso.

—Hablas como una loca. Igual tú sí que necesitas tratamiento. Deja de mentir a mi hija, no le haces ningún bien. Ni a mí tampoco, porque no me vas a ganar por llevarte bien con Ariel. Tú y yo solo nos estamos enrollando y pasándolo bien. —Se levanta de la mesa y agarra a Ariel del brazo con suavidad, para ayudarla a bajar de la silla, que es un pelín alta para ella.

—¿Nos vamos, papi? —pregunta ella sorbiendo por la nariz.

—Sí, cariño —contesta él mirándome—. Nos vamos.

—¿No vamos a comer con Ada?

—No.

—Eric... —murmuro aguantándome las ganas que tengo de llorar ahí mismo—. ¿Por qué no dejas que te lo explique? Te estoy dando la oportunidad de que hables con tu hija y la comprendas.

—Tú no me vas a decir cómo tengo que tratar a Ariel.

—Yo entiendo que estés enfadado y asustado, pero... Pensaba que nosotros...

—No estoy asustado. Estoy cabreado —replica sin dejarme hablar—. Ni quiero nada más ni estoy interesado en meterme en líos con ninguna mujer. Y menos con las que llenan de pajaritos la cabeza de un niña. No soporto eso. Si pretendes hacerme creer que ves fantasmas, te diré lo mismo que les decía a las mujeres que venían a casa a hablar con mi madre. Que eres una jodida farsante. Una aprovechada y una mentirosa. Y no creo que sea buena idea que nos sigamos viendo. No es bueno para mí, y tampoco lo es para mi hija. Ella te ha cogido cariño y lo va a pasar mal por tu culpa.

—Eres tú el que la vas a alejar. Y tu hija... —sigo sentada en la silla, pero ahora se me caen las lágrimas que no puedo contener. No me sale la voz... Ariel no está inventándose nada. Ella y yo —miro a la pequeña aunque no la quiero poner en más compromisos—, sabemos la verdad.

Ariel dice que sí con la cabecita y esconde el rostro en su Gusiluz.

Eric apoya una mano en la mesa y se inclina hacia mí. Tan enfadado y rabioso puede llegar a intimidarme.

—No interactúes más con ella. Y no la manipules. Le dijiste que la irías a ver todos los días que pudieras para que ella te hablara de sus amigos invisibles. No nos vas a ver ni a mí ni a ella. ¿Te queda claro? No te quiero cerca ahora. ¿Entendido?

—Cristalino.

—Mantente alejada. No eres terapeuta infantil, y no le haces bien —aclara con crueldad. A él se le parte el alma al verla llorar, pero no siente nada al ver cómo lloro yo—. Ni a mí tampoco. Se acabó. Quédate a comer con tus fantasmas. Yo os invito.

Eric sale del jardín con Ariel sujeta a su mano, que mira hacia atrás para mirarme con lástima y con arrepentimiento. Se siente culpable. Ella no es culpable de nada. Su padre es quien me hace llorar, ella no.

Veo fantasmas. Es mi realidad. Y ahora interactúo con ellos y no debería tener nada de lo que avergonzarme.

Pero sí siento vergüenza. Porque no puedo dejar de llorar, sentada a solas en la mesa, mirando el hermoso puente y el río que fluye y lo cruza, al pensar que la soledad es, en realidad, ser despreciada por los vivos a los que más deseas tener a tu lado.

Sabía que esto podía llegar a pasar. Pero no esperaba que fuera así. Ni que hubiera una mujer mal metiendo de por medio, ni que Eric se iba a mostrar tan inflexible.

Y ni mucho menos imaginé que me iba a doler tantísimo como me duele.

Cojo el teléfono y espero a que mi amiga venga a echarme un cable. Cuando Bea coge la llamada al otro lado, le digo con la voz quebrada:

—¿Puedes venir?

No necesita oír nada más. Por eso es mi mejor amiga y la hermana que nunca sustituirá a la mía, pero sí me complementa y es la que he elegido. Mi familia.

—No te muevas de donde estás. Voy ahora mismo.

Al menos, comer con esas vistas y junto a una persona que adoras, es bueno y me deja mejor sabor de boca que quedarme plantada y con el corazón descosido.

No he dejado de llorar ni un minuto, pero me he podido poner las gafas de sol. Como estamos en el exterior, tengo excusa y no he dado tanto el cante ni llamado tanto la atención. Bea ha escuchado cada palabra que le he dicho, y cada uno de los reproches que tenía hacia Eric. Sabe que estoy mal.

—Vale, cariño, vamos a hacer una cosa. Vamos a ir a tu casa, te vas a lavar esa cara bonita pero echada a perder por el rímel que tienes ahora, y vamos a ver una película y a comer porquerías.

—No —le digo yo—. Bea, no hace falta de verdad. Voy a estar bien. Además, no estoy sola en casa, ya lo sabes...

—Ah, sí, que está la *Walking Dead* de tu abuela por ahí... Y el perro humano que tienes.

—Es un San Bernardo —suelto una risita—. Y no es humano.

—Vamos que no. Te juro que me mira las tetas fijamente. El otro día lo hacía.

—No te miraba las tetas, miraba el bocadillo de fuet que tenías entre las manos.

—Sí, claro... Creo que en ese perro se reencarnó un sátiro.

Bea sonrío al verme reír y me toma la mano con cariño.

—Escúchame, Adita. No tienes que sentirte mal por nada, ¿me oyes? Eric está asustado y es sobreprotector con su hija. Esa niña es el único rayo de luz que roza su insultante cuerpo perfecto.

—No me estás animando.

—Claro que sí, porque a ese cuerpazo, tú le vas muy grande. Tú le irías grande a cualquiera —dice con evidencia.

—No digas tonterías.

—No las digo. Eres una tía genial y muy especial que ve mucho más allá de lo que los mundanos alcanzamos a ver.

Que me hable así me hace llorar más.

—Aish, cariño —sacude mi mano—. Venga, no te pongas así.

—Me dijo que no teníamos nada especial y que solo nos estábamos enrollando. Que no era nadie para hablar de esas cosas con su hija.

—Son cosas dolorosas. Estaba enfadado y quería alejarte porque le das miedo. Si recapacita y tiene un par de razones nobles bien puestas, volverá a por ti y te pedirá perdón.

—Para pedirme perdón debería creerme.

—Debería creerte sin que tú le tengas que demostrar nada. Si tenéis una conexión como la que dices que tenéis, debía confiar en ti y creerte. Y lo hará, no le quedará más remedio. Ya verás. Un día su hija puede ver a la de *The Ring* saliendo de la ducha cual pozo mugriento, y él se cagará de miedo y buscará explicaciones. Y porque odiará ver a su hija con medicación y

yendo a una terapia que la hará parecer enferma, buscará explicaciones en otro lugar, y entonces —me levanta la barbilla y yo sorbo por la nariz— solo tú podrás dárselas.

—¿Por qué estás tan segura, Bea?

—Cielo —Bea me mira por debajo de la montura de sus gafas de sol—, porque eres adictiva. Una vez te cruzas en la vida de alguien, ya no hay vuelta atrás. No se puede estar alejado de ti. A Eric le pasará lo mismo. Ariel ya está enamorada de su amiga Ada —me guiña el ojo derecho—. Y ese Inspector empotrador con malas pulgas también. Solo que aún no se ha dado cuenta.

Siempre me deja sin argumentos. Bea es de esas mujeres torbellino que te levantan el ánimo y que te ayudan a ver la vida de otra manera, y lo hacen si proponérselo. Su naturaleza es así.

—Me salvas la vida... —reconozco dándole un beso en la mano.

—Tú llevas salvándomela desde que te conocí.

—Y lo que te queda, morena. Que eres un peligro.

—Y lo que nos queda —asegura tomando su copa de vino.

El camarero nos trae el postre. Un tiramisú y una tarta de manzana con crema. Todo casero y exquisito.

Es de las pocas veces que bebo vino. Ada me ha obligado a hacerlo, y a la tercera copa ya no notaba el sabor ni del vino de las costillas que nos hemos comido.

Pero el postre... el postre se tiene que saborear y compartir con las buenas amigas siempre. Aunque vayamos un poco piripis y con lagrimitas de debilidad en los ojos.

La comida con Bea me ha levantado un poco el ánimo. El vino me ha subido bastante, pero no lo suficiente para que me deje de doler el recuerdo de la mirada de Eric y sus despectivas palabras. Voy a abrir la puerta de mi casa y se me caen las llaves al suelo. Cuando me agacho para cogerlas, veo un sobre por debajo de la puerta. Lo cojo, miro a mi alrededor un poco desorientada por haberme levantado tan rápido, y leo de nuevo: «ZORRA».

Está escrito en mayúsculas. No sé si es por el tinto, pero no me asusto tanto como debería. Vaticino que puede ser obra de demasiadas personas. De alguna mujer a la que le ha llegado a sus oídos que en Paréntesis había un fulana trabajando, o de alguna compañera que sí se considere digna de tener una consulta, o...

Mi perro está ladrando. Cierro la puerta del patio de la entrada, subo los dos peldaños que van a la puerta de entrada de mi casa y abro la puerta, todavía pensando en la palabra mal sonante que me han escrito tan amablemente.

Pero algo sucede cuando entro. Recibo un golpe fuerte por la espalda, una especie de placaje que hace que me dé de bruces contra el suelo. Me golpeo el pómulo, y tengo la sensación de que me he roto el hueso o fracturado algo. Oigo una voz en mi oído, repleta de ácido y reproches... Es extremadamente fuerte, porque noto el peso de sus manos sobre mi espalda. Sigo sin entender nada, y en shock. Me da la vuelta por los hombros, y recibo dos bofetadas en la cara que me cambian los ojos de código postal.

Un pitido en los oídos y el sabor de la sangre en la lengua hace que esté a punto de marearme. Me arranca la camiseta de mis Cazafantasmas, la parte desde el cuello hacia la costura inferior, y me la convierte en chaleco.

—Ahora sí... Ahora sí que me vas a dar lo que quiero.

Abro un ojo y a través de la neblina de la laceración y el dolor, ubico su cara. Es Adrián. El entrenador personal que se había obsesionado un poco conmigo.

Su pelo perfectamente peinado, su ropa de bien vestido y fit, su cara atractiva tipo Julio

César... y el odio. El odio que siente hacia mí por haber sido rechazado.

Mi abuela que está de pie detrás de él, siente tanto horror como yo. Pero ella es incorpórea, no puede hacer nada para quitármelo de encima. Ni siquiera una posesión. Y entonces está mi obediente perro Bicho. Ha llegado hasta la entrada, se relame y me mira sin saber muy bien qué es lo que tiene que hacer, porque no ha recibido una orden mía, así de bien adiestrado está, para que luego digan que es un perro tonto. Es bonachón, pero es obediente.

—Adrián, para —le pido demasiado asustada como para llorar.

¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?, pregunta mi abuela materializándose y desmaterializándose de un lado al otro.

Bicho ladra. Mueve el largo y peludo rabo de lado a lado.

Adrián está rojo de la ira.

—¿Por qué puedes salir con otro y conmigo no? —me abofetea de nuevo—. ¡Os vi follar en tu consulta! Os vi por la ventana.

Dios mío. Está enfermo. ¿Nos vio a Eric y a mí en mi consulta? No me lo puedo creer...

—Haces lo mismo que hacía la rusa que tenías trabajando contigo.

—¡No! —me defiendo cubriéndome la cara—. Estás confundido.

—Por eso avisé a la policía y hablé de lo que hacía ahí esa mujer. Porque no quería que nadie más se te acercara o que siguieras haciendo eso.

Increíble. Fue Adrián quien dio la voz de alarma. Fue él. No fue una mujer celosa. Fue un hombre enfermo y con serias psicopatías. Uno que se creía en su cabeza de fantasías que yo era de él.

—¡Yo no hice eso nunca!

Adrián alza el puño. Me quiere golpear con los nudillos, y entonces le pido a Bicho que me ayude mediante la única palabra que le enseñé a obedecer pero que nunca pronuncié porque jamás me hizo falta.

—¡Ataca! —grito con todas mis fuerzas.

Bicho va tan rápido que, al arrancar, se resbala sobre el parqué. Salta sobre Adrián, y lo tumba en el suelo. Primero va al brazo con el que me quería golpear. Pero después se lanza al trapecio, al hombro, para dejarlo debilitado y con la musculatura totalmente congestionada y atrofiada por la cantidad de nervios que pinzan sus colmillos.

Adrián empieza a gritar en el suelo, con las venas de su poderoso cuello hinchadas y a llorar como un niño pequeño. Se ha hecho un ovillo e intenta cubrir su cabeza con una de sus manos, porque la otra no la puede levantar por el mordisco.

—¡Para! ¡Para! —ruega Adrián—. ¡Me está rompiendo el hombro! ¡Dile que me suelte!

Yo me arrastro por el suelo, andando como los cangrejos y con el pelo pegado en mi cara magullada, me quedo mirando a ese esperpento cobarde y de cero hombría a través de mis mechones castaños. Se me ha pasado el mareo del vino. Y estoy tan asustada que se me revuelve el estómago y vomito ahí mismo, a cuatro patas. Adiós al tiramisú.

Adrián ni se mueve, está pálido. Bicho me mira sin soltarlo. Espera mi orden para que lo libere. Pero no lo voy a hacer. Antes, voy a llamar a la policía.

Bicho se encargará de Adrián hasta entonces. Pesa ochenta poderosos kilos, y es más macho que esa basura llena de músculos.

No voy a llamar a Eric. No quiero que venga aquí ni que tenga que dejar a Ariel con nadie, y menos con la perra de Anabel.

Llamo a los Mossos directamente.

28. Epitafio: «Con amor de todos tus hijos, menos del pequeño que no aportó nada».

No dejo de montar escándalos. Es algo que asumo. Los policías me están tomando declaración. Ha venido la ambulancia, Bea está conmigo otra vez, y me ha preparado una taza de té relajante calentito para que me lo vaya tomando.

Eric no está ni se le espera. No le he avisado porque creo que ahora cualquier cosa relacionada conmigo puede ser una molestia para él.

Adrián se ha ido esposado, pero no sin antes haber sido atendido por los médicos. Tiene lesiones importantes. El trapecio totalmente desgarrado, la clavícula partida por las fauces de Bicho y el esternocleidomastoideo también afectado. Puede que se pase el resto de la vida como si llevase un violín al hombro. No quiero pensar en sus lesiones, no me importan. Él me agredió y si no llega a ser por mi perro, me hubiera hecho cosas terribles.

Bea pedía a los médicos que lo dejaran desangrarse, que no se merecía atenciones de ningún tipo, y aunque una de las asistentes la miraba dándole la razón, les puede más el código ético profesional.

Tengo a todo el pueblo rodeando mi casa. Por suerte, el primer coche de los Mossos ya se ha ido, y ahora, los médicos tras hacer una revisión de mis lesiones y comprobar que estoy bien del todo y que no tengo nada fracturado, también han cogido sus bántulos y ya están saliendo por la puerta de mi casa.

Me cubro con lo que queda de mi camiseta de Cazafantasmas, y me han dado antiinflamatorios y un par de puntos por dentro del labio, porque una de las bofetadas de Adrián me ha rasgado el interior. Doy pena. Mi cara está hinchada y amoratada. Puta pena. Estoy fatal por fuera y por dentro.

Físicamente me siento como si me hubieran dado una paliza. Que me la han dado.

Interiormente, sufro por la humillación de haber sido tratada así en mi propia casa.

Bicho es mi héroe, y no se mueve de mi lado, sentado como mi perro guardián que es. Le he tenido que limpiar los morros porque estaban llenos de sangre de Adrián. Y él no dejaba de darme lengüetazos amorosos. Besos que tanta falta me hacen.

Cuando por fin nos dejan solas, Bea me abraza y yo me derrumbo. Estoy llorando sin parar. Pero es bueno tenerla, es mi salvavidas.

—Menudo día de mierda, amiga —dice decepcionada—. Te he traído una cosa. Es una de mis pequeñas adquisiciones. Un microspray de pimienta. Toma —ella misma me lo guarda en el bolsillo trasero del tejanito corto y después vuelve a abrazarme—. Nunca más vayas desprotegida. No sabemos lo importante que es cubrirnos bien las espaldas ante ataques traicioneros como ese.

—Gracias —sorbo por la nariz—. Ha sido terrible.

—Lo sé —acaricia mi pelo con suavidad—. Pero ya ha pasado todo.

Mi abuela aparece frente a mí, con gesto desolado. Afuera se ha nublado muchísimo. Tanto que sé que va a llover como había anticipado mi tía.

Tiene que venir el agua para limpiarlo todo, cariño —me recuerda—. Vas a estar bien. Todo pasará...

Se desvanece y, aunque ahora me parece imposible, asiento tomando sus consejos en cuenta. Seguro que en algún momento todo pasará y me encontraré mejor. Pero no en este instante.

—¿Hablas con la abuela? —me pregunta Bea peinándose el pelo con los dedos.

—Sí, ha dejado en el aire uno de sus consejos Jedi...

—Joder —resopla Bea. Estamos apoyadas en la isleta de la cocina—. Cómo engañan algunas personas... Adrián parecía tan amable e inofensivo...

—Esos son los peores. Hay que andar con mil ojos. Me niego a pensar que cualquier persona puede ser peligrosa, no quiero vivir así.

—No hay que vivir así —incide ella apoyando su mejilla en mi cabeza—. Lo que hay que hacer es no bajar la guardia nunca. Ya sé que no lo has hecho y que te atacó por la espalda como la alimaña ruin que es, pero a partir de ahora necesitas un spray pimienta contigo, o un machete.

—Un machete es mejor.

—Yo le cortaba el rabo en rodajas y se lo daba a los gatos.

—Los gatos no tienen culpa.

—Pues a las ratas... Me da igual. Hijo de puto abusón...

Bea siempre dice «hijo de puto». Dice que está harta de feminizar un insulto así, que los padres también son putos.

—Y otra cosa te digo. Ya sé que no quieres que este hombretón —señala a Bicho— tenga camada con nadie. Pero si tiene descendencia, yo quiero uno de sus hijos.

—Bicho está bien soltero y entero —acaricio la coronilla de mi apuesto y valiente perro—. No necesita complicaciones.

—Bueno... —suspira Bea—, no vamos a negociarlo ahora.

—Ni ahora ni nunca.

—¿Quieres ver alguna peli? ¿Quieres que vayamos al hospital? ¿Necesitas algún tranquilizante?

—Quiero que te quedes, ¿puedes? No quiero dormir sola esta noche.

—Claro que puedo. No me muevo de aquí, no te preocupes.

La amistad para mí es eso. Hacerte un corte y que tu mejor amiga te diga: «tranquila, que tengo tiritas». No va a hacer que el corte desaparezca, pero sí hace que duela menos y no se infecte demasiado.

Después de dos horas, nos hemos quedado dormidas en el sofá del salón, cubiertas por la manta de colores. El culo de Bea me hace de cojín. Yo hace quince minutos que tengo los ojos abiertos, intentando no fustigarme demasiado.

Nada ha sido responsabilidad mía. Lo de Adrián no, desde luego. Aunque Eric me avisara y me dijera que esos mensajes que recibía en mi consulta eran propios de sociópatas. Sí, era cierto. Yo podía intuirlo pero no me imaginaba que llegase tan lejos. Ha pasado y ya no lo puedo cambiar, solo asumir.

Y respecto a mi desencuentro con Eric, que es lo que más me duele, más que el ataque, tengo una parte de responsabilidad. Porque yo sé qué es lo que ve Ariel. Y he dispuesto de información trascendental para la investigación de su caso gracias a mi don. No le he dicho nada sobre ello. Eso es lo único por lo que debería sentirme responsable. Por omitirlo. Y volvemos a los mismo:

¿Omitir es igual que mentir?». Si él me hubiese preguntado si veo espíritus, yo le hubiese dicho: «Pues sí, Eric, los veo». Nunca le hubiera mentido. Lo que he hecho ha sido guardarme información que no solo no la cree, además la desprecia. Pero los acontecimientos se tornaron grotescos en la comida, con un desenlace muy inesperado para mí. Me imaginaba contándole con mucho tacto a Eric que su hija no tiene amigos invisibles y que no necesita ir a ningún terapeuta infantil. Que ella ve un mundo que los demás no pueden ver, pero eso no convierte a sus interacciones en invenciones. Son reales. Pero no aptos para los demás.

Me he imaginado ese momento muchas veces, y en todos, siempre acababa abrazándolo y él a mí, y después Ariel venía corriendo y se unía a nosotros y hacíamos una piña. ¿He sido tonta por fantasear con esa estampa? Seguramente sí. Miro el móvil y no he recibido ni un mensaje de él. Nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo peor es que no quiero contarle lo que me ha sucedido porque no me gustaría que se acercase a mí por pena. Nada tolero menos que la compasión.

Ding dong.

Cuando me levanto del sofá espoleada por el sonido del timbre de la puerta, me doy cuenta de que me duelen más partes del cuerpo que antes. Me duelen los codos del golpe, y la cara. La cara me duele mucho. Bea se despierta conmigo y me mira con expresión de alerta.

—No sé quién puede ser —le digo. Son las diez de la noche ya, nadie puede venir a decirme nada a estas horas. Ni siquiera las vecinas, que ya se han interesado por mí in situ en cuanto empezó a llegar la policía a mi casa.

—Voy contigo a abrir.

Arrastro los pies hasta la puerta, con Bea pisándome los talones. Miro mi reflejo en el espejo de la entrada. Sí tengo el pómulo derecho amoratado y el labio inflamado y con un corte... no tengo buena cara.

Y cuando abro la puerta de casa y salgo al patio, ahí, tras la puerta de la verja exterior está la única persona que puede provocar que lllore de golpe, y más tras el shock de la agresión de la tarde. Es Eric.

Está lloviendo a cántaros. Sus ropas se empapan con facilidad, igual que las mías en cuanto piso el exterior. Llevo una camiseta negra de manga corta y bastante larga que me ha sacado Bea del cajón para que me la pusiera en el sofá. Casi cubre mi pantalón.

Él va vestido de negro también... Su silueta está recortada por el resplandor silencioso de luces intermitentes azules y rojas que viene del exterior. Sus apuestas facciones están teñidas de seriedad e indiferencia.

Se me están cayendo las lágrimas cuando llego al otro lado de la verja.

Cuando finalmente ve bien mi cara, la indiferencia cambia fugazmente y sus ojos se tiñen de alarma y de preocupación.

—¿Eric? ¿Te has enterado? —le pregunto esperanzada de que venga a abrazarme, a cuidar un poco de mí y a decirme que todo va a estar bien y que él y yo estamos bien. Que lo vamos a estar, al menos. Se me empieza a empapar el pelo.

—¿Qué mierda te ha pasado en la cara?

Bea se coloca a mi lado y frunce el ceño al ver las luces. Saca la cabeza morena por la verja y cuando la vuelve a entrar le dice a Eric:

—¿Estás de servicio? Vienes tarde.

Él no puede dejar de mirar mis lesiones, y yo no puedo dejar de mirarle a él.

—Adrián me atacó esta tarde —anuncio—. Tenías razón. Está loco.

Su mandíbula se tensa. Parece un hombre a punto de matar a alguien. Sus puños apretados

provocan que se le hinchen las venas de los antebrazos. Quiere romper algo. Lo noto.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace unas horas.

—¿Qué hacías con él?

—No estaba con él. Se había colado en mi jardín por sorpresa y...

—¿Dónde está él ahora? —me interrumpe.

—Se lo han llevado a comisaría... ¿No vienes por eso? Pensaba que te habías enterado.

—No vengo por eso.

Dejo ir el aire entre mis temblorosos labios. Menos mal. Entonces viene para hablar conmigo y para arreglar las cosas. Eso hace que me ilusione un poco. Nada, una chispita de luz entre toda la mierda que tengo encima.

—¿Quieres pasar? —le pregunto con voz débil—. Me gustaría hablarte de algo, Eric. Quiero contarte todo lo que me ha estado pasando y no te he dicho. Creo que tenemos que hablar —me duele el labio y me lo palpo suavemente con los dedos—. Se me abre la herida...

—¿Me vas a contar la verdad ahora? —pregunta decepcionado apretando los puños—. ¿Ahora, Ada? —parece incrédulo.

—Cuando ella puede y quiere. ¿Te parece poco? —lo increpa Bea encarándose con él—. Oye, ¿es así como reaccionas tú? Un tío la ha agredido al entrar a su casa y tú sigues cabreado con ella por cosas que no vas a poder entender ni aunque curses una carrera. Qué decepción, en serio, tanto cuerpo para nada.

Eric le dirige una mirada perdonavidas.

—Bea, por favor —le ruego que baje el tono—. Entra adentro que te estás mojando. —Acto seguido le abro la puerta a Eric, pero él solo da un paso al frente para acortar la distancia conmigo. Creo que me va a abrazar y lo estoy deseando tanto que me acongojo. Me toma de las muñecas, me las levanta y me dice:

—Ada Sierra, procedemos a su detención. Tiene derecho a permanecer en silencio...

Las esposas heladas como me estoy quedando yo rodean mis delgadas muñecas.

—Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra ante un tribunal...

—Un momento —Bea intenta apartarme de él.

—Bea, más vale que no te interpongas ni que presentes ningún tipo de resistencia o también tendré que llevarte —la mirada acerada que le dirige es tan brutal que se me pone la piel de gallina.

—Pero, ¿que dices? —lo repruebo—. ¿Esto es una broma? —No entiendo nada en absoluto.

—¿Tengo cara de pasármelo bien? —reprocha él con gesto adusto—. Tiene derecho a consultar a un abogado y a tenerlo presente cuando sea interrogado por la Policía...

—Pero ¿por qué...? ¿De qué se me acusa? —clavo los pies en el suelo—. ¿Qué se supone que he hecho?

—Han encontrado el cadáver de Svetlana. Tenía el móvil encima.

—¿Que Svetlana ha muerto? —pregunto quedándome lívida—. Bueno... ¿y qué tiene que ver eso conmigo?

—Antes de haber sido asesinada, ha dejado una bolsa llena de dinero a uno de los colaboradores de Megalodón. ¿Adivinas dónde estaba el dinero?

—¿Eh? No, ni idea.

—En Paréntesis, en el interior del conducto del aire del techo. Hay más de cinco millones de euros en efectivo en esa bolsa, Ada. ¿Cuándo pensabas dárselo a Megalodón?

Parpadeo de manera muy seguida y miro a Bea sin entender ni una palabra. ¿Me están acusando de formar parte de una trama de drogas y corrupción? ¿A mí?

—Me cuesta seguirte... —digo con la voz temblorosa.

—A ver si me sigues así: estabas compinchada con Mantis y Megalodón desde el principio y recibiste dinero de Joaquín porque él también estaba en el ajo. Pero te lo pasaste a tu cuenta después de muerto. Has sido muy poco inteligente. —Tira de la unión de las esposas y salgo de mi casa a trompicones—. Si no puede permitirse contratar a un abogado, le será asignado uno de oficio para representarle...

—¿Qué está pasando, Ada? —pregunta Bea corriendo detrás nuestro aterrorizada—. Eric, ¡qué demonios haces?! ¡Suéltala!

—Yo no he recibido dinero de Joaquín... No ha sido así —contesto muy asustada y perdida—. Puedo explicarlo.

—Seguro que podrás explicarlo en tu declaración en comisaría y mañana cuando se pase tu causa a proceso judicial ante el juez. Mientras tanto, esta noche la pasarás en el calabozo.

—Eric, maldita sea, escúchame —le obligo a que se detenga.

En ese momento Abel sale del coche, preparado a asistir al Inspector en caso de que necesite ayuda para controlar a alguien tan peligroso como yo. Ese chico tiene cara de ángel, no le va bien el traje de policía.

—¡No hay nada que escuchar! ¡Te has reído de mí y me has manipulado como a una marioneta! —me grita a un palmo de la cara—. Sabías dónde estaba el cadáver de Joaquín, escuchas a Svetlana en el baño, dices que sabes lo del cadáver de Laia porque ella lo dice... ¡son estupideces! ¡Mentiras! Y me las he ido creyendo una a una —abre la puerta de atrás del coche con tanta fuerza que creo que la va a arrancar—. Pero ahora me vas a decir toda la verdad.

—Pero es que es verdad —le imploro llorando—. Eric, no tengo nada que ver con esto... Yo... sé cosas.

Noto su mano presionándome la cabeza para que me meta en el coche.

—No es a mí a quien se lo tienes que explicar. Vas a declarar —me advierte una vez estoy sentada dentro en la parte trasera, como una delincuente cualquiera— ante el Comisario Lorenzo. Él ha dado la orden para llevar a cabo tu detención. Y da gracias a que, por deferencia hacia mí, ha dejado que sea yo quien te venga a buscar y no toda la caballería.

—Qué amable —murmuro amargamente.

—Agradéceselo cuando lo veas. Yo habría traído aquí tres coches y ya estaría dando la voz a los medios.

—Tú estás siendo ciego y muy injusto. ¿Dónde han encontrado el cadáver de Svetlana? ¿Quiénes?

—Eso no te importa.

—Sí, me importa —replico secándome las gotas de lluvia y mis lágrimas con el antebrazo—. ¿Dónde? —insisto.

—En el parking. Pasado el puente medieval. Donde siempre suelo dejarlo yo.

—Entonces... ¿la mataron ahí? ¿En serio?

—La forense lo dirá.

Golpeo el asiento con los puños.

—Pero ¿esto qué es? ¿Como la misma puesta en escena ridícula y burda de Joaquín? ¿Así de mala? ¿Y tú te lo crees? ¡Eric! ¡Pensaba que eras más listo!

—Sí, y yo también. No te he visto venir de ninguna de las maneras.

—¡Eric! —exclamo desesperada—. Me están empaquetando. ¿No lo ves? ¡Yo no he hecho nada!

Él cierra la puerta con un portazo. Abel se pone en el lugar del copiloto y Eric va a conducir el coche.

—¡Ada! ¿Qué hago? —me pregunta Bea golpeando el cristal.

—Quédate aquí con Bicho, por favor —le ruego—. Saldré de la Comisaría hoy mismo. No tienen nada y soy inocente.

—Pasarás la noche en el calabozo, tenlo por seguro —espetea Eric abrochándose el cinturón de seguridad.

—Hazte cargo de Bicho —le pido a mi amiga uniendo mi mano a la suya a través de la ventana antes de que el coche arranque—. Te llamaré en cuanto declare.

La tromba de agua que cae desdibuja la silueta de Bea a medida que el coche avanza por la plaza para coger una de sus avenidas intransitables. Pero todo es más fácil con las luces de la Policía encendidas. La gente se aparta sin problemas.

Eric no me mira ni una vez por el retrovisor. Yo no puedo dejar de llorar. ¿Qué he hecho para merecerme esto? Si yo era de las que nunca robaba golosinas en las tiendas... y de las que si se encuentra una cartera con dinero va a la comisaría más cercana y la deja íntegra y entera, sin comprarse nada por el camino. ¿Cómo puede Eric no ver que soy incapaz de hacer algo así? Pensaba que me conocía un poco. Al menos lo suficiente para ver que no soy maquiavélica. Pero ahora se cree que he intentado manipular a su hija y que soy una especie de capo de la mafia.

¿Cuándo han dejado esa bolsa en mi local? ¿Quiénes? Si pudiera demostrar que... Entonces se me enciende la luz.

Lo que Eric no sabe ni nadie sabe es que tengo una manera de averiguar quién ha entrado en mi consulta sin mi permiso gracias a la cámara que me compré después de la primera irrupción de Eric. La compré con la intención de tener un archivo visual de mis actividades en caso de que nadie pudiera acusarme nunca más de fornicar con mis clientes. La coloqué en la maceta de la entrada y graba hasta setenta y dos horas seguidas. La última vez que la cargué de nuevo fue el viernes y desde entonces la dejé conectada. La cámara tiene que haber grabado quién entró para dejar ese dinero con la intención de culparme e involucrarme en este caso y así sacarse al muerto de encima.

—Eric, sé que no me crees.

—No te creo. Te has llevado dinero de Joaquín y lo ingresaste hace unos días. ¿Cómo me explicas eso? ¿Qué hace todo ese dinero en tu local y por qué Svetlana te nombra directamente a ti? —su mirada acusadora recae sobre mí—. ¿Os visteis en el restaurante y hundisteis toda esta trama y algo salió mal y la han matado a ella? ¡Joaquín era colega mío!

Aprieto los dientes.

—Pero, ¿te estás oyendo? —le digo muy dolida—. No sé ni hacerme un porro ¿cómo voy a formar parte de una trama criminal como esta? Respecto a lo de Joaquín... él me dijo que lo hiciera.

—Ah, ¿ahora resulta que lo conocías?

—Lo conocí. Me visitó después de muerto. Tú lo traías pegado a la espalda, joder. —Ya lo he dicho.

Los dos giran la cabeza para mirarme por encima del hombro. El Inspector me dirige una mirada de asco y repugnancia que me deja más desnuda que cualquier otra cosa. Y me siento fatal. Pero no pienso callarme.

—Él...

—Ni una palabra más, charlatana embustera. Que me salgas con eso sabiendo lo que te conté sobre... —los dedos de Eric agarran el volante con muchísima fuerza y él dice que no con la cabeza—. Joder... Nunca más. No voy a caer nunca más.

—¿Que no vas a caer nunca más en qué?

—En ti. Eres una mentira andante. Y pensar que dejé a mi hija contigo...

—¡Yo jamás haría nada a Ariel! ¡Harías bien en darte cuenta de lo que le pasa y dejar de ser tan obtuso! ¡Tu hija tiene un don, como yo!

—¡Ada, no me jodas! —la voz de Eric enmudecería a cualquiera, a mí no, porque ya no tengo nada que perder—. ¡No nombres a mi hija!

—Señorita, debería guardar silencio —me dice el bueno de Abel con mucha educación al ver que Eric empieza a perder los nervios.

—¡No me da la gana! —respondo yo—. ¡Me está acusando de algo que yo nunca he hecho! —señalo a Eric—. ¿Qué puñetas pasa en este mundo? ¡Los muertos no saben que lo son! ¡Los imbéciles tampoco! —pateo el asiento de Eric en un ataque de ira suprema—. Dadme un respiro, joder.

—Tiene pruebas suficientes como para meterla en la cárcel durante mucho tiempo. Y no dé golpes al coche.

—¿Ah, sí? —lo desafío—. ¿Qué pruebas?

—Sí. Svetlana deja claro en su móvil que iba a dejarte a ti el dinero de la parte de Megalodón. Te lo dejó y después alguien la mató. ¿Fuiste tú? —me pregunta Abel.

—Sí, seguro... ¿Cuándo lo hice?

—Tal vez de madrugada, cuando ella dijo que te lo iba a entregar.

—¿De madrugada? —abro los ojos llorosos e increpo a Eric—. Mira lo que dice tu amigo, Inspector Ezequiel. Que de madrugada he podido matar a esa mujer... ¿no le has contado dónde estaba a esa hora? —«Contigo dentro de mi cuerpo, capullo».

—Ada, cállate —me ordena.

—Estaba en la cama con tu jefe —le contesto a Abel muy enfadada.

—No me importa lo que hayan hecho en su terreno privado, Señor —contesta Abel mirando de reojo a Eric—. ¿Tal vez lo hizo a la luz del día?

—No lo sé —contesto con tono retador—. ¿Qué dice la policía judicial y la científica? ¿No tenéis resultados de la forense todavía? ¿Cuánto tiempo hace que Svetlana está muerta y esas cosas?

Hola mosquita muegta.

—¡La madre que me parió! —doy un bote en el coche y me sujeto el pecho con las manos esposadas. A mi lado se acaba de materializar el espíritu que menos ganas tenía de que me visitara. Aunque temía que iba a pasar.

Eg estás en un lío. Te están cagando el muerto.

Svetlana.

29. Epitafio: «Fui con un fósforo a ver si había gas. Y había».

Ignoro a Svetlana. No está desfigurada ni tiene agujeros en la cabeza. No puedo mirarla ahora en el coche delante de estos dos hombres que creen que me invento las cosas. Tengo muchas ganas de hablar con ella, por cierto, porque antes de que pasemos de largo Paréntesis, me gustaría que vieran lo que hay en la cámara.

Yo no dejé nada. No llegué a Besalú. Me matagon la noche anterior, cuando el helicóptero nos persiguió.

Vale. Eso me da información que puedo usar a mi favor.

—¿Decís que fue Svetlana quien dejó el dinero en Paréntesis? Comprobémoslo —incido.

—¿Qué dices? —responde Eric con el mismo desprecio con el que me mira.

—Tengo una cámara en mi consulta desde que vinisteis la primera vez a molestarme y a decirme que yo me prostituía en mi negocio —contesto—. La puse para protegerme de ese tipo de acusaciones. Por cierto, por si te interesa —le digo a Eric—, el que llamó y denunció hace meses a mi local por lo que hacía Svetlana, fue Adrián. Porque temía que yo hiciera lo mismo y tenía un ataque de celos loco. El mismo hombre que me ha puesto esta cara es el que inició la denuncia —me señalo el rostro—..., solo para que lo sepas. Ya sé que te da igual, pero es bueno que tengas esos datos.

Él mira al frente, inalterable e inexpresivo. Pero los nudillos de sus manos están blancos.

—¿Dice que tiene una cámara en Paréntesis? —me pregunta Abel.

—Sí.

Eric y Abel se miran especulativamente.

—No lo sabían —murmura Eric pensativo—. No está en los informes de nuestro último registro de hace días.

—Te estoy diciendo que la puse después —repito.

Megalodón me ha traicionado. Ellos no lo saben pego van a la boca del lobo.

—¿A qué te refieres? —miro a Svetlana ya sin importarme lo que piensen ellos.

Ella se desvanece y me quedo mirando la nada. ¿Por qué hace eso? ¿Por qué se va?

—Por favor, por favor —le suplico a Eric—. Tomad la tarjeta de la cámara y ved lo que hay. Grabaría a quien entró. Veréis que no es Svetlana y todo esto dejaría de tener sentido. Os están tendiendo una trampa.

—¿Quién nos iba a querer tender una trampa?

—Y yo qué sé. Averiguadlo. Sois la Policía, ¿no?

—¿Cómo sabes que no fue ella? —dice Eric parando el coche cerca de la puerta de Paréntesis—. No me lo digas. ¿Te lo está diciendo ella ahora mismo? —su tono de burla me hiere.

—Sí. Y me acaba de decir que os vais a meter en la boca del lobo. Y que estás siendo muy gilipollas. —Vale. Eso lo he añadido yo.

—Está llamando el Comisario Lorenzo —anuncia Abel.

—Dile que vamos a aportar más pruebas. Que tenemos una grabación —le pide Eric.

—Sí.

Mientras Abel pone al día al comisario, Eric se gira en el asiento del piloto y me fulmina.

—¿A qué te refieres con la boca del lobo?

—No lo sé, Eric —contesto sin apartar mis ojos de los suyos. No puedo evitar que mis ojos se agüen al darme cuenta de que jamás me creería—. Te juro que pensé que me creerías. Esto no me lo esperaba.

—Yo tampoco —contesta—. No esperaba estar con una zumbada de los espíritus más lista que el hambre.

Sonríó sin ganas y la mueca me duele, pero menos que su reherimiento.

—¿Con quién has dejado a Ariel? ¿Con Anabel? —mi desdén es incamufiable.

—Exacto.

Ambos nos mantenemos duros en nuestra posición, hasta que yo retiro la mirada porque no soporto seguir viéndolo y sintiendo el amor que siento hacia alguien que no lo merece.

—No me mereces —espeto sin fuerzas para seguir llorando—. He sido muy tonta.

—En eso estamos de acuerdo. No me merezco a alguien como tú. —Le da la vuelta al significado y me hace sentir mal.

—Sí, señor —Abel cuelga el teléfono y le traslada la información a Eric—. Acaba de decirme que vayamos a Comisaría con la prueba de la grabación. Que nos están esperando para tomar declaración a la sospechosa —explica a Eric.

—Ve rápido entonces y coge la tarjeta. ¿Dónde está la cámara?

—En la única maceta que hay. Y no tengo las llaves —le digo antes de que me lo pregunte.

—Entonces tira la puerta como puedas, Abel —Eric vuelve a mirar al frente.

Abel sale del coche y nos quedamos él y yo solos.

—¿Te cuesta mucho dar media vuelta e ir a coger las llaves de mi casa?

—Sí.

—Me pagaréis los desperfectos. —No voy a dejar que sigan destrozando mis cosas y mi vida sin pagar por ello.

—Te lo voy a preguntar una última vez. Joaquín era mi amigo. ¿Por qué tienes un ingreso de su cuenta a la tuya? Estamos hablando de quince mil euros. ¿Te ganabas dinero de algo?

—¿Por qué habéis investigado mis cuentas otra vez?

—Porque, te lo vuelvo a decir, una traficante y controladora de Trata que ha muerto ha dejado grabado en su chat que tú le darías el dinero a Megalodón y que te iba a dejar la bolsa guardada en su «sitio».

—Es todo mentira, y cuando te des cuenta ya será demasiado tarde.

—¿Para quién? ¿Para mí?

—Para los dos.

—Ada, no tengo todo el día. Contéstame —dice aburrido.

—Joaquín vino a verme después de muerto. Fue él quien me guió para llevarte a la Moixina y que encontraras su cadáver, porque no podía hablarme hasta que no lo sacáramos del agua —me paso las manos por la cara—. Soy mediadora, Eric. Hablo con los espíritus. Nunca había tenido contacto directo con ellos porque es algo que no quería en mi vida, y porque sabía que a la que abriera el canal con uno, vendrían todos. Pero apareciste tú, y tenías a Joaquín a tu lado, porque estaba buscando la manera de que lo ayudaras.

Eric me mira con expresión vacía. Peor, me mira como si me considerase una loca.

Estoy oyendo cómo Abel revienta la puerta de mi local a patadas y es como si las patadas me las dieran a mí.

—Él me habló de su relación con Svetlana. Creía que era una víctima de Trata, y que estaba explotada intentando pagar su deuda con la mafia. De algún modo, él creía en ella y la protegía como pudo, porque siempre la consideró una víctima. Incluso pensó que ella estaba embarazada, por eso intentó fugarse con ella y alejarla de todo. Se intentó ir con parte del dinero que Svetlana había recaudado con la venta de la droga para empezar una nueva vida junto a ella —mi voz suena tan triste y tan hueca que no me reconozco. Me sujeto al cabezal del asiento de Eric y me acerco un poco más a él, como si tuviera la esperanza de que me reconociera y me volviese a mirar como ayer por la noche. Y me parece tan lejana... Es como si hubiera pasado mucho tiempo desde entonces—. Pero, no lo logró. Me dijo dónde había guardado la llave del cajón de su despacho que te llevaría al móvil.

—¿Me estás diciendo que golpeaste la lámpara a propósito? ¿Que me llevaste a la Moixina sabiendo que el cadáver de Joaquín estaba ahí?

—¡Deja de reírte! —le pido dejando ir un sollozo roto—. Es la verdad.

—¿Tú me tomas por gilipollas?

—Todo lo que has descubierto en esta investigación es gracias a mí. Y siempre he ido un paso por delante sabiendo cosas que después vosotros habéis tenido que descubrir. ¡Te he ayudado como he podido cuando no debería haberlo hecho nunca! ¡Eso es lo que he hecho! ¡Tendría que haberme callado y alejarme y no decir nada! ¡Y nunca debí acercarme a ti!

Yo empiezo a tener frío y no dejo de temblar. Svetlana vuelve a materializarse a mi lado. Aprieto los puños hasta que me clavo las uñas en las palmas y miro a la rusa de reojo.

Tú no tienes culpa. Me ha matado Megalodón. Solo has sido un daño colateral.

Los ojos azules de Svetlana me inspeccionan de arriba abajo. Son fríos incluso estando muerta. Esa mujer nunca tuvo sentimientos hacia el amigo de Eric. Y ahora me pregunto si alguna vez los tuvo hacia alguien o solo hacia sí misma.

—¿Quieres que te diga lo que me dice Svetlana? Porque la tengo al lado, aunque no lo creas. Eric se echa a reír y mira al techo del coche.

—¿Por qué te haces esto, Ada? ¿No te da vergüenza? Necesitas ayuda. Te crees tus propias mentiras.

Dile lo que te voy a contar. Se va a encontrar una buena sorpresa cuando vea la tarjeta de tu cámara.

—¿Por qué tengo que ayudarte? Me has jodido la vida —le echo en cara al espíritu.

—Deja de actuar —me advierte Eric.

Porque puedo salvar tu culo y el de tu novio. Y porque no quiero que ese hijo de pera se lo yeve todo después de lo que me ha hecho.

—Habla —le pido—. Date prisa porque estos dos van rápido y en menos de lo que canta un gallo voy a estar entre rejas —le exijo—. Voy a traducirle todo a Eric tal cual me lo explicas. ¿Me vas a escuchar, Inspector?

Él ni siquiera parpadea. Asiente sin poner demasiado interés.

—Es tu última carta. Gástala. De todos modos, ya estás sentenciada.

—Sí, sobre todo por ti. Eso es lo más triste de todo.

Esta es la verdad. Joaquín llegó a mí por una llamada anónima que hicieron sobre tu local. Yo estuve en tu local vendiendo la nueva droga de diseño que estamos comercializando y necesitaba expandir primeros clientes en una zona en la que nadie pudiera sospechar. Y también había algún que otro trabajo sexual, porque ese era el verdadero gancho mío. Entonses llegó

Joaquín por culpa de esa yamada anónima. Él estaba investigando los locales de Trata de Girona. Vino a mí y me conosió y se enamoró —no le da mucha importancia a ese hecho—. Me hice pasar por una víctima de Trata, porque él era polisía y era mucho mejor para mi labor que él no supiera que yo era en realidad la jefa de la Trata de Girona. Aunque él intentó venderme la moto y decir que era abogado laboralista. Así que le hice creer que vivía en un piso franco en el sentro, que tenía controladores y que la chica con la que vivía era también víctima de Trata. Joaquín se enamoró de mí y yo no sabía cómo quitármelo de ensima, no contaba con eso —su rostro no expresa emoción alguna—. Pero me iba bien porque le iba sacando dinero y porque a veces me ayudaba con la ocultación de pruebas, por ejemplo, con la omisión de información acerca de mí en los archivos de su grupo de investigación. Intentó una vez dejarme y yo le dije que estaba embarazada porque lo necesitaba de mi lado, para seguir trabajando y que él continuara omitiendo información. Todo se complicó cuando insistió en protegerme y en fugarse conmigo. Casi me obligó. Así que le sité donde siempre hasíamos sexo, en La Moixina y esa noche vino Megalodón con su mano derecha, y lo mataron y conspiraron con la droga de los Verdes para desviar el tema, que la policía se volcara con ellos y nos dejaran a nosotros trabajar tranquilos con nuestro material. Matamos a Joaquín porque se estaba convirtiendo en un problema y cada vez sabía más. Yo nunca estuve ahí, me fui a hacerme retoques para que nadie me reconociera y pudiera trabajar con la droga y la Trata con normalidad. Pero entonses susedió que Joaquín guardó su teléfono con el que hablaba conmigo y él lo encontró —señala a Eric con su barbilla—. Ahora entiendo cómo lo encontró. Eres una metomentodo. Cuando te vi en La cueva del Lobo no le di mucha importansia. Pero Megalodón, que seguía mediante una cámara la cena con las mujeres que íbamos a comerciar en las demás comunidades, porque él suele catar el producto, ya me entiendes, reconoció al guapo del Inspector y cuadró todo. Nos llamó y nos dijo que nos fuéramos de ahí porque nos estaban siguiendo. Así que nos fuimos. Tenía que encontrarme con él para darle su parte que había guardado en el piso que compartía con Laia, pero la matamos, sin querer. Hoy enviaríamos los autocares con las mujeres y la droga con su visto bueno. Pero nos esperó bajo una zona oculta por los árboles de camino a Banyoles. Detuvimos la Talento en la cuneta de la carretera siguiendo sus indicaciones. Ahí haríamos la repartición. Mató a todos los de la furgoneta excepto a mí, me sacó toda la información sobre los envíos para ser él quien los manipulase a partir de ahora, y después me mató. Manipuló mi móvil para hacerlos creer que seguía viva mandando mensajes. Y después de eso dejó mi cadáver al mediodía en las inmediaciones de Besalú, para entonses, el dinero ya estaría en tu negocio.

Estoy intentando repetir al momento todas las palabras que dice Svetlana. Pero ante tanta información, Eric me detiene.

—Ya... claro —Vamos, no me cree ni una palabra. Pero me sigue el juego—. ¿Por qué me reconoció Megalodón en La cueva del Lobo?

Svetlana me sigue mirando a mí y continúa con su respuesta.

Porque Megalodón tiene largos tentáculos en la Policía, estúpido. Tenéis dos topos. No solo uno. Y te reconoció en cuanto te vio a través de la cámara. Entonces supo que estabas muy cerca, siguiendo sus pasos, y que estabas investigando por tu cuenta.

—¿Quién es el topo? ¿Quién es el corrupto? —insiste Eric exigiendo que yo se lo diga—. ¿Te das cuenta de lo inverosímil y de lo difícil que es creer esta declaración, Ada?

—Pues solo tengo esta —respondo un poco rendida—. Es lo único que podré decir. Svetlana es Mantis, y se iba a reunir con Megalodón. Yo no tengo nada que ver en esta guerra.

—No me lo puedes demostrar —insiste Eric—. ... Por tanto, no es creíble.

—Puedo demostrarte que soy mediadora. Llevo mucho tiempo escribiendo lo que veo en mi ordenador. Mi abuela era mediadora como yo. Y mi abuela sigue en esa casa. Ariel la ve, Eric.

—¡Deja de decir eso, maldita seas! ¡Deja de mencionar a mi hija!

Me encojo asustada. De acuerdo. Lo capto.

—Tengo carteles, tengo libros escritos de ella... de mi abuela —sacudo la cabeza muy frustrada. Ojalá todo fuera tan fácil como espolearse y sacarse la mierda de encima. Pero no. Esto es una pesadilla y no tengo modo de salir de ella—. Si quieres saber algo de mí e interesarte de verdad por quién soy, cosa que no has hecho en todo este tiempo, te doy permiso para que entres en mi casa y busques todo lo que te digo. —Las lágrimas han vuelto y no me importa. Ya nada me importa. Me parece que lo tengo negro—. Bea tiene una copia de las llaves. Te las dejaré cuando quieras ir.

—No me hace falta. Tenemos una orden judicial para registrar tu casa —dice de malhumor.

—No sé cómo puedo hacer para que me creas... Ayúdame. Pensaba que teníamos algo especial y que me creerías —agacho la cabeza porque ya no soporto mirar a alguien que no me aprecia.

—¿Por qué? ¿Porque me engañaste y follamos? ¿Por eso? No soy Joaquín. A mí no me toman el pelo.

La barbilla me tiembla y mis lágrimas manchan mis manos, ahora entrelazadas y húmedas de los nervios.

—Eres imbécil —digo gimiendo—. Yo estoy enamorada de ti —arranco a llorar desesperada—. Nunca he sentido esto por nadie. Y es una locura. Y ahora... esto... es una pesadilla. No entiendo cómo puedes seguir creyendo que yo... que yo tengo algo que ver con algo así. Es incomprensible. Pensaba que sentías cosas hacia mí y que...

—Follamos. Punto. Se acabó.

Eric mira al frente. Quiere cortar cualquier tipo de relación conmigo. Como si nunca hubiera existido. Como si hace nada no hubiera querido dormir conmigo, dentro de mí, abrazado a mi cuerpo para que nunca me fuera.

—Yo no follo —digo con la voz muy consumida.

—¿Seguro? ¿Porque ya no me creo nada? Ahora ya hasta parece que te dedicaras a lo mismo que Svetlana. Estás metida en toda esta trama y ni siquiera sé por qué.

Cierro los ojos consternada. No sirve de nada pelear contra un muro.

—Piensa lo que quieras. Pero espero que al menos te intereses por lo que te digo y veas lo que tengo en el ordenador. Ahí está todo. Es lo único que puedo demostrar. Solo eso. Tú y el caminante que traías contigo me habéis metido en este lío. Yo nunca te busqué. Has sido tú. Al menos me debes el darme la oportunidad de defenderme. De lo demás, supongo que, si la vida es justa, sabréis la verdad. Yo ya no sé cómo demostrar que soy inocente. Espero que la cámara lo refleje y desmonte todo esto.

Puedes demostrarlo. Megalodón quiere joder a Eric a través de ti.

—¿Cómo? —le pregunto a Svetlana.

Tenía que protegerme. Megalodón puede ser muy traidor, así que pensé en guardar toda la información que yo misma recopilé, para asegurarme de que él nunca me matase y se quedara con todo el pastel. Porque esa es su gran ambición. Guardé todo en un ordenador que ni él ni nadie nunca abriría. Vivir con Laia para mí fue una manera de no llamar la atención de nadie. La chica no se metía en nada y solo había que escribir y estudiar cuando no estaba en una sesión de hipnosis, que las había en su oficina. Ella era mi seguro de vida. Bueno, su ordenador. Su portátil. Ahí guardé un fichero con fotos de Megalodón y su mano derecha, reuniéndose con

nosotros y recibiendo nuestras bolsas de dinero por permitir que ejerciéramos nuestro negocio de Trata y de Drogas en su comarca. También guardé los extractos de traspasos y transferencias que hicimos a sus cuentas. Además, él se encargaba también de que la información entre comunidades, porque también actuamos en Madrid y en Alicante, estuviera siempre confusa y no hubieran puntos de unión. Pero al final, la primera víctima con nuestra droga de diseño lo activó todo y supongo que eso dio lugar a que este de aquí viniera a investigarnos. La carpeta está escondida en los documentos del ordenador de Laia. Se llama Megalodón. Laia nunca lo vio.

—Te gusta coger las cosas de los demás y manipularlas. Como mi guía de Olot que pintaste —le espeto desanimada.

Entiendo la dimensión de la información que me acaba de dar, y debería estar contenta por saber que hay un modo de desenmascarar a los culpables.

—El ordenador de Laia... —susurro—. El ordenador de Laia tiene un archivo donde está todo. Todo lo que ha hecho Svetlana, toda la trama está ahí.

Eric me mira muy serio a través del retrovisor. No me quiere creer.

Los autocares con las chicas y las drogas siguen saliendo. Saldrán hoy de madrugada. Todos los datos sobre los envíos, los nombres y las identidades de las mujeres con las que trabajamos, el modo de mover la mercancía, los números de expedición de los productos, incluso el laboratorio clandestino con el que trabajamos en Girona para la elaboración de nuestra droga, está todo ahí. Recuperad el portátil de Laia, y abrid esa carpeta. Lo aclararéis todo.

—El ordenador... ya —murmura Eric—. Todavía está en Comisaría. Son efectos personales de Laia que se enviarán a sus padres a partir de mañana porque ellos no se han querido llevar nada.

—Laia me dijo que en su ordenador hay un trabajo que su padre tiene que editar...

Eric deja ir una risa desdeñosa.

—Ah, que Laia también habló contigo.

—Sí —digo sin más—. Yo la ayudé a cruzar.

—¿A cruzar el qué?

—Al otro lado.

Sus ojos negros se transforman en una línea negra de espesas pestañas.

—Tienes demasiada imaginación.

—O digo la verdad. ¿Qué pasa, Eric? ¿Dudas? Son muchos datos que yo no tengo por qué saber...

—A no ser que estuvieras en contacto con Svetlana desde siempre.

—No me importa que te rías ya. Laia me dijo que necesitaba que ese ordenador se entregara a sus padres —apoyo la cabeza en el cristal—. Porque él es editor y publicaría su tesis. También me dijo que iba en la furgoneta con las dos mujeres que los acompañaban en la cena.

—Qué interesante... —finge que le interesa, el cretino—. ¿De qué es la tesis?

—Algo sobre regresiones y vidas pasadas —me está dando todo el bajón. Si Svetlana dice la verdad, si en ese ordenador están todas las pruebas que Eric necesita para dejarme libre e incriminar a los verdaderos culpables, entonces yo estaré bien. Además, en mi cámara debe de haber imágenes muy concretas de quién dejó el dinero ahí. Es como si supiera que pase lo que pase, yo seré absuelta. Porque la Ley puede ser injusta a veces, pero no ciega ante tantas evidencias. Aunque también puede ser corrupta.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—En la cárcel tendrás muchos espíritus con los que lidiar. Víctimas de todos los delincuentes que hay ahí.

—En la cárcel hay mucha gente inocente por culpa de personas como tú. Que no les creen.

Eric frunce el ceño. Parece que ya no se ría tanto. Está analizando todo lo que le he contado. Sus dedos repiquetean sobre el volante. Llueve tanto afuera que la cortina uniforme de agua desdibuja el exterior por completo.

Después de un largo silencio, en el que reconozco que con él no voy a luchar más por mi inocencia, le digo:

—Ariel me dijo algo. Algo que nunca se atrevió a decirte a ti. Porque no le gustaba que no la creyeras.

—Te he dicho que no hables más de ella, Ada.

—Es lo último que voy a decirte. No pienso hablar contigo nunca más —sentencio—. Lo que tenga que decir, lo diré delante de mi abogado —tengo frío.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que por las noches hay un señor que le canta una nana. No te lo dice porque no confía en ti. Igual que yo no te lo he contado, porque sabía que ibas a ridiculizarme. A mí ya me da igual lo que pienses. Pero qué triste es que tu hija no pueda compartir su mundo contigo porque la desacreditas y le haces creer que no existe. Así la disocias.

Eric deja de repiquetear con los dedos. Clava su vista en mí a través del cristal del retrovisor. El silencio que precede a ese anuncio viene acompañado solo por el impacto de la cortina de agua sobre las lunas del coche. Un trueno se oye en la lejanía. Y ni él ni yo nos movemos, solo esperamos.

—¿Qué has dicho? —su nuez se mueve arriba y abajo al tragar saliva.

—*Sombras de otros tiempos, van entrando en mi casa —le canto—. Llenan nuestros sueños, de ilusión, cantos y risas...* —lo miro de reojo. Le estoy cantando la canción que me dijo Ariel que oye por las noches. Ojalá pudiera disfrutar de la sorpresa, la estupefacción y la palidez de su rictus en este momento. Pero no lo disfruto. Eric está en shock. Sufriendo. Sus ojos se llenan de lágrimas y ni siquiera parpadea. No me dirá por qué llora ni qué recuerdos le trae esa canción. Se lo quedará para él.

¡Plas! Un manotazo de Abel en el cristal saca a Eric de su personal recuerdo y ensoñación, pero yo estoy tan entumecida que no me afecta. Abel entra por la puerta del copiloto y se sienta, empapado de agua.

—¡Joder, cómo llueve! La tengo —muestra la tarjeta entre el dedo índice y el pulgar. Sonríe victorioso—. Estaba muy bien escondida, Ada. Es minúscula. Ahora necesitamos un ordenador para meter la tarjeta y ver lo que hay —Abel nos mira a uno y a otro—. ¿Está todo bien?

—De puta madre —contesto sin ganas—. Llévame ya a comisaría, por favor. Que cuanto antes llegue, antes saldré.

El oficial parece sorprendido por mi respuesta.

—Eric... ¿vamos? —pregunta a su Inspector—. El Comisario Lorenzo nos espera.

Te estoy dando información para que me asegures algo, mosquita muegta.

Svetlana vuelve a aparecer.

—Dime —espeto.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunta Abel mirando hacia atrás.

Lo miro como si fuera tonto.

Quiero que envíes mis cenizas a Rusia. A mi madre y a mi hija.

—Vaya, si tienes corazón.

Yo fui víctima de Trata —me asegura ella—. Me chantajearon con hacer daño a mi madre y a mi hija, así que vine obligada hace más de veinte años. Pero después me hice fuerte en la organización hasta que me hice cargo yo de todo. Pasé de pes a tiburón. Les pasa a muchas mujeres. No me juzgues.

—Yo no juzgo.

—¿Con quién hablas? —insiste Abel mirándome de hito en hito—. ¿Te ha dado un aire?

Eric arranca el coche, se limpia las lágrimas rápidamente con el dorso de su mano y mira al frente. Sé que algo en él se ha removido. Siento la grieta en su coraza y en sus miedos, y cómo las dudas se abrazan a él como ojos de enredadera.

—Acabemos con esto de una vez —dice malhumorado.

Escúchame. Te necesito viva para que hagas esto. Os vais a meter en problemas.

—Ya estoy en problemas —respondo.

No, espera... Diles que no vayan.

Svetlana desaparece de nuevo. Yo solo sé que estoy agotada.

El coche de policía emprende el camino hacia el Infierno. Abel, Eric y yo cruzamos el puente paralelo al medieval.

No sé qué más puedo hacer o decir.

Eric coge el manos libres y hace una llamada.

—Comisario Pradera —dice—. Estamos yendo a Comisaría. Necesito que requisen los efectos personales de Laia Estepa. Que no se envíen todavía. Los padres han venido esta mañana a primera hora a reconocer el cadáver pero no han sido capaces de llevarse nada.

Nuestras miradas se cruzan levemente a través del retrovisor. Es solo un instante. Debería agradecerle que me haga caso y que pida ese ordenador para revisarlo cuando en principio no tiene nada que ver con la investigación. Pero estoy vacua ahora mismo. Me da igual. Solo sé que soy inocente y que tendré pruebas para demostrarlo ante el mundo, y sobre todo ante Eric. Solo quiero que todo se acabe y volver a casa.

—¿Laia Estepa? ¿La arrendataria del piso de Svetlana? —dice el Comisario con estupefacción a través del manos libres.

—Sí.

—De acuerdo.

—Estamos yendo a Comisaría. Ahora nos vemos. Tenemos una tarjeta de memoria de la cámara de grabación interna de Paréntesis. Sabremos, gracias a la adquisición de material audiovisual, quien dejó el dinero.

El coche transita por una carretera repleta de bosques y árboles y rodeada de caminos de tierra. Lluve tanto que no se ve bien, y por eso ralentiza en curvas y tiene puestas las antiniebla. A este paso llegaremos mañana.

—¿Ahora nos vemos? Yo no estoy ahí, Ezequiel. La hora de reunión para atar todos los flecos y llegar al fondo de todo este asunto y movilizar a todas las jefaturas de las comunidades involucradas es mañana.

—Tenemos a Ada Sierra. Aquí tengo el permiso de detención. El Comisario Lorenzo nos está esperando para reunificarlo todo con usted —dice Eric sin comprender.

—Yo no he dado ningún permiso. Le dije al Comisario que sería el lunes. No hoy. Tenemos que organizar a todos los grupos de Trata y Drogas. No se hace de la noche a la mañana. ¿Y qué tiene que ver Paréntesis con todo esto? ¿Y por qué demonios habéis cogido a esa mujer?

—¿No le ha informado el Comisario...?

Eric da un volantazo de repente y escucho como una explosión. Me agarro con las dos manos al sujeta manos del techo.

—¿Se ha reventado una rueda? —pregunta Abel cogiéndose al salpicadero.

¡Bum! Otra explosión.

Dile que se trague la tarjeta. ¡Dile que se la trague! ¡Que no la cojan!

—¿Quiénes? —grito yo mientras lucho por no salir disparada por las ventanas laterales.

¡Es Megalodón! ¡Dile que se trague la tarjeta!

—¡Trágate la tarjeta, Abel! —exclamo cerrando los ojos con fuerza—. ¡Trágate! ¡Es Megalodón!

—¡Hazle caso! —grita Eric dándome la razón por primera vez en mucho tiempo—. ¡Trágate! ¡Vienen a por nosotros!

Eric intenta tomar el control del vehículo, pero no lo logra, y después de deslizarse por el efecto aquaplaning a través del asfalto, acabamos impactando contra un árbol. El golpe es duro y seco. Yo consigo protegerme el rostro con las manos, y Eric y Abel tienen el cinturón puesto, no se han hecho demasiado daño, pero el tirón del cinturón y el posterior retroceso le ha provocado dolor en el cuello y en los hombros.

—¡Ada! ¡Ada! ¡¿Estás bien?! —me pregunta Eric.

—Ajá... —susurro con la cabeza entre las piernas.

Los cristales se están rompiendo. Me cubro con las manos y me hago un ovillo. ¿Qué está pasando? Me pregunto.

Os están disparando, mosquita muegta. Él no va a permitir que esa tarjeta llegue a Comisaría.

30. Epitafio: «El que ríe el último, ríe mejor».

Mi puerta se abre de par en par.

Conozco al hombre que me saca por los pelos de muy malas maneras. Es el Comisario Lorenzo. Me duele el cuero cabelludo y estoy muy cansada de que me hagan daño.

—¡Suéltela!

Ese es Eric. Intento levantar la mirada para ubicarlo, pero no lo puedo ver. El suelo está resbaladizo por la lluvia y tengo las zapatillas llenas de barro. Las luces del coche me ciegan y la lluvia no me permite detectar las figuras con nitidez. Sé que estoy en apuros. Corrección: estamos en apuros.

—Pero..., ¿qué hace? —le pregunto.

Echa mi cabeza hacia atrás y ubico por fin a Eric y a Abel. Hay un hombre que los está apuntando a la nuca con dos pistolas. Me mira sonriente. Es moreno, con barba y ojos marrones.

—¡Asensio, eres un mierda! —Eric tiene las manos en alto y está muy disgustado—. ¡Un vendido! ¡Un traidor!

Abel aún parece que vaya a vomitar por haberse tragado la tarjeta. Al menos sé que no la tiene encima. La tiene dentro.

El Comisario suelta mi pelo pero sigue apuntándome a la sien con su arma.

—No te muevas, jovencita. —Su rostro benevolente es solo una máscara. Es frío y controlador en sus acciones y movimientos—. Dame la tarjeta, Inspector, o le vuelo la cabeza a tu amiga.

Eric tensa la mandíbula y los orificios de la nariz se le dilatan. Si pudiera, lo mataría, está claro que es lo único que desea.

—No la tiene, ni ella ni nosotros —contesta Eric—. Suéltela, Comisario. ¿Qué está haciendo?

—Es Megalodón —contesto—. Tu Comisario es Megalodón.

—Ya me lo imagino —murmura él mirándome con culpabilidad—. Y Asensio, el Inspector Jefe del grupo de Drogas, es su mano derecha. ¿A que sí, rata? —le recrimina lanzándole otra mirada reprobatoria por encima del hombro—. Ahora entiendo por qué querías encasquetar el asesinato de Joaquín a los Verdes. Queríais campar a vuestras anchas y que no metieran las narices en vuestros negocios. Qué vergüenza... Señor —escupe con asco.

El Comisario exhala como si no hubiera tenido otra opción.

—La Policía no me paga lo que me merezco por meterme en tantos líos. Es lícito que quiera ganarme un plus con algo más.

—Es corrupción —responde Eric.

—No soy ni el primero ni el último. Me caías bien, Eric. Hubiera preferido otro final para ti y tu amiga.

Los ojos negros de Eric se achican y me miran fijamente.

—Déjala ir. Ella no tiene culpa de nada.

—No. Es verdad, ella no tiene culpa de nada. Pero nos viene bien su aparición. La haremos

responsable de la Red de Trata. Svetlana trabajó para ella, en su local, Joaquín la conocía... Y misteriosamente se hizo un traspaso de la cuenta de Joaquín a su cuenta después de muerto.

—Eso lo explico en mi ordenador, Eric —le advierto—. Está todo ahí. —Si me van a matar, espero que alguien salga con vida y revise mis datos.

—Tranquila —me pide él—. No hables. No digas nada ahora.

—Oh, vaya pareja de tortolitos. Es perfecta como chivo expiatorio. —Los labios del comisario se curvan por debajo de su espeso bigote—. Es metomentodo. Como su abuela lo fue. Por eso cuando entré en la Comisaría me aseguré de que ella no colaborase más con nadie.

Tuerzo el rostro hacia él y mis ojos se llenan de lágrimas. Y entonces recuerdo lo que me dijo mi abuela. Que ella ayudó en muchos casos hasta que la apartaron y dejaron de contar con ella, y su amigo Inspector fue trasladado. Nunca más volvió a colaborar con la Policía.

—Fue usted. Usted la alejó cuando se hizo cargo de la Comisaría, ¿verdad?

—Sí —asiente—. Sabía demasiado. Decía que veía espíritus. La cantidad de casos que ayudaba a resolver me inquietaba, porque si yo quería forjar mi propia red y crear mi propio negocio, ella podría descubrirlo con esa extraña capacidad que tenía. La buena de Ifigenia... cuando la conocí tenía unos sesenta años —se ríe—. Había sido una mujer muy guapa, seguro. Una mujer muy curiosa. Ahora bien —me mira de arriba abajo—, tú eres un bombón. En cuanto Eric me dijo que te llamabas Ada Sierra, me recordaste a Ifigenia. Investigué y resultó que eras su nieta, pero no me imaginaba que estuvieras tan metida con Eric y su investigación. Temía que tuvieras el mismo don de ella, la verdad. Y estaba en lo cierto. Lo tienes —da un tirón a mi pelo de nuevo—. ¿No es así?

—Sí. Lo tengo —espeto rabiosa mirándolo de reojo.

—En cuanto te vi en La boca del Lobo a través de las cámaras, junto al Inspector, no lo dudé. Sospeché que hacías lo mismo que ella.

—Usted es un cerdo. Se aprovecha de las mujeres de Trata que le traía Svetlana. Las probaba.

Tira fuertemente de mi pelo de nuevo y yo me quejo.

—¿No te han dicho, guapa, que antes de vender nada tienes que probar la mercancía?

—¡Hijo de puta! —clama Eric dando un paso adelante—. ¡Suéltala!

—Esto es lo que va a pasar. Tendréis un accidente fatídico al ir hacia Comisaría. Los tres. El coche se incendiará y moriréis en el acto. Caso resuelto.

—El comisario Pradera ya sabe que usted nos ha llamado y que ha ordenado la detención de Ada por lo hallado en Paréntesis —anuncia Eric poniéndolos a prueba—. Le ha sorprendido no saber nada de eso.

El Comisario mira a Asensio. Eso no se lo esperaban. Pero como buenos delincuentes, tendrán respuesta para todo.

—Eso ya lo arreglaremos. El dinero lo tengo yo. Los autocares salen de madrugada esta mañana. Puse en los mensajes que, por ahora, no se haría ningún movimiento, pero mentí. El negocio continúa, aunque los jefes cambian. Svetlana ya no está. Los manos derecha de los jefes de Alicante y Madrid también han muerto. Tengo mercancía y mujeres suficientes que mover en silencio y una red que conozco de cabo a rabo. Llevo más de veinte años haciendo esto, codeándome con los capos.

—Usted es un capo disfrazado de policía —lo increpa Eric de nuevo.

—Inspector, cálese. Vino a esta Jefatura casi como agente doble, porque Pradera sospechaba de un topo. Usted es el traidor de su equipo.

—Yo no soy traidor de nada —responde—. No hago nada fuera de la Ley y no mato a mis

compañeros como hicisteis con Joaquín tú y esta rata sarnosa que tengo detrás.

—Un hombre enamorado sirve para poco. Joaquín corrió la suerte que se merecía por poner todo el negocio en un aprieto. Había que matarlo. Y no me tutees.

—Has matado a Svetlana. Tu propia socia —insiste Eric.

—Solo nos aseguramos de que nadie inapropiado hable. No podemos dejar cabos sueltos. Por eso correréis el mismo destino.

—Déjala a ella. Déjala ir —le ruega Eric con desesperación.

El Comisario niega de manera soberbia y se echa a reír como si Eric hubiese dicho una estupidez.

—La tarjeta.

Los tres nos mantenemos en silencio.

—La tarjeta es la menor de tus preocupaciones —le asegura Eric.

—La tarjeta, Inspector Ezequiel —repite con un tono más amenazador.

Los tres nos mantenemos en silencio.

—Como queráis. —El comisario dispara a la pierna de Abel y este deja ir un grito raído y cae al suelo. Se agarra el muslo con desesperación. Sangra mucho—. Puedo hacer esto larguísimo. Pero al final, el desenlace será el mismo. Yo gano y vosotros perdéis. La tarjeta. —Esta vez apunta a Eric.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡No dispaes! —respondo yo adelantándome a Eric—. La tengo yo. No les hagás nada.

—Dámela —El cañón de la pistola está apoyado en mi sien.

—Ada, ¿qué vas a hacer? —A Eric le tiembla la voz y a mí las manos. Se humedece los labios y parece seguir mis movimientos con atención.

Si me leyera, si me conociera, sabría que voy a hacer un disparate. Estos dos hombres nos van a matar igualmente, y esta es mi última carta.

Me llevo la mano al bolsillo trasero de mi pantalón corto y agarro el mini spray de pimienta que Bea me ha regalado. Es muy pequeño, no sé si será suficiente para sacármelo de encima. Solo espero que Eric actúe rápido, que reaccione y que saque sus poderes de héroe para salvarnos a todos. Porque es nuestra última oportunidad.

—Date prisa —presiona el Comisario.

—Espere que es muy pequeña —le miento.

Tomo aire y hago una cuenta atrás mental.

Tres.

Dos.

Uno.

Saco el spray y lo dirijo a la cara del Comisario. Presiono el botón rápido y fuerte y un chorro pulverizado sale con fuerza y le da de lleno en los ojos. Y no debo hacerlo muy bien porque también me ha salpicado a mí. Joder, eso pica. Me escuecen los ojos mucho.

—¡Hija de puta!

El Comisario reacciona rápido, a ciegas casi, y acierta a golpearme con la culata de la pistola en la parte de atrás de la cabeza. Caigo hacia adelante. Oigo dos disparos rápidos, mi frente choca contra una piedra en el suelo, y después ya no oigo nada. Absolutamente nada.

Silencio y frío.

—Mira, Ada —Me dice mi abuela sonriente desde el porche—. ¿Ves? Ya no llueve.

Estoy en el salón de mi casa. Oigo los pájaros piar, el olor de las rosas llega a mi nariz y las mariposas azules revolotean sobre el rosal. Arriba de este hay un agujero en el espacio. Un portal luminoso que es inevitable admirar, cuya luz alumbra el jardín y también el cuerpo de mi abuela.

Ella sonríe y me mira, y viste como siempre. Con su bata de estar por casa rosa palo y sus pantuflas blancas. Su pelo plata yace recogido en lo alto de su cabeza, y sus ojos claros ríen, como siempre se han reído de la vida y también de la muerte.

Voy hacia ella y me detengo delante suyo.

Mi abuela Ifigenia apoya su mano en mi mejilla, con sus ojos llenos de amor, y su mirada brillante y de abundante dulzura.

—Abuela, ¿qué hago aquí? Estaba en...

—Chist, mi pequeña —corta mi discurso.

—Siento tu mano caliente —Me sorprende su tacto. Hasta ahora nunca la había sentido tan real—. ¿Por qué puedo tocarte?

Ella, tan serena e inquebrantable, peina mis mechones con sus dedos y el hombro derecho se encoge sin remedio.

—Has cerrado el círculo, Ada.

—¿Qué círculo?

—Durante mucho tiempo me quedé en esta casa y no podía irme porque sabía que tenía algo pendiente. No solo con Besalú, también contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Hace años, cuando vivía, un comisario me alejó de mis amigos policías y me impidió que colaborase con ellos para dar sosiego a las almas que caían en manos de otros con impío corazón. Eso me afectó. Pero aprendí a mantenerme distanciada y a ayudar solo a los espíritus que me pidieran ayuda —sujeta mi cara entre sus manos—. Hoy, tú has desenmascarado a ese comisario y le has devuelto lo que él se merece. Has limpiado este lugar de su influencia y de sus decisiones, y ahora sé que mi labor era guiarte y esperar.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Hay algo en su voz que hace que me sienta desvalida. Es la antesala de algo que no quiero que suceda, pero que no puedo remediar.

—Abuela... ¿qué está pasando? ¿A qué has estado esperando?

—A hacer el intercambio —contesta sonriente. Voltea el cuerpo y mira hacia la luz.

—¿Qué?

—Me tengo que ir. Y me voy con tanto gusto, Ada —reconoce llena de amor—. El Más Allá se abre para recibir tu alma, pero este no es tu momento. Por eso yo iré en tu lugar. Por eso me quedé aquí. Para sustituirte.

Dios mío. Otra vez no. Me cubro la cara con las manos y arranco a llorar. En el accidente de coche donde mis padres y mi hermana perdieron la vida, también me dijeron lo mismo. Yo no tengo ganas de morir, pero tampoco quiero ser siempre la excluida del Más Allá.

—No, abuela. Sí es mi momento. Es por el golpe, ¿verdad? Me ha dado en la cabeza y me estoy muriendo.

—Sí. Pero, mi niña, no es tu momento. Ni lo fue entonces —recuerda el accidente del que salí como única superviviente—. Ni lo es ahora.

—¿Cómo que no?

—No lo es —sentencia pellizcándose la barbilla. Entonces me abraza—. No lo es porque yo estoy aquí y ya me puedo ir en tu nombre.

Y... Dios mío. La huelo, siento su cuerpo y me agarro a ella porque no la quiero dejar ir. Mis lágrimas inundan mi rostro y empapan su bata. Ella me ha estado acompañando estos cinco años.

Ha evitado que la soledad me abrazara e hiciera un nido en mi alma. Ella me salvó.

—Ada, ahí me está esperando tu abuelo. Puedo oír su voz —admite—. Tú tienes mucho por hacer como mediadora.

—No te vayas...

—Cariño —Apoya su mejilla arrugada en mi cabeza—. No me iré jamás. Estaré ahí, en el recuerdo de las rosas. Y estaré aquí. —Me aparta ligeramente y golpea mi pecho, sobre el corazón, con suavidad—. Aquí es donde todos vivimos. En el amor y en los recuerdos de los demás.

—No quiero que te vayas —le suplico—. No quiero quedarme sola.

—Tú jamás estarás sola, mi vida —besa mi frente—. Siempre estaremos velando por ti. Tu hermana, tus padres, tu abuelo y yo. Y siempre cuidarán de ti los que te acompañan en tu vida. Disfruta de ellos, pequeña. Disfruta de la vida, que es un regalo. Y hazme un favor.

—Qué —digo entre hipidos que no me dejan respirar.

—Cuida de mis rosas.

—Abuela.

—¿Qué, mi Ada de los Bosques?

—Te quiero mucho. Siempre te querré. Díselo a los demás, por favor —sorbo por la nariz—. Los quiero y les echo de menos cada día.

—Lo sé, corazón. Lo sé. Y ellos también.

Abrazo a mi abuela por última vez, lloro desconsoladamente contra su cuerpo y en unos segundos, su espíritu se vuelve luz y parece estallar, iluminando todo lo que le rodea. Cegándome hasta que los derredores vuelven a desaparecer.

Y esta vez, entre el silencio más sublime, lo único que soy capaz de oír es el latido de mi corazón, y la voz de Eric que repite acongojado que no me vaya. Creo que me tiene abrazada y me mece. Me suplica que viva. Que viva para hacerle pagar por haber sido un imbécil.

Y entre las palabras atropelladas de Eric, las sirenas se aproximan y los resplandores azules, rojos y amarillos alumbran la oscuridad de mis párpados cerrados.

Creo que los oigo a todos.

Pero no me puedo mover.

Ni siquiera sé si sigo viva. Solo sé que no soy capaz de concentrarme en nada y que el sonido va y viene. Va y viene. Hasta que solo va.

31. Epitafio: «Aquí yaces y yaces bien. Tú descansas y yo también».

Dos días después
Hospital Universitario Trueta

La comida de hospital suele estar asquerosa. Esta no es la excepción. Desperté tras estar inconsciente más de veinticuatro horas. Pero abrí los ojos por segunda vez en mi vida. Reviví. Y desde que volví a la consciencia, recibo muchos ramos de rosas, y bombones que suelo comerme entre horas, y sobres con felicitaciones y también visitas que rechazo.

Menos a Bea. Ahora está conmigo. Me pinta las uñas. Y tiene menos pulso que un ladrón de panderetas. Así que os podéis imaginar cómo tengo las cutículas. Pero me da igual. Ella es mi verdadera heroína. Gracias a su spray pimienta sigo respirando, así que no me importa que me deje las uñas para pasarle una última brocha de acetona.

Mi vida en el hospital es simple. Solo debo pensar en recuperarme. Tengo la camilla incorporada, estoy sentada y me río de las sandeces que dice mi amiga.

—He subido en el ascensor con cuatro George Clooneys de Urgencias. Cuando estaba tan bueno, ¿te acuerdas? He pensado: es como un minicampo de nabos. Vamos, que por un momento he querido darme un cabezazo y hacerme una brecha solo para que me la cosan.

—¿Como la mía? —señalo los puntos de mi frente. En la parte superior derecha, cerca del nacimiento del pelo.

—No. La tuya va a ser tipo Harry Potter. Te pega mucho. Además es muy pequeña.

—Pero ha sido profunda.

—Se te veían hasta las ideas, bro.

—Sabes que «bro» no se lo puedes decir a una chica, ¿no? En todo caso me tendrías que llamar «sis».

Bea lo piensa un segundo.

—Paso. Me gusta más «bro», bro.

No tiene remedio.

La herida que me provocó la piedra fue lo de menos. El problema vino por el traumatismo del golpe con la culata de la pistola. Tuve un impacto occipital y otro frontal. Mi cerebro se desestabilizó y me quedé en el limbo durante un día.

Bea sigue concentrada pintándome el dedo corazón hasta casi la primera falange, pero sé, por el modo en que inclina la cabeza llena de pelo negro, que está buscando el mejor modo de decirme algo incómodo.

—¿Cuándo vas a permitir las visitas? Él quiere verte.

Suspiro y apoyo mi cabeza en la camilla. Aún me duele el golpe. Lo tengo inflamado. Sé que ese «él» se refiere a Eric y no a Dios.

—Yo no —contesto muy seria.

Bea se muerde el labio inferior.

—Deberías verle la cara. Vino de madrugada a tu casa para llevarse tu ordenador. Estaba anímicamente destrozado. Y se quedó mirando todos los detalles de tu salón. Incluso las fotos de tu familia y de la abuela. Era como si quisiera recuperar algo.

—La conciencia, supongo.

—Tu confianza. Parecía que le habían quitado algo muy importante y estaba deseoso de encontrarlo. De volverlo a tener. Me dio pena. Y es muy malo que un tío que está tan bueno me dé pena, ya lo sabes. Es una combinación malísima para mi fuerza de voluntad.

Yo miro a través de la ventana del hospital. Me han dado una buena habitación solo para mí, y sé que me quieren condecorar por mi participación activa en la resolución de una investigación de Trata y Drogas a nivel nacional. Me van a dar una paga de 150 euros mensuales de por vida.

Seguro que es motivo para estar orgullosa y feliz. Pero yo no lo estoy.

Estoy muy herida y muy enfadada conmigo misma y con Eric. Por eso no lo quiero ver.

Mi aventura con él me ha salido muy cara. He perdido muchas cosas por el camino. Y la más preciada de todas ya no volverá: mi abuela.

—Deja al menos que te vea. Solo para quedarse tranquilo.

—No me apetece —contesto—. No quiero verle la cara.

—Pues ya sé que no tiene sentido esto que te voy a decir. Pero si quieres cerrar una puerta bien, tienes que darle en las narices en persona. ¿Se la quieres cerrar?

¿Se la quiero cerrar? No sé lo que quiero. Me gustaría ser honesta conmigo misma pero me encuentro en una diatriba personal que me obliga a endurecerme. Eric me ha complicado la vida. Me ha perjudicado a nivel profesional, y a nivel emocional. Me ha devastado.

No estoy lista.

—Aún no. No sé qué me tiene que decir ni si lo quiero escuchar. Necesito distancia ahora mismo, para sanar. Porque siento que le odio un poco. Y no quiero odiar a nadie.

—Amar y odiar, dos opuestos que van de la mano. El uno es consecuencia a veces del otro.

Me inclino para ver más de cerca el rostro de Bea.

—¿Hola? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

—Llevo una semana sin tener sexo y estoy viendo las cosas desde otra perspectiva. Lo de Óscar y yo no funciona. Y creo que voy a estar un tiempo sin hombres. Ya veré. Es como si madurase, ¿sabes? —Me hace gracia su gesto filosófico.

—¿Y cómo lo llevas?

—Fatal.

Las dos nos echamos a reír. Estos momentos me dan vida. Me hacen sentir fuerte y reconfortada. Y sé que esto es lo que quiere mi abuela que haga, que viva y que ría, y que me rodee de personas que sumen, que me quieran y que confíen en mí.

Eric es un tráiler que me ha pasado por encima. Y me ha dejado prensada y destruida contra el arcén.

No quiero volver a pasar por eso. Y no lo pienso olvidar. Si quiero mantenerme entera, debo tener presente cuáles han sido las consecuencias de enamorarme de alguien como él.

Al día siguiente

Ya he recibido el alta. Bea me ha traído ropa de calle y voy parecida al día que salí a la Moixina con Eric. De sport y cómoda. Pero también mona. Mis cosméticos disimulan las marcas y los moretones de mi cara y eso aumenta un poco mi autoestima. Estoy esperando a que venga el doctor ya y me diga que me puedo ir. No tardará ni quince minutos.

Afuera el sol cae rabioso y el cielo está tan despejado que parece una muestra de un Pantone liso y uniforme.

La verbena de San Juan será el próximo viernes, en tres días. Y me alegra poder disfrutar de esa fiesta. Para mí es la mejor del año. Le daremos la bienvenida al verano, beberé como un obrero el día de pago, comeré las tradicionales cocas y me olvidaré un poco del mundo y del vacío que tengo en el centro del pecho.

Tengo una pierna balanceándola arriba y abajo que cuelga de la camilla, y aunque no se lo he dicho a Bea, eliminé la pintura de mis uñas y de mis nudillos y ahora solo las llevo limpias y con laca transparente y brillante.

Ella me avisará cuando llegue. Iremos a casa en su coche.

Toc toc.

Por fin el doctor.

—Adelante.

Pero no es el doctor. Una cabecita con dos coletas en lo alto asoma por la puerta. Se ríe y muestra sus dientes mellados y a mí se me hace un agujero en el corazón. También estoy enamorada de esta niña. No lo puedo remediar.

—¡Ada!

Ariel corre hacia mí y se me abraza tan fuerte y con tanto amor que se me hace un nudo en la garganta. Eric aparece tras ella, tan guapo que me duele verlo. Y es injusto, y además es un listo y un manipulador. Con Ariel delante no puedo ser como quisiera ser con él. Recuerdo que me dijo que no quería ni que la nombrase y que no sabía cómo había dejado que alguien como yo se le acercara. «Follamos. Y punto». Eso me dijo.

Y continúa lacerándome. Es algo que impide que se me cierren las heridas. Demasiado me duele como para poder ser amable.

—¿Qué haces aquí, bollito? —le pregunto solo a ella.

—¡Ada, papá dice que eres una héroe! —comenta como si no hubiese pasado nada. Como si hace unos días, Eric no se la llevara llorando de mi lado en un restaurante porque no quería que tuviera nada que ver conmigo.

—Una heroína —le acaricio las coletas y le doy un golpecito en la nariz.

—Sí. Y que echas colonia de pimienta y así ganas a los malos —me dice sin dejar de abrazarme. Apoya su barbilla en mi vientre y abre los ojos mucho para observarme—. Tenía muchas ganas de verte.

Siento la mirada de Eric fija sobre mí. Y me da mucho miedo encararlo. No sé si puedo. Estoy muy nerviosa porque sé lo que piensa de mí. Y eso no va a cambiar porque yo no voy a dejar de ser quien soy.

—Y yo a ti, pequeñaja.

A ella sí le sonrío con ganas, aunque pelee conmigo misma para no echarme a llorar. Porque sé que no puedo tenerla. A ninguno de los dos. Así no.

—¿Te puedo hacer un peinado? *¿Firmativo?*

Dejo ir una risita. Cuando se quedó en mi casa a dormir aprendió esa palabra.

—Afirmativo se dice. Pero cuidado que tengo un chichote —la subo a la camilla y ella repta hasta mi espalda, para empezar a peinarme con sus manitas con mucho cuidado. Es tan suave y

huele tan bien que me hace polvo.

—¿Te vas ya? —me pregunta Eric manteniéndose serio y estoico sin acabar de entrar del todo en la habitación. Es listo. Y sabe que yo no quiere que esté. Es fácil de leer en mi expresión y en mi lenguaje corporal.

—Sí. Ahora me van a dar el alta —por educación hacia Ariel le hablaré lo más normal que pueda.

—Ah... —parece incómodo por primera vez. Se saca un ramo de flores de la espalda, aunque la habitación está repleta de ellas y se acaba de dar cuenta—. Toma. Una más para la colección.

Da un paso al frente y me las ofrece.

—Gracias —contesto—. Puedes dejarlas en uno de los jarrones, con todas las demás.

Me sabe mal contestarle así. Sé que a él también, pero no me sale de otra manera. Es como si no fuera capaz de deshacerme ni de ceder al amor que siento. Estoy jodida.

Eric deja el ramo de flores dentro de un jarrón blanco y a reventar de margaritas. Sus flores son muy bonitas. Las que más me han gustado de todas.

—Te han traído muchas flores —aprueba con recelo.

—Sí —afirmo—. Son de Bea, de Alfonso, de Abel... Espero que esté bien de la pierna.

—Lo está. Fue una herida limpia. Ya está de alta en su casa.

—Menos mal. Y también hay flores de mis pacientes deseándome una pronta recuperación porque no pueden con el dolor de sus displasias —bromeo—. De tu comisario —apunto—, y de muchas otras personas de la comisaría que no conozco.

—Ahora mismo eres muy popular.

—Gajes del oficio, ¿no?

Ni siquiera sé en qué tono le he dicho eso, ni él tampoco.

—Supongo que Bea ya te ha contado que cogí tu ordenador para leer lo que me dijiste que escribías ahí.

—Sí.

Asiente nervioso.

—Pues ya lo leí todo. Ya se lo devolví a Bea.

Alzo la barbilla y pongo cara de «pues bien por ti».

—Muy bien, Eric. Espero que te haya entretenido con mis fantasías.

Sus ojos negros pierden parte de su brillo, aunque sonrío con comprensión.

—Entretener no es la palabra.

Suspiro suavemente. Me hubiera gustado que no le hiciera falta leer nada para creerme. Pero eso es pedir demasiado.

—No importa. ¿Y el ordenador de Laia? ¿Habéis sacado lo que hay ahí y le habéis dado el ordenador a sus padres?

—Lo tenemos todo, Ada. Todo. Gracias a ti —me asegura con orgullo—. Abel cagó la tarjeta. Fue Asensio el que dejó la bolsa con los millones en Paréntesis. Y abrimos la carpeta que la rusa guardó en el ordenador de Laia. Localizamos los autocares con las matrículas gracias a eso y los intervenimos. Había treinta mujeres preparadas para ser prostitutas. Llevaban canutos de trescientas pastillas en el recto, cada una. Y los transportes estaban repletos de droga. Estamos en proceso de desarticular toda la organización.

—Qué éxito, ¿no?

—Sí.

—Después de esto, ya podrás volver a tu tierra, supongo.

—No. No voy a volver. Voy a cumplir la palabra que le di a Pradera. Al menos un año. Vine

aquí comisionado.

Trago saliva. Mierda, me está haciendo un Piqué. «Se queda». Eso lo complica todo aún más.

—Bueno —juego con la sábana blanca de la camilla—. Tendrás mucho trabajo ahora, ¿no?

—No. Tengo vacaciones. Me las he pedido. Las necesitaba —asegura. Está inquieto, como si quisiera acercarse. Pero no se lo permito.

Estudio bien su pose y su expresión. Parece cansado y ojeroso. No ha dormido en días.

—Bueno, pues me alegra que haya salido todo bien para ti y que ahora puedas pasar días con Ariel.

—No. No todo ha salido bien —me deja muy claro.

El modo en que lo dice me hace entender que se refiere a lo que me ha pasado. Y tal vez a nosotros.

—Ada...

Cuando pronuncia mi nombre así, un escudo invisible se alza entre él y yo. Es una maniobra de defensa inconsciente. Pero es mi salvoconducto.

—No. No digas nada más.

Lo miro muy seria. Eric es un hombre muy inteligente y perceptivo. Sabe que se tiene que callar, aunque le duela, por eso se retira a tiempo.

—Sí, está bien —asume—. Disculpa. Bollito, vámonos. Ada se tiene que preparar para irse.

—Pero ¿podré venir a verte otro día? —Ariel se baja de la camilla y se pone entre mis piernas.

¿Cómo voy a decirle que no a semejante ángel?

—Claro que sí. Ya hablaremos, ¿vale?

—¡Vale! —me da un abrazo más fuerte que el primero y corre a sujetar de la mano a su padre.

Eric y yo nos miramos fijamente. Sin decirnos nada. Es verdad que él parece abatido. Y también inseguro. Nunca lo había visto así.

Pero yo no estoy mejor.

—Te dejo sola. Adiós —Eric agacha la cabeza y se va de la habitación con la niña despidiéndose de mí con la manita.

Al cabo de unos minutos en los que repito la escena en mi cabeza unas cien veces, el doctor entra en la habitación y por fin me da el visto bueno.

Ya tengo el alta. Agarro mi bolsa, me bajo de la camilla y pienso que ya puedo regresar a mi casa. Un hogar que Bicho llena de mimos y alegría, y cuyo interior siempre añorará a la mujer que lo custodiaba.

Mis muros ya no tendrán una guardiana de pelo cano y silenciosa, pero siempre mantendrá el recuerdo del amor que ella le daba a todo.

Yo la recordaré cada día.

32. Epitafio: «¿Game Over? Yo creo que no».

Tres días después

23 de junio. Verbena de San Juan

Pensé que sería más duro para mí ponerme al día y adoptar mis hábitos de antes en casa. Pero no me ha costado tanto. Quiero creer que es porque, en el fondo, mi abuela sigue ahí, aunque ya no la vea. Tampoco he interactuado con más caminantes desde que desperté en el hospital. Es como si ellos entendieran que si no puedo cuidar de mí misma tampoco puedo ayudar a atender a nadie. Están respetando mi recuperación.

Anulé todas las citas que tenía con mis pacientes a dos semanas vista, y decidí centrarme en mí.

Puse en claro todo lo que había aprendido de los caminantes en este tiempo. Y es justo lo que estoy haciendo ahora. Repasando todo lo que ya he escrito sobre el tema y que guardaré con celo hasta que crea que está perfecto para ser publicado.

Creo que me está quedando un compendio de los caminantes bastante digno para ser mi primer trabajo.

Laia me enseñó que se presentan estéticamente con el último recuerdo físico que tienen de sí mismos. Lamentablemente, ella se vio en el espejo cuando le dispararon en la cabeza, y por esa razón se manifestaba así, de ese modo, con el ojo hueco. Es como si el espíritu tomase consciencia de su último aspecto. De su último *outfit*.

También entendí que hay espíritus que se quedan voluntariamente en el plano por promesas que les atan a esta realidad. Como Fran con su nieto.

Hay otros que se mantienen en un lugar que aman porque esperan cerrar ciclos que ni siquiera saben que esperan, como mi abuela conmigo. Estos espíritus tienen una misión como esencia que trasciende el tiempo y que debe ser transmitida de generación en generación.

Luego están los caminantes que se revelan usando el medio en el que se encuentra su cadáver oculto. Como Joaquín. Y estos pueden afectar al mediador e interactuar con los objetos que le rodean. Por lo que entiendo que hay espíritus más fuertes que otros, y que su poder, aunque no sé a qué es debido ni qué lo determina, puede venir dado por las emociones que lo ataron al mundo de los vivos. O por su necesidad de venganza.

Y entre otros grupos de caminantes, están aquellos que no saben que están muertos y que siguen actuando como si estuvieran vivos, como la madre del paquistaní. O los que han dependido tanto emocionalmente de alguien que aunque hayan sido tratados mal, siguen ahí, al lado de esa persona, con una fidelidad total.

También existen espíritus perdidos, como Edgar. Inocentes, que interactúan naturalmente con los niños que les pueden ver y que solo buscan regresar al hogar de sus casas. Y si no la encuentran, buscan el calor de otra familia con la que poder estar.

Y finalmente están todos los demás caminantes. Aquellos que los vivos no les permiten dejar irse. Están encadenados a este mundo por el amor y la dependencia de las personas que no los pueden olvidar y que los mantienen ahí de un modo obsesivo, para bien o para mal.

Hay caminantes que dicen que han visto a la Muerte en el cuerpo de una mujer preciosa, y otros como Laia que asumen que volverán con otro rol, que todos volvemos, pero siempre en el mismo círculo de almas. Y tiene pruebas de ello. De hecho, estoy deseando que el padre de Laia publique su libro. Ya tengo sus datos, y en cuanto su libro salga a la venta, lo compraré.

Pero muy en el fondo, y por mucha teoría que escriba y muchos encuentros que pueda tener con los caminantes, hay algo que tanto vivos como muertos desconocemos. Y es algo en lo que Laia hizo que incidiera mucho y meditara al respecto.

Y se trata de lo que venimos a hacer aquí. Y de lo que es la Vida y la Muerte. Si son dos mundos distintos o uno es la continuidad del otro y nunca hay un fin.

No sabemos qué somos. Por mucha ciencia que haya, ni siquiera tenemos idea de lo que activa nuestra conciencia: sí, somos un cerebro pero, ¿qué es lo que activa nuestro Yo? Nuestro cuerpo físico es solo un vehículo para nuestras almas. Pero... ¿de dónde vienen las almas? Si hay un lugar al que regresamos para que luego nos reordenen para volver a esta realidad material llena de vida, ¿qué lugar es ese? ¿Y quién nos envía?

Todas estas preguntas no dejan de bombardear mi mente desde que abrí los ojos después de la oscuridad por segunda vez en mi vida. Tengo la sensación de que hay mucho más y de que solo vemos la punta del iceberg. Negar que existen las almas, que hay algo más y que somos energía que va más allá de este vehículo de carne y huesos, es engañarnos a nosotros mismos.

Yo no creo en Dios. Ni en Jesucristo. No soy religiosa ni cristiana. De hecho, nunca me bautizaron.

Pero mi fe va más allá de todas esas figuras y arquetipos místicos. No le sé poner forma, igual que no le sé poner nombre a lo que sea que hay más allá. Laia asegura que no hay ni Paraíso ni Infierno. No hay castigo, ni purgatorio, ni Cielo. Porque las personas con las que ella trabajó en sus regresiones nunca le hablaron de lugares así. Solo de sus reencarnaciones y sus vidas y sus roles en la tierra.

Puede que el misterio de nuestra existencia esté en nuestro verdadero Origen. No hablo del origen de nuestra especie ni de este recipiente al que nuestras almas viajan para interactuar en este mundo material. Hablo del origen original, valga la redundancia semántica.

Si cuando morimos, nuestro cerebro deja de trabajar y no hay mente ni latido del corazón que nos impulse a seguir vivos, y si no hay aliento, ¿por qué nuestros espíritus persisten en este plano? ¿Qué somos en realidad? ¿Y qué buscamos al reencarnarnos aquí una y otra vez?

Son preguntas sin respuestas. Y me gustaría ahondar más en ellas a partir de ahora.

Con un inmenso interrogante escrito en mi último capítulo, cierro el ordenador. Me quito las gafas de escribir y masajeo el puente de mi nariz. Bicho viene hacia mí con su particular parsimonia y apoya su cabeza gigante en mis rodillas.

—Ya sé que quieres salir —le rasco las orejas y él me lo agradece. Miro hacia el jardín y no veo a mi abuela. Pero las rosas están preciosas y las mariposas continúan con su baile particular, como si siguieran el movimiento invisible de las hadas. De un mundo que solo ellas ven.

Mi yaya ya no está, pero algo ha dejado en este lugar. Al final, nada se va. Todo se transforma.

Bip bip.

El sonido del móvil me saca de mis pensamientos. Lo tomo y miro a ver quién es.

Se me hace un vacío al leer el nombre de Eric. En estos tres días no he podido dejar de

pensar en él, pero me ha ayudado el hecho de que no me escribiera y me diera el espacio que necesito. Cuando abro su mensaje me encuentro un link de un periódico de Alicante. Y justo debajo de ese mensaje hay escrito: «Por favor, por favor, Ada... Sé que no me lo merezco, pero me gustaría verte esta noche en el puente medieval. Necesito hablar contigo».

Me paso la mano por la frente y exhalo con lentitud. Hoy es la verbena y en los alrededores de Besalú hay una buena fiesta. Bea va a venir y quiere que luego salgamos a bailar y celebremos mi segunda venida a la Tierra, «como Jesús» dice mi loca amiga.

Abro el link que me ha adjuntado el Inspector. Y entonces leo la noticia. Se me llenan los ojos de lágrimas porque entiendo por qué me lo envía.

La noticia habla de un accidente de coche que tuvo lugar en la nacional de Alicante. Una tragedia en la que perdieron la vida un matrimonio y su hijo de 7 años. Venían de la procesión del Lunes Santo, la procesión del Morenet. Formaban parte de una de las Cofradías. Por eso vestían con la vista morada, zapatos negros, cíngulo dorado... El nombre del niño que murió en el accidente era Edgar.

Dos lágrimas enormes descienden por mi rostro cuando veo la foto del muchacho. Es él. Y yo le ayudé a irse a través del portal del jardín de mi casa.

Vuelvo a leer el mensaje de Eric. «Por favor, por favor...». Me está suplicando. Debe estar totalmente perdido al darse cuenta de que todo es verdad.

Cruzo una pierna sobre la otra y dejo el móvil sobre la mesa. Bicho no aparta la cabeza, le da igual como me ponga. Una mariposa de alas de color azul entra en casa, porque tengo la puerta que da al porche y al jardín abierta. Revolotea por el sofá, y después por la cocina, hasta posarse sobre mi portátil. Es preciosa.

La observo detenidamente y pienso que antes de ser tan hermosa, fue un horrendo gusano. En su transmutación, la mariposa tuvo su segunda oportunidad y se transformó en el insecto más bonito de todos, responsable del equilibrio del mundo.

Yo he tenido segundas oportunidades.

Tal vez, debería valorar la posibilidad de darlas también.

No sé qué quiere Eric, pero sí sé que me duele lo mismo verle que no verle. Ya no tengo nada que perder, porque creo que perdí mucho ya. Aunque gané otras cosas, no me quedé con lo que quería y con lo que mi alma anhelaba.

Yo les quería a ellos. A los tres.

A mi abuela. A Ariel y a Eric.

Sé que la primera nunca volverá.

Pero Ariel y Eric están vivos. No quiero que mi dolor me obligue a perderlos, porque me importan y les quiero. Es posible que no los tenga como deseo pero, al menos, puedo ser capaz de mantener una relación con ellos.

Eric es un hombre duro, con muchas cosas de su vida que desconozco. No hablábamos demasiado del pasado, solo del presente y de lo que teníamos entre manos. Él nunca se mostró realmente interesado en desarrollar vínculos conmigo, aunque ninguno de los dos pudimos resistirnos a la avalancha de atracción que azotaba nuestro cuerpo cada vez que nos mirábamos.

Sin embargo, la atracción sin emoción, para mí es trivial. Vana.

Y yo no quiero solo atraer. Quiero que me amen por cómo soy y por todo lo bueno y lo malo que tengo.

Sé que me merezco eso, y no aceptaré sobras de nadie. Ni que me quieran a medias.

Así que voy a mentalizarme y veré a Eric esta noche, porque necesito dejar de sentir este dolor y quiero limar mi rencor. Sobre todo por Ariel.

No esperaré nada. Simplemente estaré ahí, presente y le escucharé.

No sé qué es lo que quiere en realidad. Lo que sí sé es que no me quiere. O al menos, no quiero que me quiera así.

Pero sea lo que sea, si puedo ayudarlo lo haré, porque mi abuela me dijo que las mediadoras también mediamos y ayudamos sobre todo a los vivos.

Y su palabra es Ley.

Puente Románico ***Besalú***

No es que se haga nada especial en la verbená. Pero las verbenas siempre dan un ambiente festivo a todas las localidades y pueblos que las celebran.

Aquí es igual. Veo fuegos artificiales en el cielo nocturno, y se verán mucho mejor desde el puente. Las terrazas estarán abiertas hasta altas horas, y correrán las cenas en el exterior con champán, sangrías y cocas de piñones y crema tan tradicionales como el turrón en Navidad.

Mis vecinos ya se han enterado de todo lo sucedido a través del periódico. La trama y la resolución está tan bien explicada que aunque no dan ni mi nombre ni mi apellido, ya saben que soy yo. Y muchos se sienten agradecidos, como si hubiera salvado al pueblo de algo. Pero no he salvado al pueblo, en todo caso he desenmascarado a gente mala que hace maldades, y no me siento especial por ello.

De repente tengo la consulta de Paréntesis a reventar para las próximas semanas en cuanto regrese. Y he tenido que decir que no tengo más horas. Además, quiero tomarme tiempo para pensar en mí y para no colapsarme con todos mis clientes ni con sus posibles caminantes. Por suerte, mi don sigue siendo anónimo porque así pedí que se mantuviera. Y me reconforta saber que en los informes respetaran mi decisión.

Mi historia es surrealista, y todos los que han estado implicados en el caso lo saben y se hacen cruces de que una persona como yo exista y no se invente nada. Supongo que es como decir que *El País de Nunca Jamás* después de girar en la segunda estrella a la derecha, también es real. Pero yo no sé si lo es, porque nunca lo he visto. Lo que sí sé es que los caminantes son reales.

Los veo. Como ahora hago, que camino lentamente hasta el puente románico, y los ignoro para que no me molesten. La energía de algunos lugares y algunos eventos, llaman mucho su atención y los hacen proclives a presenciarse más. Pero no les quiero hacer caso.

Ahora no. Ya tendré tiempo para retomar mi mediación.

Lo único que me importa ahora es estar fuerte para mi encuentro con Eric.

Y ya lo veo. Está ahí, solo. Observa los fuegos artificiales que adornan el cielo, salpicándolo de chispazos luminosos llenos de color, y que cambian el tono de la piel de su cara con cada reflejo.

He hablado con Bea. Le he dicho que me vería con Eric y que saldría de fiesta dependiendo de cómo me encontrase anímicamente después. Ella lo ha entendido. Dice que ojalá sintiera algo así por alguien, aunque le doliera. Que no me rindiera y que no lo dejara pasar.

Yo no le he querido dar la razón. Se pasa demasiado mal.

Me detengo frente a él.

Eric se gira en cuanto me ve. Sus ojos negros siguen siendo calientes cuando me repasan,

pero esta vez hay muchas reservas. No hacia mí. Pero sí hacia lo que yo pueda pensar de él. Siempre me fascinará el modo en el que el blanco de su camiseta hace resaltar el tono bronceado de su piel. Y unos pantalones tejanos nunca han quedado tan bien como le quedan a él.

Tal vez sería más fácil si no fuera tan fascinante mirarle. Si tuviera algún defecto en esa cara en el que poder concentrarme para que no me pareciera tan hermoso.

—Hola —me saluda con voz ronca.

—Hola.

—Gracias por venir.

—De nada.

Está hecho un manojo de nervios. Y yo también. Verlo así me afecta. Advierto sus nudillos. Están encarnizados y rojos. Él se da cuenta de que los miro y los esconde detrás de su espalda.

—¿Qué te ha pasado?

—Me dejaron un rato con Adrián a solas, en el calabozo.

—¿Qué has dicho? —mi cara de estupor.

—Que hablé con él.

—Le has pegado —entiendo—. Eric... ¿qué has hecho?

—Sigue vivo —contesta escueto—, que ya es mucho más de lo que se merece.

—No tendrías que haber hecho nada de eso.

—No tendría que haber hecho tantas cosas, Ada... pero las he hecho y ya no las puedo deshacer —responde reprendiéndose por su ceguera—. Le enseñé una foto de Edgar a Ariel. La saqué del artículo —explica abriendo y cerrando los dedos de sus manos. No va a perder el tiempo y va a ser muy directo—. Le pregunté quién era. Y ella me dijo, sin titubear ni una vez: es Edgar, papi —aclara su voz—. Mi hija de cuatro años que no sabe leer, me ha dicho que ese niño del periódico es Edgar —su barbilla tiembla—. Y me he sentido muy mal por no haberla creído. Porque siento que la he decepcionado. Que ella me decía la verdad con naturalidad y después dejó de hacerlo porque ya no confiaba en mí. Y eso me destroza —sus ojos se aguan.

A mí se me hace un nudo en la garganta. Ay, Dios, no sé cómo voy a salir de esta.

—El otro día, en el coche, me dijiste que Ariel oye la voz de un hombre cantándole «Sombras».

Yo asiento levemente. Mi barbilla es presa de muchos tics y se pone a temblar, pero necesito mantenerme estoica.

—Sí.

—Mi padre me cantaba Sombras cuando era un niño —se le rompe la voz—. Me la cantaba siempre, Ada. Siempre. Y con esa canción yo me dormía. Y nunca se la he cantado a Ariel porque el mero hecho de intentarlo me acongojaba. Y entonces pienso que he dejado a mi hija sola viviendo estas cosas porque nunca he creído en ellas. Porque no tengo un buen recuerdo de los que dicen que ven más allá. Y mi hija ve... Ariel ve un mundo al que no puedo acceder.

—Eric... —susurro dando un paso adelante. Me mata verlo llorar. Se está derrumbando.

—No, espera, Ada. Déjame hablar. No quiero perder el valor de decirte todo lo que pienso. Mi padre canta a Ariel. Y eso significa que está ahí, ¿no? ¿No? —insiste buscando respuestas.

Yo me muerdo el labio inferior y vuelvo a asentir en silencio.

—No veo a mi padre desde que murió. Mi madre ha insistido en que él sigue ahí y ha buscado desesperadamente comunicarse con él todo este tiempo a través de mujeres que dicen ser médiums pero no lo son. Y yo me alejé de ella por su obsesión. Y ahora resulta que él... siempre ha estado. Y que sí hay médiums porque tú eres una de ellas. —Eric mira al cielo y coge aire, entre hipidos. La gente que pasa alrededor lo mira con curiosidad y yo solo tengo ganas de

empujarles y de hacerlos caer al río. Quiero que lo dejen llorar en paz—. Tú has visto a todas esas personas de las que hablas en tu archivo sobre mediación.

—Sí —digo en voz baja.

—¿Tú... tú has visto alguna vez a mi padre? —su mirada está teñida en dolor pero también en esperanza.

—No —contesto—. Con Ariel vi a Edgar y lo ayudé a volver. Tu hija estaba conmigo y lo vio. Pero nunca he visto a tu padre. Lo que sí sé es que estoy convencida de que cuida de ella como cuidó de ti.

—¿Por qué? —pregunta Eric—. ¿Por qué no lo puedo ver yo?

Sonrío con mucha tristeza.

—Eric... el otro día usé un spray pimienta contra un delincuente y lo hice tan mal que me salpicó a los ojos y me los dejó como si llevase lentillas de cebolla. Tú le quitaste la pistola a Asensio, le disparaste a la rodilla y después disparaste al Comisario, todo eso en un segundo como si fueras Flash. No todos sabemos hacer de todo. Unos sirven más para unas cosas y otros para otras. Tú tienes unas habilidades y yo otras —me encojo de hombros añadiendo un tono de humor a mi respuesta—. Yo veo a los muertos y tú salvas a los vivos.

Él parpadea y se limpia las lágrimas con el antebrazo.

—Necesito tu ayuda. No sé cómo ayudar a Ariel. No sé qué tengo que hacer. Estoy muy perdido.

—Dijiste que la ibas a llevar donde te dijo Anabel, ¿no?

Aprieto la mandíbula con rabia. Qué mal me cae esa mujer. Eric decidió hacerle caso a ella en vez de a mí.

Él reacciona ante mis palabras. Está claro que sabe que la cagó demasiado y que estoy muy dolida. Y no sabe cómo solucionarlo.

—No. No puedo hacer eso. A Ariel no le gusta Anabel. Lo que ella dijo le hizo sentir mal. Y ahora bollito se piensa que tiene que ir al médico. Y yo soy culpable de eso. Sé que no quieres saber nada de mí, pero te estoy pidiendo ayuda, Ada. Ariel siente veneración hacia ti.

—Y yo la adoro —reconozco—. No permitiré que bollito crea que tiene algo malo.

—Lo sé.

—Tienes que dejarla ser como es. Ella debe vivir su naturaleza sin sentir que lo que hace está mal. Si ella te dice que ve a alguien, créela. Escúchala. No lo inventa. Ella no. Otros niños sí pueden crear a sus propios amigos invisibles, por muchos motivos, pero Ariel los ve. Porque lo que ella ve, yo también lo veo. Sólo déjala que vea lo que tenga que ver. Y ayúdala, hazle sentir que siempre podrá hablar contigo de ellos. No la apartes.

Eric asiente con la cabeza y pasa el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Me ayudarás?

—¿Con Ariel? —aclaro—. Por supuesto.

Él da dos pasos hacia mí y se mantiene a una distancia corta.

—Tengo algo más que decirte.

—Yo no quiero oír nada más...

—Tenías razón. No te merezco. Tú eres demasiado buena para cualquiera. Yo soy un fraude...

Ahí está. Era lo que esperaba oír. Que se retirase y que no luchase por mí ni por lo que pensaba que teníamos y que era tan fuerte y especial. La decepción hace que me enfríe... además, odio que vayan con la excusa de «eres demasiado buena para mí». Es lo más hipócrita y cobarde que le pueden decir a alguien. Después de todo, Eric no va a pelear.

Me siento mal porque no estoy segura de querer que él pelee por mí, y también porque que se rinda me ofende.

—¿Quieres algo más? —Miro mi reloj de muñeca haciéndome la desinteresada—. Tengo prisa.

—Ada, escúchame.

—Mejor no. Ya hemos hablado, ya está... Ayudaré a Ariel, ya te lo he dicho.

—No, joder —Eric se acerca más a mí hasta casi pegar su cuerpo al mío—. No me has dejado acabar. Soy tan egoísta que a pesar de saber que no te llego ni a la suela de los zapatos, quiero que me des otra oportunidad. Siento mucho todo lo que ha pasado.

—Eric, no. Déjame en paz. —Lo empujo levemente por el pecho para que mantenga las distancias pero él sujeta mi rostro con las manos e impide que me aleje.

—No voy a dejarte en paz. Me da igual cuántas veces me rechaces. Me pides que no me aparte de mi hija. No me obligues a apartarme de ti.

—Has sido tú el que me has alejado.

—Ada... —suena tan roto y tan desesperado que quiero calmarlo, pero aún no es suficiente—. No entiendo nada. No entiendo el mundo que veis. Pero dame la oportunidad de demostrarte que aunque no pueda ver, puedo aprender y sé escuchar.

—Eric, no lo he pasado bien —le digo llorando, sujetando sus muñecas con rabia y con fuerza—. No voy a pasar por lo mismo más veces. No puedo permitírmelo. Me has hecho mucho daño. Y ya no sé si puedo confiar en ti.

—Lo sé, lo sé... —Une su frente a la mía—. Lo sé. Debí escucharte y debí creerte a ciegas.

—Yo esperaba que lo hicieras... —cierro los ojos. El temblor de mis hombros es incontrolable.

—Estaba asustado, no solo de lo que veías. Me da miedo, Ada, pavor —aclara— lo que me haces sentir. No sé qué es. Pero... por favor, sabes de dónde vengo y lo que pienso. Y era todo tan extraño, tan raro... Desconfié y me asusté. Pero te prometo que, si me dejas, voy a remediarlo y voy a hacer que quieras acercarte a mí de nuevo. Por favor, perdóname. Perdóname —repito cerrando los ojos como yo y hablándome en voz muy baja—. Ada... No quiero perderte. No me lo perdonaría jamás.

Y de repente, todos mis celos, mi lucha personal hacia él y mis miedos a volver a sufrir, se desmoronan, y solo quedo yo, una mujer que ama a un hombre que no sabe cómo decirle que la quiere. Eric tira de mí y me abraza hasta cobijarme entera entre sus brazos y ya no me resisto.

—Ada, me mata saber que te he hecho sufrir... Perdóname. —Apoya su mejilla en mi pelo y me besa la cabeza—. No me alejes de ti. Dame otra oportunidad y lo arreglaré. Llevo mucho tiempo encerrado en mí mismo, pero tú me has obligado a salir de ahí.

—Eric, estoy tan asustada...

—¡Yo también! —me asegura—. Pero no me obligues a creer que hay otro mundo, si tú no vas a estar conmigo. Iremos a tu ritmo. Tus normas. Como tú quieras. Me amoldaré. Lo que sea que necesites, te lo daré.

—Estos días siento que algo en mí se ha cerrado. Me da miedo volver a sentir cosas hacia ti... no quiero eso.

—Haré que cambies de opinión y que vuelvas a abrirte. Y yo también me abriré.

Yo no puedo dejar de sollozar contra su pecho, con las manos resguardadas contra el mío. Su olor me reconforta, y sus palabras son como puntos de sutura. Eric es hermético y me está diciendo que se quiere abrir en canal conmigo.

—Ada... —me levanta la barbilla y me apoya en la baranda de piedra. Tras de mí solo queda

recortado el horizonte, el río y los fuegos artificiales—. Llevo muchas noches sin pegar ojo. Dime qué quieres que haga por ti. Qué necesitas que haga. Si lo necesitas, si es lo que quieres de verdad, me iré. ¿Me voy?

Yo sacudo mi cabeza negativamente. Él recoge mis lágrimas con los pulgares y se los lleva a la boca.

—Vas a tener que esforzarte mucho —le aseguro aún con voz trémula. Mis ojos miel están fijos en los suyos negros y esperanzados—. Has roto muchas cosas.

A él oírme decir eso parece que lo relaja y lo hace sentir un poco más confiado. Y como no quiere que se le pase el tren, no pierde el tiempo en responderme.

—No me cansaré. Soy de hierro —sentencia—. Me has obsesionado desde el primer día que te vi. Voy a esperar a que confíes en mí de nuevo. Lo que haga falta. Por favor... deja de llorar —Él posa su boca sobre la mía.

Yo dejo ir el peso sobre mis hombros y cualquier tipo de remordimiento y de miedo a volver a estar con él. No puedo vivir a medias. Eso me lo dijo mi abuela. Y no puedo querer a medias.

Rodeo su cuello con mis brazos y él me levanta y me sienta sobre la baranda de piedra del histórico puente. Se coloca entre mis piernas y me sujeta de las caderas para que no me caiga hacia atrás. Su lengua me busca tímidamente hasta que al final la mía va a su encuentro, y nos fundimos en un abrazo y un beso desesperado, que aunque no selle la puerta de mis dudas y de mis terrores, la ajusta lo suficiente para querer darle una segunda oportunidad.

Para dárnosla a los dos.

—Prometo no ocultarte nada más, Eric —le digo con mis labios contra los suyos—. Pero prométeme que nunca más volverás a ponerme en duda. Jamás. —Paso mis dedos por su nuca y parte de su pelo rasurado me hace cosquillas en las palmas y en las yemas.

—Te lo prometo, preciosa. No te vas a arrepentir. —Me da un beso, y otro y otro, hasta que nuestras bocas vuelven a solaparse.

—Iremos a mi ritmo.

—Sí.

Un beso. Otro beso.

—Con mis tiempos. Y no va a ser fácil, porque esto no es un sí a todo. Es un sí «a prueba».

Otro beso.

—Sí. Me vale. Lo acepto. Ada, ven aquí.

Eric me pega contra su cuerpo sujetándome por el trasero y me besa como necesito que me bese. Con todo su corazón.

Los fuegos artificiales nos alumbran y nos enmarcan en una foto que podría tener mucha historia. Y la tiene. Cuenta cosas que han pasado en Besalú y cosas que pasarán en un futuro. Hablan de algo que recién empieza.

Sus besos no serán suficientes para que mis cicatrices se cierren. Necesito hechos y acciones porque las palabras se las lleva el viento.

Como las canciones.

Como una nana recurrente y desdibujada que habla de sombras de otros tiempos mejores.

A Eric y a mí nos quedan muchas cosas que averiguar el uno del otro y mucho que aprender de lo que sentimos y de quiénes somos. Pero es mejor luchar por averiguarlo juntos, que abandonar y dejar pasar la historia que se perfila ante nuestros ojos.

Porque la vida también es una novela de vivos que escriben sobre el pasado y el presente de los muertos.

Es mágica como un jardín de rosas custodiado por una anciana guardiana.

Es fantástica como una niña que habla con el Más Allá.

Es un puente medieval por el que cruzar a muchos mundos y muchos hogares en forma de libro.

La vida es incierta, y no está escrita y puede que no sea real.

Tal vez porque lo verdadero y lo real viene designado por la emoción con la que se vive y se camina.

Y lo único que nos queda para que esta aventura merezca la pena y deje nuestras huellas imborrables en el tiempo, es entregarse siempre a aquello que amas con todo tu ser.

En cuerpo y alma.

FIN

Consigue todos los libros de Lena escaneando este código QR

